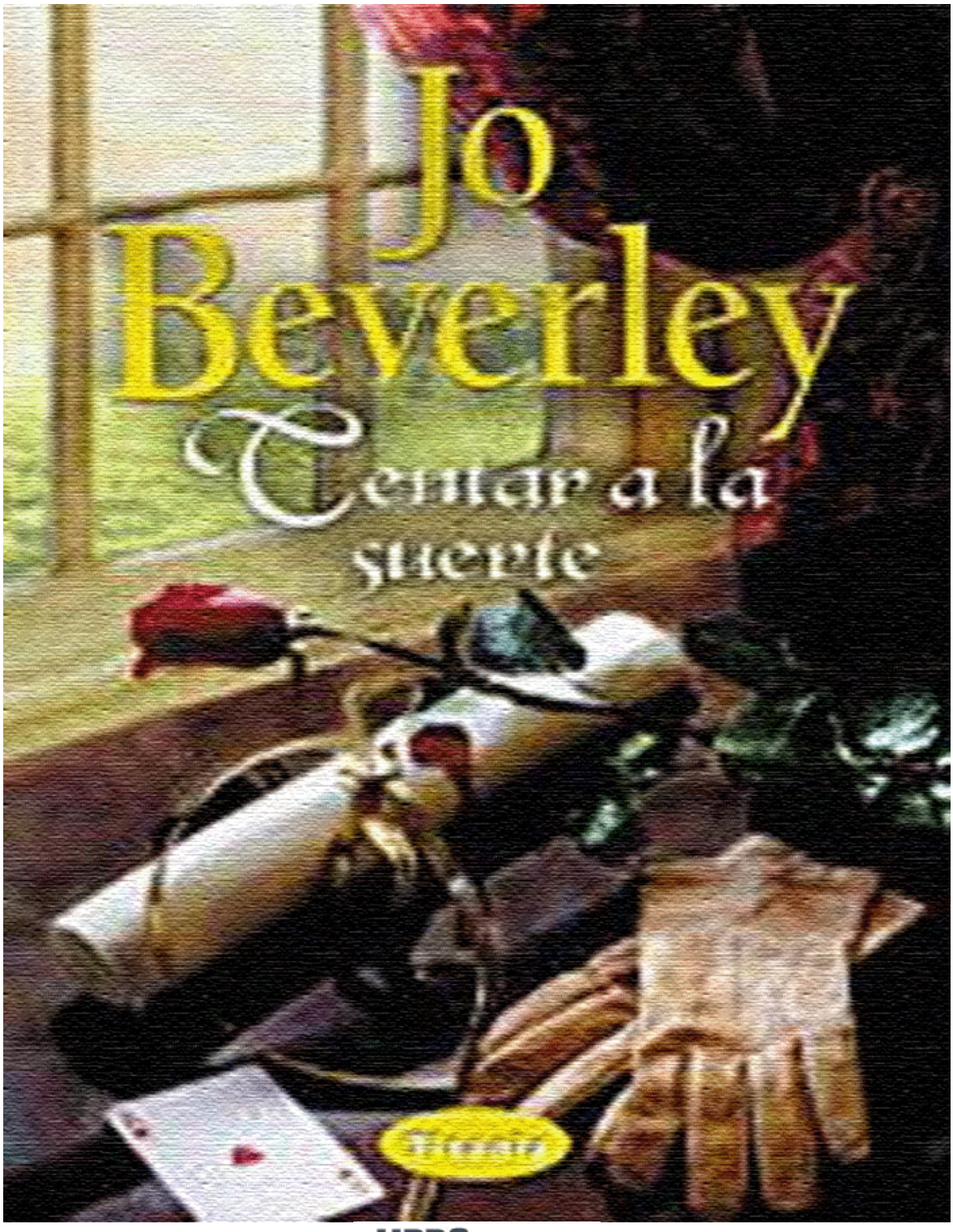
TENTAR A LA SUERTE
JO BERVERLY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Maidenhead, Inglaterra, noviembre de 1761

La luz de la luna penetró como un rayo en el helado vestíbulo, convirtiendo en misterios cosas por completo ordinarias.

Sin duda era esa luz de luna, pensó Portia St. Claire, lo que daba al intruso aquella apariencia de Príncipe de las Tinieblas. Blancos rasgos afilados como hojas, de misteriosa belleza, oscuras alas correosas colgando detrás.

Portia zarandeó su pesada pistola para apuntarle directamente al corazón.

—¡Alto!

La figura se detuvo. Aparecieron unas manos. Elegantes y de largos dedos, se alzaron levemente en un gesto pacificador. Y aquel movimiento reveló que las alas negras no eran más que un largo manto oscuro.

Portia tomó aire con un estremecimiento. Aquello significaba que los rasgos espectrales eran por fuerza de carne y hueso. Era un ladrón común, ni más ni menos.

Por supuesto, aquello también quería decir que su impulsiva acción le había dejado cara a cara ante un delincuente. Una mujer más prudente se habría escondido debajo de la cama al oír el ruido del cristal al romperse. Portia había cogido la pistola de su hermano, había comprobado que estaba cargada y se había deslizado escaleras abajo para ver qué estaba pasando.

Su lema era, «Planta cara al miedo y lo habrás vencido», pero ahora se preguntaba si eso siempre se cumplía. No es que este tétrico intruso pareciera particularmente vencido. Y ahora que le había dado el alto, no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Bajo el manto, las ropas del intruso también debían de ser oscuras ya que las únicas partes que quedaban iluminadas por la luz de la luna eran su rostro alerta, sus delicadas manos y la espuma de encaje blanco que las rodeaba.

Encaje caro.

Llevaba un anillo en la mano izquierda. La piedra grande era oscura, pero algo en la manera en que atrapaba la débil luz de la luna le dijo que era una piedra preciosa. Un destello a un lado del rostro sugirió otro ornamento caro, un pendiente enjoyado.

Al fin y al cabo no era un ladrón común.

—Como os percataréis, ya me he detenido. —El tono era cortés y su acento denotaba riqueza y buena cuna. Su voz transmitía la cadencia de un hombre seguidor de las modas, aunque era demasiado profunda para la tendencia actual, y la utilizaba con una suavidad que no calmó los alterados nervios de Portia.

—Os habéis detenido —replicó Portia con dureza—. Ahora os daréis media vuelta y os marcharéis.

—¿O?

—¡O llamaré a la guardia, señor! He oído un cristal roto. Es bastante evidente que sois un ladrón.

Portia detectó un vislumbre de movimiento que era una sonrisa.

—Supongo que lo soy. Pero, ¿cómo pretendéis llamar a la guardia mientras me vigiláis a mí, mignonne?

Portia apretó los dientes.

—Iros. ¡Ahora!

—¿O? —volvió a preguntar.

—Os dispararé.

—Mucho mejor —aprobó él—. Eso sí que podríais hacerlo.

Bryght Malloren se estaba divirtiendo.

No había esperado divertirse en esta misión, pero, ahora, enfrentado a esta valiente defensora de la casa y del hogar, tenía que hacer un esfuerzo para no reírse.

Lo más probable era que aquella joven le disparara inmediatamente si se reía de ella.

Era tan pequeña, sin embargo. Tal vez un metro cincuenta y cinco comparado con su metro ochenta y cinco. Pese a las amplias faldas y las capas de chales de lana que la cubrían, podía distinguir una constitución menuda. Sin duda, las dos manos que cogían la gran pistola con tal determinación eran pequeñas y delicadas.

Pero delicadas no era la palabra que le venía a la cabeza.

Decididas, tal vez.

O chispeantes.

La energía —en parte valor, en parte rabia, en parte miedo— crepitaba en ella como las chispas en la madera verde en el fuego. No distinguía el color del pelo que ondeaba suelto sobre su espalda, pero sospechó que sería rojo. Si la provocaba, ella sin duda le dispararía, y eso por si solo ya era bastante intrigante.

Y también era poco oportuno. No tenía mucho tiempo para completar su misión, y esta menuda guerrera parecía decidida a detenerle. Recurrió primero a la razón.

—Confieso haber roto la ventana de la cocina para conseguir acceder a la casa, señora, pero nadie contestaba a la puerta.

—¿Y siempre os metéis en las casas cuando nadie contesta a la puerta?

Él consideró aquello.

—En términos generales, las casas a cuyas puertas llamo suelen tener sirvientes. ¿No tenéis sirvientes?

—¡Eso no es en absoluto de vuestra incumbencia!

Pero aquello había conseguido ponerla nerviosa. ¿Quién diablos era? Esta casa en Maidenhead había sido alquilada por el conde de Walgrave para que sirviera de prisión de su hija, lady Chastity Ware. Bryght esperaba encontrarla vacía ahora que Chastity había huido.

La joven alzó la pistola una amenazadora pulgada.

—¡Marchad, señor!

—No.

Bryght oyó su siseo de irritación y esperó el devenir de los acontecimientos con interés. Hacía falta una persona realmente insensible para disparar a sangre fría a una persona parada, y fueran cuales fueran las cualidades de ella, no pensaba que esta amazona de bolsillo fuera insensible.

Comprobó que no se equivocaba. No apretó el gatillo.

—Y bien —dijo él—. Tengo una razón aceptable para encontrarme aquí.

—¿Qué razón aceptable puede excusar el irrumpir por la fuerza en casa ajena?

—He venido a recoger un documento que dejó un inquilino reciente.

Ella no se agitó ni un milímetro.

—¿Qué inquilino reciente?

—Estáis llena de preguntas, ¿eh que sí? Digamos que, una dama.

—¿Qué dama?

—Prefiero no contestar a eso. —Cansándose del juego, él dio un paso hacia delante para desarmarla.

Vio que ella tomaba aliento y alzaba el arma una pulgada más. Maldición. Se arrojó a las piernas de la joven justo cuando apretaba el gatillo.

Portia estaba estirada boca arriba, estrujada debajo de un gigante. Notaba sus manos insensibles a causa de la sacudida de la pistola y su cabeza resonaba allí pegada a las baldosas del suelo del vestíbulo. O tal vez resonaba por el estruendo del disparo de la pistola. Nunca antes había disparado un arma en un espacio cerrado. Provocaba un ruido tremendo.

Miró aturdida hacia arriba y vio que aquel puñetero intruso parecía bastante preocupado.

Él incorporó parte de su peso apoyándose sobre sus brazos y Portia respiró a fondo.

—¡Cómo os atrevéis!

—Creo que no podía permitir que me dispararais.

—¡Entonces deberíais haberos marchado! —Portia se agitó para intentar sacárselo de encima pero se percató de inmediato que se trataba de una idea muy mala. Él estaba echado entre sus piernas, y el sencillo vestido que llevaba, sólo con las enaguas debajo, era una barrera ligerísima.

La manera en que los elegantes labios de él se estiraron al comprobar su apuro hicieron que Portia sintiera ganas de arañar aquella cara demasiado apuesta. Nadie tenía derecho a unos rasgos que tan parecidos a los un Lucifer divertido, y menos un malhechor sinvergüenza e intimidador.

—¿Quién sois? —exigió saber ella.

—Bryght Malloren, y no puedo decir que esté a vuestro servicio precisamente. ¿Y quién sois vos?

—Eso, señor, no os atañe lo más mínimo. —Intentó salir culebreando de debajo de él, pero la tenía atrapada.

—Entonces os llamaré Hipólita, reina de las Amazonas. —Le retiró un mechón de pelo que había caído sobre sus ojos, y la delicadeza de ese gesto la desconcertó. La misma delicadeza que había en su voz cuando preguntó—: ¿Siempre lucháis en desventaja, Hipólita?

El pelo oscuro de él también estaba revuelto. Se estaba soltando de su cinta y caía en mechones ondulantes sobre su rostro. La informalidad era cautivadora.

—Tengo una pistola —señaló ella.

—Incluso así. —Y él puso una mueca.

Portia gruñó. El miserable se estaba riendo de ella.

—Quitaos de encima de mí. —Pronunció con claridad cada palabra.

—No, hasta que reciba una prenda.

—¿Prenda? —Portia sintió la primera advertencia de miedo. Se había sentido alarmada al oír el cristal al romperse. Casi se había horrorizado al avistar por primera vez la oscura criatura que avanzaba por el pasillo hacia ella. Pero en cierto modo, mientras intercambiaba palabras con este hombre no se había sentido de veras asustada.

Ahora se percataba de que se encontraba a su merced. No era timorata por naturaleza, y durante sus años mozos había sido alocada como un muchacho, pero nunca antes se había sentido desprotegida en manos de un extraño.

—Prenda —dijo él, y la delicadeza no tranquilizó el corazón desbocado de Portia. Se encontró mirando fijamente el pendiente: un discreto pero caro arete enjoyado. Sólo los gandules más desvergonzados llevaban ornamentos tan estrafalarios, y sólo alguien rico podía permitirse aquella joya.

Se encontraba en manos de un vividor adinerado y disoluto.

Él sonrió, y tenía una sonrisa de diablo.

—Siempre reclamo una prenda a las mujeres que intentan matarme.

Portia empezó a forcejear más en serio, pero sus manos estaban enredadas en sus tres chales de lana. Para cuando consiguió sacarlas, él estaba listo para cogerla por las muñecas.

—¿Alguna vez dejáis de luchar?

—¿Serviría de algo? —Se retorció resistiéndose al asimiento de él, provocando que al instante la sujetara con más presión—. ¡Me estáis haciendo daño!

—Entonces dejad de forcejear.

—Gritaré.

—¿Podéis hacerlo a solicitud? Estoy interesado en verlo.

Portia siseó con exasperación, pero su temor retrocedía como las mareas. Por algún motivo, simplemente no podía sentirse verdaderamente asustada ante este hombre. Era de lo más peculiar.

Tomó conciencia de que el peso de él sobre ella —soportado sobre todo por los brazos de él— resultaba casi reconfortante, y de que sentía calor en comparación con lo helada que había estado momentos antes. También le llegaban débiles aromas. Lavanda, pensó, del lino que él llevaba, y un perfume de los que usaban los hombres, pero sutil. No la clase de perfume penetrante que se empleaba para disimular la porquería y la enfermedad…

—¿No podéis dejar ir ni siquiera una lágrima? —bromeó él, y Portia se obligó repentinamente a poner sus ideas en orden. Puso de nuevo a prueba la fuerza con que él la agarraba, pero él apretó lo suficiente para mantenerla controlada.

—¿Pensáis que no tengo motivos para gritar? —soltó con desdén.

—No creo que seáis una llorona, mi amazona, a menos que lo consideréis un arma. —Y le dio un beso.

En sus veinticinco años, a Portia nunca la habían besado de ese modo. No con el cuerpo duro de un hombre sujetándola contra el suelo y sus manos reteniéndola para recibir el asalto de su boca.

Pero fue un asalto tierno.

Preparada como estaba para algo mucho peor, la ternura casi la atrapa. Recordó a tiempo que él era su enemigo, y se mantuvo quieta, sin reaccionar, bajo su cuerpo.

Él retrocedió, y Portia oyó cierto humor en su voz cuando dijo:

—Vaya gama de armas tenéis, mi doncella guerrera. Si os concedo ahora la victoria, ¿me permitiréis recoger el documento? No puede ser de vuestro interés.

—No.

Él se rió y con un balanceo se puso de nuevo en pie, luego la ayudó a levantarse. Mientras ella aún recuperaba el equilibrio y recogía sus chales enredados, él pasó a su lado y corrió ágilmente escaleras arriba.

—¡Alto!

Portia salió corriendo tras él, perdiendo chales y repiqueteando con sus zapatos sobre las maderas desnudas. Él se movía rápidamente como si conociera la casa. Se encaminó directamente al dormitorio de la parte trasera.

Eso reveló que no conocía en absoluto la casa. Ese dormitorio estaba vacío, despojado de todo mueble. Tal vez hubiera entrado en la casa equivocada al fin y al cabo.

Se precipitó en la habitación justo tras él y le agarró por la capa.

—¿Veis? ¡Aquí no hay nada!

Él se desprendió con facilidad de la capa y siguió adelante, dejándola con una masa de pesada lana en las manos. Ella dejó caer la prenda y fue tras él,

que se dirigía hacia la chimenea. Portia le rodeó corriendo y se estiró delante del hogar entre jadeos.

—¡Ni un paso más!

El hombre se detuvo a tan sólo pasos de ella. A Portia se le ocurrió pensar que estaba siendo muy, muy alocada.

Esta habitación tenía dos largas ventanas sin cortinas y la luz de la luna era brillante, la cual por fin le mostró a él claramente. Debajo de la oscura chaqueta y los pantalones de montar de cuero había un conjunto claramente soberbio de hueso y músculo que debía de superar su volumen en una proporción de dos a uno. Tras el hermoso rostro había una voluntad de no abandonar su objetivo.

Su objetivo entonces era la chimenea que ella protegía con su cuerpo.

Tragó saliva, confiando en no parecer tan asustada como se sentía.

La madre de Portia se había lamentado a menudo de la naturaleza impetuosa de su hija, algo que atribuía al nombre escogido por el idealista de su padre. A Hannah Upcott no le interesaba demasiado el teatro, y pensaba que el nombre de Portia estimulaba un impulso impropio de desafiar al mundo. Había insistido en que su segunda hija se llamara Prudence.

Hanna predecía regularmente que la naturaleza imprudente de Portia la llevaría a meterse en problemas, y a menudo citaba el dicho, «Los que tientan a la fortuna se arriesgan a perderlo todo». Portia temía que estaba a punto de demostrar que su madre tenía razón, pero aun así no podía hacerse a un lado dócilmente.

Su oponente no dio ningún paso inmediato para moverla a la fuerza.

—Si no hay nada ahí, ¿a qué tanta vehemencia?

Pese a su corazón acelerado, Portia le miró a los ojos.

—Habéis entrado en esta casa a la fuerza, señor. No permitiré esta intrusión.

—En otro momento, Hipólita, me deleitaría poner a prueba vuestra habilidad para permitir o no permitir, pero mi cometido es en cierto modo urgente. ¿Puedo indicar que la manera más fácil de hacerme marchar es permitirme encontrar lo que he venido a buscar?

—Tendréis que demostrar que tenéis derecho al documento. ¿A quién pertenece?

—Os lo he dicho. A una dama. —En su voz había un deje impaciente de advertencia.

—¿Y cómo es que se encuentra aquí?

—Digamos que estuvo como invitada.

Portia echó una ojeada a la austera habitación.

—¿Aquí? Lo dudo.

—Tal vez tenía gustos ascéticos. ¿Por qué, me pregunto, guardáis con tal fervor este lugar? ¿Se merece el conde de Walgrave tal lealtad?

El nombre sorprendió a Portia. Si este Malloren sabía que la casa estaba alquilada por el conde de Walgrave, entonces estaba claro que al fin y al cabo él no estaba en la casa equivocada.

Por primera vez Portia se preguntó si el asunto que le había traído a él aquí era legítimo. Al fin y al cabo, había llamado a la puerta como un hombre honesto. Había oído los golpes secos pero no había hecho caso. Nadie vendría a buscarla a ella y, puesto que estaba sola en casa, no se había preocupado por abrir a tan altas horas de la noche. Dijo:

—El conde, como cualquier propietario, tiene derecho a esperar que su casa no sea violada.

—Dudo que el poderoso conde considere este sencillo lugar su hogar. Se limitó a alquilarlo con un motivo concreto. Puesto que, de cualquier manera, pertenece al conde, me pregunto que estáis haciendo aquí. ¿Ama de llaves, tal vez?

—¡Desde luego que no!

—¿Una intrusa, entonces, como yo mismo? Al fin y al cabo, me topé con vos merodeando en la gélida oscuridad, con la pistola en la mano.

—¡No estaba merodeando! Somos invitados, señor. Tenemos una buena amistad con el conde, y nos invitó a permanecer aquí. —Portia no tenía intención de contarle que su hermano y ella eran suplicantes venidos a menos y que el conde les había ordenado esperar aquí hasta que pudiera atenderles.

—¿Nos?

Portia se percató de que se estaba enredando en una conversación, y la conversación era peligrosa.

—¿Nos? —repitió él con suavidad.

—Yo, diez robustos hermanos y tres sirvientes —declaró alzando la barbilla—. Todos han salido en este momento.

—¿Sólo tres criados? —preguntó arrastrando las palabras—. Qué miseria. Necesito sólo esos para que me tiendan la ropa por la mañana.

Ella no estaba del todo segura de que bromeara.

—No permitiré dócilmente que hagáis lo que queráis aquí, señor Malloren.

—Milord —corrigió con tono amistoso, avanzando un poco más—. Lord Arcenbryght Malloren. Un nombre absurdo, pero el mío.

Portia fue consciente de un impulso embarazoso a quedarse boquiabierta y a la vez a hacerse a un lado sigilosamente, pero contraatacó.

—Vuestro rango no excusa vuestra villanía, milord.

—Cierto. —La enjauló colocando una mano en la pared a cada lado de su cabeza—. Pero hace que sea mucho menos probable que me lleven ante los magistrados por mis pecados, ¿no es cierto? —La altura de él la obligó a ladear la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, y el cuello le dolió mientras observaba cómo bajaba él los labios hacia ella. Su corazón latía con fuerza y estaba empezando a marearse. Maldito, maldito, maldito fuera…

—De modo que, mignonne —susurró a escasos centímetros de los labios de ella—, ¿por qué no permitirme simplemente alguna travesura?

Portia admitió por fin que estaba totalmente dominada. Era un lord, un vividor, un hombre grande, desalmado, resuelto a conseguir su objetivo. Se agachó para apartarse de él, y él la dejó ir, dedicándole una mueca demasiado sabedora.

¡Que las diez maldiciones de Egipto cayeran sobre su cabeza!

Portia hizo acopio de lo que le quedaba de dignidad y señaló con desdén la chimenea vacía y su sencillo faldón de madera.

—Proceded, milord, estoy impaciente por veros sacar documentos del aire. ¿Sois tal vez un mago?

—Tal vez lo sea. —Se adelantó y en vez de mirar en el hogar vacío o por la chimenea cubierta de hollín, inspeccionó el lugar donde la madera se unía a la pared de yeso. Portia no pudo resistirla tentación de acercarse más para ver qué estaba haciendo.

Estaba husmeando en el espacio entre la madera y la pared, pero de pronto él soltó una maldición y se chupó el dedo.

—Oh, cielos —dijo ella con falsa lástima—. ¿Os habéis doblado una uña, milord?

La mirada que él le lanzó le hizo decidir que era preferible controlar su lengua insolente.

—¿De verdad hay algo ahí detrás, milord? —preguntó con más moderación.

—Sí, señorita Curiosidad, de verdad lo hay. —Buscó en su bolsillos su cortaplumas y lo empleó para ocuparse del problema—. De modo que sois invitados, ¿no? Pensaba que el conde sería mejor anfitrión. La ausencia de sirvientes, muebles y calor parece ser notable.

—Las otras habitaciones están amuebladas de manera convencional.

—¿Y el calor y los sirvientes? Ah, lo olvidé. Los sirvientes están fuera, con vuestros diez robustos hermanos.

—Exactamente. Y yo prefiero las temperaturas frías. Son más sanas. —Se cruzó de brazos, anheló sus chales e intentó no tiritar.

—Debéis perdonarme si no creo ni una palabra de lo que decís, Hipólita. Dudo que sea asunto mío, de todos modos. De hecho, si queréis saquear la propiedad de Walgrave, contáis con mi bendición.

Portia tuvo la sensación de que el pelo se le ponía de punta a causa de la furia.

—¿Cómo os atrevéis a sugerir…?

Pero él no le estaba prestando atención.

—Ah —dijo, y empezó a sacar con sigilo un papel doblado. Lo sacó meneándolo con la punta del cortaplumas hasta que pudo agarrarlo, luego se plantó ante ella para sostenerlo con gesto bromista.

—¡Abracadabra!

La mofa fue la última gota. Portia lo arrebató de un tirón de su flojo asimiento y salió corriendo. Él la atrapó por la parte posterior del vestido y tiró de ella con fuerza contra su cuerpo, arrancándole el papel de la mano.

—Muy insensato —dijo.

Portia lo sabía ya que ya no había ni asomo de humor en la voz de él. La tenía rodeada con un brazo sin dejarle escapatoria, y el papel doblado estaba delante de su rostro. Estaba tan fuertemente perfumado con Attar de Rosas que apartó la cabeza a causa del olor.

—¿No es de vuestro gusto el perfume? —Lo dijo con buen ánimo, pero nada la convenció de que él estuviera de buen humor.

—Es un poco empalagoso, milord.

—Una dama de virtud y discreción, ¿diríais?

—Difícilmente.

—Pero esta carta podría estar dirigida a una amiga, para comentar los últimos vestidos.

—¿Lo está?

—Me temo que no. —Su tono sonó casi contemplativo.

Su brazo era una prisión tan segura como barras de hierro, pero Portia se estaba relajando. Una vez más, no sentía amenaza directa en él, y de hecho encontraba este extraño abrazo casi reconfortante. Era duro ser pequeña, mujer y responsable de todo. ¿Cómo sería tener un hombre fuerte a las órdenes de una?

Qué insensatez. ¿Qué sentido tenía confiar en los hombres si eran capaces de perder el techo que les daba cobijo en inversiones alocadas o al volver un naipe hacia arriba? Como había hecho su padre, para luego pegarse un tiro. Como había hecho su hermanastro, dejándoles en esta delicada situación.

Portia empujó contra la presión que hacía él.

—Dejadme ir, milord. Tenéis lo que habéis venido a buscar, y yo no puedo impedir que os lo llevéis.

—Me alegro de que por fin lo entendáis. —Aflojó el brazo y ella se liberó con un empujón. Se volvió para observarle.

Comprobó que ella estaba en lo cierto. El alegre humor que le había caracterizado durante su encuentro estaba ensombrecido ahora por otra cosa, y la manera en que miraba los papeles en su mano era intranquilizadora. Sorprendentemente, sintió una especie de ternura, un deseo de consolar a alguien que sufría.

¿Sufría?

—¿No son los papeles que vinisteis a buscar? —preguntó.

Sus ojos se alzaron fugaces para mirarla y luego volvió a los papeles.

—¿Creéis que hay una colección de cartas de amor perfumadas detrás de la chimenea? ¡Qué idea tan fascinante! Supongo que debería examinar mejor este lugar… —De todos modos, no hizo ningún movimiento, sino que siguió pasando los papeles contemplativamente entre sus largos dedos—. Sería una pena marcharse con tan solo una lista de la lavandería apretujada ahí para tapar un agujero, ¿cierto?

Portia se cruzó de brazos con gesto remilgado.

—Eso, milord, no es una lista de la lavandería.

—Reconocéis la letra, ¿verdad? Qué cosa, Hipólita. Sí, desde luego, espero que sea una abrasadora carta de amor, y además que tenga que ver con un amor ilícito, más que con uno consagrado. —Estaba hablando con tono superficial, pero no había nada veleidoso en él. Su aspecto era sombrío, y estaba recogido con concentración peligrosa. Aunque Portia no percibía que aquello supusiera alguna amenaza directa para ella, sintió un escalofrío.

Estaban allí de pie, helados en el silencio teñido de gris durante lo que pareció una eternidad, pero entonces él desdobló el papel y lo orientó hacia la luz de la luna.

Ella vio que le cambiaba el rostro.

Bajo aquella luz de luna no tenía otro remedio que aparecer pálido, pero sus rasgos se tensaron como si leyera malas noticias. Portia dejó a un lado los antagonismos y se adelantó para poner una mano amable sobre su manga.

—Milord, ¿qué sucede?

Él la cogió por la parte delantera del vestido.

—Es hora de ocuparnos de vuestros secretos, Hipólita. ¿Quién sois, y qué estáis haciendo aquí?

—¡Soy invitada del conde! —Su voz surgió con un chillido, finalmente se ahogó de puro terror.

El la empujó hacia atrás, hasta dejarla de espaldas contra la pared.

—Sin criados. Sin luces. Una pistola y un interés de mil demonios en estos papeles. Probad con otra cosa.

—¡Hay una vela en mi habitación!

—¿Y la pistola? —inquirió él con incredulidad llena de sarcasmo.

—¡He oído que alguien irrumpía en la casa!

—¿Y bajasteis de inmediato para plantar cara al ladrón? ¿Qué dama de buena cuna se comportaría de ese modo? —Pero el aterrador acceso de rabia se estaba controlando—. Vuestro nombre, Hipólita.

Le daría lo que fuera para librarse de él.

—Portia St. Claire.

No sirvió. Se quedó mirándola, una nueva pasión florecía tras sus ojos.

—¿St. Claire? —repitió con calma como una maldición—. No es de extrañar que estéis tan ansiosa por apoderaros de esta carta. —Su repentina sonrisa era

tan agradable como una fétida cloaca—. ¿Qué, me pregunto, estáis dispuesta a dar a cambio?

Portia intentó empujar hacia atrás contra el sólido yeso de la pared para alejarse de su crueldad.

—Nada. Nada en absoluto.

—¿No? Pero la carta es muy perjudicial. ¿Queréis una prueba? —Sujetándola con una mano, desdobló la carta con un movimiento—. Está dirigida a Hércules de parte de Desirée. Escuchad lo que escribe. «Pienso en vuestra poderosa verga en mi funda de satén, y el Débil Ted piensa que gimo por él. Cuando nos encontramos la pasada semana en el teatro, llevaba vuestro pañuelo entre mis piernas…»

Portia presionó contra la mano de él que la refrenaba.

—¡Dejadlo!

Se detuvo.

—Creo que Desirée esperaría que intentarais con más empeño recuperarla de mí, Portia St. Claire.

—¡No conozco a ninguna Desirée!

—Vamos, vamos. Sabemos que no es su nombre verdadero.

—¡Verdadero o no, no lo conozco! —Forcejeó contra su asimiento—. Dejadme ir. ¡Por favor! —Portia detestaba la súplica en su voz, pero se postraría para escapar. El miedo le atragantaba, y su corazón latía con tal aceleración que podría explotar. Nunca antes se había enfrentado a alguien tan lleno de rabia violenta—. Coged vuestra carta y marchad —susurró.

Con el rostro de espaldas a la larga ventana, el rostro de él quedaba ensombrecido.

—¿Estáis dispuesta a dejarme marchar con esto sin oponeros?

—Sí. ¡Sí!

—¿Entonces por qué intentasteis arrebatármela?

Al no recibir respuesta, la sacudió.

—¿Por qué?

—¡Sólo para deteneros! —soltó un jadeo.

La soltó abruptamente.

—Me asombra que hayáis sobrevivido hasta vuestra actual edad, señorita St. Claire.

Portia se escabulló de aquel hombre enloquecido.

—Sólo tengo veinticinco años.

—Os hacía más joven, tanto por vuestro aspecto como por vuestra conducta. —De todos modos, el deje cortante de peligro había desaparecido, y él parecía divertido en gran medida—. Decid a Desirée ,cuando le comuniquéis vuestro informe, que Bryght Malloren tiene su carta, y que contactará con ella para discutir el pago.

Portia enderezó la columna y le lanzó una mirada iracunda.

—¡Os digo que no conozco a ninguna Desirée! ¡Estáis loco, milord!

Él se limitó a alzar una ceja y se dio media vuelta para marcharse, agachándose para coger su capa al pasar. Portia no protestó más, pero rezó de todo corazón para que nada interfiriera en su marcha.

Algo lo hizo.

Su joven hermano Oliver entró, con una vela en la mano. La oscilante luz dorada resultó impactante después de tanto rato de plata y sombra.

—¿Portia? ¿Qué estás haciendo aquí a oscuras? —Se detuvo—. ¿Quién sois, señor?

—Un ladrón —dijo Bryght Malloren de forma cortante. Volvió a mirar a Portia—. ¿Los otros hermanos robustos y los criados?

—Marchad de una vez, milord —replicó Portia. Oliver sólo era una pulgada más alto que ella y no era rival para este Malloren.

Oliver, no obstante, no parecía consciente del peligro.

—¿Ladrón? —preguntó? ¿Milord? ¿Criados? ¿Qué diantres estaba pasando aquí? —¡Me daréis una explicación, señor! Con su mano libre buscó su espada.

—Oh, diantres. —Y Bryght Malloren le arrancó a Oliver la vela de la mano y le dejó inconsciente de un puñetazo.

Portia soltó un grito y corrió hacia delante. Se detuvo cuando el intruso se volvió hacia ella con rasgos demoniacos a la luz de la vela.

—Cuando el gallito recupere el sentido, decidle quién soy. Como Malloren podría aplastarlo como una cucaracha. Como espadachín, sospecho que podría matarlo con una mano atada a la espalda. Y mi conciencia no se inquietaría mucho por haber matado a un St. Claire.

Portia formó puños con sus manos.

—¡Salid de aquí, sinvergüenza arrogante!

No hizo ningún movimiento para marcharse, en vez de ello la miró de arriba abajo con frialdad.

—Mejoráis con la luz, Hipólita, pero necesitáis aprender discreción. ¿De veras queréis otra batalla conmigo?

—Lo que me gustaría es tener todavía una pistola. Esta vez no vacilaría. ¡Idos!

Él se acercó a ella, luego se detuvo.

—Lágrimas de amazona —dijo en voz baja—. Ahora veo un arma con la que derrotar a cualquier hombre. —Con una inclinación irónica de cabeza, se volvió y salió majestuosamente de la habitación.

Portia no había sido consciente hasta entonces de que estaba llorando.

Lágrimas de rabia, se tranquilizó, frotándose la evidencia de sus mejillas. Por todos los cielos, hablaba en serio. Si aún tuviera un arma cargada dispararía contra aquel bribón en ese mismo instante.

Echó un vistazo a su hermano, que se movía un poco, luego corrió hasta el rellano para asegurarse de que el intruso de verdad se iba. Llegó allí justo cuando la puerta se cerraba de golpe tras él.

—Y buen viaje —murmuró. Dios quisiera que no volviera a ver a aquel hombre nunca más

Capítulo 2

Oyó un gemido y corrió de nuevo al lado de Oliver, quien se palpaba con cuidado la mandíbula.

—Por todos los diablos. ¿Quién era ése? ¿Y qué demontre estabas haciendo recibiendo a un hombre aquí?

—¿Recibiendo? ¡El muy canalla entró a la fuerza! Oliver se incorporó tambaleante y volvió a colocarse bien su peluca empolvada.

—¿Que entró a la fuerza? ¿Por qué? No hay nada de valor aquí. Al menos no para un hombre como ése. —Entonces volvió a llevar la mano a su espada—. Pardiez, pero obtendré una satisfacción de él sólo con que me entere de quién es.

—Lord Arcenbryght Malloren es el nombre que dio. La mano de Oliver se cayó de la espada, y se quedó mirando a su hermana como si hubiera anunciado que la plaga había llegado a Maidenhead.

—¡Un Malloren!

—¿Le conoces?

—¿Un Malloren? Por supuesto que no. —Estaba mirando aturdido a su alrededor, notando aún los efectos de aquel golpe cruel. Portia le cogió del brazo y le dirigió hasta las escaleras.

—Vino meramente a recuperar una carta que alguien había dejado aquí. ¿Por qué no bajamos a la cocina? Se está más caliente, y creo que queda un poco de café en el hornillo.

Cuando se hallaban en las escaleras y Oliver dio muestras de encontrarse en mejor estado, Portia dijo:

—Habíame de los Malloren.

—Rothgar —manifestó como si fuera una explicación por sí sola.

—¿Qué es Rothgar?

Pero se hallaban en el vestíbulo entonces y los residuos de yeso crujieron bajo sus pies. Oliver recogió la pistola caída y miró la señal en el techo.

—¿Por qué diantre disparó una pistola aquí?

—Fui yo —dijo Portia para tranquilizarle, obligándole a seguir—. Me desconcerté. Por suerte, no le alcancé. Oliver volvió a mirar el techo.

—A menos que volara, Portia, ni te habrías acercado. Portia decidió no dar más pistas a Oliver sobre las circunstancias exactas. Aunque era más joven que ella, se tomaba en serio su posición de cabeza de familia. No obstante, sospechaba que si se enfrentaba a Bryght Malloren los resultados serían desastrosos.

El riesgo de que aquello sucediera era escaso. Cuando Oliver se desplomó sobre una silla junto a la mesa de la cocina, hundió la cabeza en sus manos.

—Bryght Malloren. Que se vaya al infierno. Lo último que necesitamos ahora es estar en el bando equivocado según los Malloren.

—¿Quiénes son? Oliver alzó la vista.

—¿Los Malloren? Son una de las grandes familias. Rica y poderosa, con relaciones que atraviesan toda la sociedad como la putrefacción avanza por la madera.

Portia puso dos tazas sobre la mesa.

—¿Entonces por qué un hombre así iba a meterse en esta casa?

—Es sabido que a veces son ellos mismos quienes hacen el trabajo sucio.

—¿Trabajo sucio? Consigues que suene como si se trataran de criminales. Aunque tengo que decir que el hombre actuaba como si lo fuera.

Oliver hizo una mueca.

—La gente como los Malloren puede hacer casi lo que les plazca. El intruso había dado a entender algo así. Portia deseó poder llevar a cierto Malloren ante los jueces por sus crímenes. Le gustaría verle encadenado. No obstante, su mente se sintió reacia a la idea de verle en la horca. No, no quería ir tan lejos.

Puso azúcar y un tarro de nata en la mesa.

—¿A qué te referías con Rothgar?

—El marqués de Rothgar. Es el jefe de la prole. Portia regresó al horno para buscar la cafetera.

—He leído el nombre en los boletines de noticias. Lord Rothgar adopta unas posiciones interesantes en la Cámara.

—Sin duda las que sirven a sus propios intereses. Es un personaje desalmado a decir de todos. Bryght es un jugador.

Portia se paralizó mientras levantaba la pesada tetera.

Un jugador.

Tuvo que volver a bajar la cafetera otra vez por unos instantes.

Un jugador. La pesadilla de su existencia.

El mundo entero parecía plagado de una adicción demente a los juegos de azar. Antes de que ella naciera, por lo visto su padre había sido un jugador. Después de casarse se había «reformado» pero, en vez de buscar un trabajo honrado, se había dedicado a las inversiones:

negocios arriesgados que prometían beneficios cuantiosos.

Lo había perdido todo y se quitó la vida de un tiro.

Puesto que ella no era más que una niña pequeña, Portia no tenía recuerdos de aquel suceso. No obstante, había oído hablar de él con frecuencia, especialmente cuando su madre quería advertirle contra cualquier tipo de riesgo.

«No seas como tu padre, Portia, siempre pensando que sois más listos que los demás, que ganaréis contra todo pronóstico. Acepta lo que el Señor nos ofrece.»

Portia tuvo un repentino recuerdo de aquel Malloren preguntándole si siempre luchaba en desventaja. ¿Cómo la había conocido de una manera tan rápida y efectiva?

Era cierto que no le gustaba «aceptar lo que el Señor nos ofrece» y parecía impulsada a luchar contra el destino. A menudo, su madre y su padrastro le causaban irritación por su aceptación, su falta de deseo de aprovechar algún tipo de cambio.

Ahora comprendía que debería haberse sentido agradecida.

Oliver también era arriscado como ella. Le gustaban los deportes peligrosos y duros, había querido alistarse en el ejército. Cuando el desconsuelo de su madre le negó esta opción, se había dedicado a jugar y había perdido su dinero, y tal vez su hogar. Si no conseguía cinco mil guineas en cuestión de semanas, perderían Overstead Manor para siempre.

Bryght Malloren era del mismo tipo, por lo visto, aunque no era un joven insensato como Oliver. Él era un hombre maduro, sumido en el vicio. ¿Por qué la inquietaba todo aquello a ella?, pues no lo sabía.

Portia lanzó una mirada penetrante a su hermano. ¿Había jugado Oliver contra lord Bryght? ¿Acaso aquel hombre no sólo había invadido su hogar y la había atacado, sino que les había quitado su vida y su hogar simplemente lanzando los dados?

Encontró fuerzas para levantar la cafetera y la dejó caer pesadamente sobre la mesa de madera.

—¿Conoces bien a lord Arcenbryght? —preguntó, aunque quería decir «¿Has jugado con él?».

Oliver se quedó boquiabierto.

—¿Un Malloren? Está mucho más allá de mis posibilidades, querida mía. Ni siquiera le reconocí con esta luz. Pero todo el mundo ha oído hablar de ellos.

—¿Qué es lo que ha oído todo el mundo?

—Que son ricos, poderosos, y que no permiten que nadie se entrometa en su camino.

Portia se sentó enfrente de su hermano.

—Si son tan ricos, ¿por qué uno de ellos iba a ser un tahúr? Oliver suspiró con exasperación.

—He intentado explicártelo, Portia. Todo el mundo juega. El rey juega, la reina juega, los ministros de la Corona juegan. ¡Incluso los obispos juegan! Y todo hombre que quiera llamarse hombre juega.

—Pero, ¿por qué?

Desde que Oliver había regresado a Overstead con las noticias desoladoras de que había perdido la finca jugando, Portia no había dejado de hacer preguntas. ¿Por qué un ser humano razonable lo arriesgaba todo a una carta que se volvía hacia arriba o a un dado que se hacía rodar?

Oliver se sirvió un poco de café.

—¿Qué puedo decir? Un hombre tiene que jugar, Portia, si no pensarán que es un tipo de lo más raro. Es señal de coraje, para empezar, de valor. No jugar es tacharse de criatura tímida, inútil.

—Si el hecho de no jugar fuera algo poco en boga e impopular, entonces eso requeriría valor, ¿no es cierto? Oliver sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Es cosa de hombres, supongo, aunque muchas mujeres juegan.

—Me parece que sus maridos pondrán fin enseguida a eso.

—¿Por qué, si ellos también juegan?

—Pero ¿por qué? —preguntó ella otra vez.

—Es emocionante —contestó simplemente.

—¿Emocionante? ¿Cómo puede ser emocionante perder dinero?

—Es emocionante ganar —señaló—. Vamos, Portia. No te pega ser tan remilgada. ¿Recuerdas la noche que saliste por la ventana para reunirte con Fort y poder pillar a los hermanos Bollard robando furtivamente? Fue estúpido, pero apostaría cualquier cosa a que fue emocionante.

A Portia no le gustaba que le echaran en cara sus locuras de juventud.

—No creo que fuera lo mismo.

—¡Pues lo es! —Se inclinó hacia delante y se le iluminó la mirada—. La emoción de esa aventura era el riesgo. El riesgo de romperte el cuello. El riesgo de unos azotes. ¡El riesgo de que los hermanos Bollard os avistaran y quisieran matar a los testigos! Es lo mismo en las mesas de juego, Portia. Es excitante arriesgarse y sobrevivir. ¡Cuanto mayor el riesgo, mayor la emoción! Pone a prueba la entereza de un hombre. Le hace cobrar vida... —Pero entonces se percató de lo que estaba diciendo y volvió a hundirse en la silla—. Pero yo ya lo he dejado. Te doy mi palabra, cielo.

Las manos de Portia temblaban levemente mientras se servía café. Oliver no dejaba de prometer que nunca volvería a jugar, pero a veces ella lo ponía en duda. Hablaba del juego casi como un hombre enamorado, enamorado de la emoción viciada del azar.

—Sin duda hay otras maneras de poner a prueba tu entereza, Oliver.

—Supongo que sí. —Le lanzó una rápida mirada—. El ejército, por ejemplo.

—¡Oliver, sabes que a mamá le destrozarías el corazón!

—Maldición, Portia, no es de sorprender que me echara al juego. Lo único que me dejáis hacer es ponerme la ropa de montar y cabalgar por el campo.

—Podrías gestionar la finca.

—Vaya aburrimiento, y tú lo haces mucho mejor que yo. Pero supongo que la vida será lo bastante excitante a partir de ahora. —Le dirigió una sonrisa astuta—. Para empezar, tengo que retar a un Malloren.

—¡No! —exclamó Portia—. No seas tan insensato.

—Me dio un puñetazo, Portia.

Portia había olvidado aquello. Había estado pensando en la manera en que aquel hombre la trató a ella.

—Pero sólo por eso no hace falta que te enfrentes a él.

—Tal vez no, sobre todo si no vuelvo a encontrarme con él. Lo cual es lo más probable, tal y como están las cosas. De hecho, espero que no le enfadaras. No necesitamos sumar a nuestros problemas la enemistad de los Malloren.

Portia no hizo ningún comentario. Había plantado cara a lord Bryght y había intentado dispararle, pero él no se había mostrado furioso hasta que encontró la carta y ella le dijo su nombre. Cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía.

Sacó un poco de azúcar del cucurucho y lo removió en el oscuro café con aire pensativo.

—Dio muestras de reconocer el nombre St. Claire. ¿Se te ocurre por qué?

Oliver sacudió la cabeza.

—Supongo que podría conocer a la familia de tu padre. Tu tío, al fin y al cabo, es lord Felsham, aunque se trata de una nobleza ciertamente menor.

El padre de Portia había sido el tercer hijo de lord Felsham. Tras su muerte, la madre de Portia se había casado con sir Edward Upcott y tuvo más hijos, dos de los cuales habían sobrevivido: Oliver y Prudence. La guapa Prudence, quien tenía dieciséis años y esperanzas de

una buena boda, antes de que su hermano la dejara en la miseria. Portia abandonó aquellos pensamientos.

Tenía que haber una manera de salvar su hogar y su futuro.

—Por lo que yo sé, lord Felsham es alguien insignificante —dijo—. Tengo un tío que es obispo en Nantwich, pero aún tendría menos interés para estos Malloren. —Hizo una mueca—. Pero supongo que podría haber una enemistad de sangre de la que yo no tenga noticias. Los St. Claire nunca aprobaron que mi padre se casara con la hija de un fabricante de medias. No teníamos contacto con ellos. Supongo que podríamos enterarnos de si podrían ayudarnos ahora...

—Lo dudo, Portia. Lord Felsham tendría que ser todo un ricachón para estar en disposición de poder darme cinco mil guineas sin que le importara.

Portia suspiró. Cinco mil guineas. El precio de su vida, y la vida de su familia. Costaba mucho creer que se hallaran en tal aprieto.

Todo había empezado con la muerte del padre de Oliver. Sir Edward había sido un hacendado honesto, pero con tendencia a entregarse a las viandas exquisitas y el vino de Oporto. Un día se levantó de la cama quejándose de indigestión y cayó muerto.

Había sido una terrible conmoción para toda la familia, pero nadie

había esperado que la tragedia tuviera un efecto tan drástico sobre sus vidas. Oliver heredó el título de baronet, pero, puesto que sólo tenía veintiún años, nadie contaba con que la situación cambiara con la llegada de una esposa a Overstead.

No obstante, Oliver siempre había sido un joven nervioso e incapaz de amoldarse a la vida campestre. Había retomado la idea de alistarse en el ejército. Cuando su familia protestó —Hannah y Prudence acompañando sus súplicas de lágrimas— se había ido a Londres «para ver un poco de mundo».

Portia recordaba que todos ellos se habían sentido inmensamente aliviados al tenerle entretenido en una actividad tan segura. Por supuesto, se imaginaban a Oliver en galerías de pintura, asistiendo a la corte y conociendo a filósofos y escritores en los cafés.

No obstante, en vez de las especulaciones intelectuales, Oliver se vio arrastrado por otras menos elevadas. Pronto estuvo pasando todo el tiempo en clubes y garitos de juego, tanto ganando como perdiendo. Luego llegó la noche desastrosa en la que apostó Overstead y la perdió ante un tal mayor Barclay.

El mayor Barclay aparecía ahora en las pesadillas de Portia: un individuo banal, de aspecto sospechoso, con mirada recelosa y una mueca demoníaca. Y, por supuesto, tenía que ser un embaucador y un tramposo.

Puesto que era un tipo de mentalidad vil, el interés del mayor por esta pequeña finca en Dorset era escaso. Quería dinero en efectivo y había permitido a Oliver recuperar la propiedad a cambio de cinco mil guineas. De todos modos, Oliver no había conseguido convencer al banco de Shaftesbury de que le prestaran tal cantidad por la finca.

Maldito el mayor, y malditos los banqueros.

Portia deseó haber podido asistir a la reunión con el banco, pero por supuesto era impensable que una mujer tomara parte en tales empresas, aunque la mujer supiera más de la finca que el hombre.

Pero ella había ayudado a sir Edward en la gestión de la finca y sabía que ésta podía soportar el préstamo.
— Cuando el banco rechazó la solicitud, Oliver sintió la tentación de abandonar y volvió a hablar de alistarse. Estaba seguro de que podría ganar algún ascenso y ser capaz de mantener a su familia en condiciones modestas.

Portia, sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse con tal facilidad. Como último resorte, había sugerido pedir asesoramiento a su vecino, el gran conde de Walgrave, con la esperanza de que éste, por

supuesto, adelantara el dinero a su hermano, pues aparte de ser un hombre muy rico, también era el padrino de Oliven Por desgracia, el conde no se hallaba en su propiedad, Walgrave Towers.

De nuevo, Oliver se había sentido tentado de renunciar y prepararse para ceder la finca a Barclay. Portia había seguido luchando. Había descubierto que el conde estaba en Maidenhead y prácticamente arrastró a Oliver hasta allí. Fue una mala suerte terrible que llegaran a esta casa alquilada justo cuando el conde estaba a punto de marcharse. Les había ordenado quedarse allí hasta que tuviera tiempo de ocuparse de aquellos asuntos.

Aunque sonaba prometedor, ya habían pasado dos días sin ninguna noticia, de modo que Oliver había salido esta noche en busca de información. Seguro que había descubierto algo.

—¿Encontraste a lord Walgrave? —preguntó Portia.
Él sacudió la cabeza.

—Parece que se ha marchado de Maidenhead y se ha llevado su séquito con él. Enfrentémonos a los hechos, Portia. Está dándonos la espalda. Es inútil.

Portia se estiró para cogerle la mano.

—No puedes rendirte, así sin más, Oliver. Todavía tienes un mes para encontrar el dinero.
Él se rió con amargura.

—¿Dónde?

—¡Oh, Oliver, tenemos que seguir intentándolo! Tal vez podamos seguir al conde. ¿Adonde ha ido?

—Nadie lo sabe. ¡Por el amor de Dios, Portia, no podemos ir persiguiéndole como perros sabuesos tras su rastro! ¿Nunca sabes cuando estás derrotada? Si lord Walgrave hubiera querido ayudarnos, lo habría hecho.

—Está claro que estaba muy atareado…

—Y siempre lo estará.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.
Oliver vació su taza.

—Si lo hay, tendrás que descubrirlo tú, porque yo no tengo ninguna respuesta. La única manera que veo de juntar suficiente dinero es acudir a prestamistas, y el interés que nos cobrarán nos dejará arruinados de todos modos.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Volvemos a casa y nos preparamos para entregarlo todo al mayor Barclay?

—¿Qué opción tenemos?

Portia le miró fijamente.

—Podemos ir tras el conde como sabuesos tras su rastro.

—¡Portia!

—Oliver, no renunciaré hasta el final. Esperaremos unos pocos días más por si acaso lord Walgrave nos envía algún mensaje. Pero si no, voy a ir a Londres a buscar noticias de él. Si no vienes, iré por mi cuenta.

Oliver no estaba nada contento con el plan, y a Portia casi le llevó una semana conseguir que accediera. Seguía discutiendo todavía mientras esperaban en el patio de la posada a que la London Fiy hiciera entrada.

—Nuestra madre va sufrir un ataque sólo de imaginarte en la perversa ciudad, sólo conmigo para escoltarte.

—De cualquier modo, no podrá hacer mucho —dijo Portia con firmeza—. Y además, confío en volver a casa triunfante antes de que mamá se entere de que hemos dejado Maidenhead. Sin duda, sólo requerirá un momento del tiempo del conde solventar este asunto, y con noticias tan buenas, mamá nos perdonará.

—Si es que él está allí —replicó Oliver con desánimo, pero subió a la diligencia sin más protestas.

Portia pasó el viaje de seis horas planeando la mejor manera de abordar al conde. Era uno de esos puritanos a la antigua usanza, y no prestaría atención a las palabras de una mujer a menos que suplicara misericordia de forma lastimosa. No era el estilo de Portia, pero si lo dejaba en manos de Oliver, no estaba segura de que él saliera airoso.

Para cuando llegaron a la ciudad, había decidido que tendría que acompañar a Oliver a la casa del conde. Decidió esforzarse todo lo necesario para comportarse como una tranquila dama de modales comedidos mientras estuviera allí. Tal vez incluso pudiera soltar unas lagrimitas…

Aquello le recordó a Bryght Malloren. ¿Cómo había sabido que ella no lloraba? ¿Cómo había sabido que detestaba rendirse?

En verdad, el muy puñetero tenía una manera alarmante de introducirse en su mente. Aunque le bloqueara el acceso a sus pensamientos conscientes, él invadía sus sueños. Era una ridiculez. No era más que un tahúr y un sinvergüenza.

Pero aún se recordaba debajo de él, recordaba los labios de él sobre los suyos. Hubo momentos licenciosos en los que deseó no haberse quedado impasible y haber experimentado el beso en toda su magnitud.

Tenía veinticinco años y, aunque la habían cortejado, sus pretendientes se habían comportado siempre correctamente. Nunca la habían besado de ese modo. De pronto, aquello parecía un gran vacío en su educación. Y pese a la perversión de él, sospechaba que Bryght Malloren sería un maestro excelente.

Pero, la verdad, su madre tenía razón cuando afirmaba que la sangre St. Claire inclinaba a su hija a cometer disparates. Portia sacudió la cabeza para expulsar aquellos pensamientos de la mente, lo que provocó que Oliver le preguntara si tenía dolor de cabeza.

Era una excusa tan buena como otra cualquiera, pero era el corazón lo que le dolía, no la cabeza. Aquello era prueba de una grave inestabilidad mental. Portia sabía que su destino era ser una solterona:

era demasiado baja, demasiado delgada, demasiado franca y con el pelo rojo y cubierta de pecas.

Mientras las casitas y huertos diseminados se convertían en la aglomeración de viviendas y calles bulliciosas de Londres, Portia se esforzó por combatir su atracción demente hacia un extraño de noble cuna.

Cuando finalmente descendió de la diligencia en el patio del Swan, había ganado la batalla. Al fin y al cabo, aunque algún hombre apropiado para ella se ofreciera ahora mismo en matrimonio, no podía aceptarlo. La necesitaban en Overstead. Ella y Oliver iban a tener que llevar una vida tranquila y trabajar duro durante muchos años si tenían que pagar el préstamo que el conde les iba a hacer.

Portia había esperado que Londres fuera grandioso y excitante, pero esta parte de la ciudad ciertamente no lo era. En cuanto se aventuraron a salir del patio de la posada, deseó encontrarse a salvo en el campo. Londres estaba abarrotado y era muy ruidoso, y las cloacas claramente eran insuficientes para su propósito, ya que el lugar apestaba.

Y la ciudad estaba flagelada por el vicio.

Una pareja rodaba por el suelo borracha, y aún no había oscurecido. Vio a una mujer con harapos apoyada contra una pared, a la que un hombre vestido igualmente con harapos hacía propuestas. La transacción que se estaba llevando a cabo era inequívoca, pero la suma implicada debía de ser de peniques.

Qué horrible.

No tardó en descubrir que Londres era caro casi para todo excepto para las putas y la ginebra. Gracias a Dios, su intención sólo era quedarse poco más de unos días, ya que su pequeña bolsa de guineas no duraría mucho aquí.

Oliver quería buscar habitaciones en la parte elegante de la ciudad, donde había estado instalado antes. Portia echó por tierra ese plan y encontró un aposento barato en los arrabales, en Dresden Street, en Clerkenweil. Cogieron dos habitaciones y un salón por dos guineas al mes, pero tenían que pagar diez chelines adicionales a la semana por un fuego diario en el salón, algo necesario en diciembre.

Portia echó una ojeada a las sencillas habitaciones.

—Es una cantidad de dinero disparatada para un alojamiento tan precario.

—Te lo aseguro, Portia, vivimos muy humildemente. —Su hermano no pudo contener el desdén en su voz.

—No podemos permitirnos malgastar ningún dinero, Oliven Él se ruborizó a causa del sentimiento de culpa.

—Oh, lo sé, lo sé. Lo siento. Pero no sé cómo recibiré a los amigos en un alojamiento así…

—No estamos aquí para reuniones sociales.

Oliver empujó suavemente un mesa desvencijada y rallada.

—He estado pensando que, si el conde no nos deja dinero, tengo amigos aquí. Pero si quiero lograr su ayuda, tendré que reunirme con ellos y recibirles. Gracias a Dios ninguno es consciente del alcance de mis pérdidas.

—¿Crees que te evitarían si lo supieran? Entonces no son verdaderos amigos.

—No es algo tan preconcebido como eso, Portia. Es terriblemente delicado estar con un hombre que está totalmente acabado.

Y eso también era verdad. Era el motivo de que Portia y su madre estuvieran ocultando su situación en Dorset. Si obtenían un préstamo,

tal vez nadie necesitara enterarse nunca del alcance del desastre. Si no, se marcharían discretamente y sin poner a sus amigos en una situación comprometida.

Intentó llegar a un arreglo.

—Por lo que sé, en Londres, los hombres se reúnen en clubes y en cafés. Los cafés no pueden ser demasiado caros. —Y seguro que no permiten el juego, pensó—. Es mejor que te cites con tus amigos allí en vez de aquí. Pero, con suerte, no hará falta. Lo primero que haremos mañana por la mañana será ir a ver si lord Walgrave está en la ciudad.

Por lo tanto, a la mañana siguiente caminaron las dos millas hasta Abingdon Street, donde el conde tenía su propia mansión. Mientras andaban por las partes más fastuosas de Londres, Portia empezó a ver

por qué la gente pensaba que la capital era tan espléndida. Las casas aquí eran bonitas, y las calles anchas y limpias. Su ánimo empezó a recuperarse, especialmente porque se sentía segura de que la solución a todo se encontraba a tan sólo minutos de distancia.

Tomó Agingdon Street llena de optimismo, pero se detuvo llena de conmoción ante la vista de los negros escudos de armas en la puerta de la mansión Ware. Oliver y ella ascendieron por los amplios escalones y llamaron a la puerta. El lacayo que abrió llevaba una cinta negra.

—¿Quién ha muerto aquí, buen hombre? —preguntó Oliver.
El solemne lacayo les escudriñó y decidió que se merecían una respuesta.

—El propio gran conde de Walgrave, sir. Al que llamaban el Incorruptible.

—¿Muerto? —preguntó un Oliver asombrado—. Pero si hablé con él apenas hace unos días.

—Fue muy repentino, sir.

—Soy el ahijado del conde. Me gustaría presentar mis condolencias a la familia si hay alguien en la casa.

—No, señor. Pero si lo desea puede dejar un mensaje.
Les condujeron al interior de una casa grandiosa pero gélida, y luego hasta una pequeña habitación donde había disponible papel ribeteado de negro. Los dos escribieron notas de condolencia, y las dejaron para que se las hicieran llegar a la familia. Luego, a Portia le vino repentinamente una idea. Esto quería decir que el hijo mayor del conde, Fortitude Ware, ahora era lord Walgrave, y Fort era su amigo.
Se volvió al lacayo.

—El nuevo conde, ¿se halla en la ciudad?
El hombre les miró por encima del hombro, pero estaba claro que había decidido incluirles en el grupo de los privilegiados.

—No, señora. Se encuentra en las Torres para asistir a las exequias del conde. Pero se le espera de vuelta pronto.
Cuando salieron, Oliver comentó:

—Cáspita, vaya contratiempo.

Sin embargo, Portia se sentía cada vez más esperanzada.

—Pero, Oliver, no está tan mal. ¡Ahora Fort es el conde!
Oliver le miró con cierto ánimo.

—Eso es verdad, y siempre ha sido un buen tipo. Sin darse aires.

—¡Y se espera que regrese pronto a Londres! ¡Lo ves, funcionará!

—Aún no es seguro que vaya a dejarme una cantidad así, Portia.

—¡Oh, sé que lo hará! —Portia casi bailaba de alegría. Cuando doblaban la esquina, Oliver dijo:

—No es muy apropiado alegrarse de una muerte, sabes. Portia se mordió el labio.

—No, no lo es. Pero nunca sentí ningún apego hacia el viejo conde y creo de verdad que estamos salvados. Piensa tan sólo en que podríamos estar de regreso en Overstead con todo resuelto en cuestión de días.

Oliver sonrió de repente.

—Qué bien verte otra vez contenta, Portia.

—Qué bien tener motivos para estarlo. Todo va a salir bien, Oliver. ¡Te lo dije!

—Está casi arreglado, ¿verdad? Entonces tienes que ver un poco de Londres mientras esperamos, Portia. Iremos al teatro. Y si vamos a ir, deberías disponer de un nuevo vestido…

—Oliver, ¡para! —La felicidad de Portia se estaba desvaneciendo—. No da para tanto. Piensa un poco. Estás seriamente endeudado. Aunque consigamos un préstamo, habrá poco dinero durante años. Todos tendremos que vivir con gran sencillez para pagarlo.

—¡Entonces, corramos una última juerga! —contestó él irreprimiblemente.

—¡Oliver!

—Maldición, Portia. ¡No te pega ser tan mojigata! Portia se quedó mirándole y entonces él se sonrojó.

—Oh, lo siento. No es justo, pero es una verdadera pena estar en Londres tal vez por última vez en años y estar sentado en un cuartucho diminuto en Clerkenweil sin hacer nada.

Portia sabía que él no toleraba nada bien el aburrimiento.

—No hace falta que te pongas así —le tranquilizó ella—. Puedes ir a los cafés y reunirte con tus amigos. Nunca se sabe, tal vez necesites su ayuda en cierta forma.

—Eso sí es verdad —dijo su hermano animándose. La acompañó a casa y luego partió hacia el Cocoa Tree.

Portia suspiró. Hubiera preferido tenerlo atado a su lado, pero sabía que era imposible. Recogió el resto de sus pertenencias, tranquilizándose con que su hermano no podía meterse en problemas serios en un café.

No estaba del todo convencida. No había contado con estar en Londres mucho tiempo. Pese a las pocas horas que llevaba aquí, presentía el poder de la ciudad. Estaba segura de que podía ser un lugar encantador y gratificante; pero estaba igual de segura de lo maligno que llegaría a ser. No era de extrañar que Oliver se hubiera metido en tantos líos aquí.

Y ahora ella le había vuelto a traer.

Lamentó de veras no haber regresado de inmediato a Dorset, ya que con Fort allí, convertido ahora en conde, todo podría haberse solucionado. Por lo visto nunca aprendía. De todos modos, ¿cómo podría haber imaginado que el conde iba a morir? Era un hombre mayor, pero aún estaba en forma.

Tenía que admitir, no obstante, que su impetuosidad la había vuelto a llevar por el mal camino. Parecía que nunca aprendería. Su madre

le diría un par de cosas, y con razón, ya que había vuelto a poner en peligro a Oliver.

Aunque cumpliera su palabra y evitara el juego, había fulanas en cada esquina de la calle y ginebra barata por doquier. Estaba segura de que también podrían encontrarse las variantes más elegantes del tema. Portia cerró la puerta de un armario desvencijado y se dijo a sí misma que las mujeres y la bebida nunca habían sido las flaquezas de Oliver.

Estaría más tranquila cuando le viera de regreso sano y salvo en casa, así que esperó con ansiedad su vuelta.

Pero el anochecer sólo trajo a un pilluelo con una nota que decía que Oliver se hallaba cenando con unos amigos. Cenar con amigos parecía lo bastante inocente, pero Portia sintió un escalofrío de inquietud.

El escalofrío se acentuó cuando cayó la noche sobre la ciudad y Oliver ni había regresado ni había enviado otro mensaje.

Capítulo 3

Bryght Malloren holgazaneaba en un garito de juego llamado Jeremy y observaba con cierta dosis de cinismo al joven situado al otro extremo de la mesa de lansquenete. No sabía su nombre completo, pero era un St. Claire: el hermano de la amazona de bolsillo, el que Bryght había tumbado cuando fue a conseguir la carta.

Había unos cuantos aspectos de aquel encuentro que lamentaba, pero tumbar a aquel gallito no era uno de ellos. Sin duda, la vía más prudente ahora era no hacerle caso.

¿Desde cuándo un Malloren era prudente?

Debía de haber vaciado ya varias botellas de excelente clarete o probablemente habría advertido antes la presencia del joven. Por otro lado, el número insuficiente y la naturaleza humeante de las velas que ambientaban Jeremy dificultaban la visión. El aire estaba opaco a causa del humo, y cargado de olores de tensión, excitación y miedo.

Bryght se preguntaba qué demonios estaba haciendo en un garito tan inmundo. No es que necesitara desesperadamente fondos en aquel momento.

Tras una cena excelente con Andover, Bridgewater y Barclay en Dolly's Steak House, habían ido al club Savoir Paire. Allí, habían consumido una buena cantidad de vino, pero la compañía les resultaba aburrida. Fue Andover, puñetero, quien había sugerido echar un vistazo a este último garito.

Bridgewater había rechazado la propuesta, pues había dejado de interesarle este tipo de especulación, y Barclay había encontrado otros amigos. Bryght había accedido a acompañar a Andover hasta Je-

remy con la débil esperanza de que resultara ser un lugar en el que su notoria suerte fallara. No es que tuviera intención de continuar jugando allí si empezaba a perder, pero sería una nueva y agradable experiencia.

No había perdido en casi un año.

Ah, bueno, como decían, «Afortunado en amores, desafortunado en el juego». Estaba claro que lo contrario era cierto. Gracias a Nerissa St. Claire, Bryght había renunciado al amor por completo, y en las mesas de juego no podía perder.

El joven St. Claire debía de encontrarse en un estado de perfecta felicidad en lo referente a asuntos del corazón. Estaba perdiendo repetidamente.

La partida era de lansquenete con apuestas altas: una manera tonta de perder grandes cantidades de dinero. No existía ninguna habilidad implicada en volver las cartas a menos que uno hiciera trampas. A Bryght le pareció que aquel juego le iba bien en aquel momento ya que excluía la culpabilidad de ganar.

—¡Maldición! —exclamó un hombre, mirando con furia las dos cartas que había descubierto el banquero—. ¿Nunca saldrán las cartas que yo necesito? —Se levantó, se quitó la casaca y se la volvió a poner del revés—. Bien, tal vez eso sirva de algo. —Escudriñó a Bryght a través del humo—. Malloren, ¿cuál es vuestro secreto? ¡Maldición, nunca perdéis!

—Una perra —dijo Bryght arrastrando las palabras—. Búscaos una perra, Danforth.

—¿De alguna raza concreta? —preguntó ansioso lord Danforth.

—No, sólo aseguraos de que levanta la cola a cualquier chucho que se le acerque a husmear.

—¿Qué decís? Encontraré una mañana. He probado el brezo de la suerte, y los zapatos nuevos. Pero nada parece funcionar. Y bien, juguemos.

El propio Danforth había perdido más de mil, y una buena parte de aquella cantidad se hallaba delante de Bryght junto con las contribuciones de la mayoría de los demás hombres presentes. Bryght jugueteaba ociosamente con la pila de guineas y pagarés. Probablemente, Danforth podía permitirse aquella pérdida. Otros de los que estaban sentados a la mesa no. Le disgustaba ganar a quienes no debían estar jugando, pero a veces era algo inevitable. Negarse a jugar con un hombre era insultarle.

Desde esta distancia, Bryght no podía distinguir cuánto llevaba

dilapidado el hermano de la amazona de bolsillo, pero dudaba que el joven pudiera permitirse malgastar un solo penique. ¿ Qué demonios estaba haciendo en un garito comoJeremy?

No era asunto suyo, qué puñetas, se dijo, pero la culpabilidad por su comportamiento con aquella briosa joven le remordía la conciencia. Recordaba haber disfrutado del encuentro con Portia St. Claire en un principio como no disfrutaba de un encuentro con una mujer desde hacía tiempo. Para empezar, pensó sonriendo con el recuerdo, no había muchas que intentaran dispararle en el acto. O que intentaran bloquearle el camino con su cuerpo.

Su menudo cuerpo.

No era una belleza, pero el fuego en sus furiosos ojos y la firme línea de su boca le habían dejado prendado. En algunos momentos desconcertantes recordaba la energía vibrante de su cuerpo delgado luchando con él, se preguntaba cómo sería pelearse de una manera más amistosa con ella.

No tenía intención de aclarar el tema. Había tenido empacho de St. Claires, y sus objetivos maritales —si es que tenía alguno— estaban firmemente orientados a casarse por dinero. No obstante, el maltrato a una mujer valiente persistía amargamente en su mente, y le agradaría pacificar su conciencia.

Se levantó con un suspiro.

—Pero, bueno —dijo Danforth—. No os vayáis ahora, Malloren. ¡Mi suerte está a punto de cambiar!

—Entonces jugaré con vos mañana, Danforth. —Hizo una señal a un criado del club para que recogiera sus ganancias y rodeó tranquilamente la mesa hasta donde estaba sentado el joven. Pulcra peluca con un recogido en la parte posterior, elegante traje de satén y esmerado encaje. La familia aún no estaba en las últimas.

¿Sabía el nombre de pila del jovenzuelo? Hipólita se había dirigido a él por su nombre, pero no lo había retenido.

—St. Claire —dijo Bryght—. ¿Os apetece una o dos manos en privado?

El joven estaba tan enfrascado en ver qué cartas salían que no contestó. Bryght tuvo que darle un toque en el hombro. El joven alzó la vista distraídamente, luego sus ojos se abrieron.

—¡Vos!

—Sí, efectivamente soy yo. Os estoy invitando a jugar conmigo, sir. De hecho, insisto.

Los ojos del joven se desplazaron rápidamente al juego que tenía

ante él, pero luego sucumbió al deseo más fuerte y se levantó. Bryght se sintió aliviado al ver que a él aún le quedaban unas pocas guineas. Buscó una mesa para dos y pidió vino.

—¿Besigue, señor St. Claire?

—No es St. Claire. Es Upcott. Bryght alzó las cejas.

—¿Su hermana? ¿O es viuda?

—Hermanastra. Y quiero saber qué sucedió entre los dos, milord. Ella no me lo quiere contar.

Bryght tuvo que reconocer valor al jovenzuelo.

—Entonces yo mucho menos voy a revelar sus secretos.

—¡No me haréis creer que disfrutó con vuestras atenciones!

—¿Atenciones? —preguntó Bryght con amabilidad. Upcott le lanzó un mirada llena de furor, pero se resignó al silencio. Tenía un rostro apuesto, piel clara, y parecía más inteligente de lo que sugería su comportamiento. A Bryght siempre le asombraba que criaturas agradables y sensatas se vieran atrapadas en las mesas de juego.

Tal vez no fuera demasiado tarde para éste. Un sirviente trajo el vino y barajas nuevas de cartas. Bryght sirvió las copas a ambos.

—Mi querido señor Upcott... .

—Sir Oliver —corrigió el joven lacónicamente. Bryght inclinó la cabeza en gesto de disculpa.

—Mi querido sir Oliver, vuestra hermana y yo tuvimos cierto malentendido que yo lamento por completo. No quise faltarle al respeto y me disculpo de cualquier disgusto que pudiera ocasionarle. Y, por supuesto, también lamento nuestro pequeño malentendido. _

Estaba claro que sir Oliver se amilanó con esta disculpa.

—Muy bien, milord. No hablemos más de ello.

—Sois sumamente amable, señor. —Bryght le pasó una copa de vino—. Y ahora, por favor, decidme que me complaceréis con una partida. ¿Jugáis al besigue?

—Por supuesto.

Bryght lo tomó como completa conformidad y sacó de su envoltorio una de las dos barajas, que pasó al joven para que la inspeccionara y barajara. Luego cortaron para dar.

Cuando Bryght ganó, contuvo un suspiro. Su suerte estaba claramente presente en toda su fuerza. Esto no iba a ser fácil.

El besigue era un juego que requería una gran cantidad de suerte, pero también implicaba habilidad para seguir la pista de las cartas jugadas y estar al tanto de las distintas maneras de puntuar con las cartas que se tenían. Era el tipo de pericia que se le daba bien a Bryght, y tenía intención de emplear su habilidad para llenar los bolsillos del muchacho. Luego le mandaría a casa y confiaría en no volver a echarle el ojo nunca más.

Bryght tenía buen instinto para detectar los problemas, y sir Oliver y su hermana sin duda representaban problemas. Jugó la primera carta.

—Vos y vuestra hermana estáis instalados ahora en Londres, ¿no así?

Upcott fruncía el ceño centrado en las cartas, y entonces ganó la baza.

—Sí, milord. En Dresden Street.

- Bryght lo situó en la periferia más alejada del Londres respetable, lo cual confirmaba que no les sobraba el dinero.

—La muerte del conde de Walgrave debe de haber alterado vuestros planes —sondeó.
El joven se sonrojó.

—¿ Qué diantres... ? ¿ Qué os importa a vos, señor?
Bryght hizo un gesto pacificador.

—Soy un torpe. Perdonadme, por favor. —El joven tenía razón. Nada de aquello era asunto suyo. Ganó una baza con la reina de diamantes: algo singularmente estúpido en el besigue, pero, por lo visto, su oponente no lo advirtió.

Andover sí. Se había acercado a observar el juego y alzó una ceja de asombro mirando a Bryght. Este le lanzó un mensaje, y su amigo se alejó andando.

En el besigue, lo que importaban era los puntos marcados por las combinaciones en cada jugada, no las bazas ganadas. Sir Oliver conocía las normas del juego, pero no parecía demasiado consciente de las sutilezas. Si no evitaba las mesas de juego, sin duda estaba abocado a la prisión como deudor. ¿Y qué sería entonces de su hermana?

Gracias a una manera muy peculiar de jugar, Bryght consiguió que Upcott lograra llegar a los mil puntos primero.

—Ganáis, sir Oliven Tal vez podamos subir las apuestas. ¿Veinte guineas la ronda?

A Bryght no le resultó complicado elevar las apuestas, pero sí encontró sorprendentemente difícil seguir perdiendo. Por supuesto, su maldita suerte no dejaba de interferir, por ejemplo, no pudo impedir enseñar cuatro ases que le salieron en una mano. La verdad era que el joven no estaba dotado para el juego.

—Ay, probablemente sea cierto, *mon ami.* —Siguieron charlando por encima de las canciones disonantes hasta que el coche se detuvo.

—Sir Oliver —dijo Bryght interrumpiendo el coro—, ¿hemos llegado? ¿Era el número doce de Dresden Street?

Upcott escudriñó por la ventana con gran aturdimiento.

—Arriba del todo, milord, pero un alojamiento lamentable de

cualquier modo. Os invitaría a entrar, pero...Bryght descendió y sacó al joven.

—Sois amable en suma, pero es tarde, señor. Si se me permite el atrevimiento, os recomiendo que nunca más volváis a mirar las cartas o los dados. No estáis dotado para ello. —Hizo una inclinación—.Mis saludos respetuosos a vuestra hermana y todo eso.

Upcott frunció levemente el ceño lleno de perplejidad, luego asintió.

—Excelente, milord. Excelente. He disfrutado del juego. Tenemos que volver a jugar algún día. Podréis tomaros la revancha...

Bryght suspiró y le dejó para que se apañara él solo y entrara en la casa. Ordenó al conductor que les devolviera a la civilización y volvió a ocupar su asiento.

—¿Hermana?—inquirió Andover con interés.

—Sólo un encuentro fortuito.

Ahora que estaban a solas los dos, Andover estiró sus largas piernas.

—Ah. Y yo que esperaba que la Findiayson tuviera una rival.

—¿Esperabas? Qué grosero por tu parte. ¿Cómo alguna mujer podría rivalizar con la espléndida señora Findiayson?

—Ciertamente nadie puede rivalizar con su espléndida fortuna, totalmente bajo su control.

—Precisamente —dijo Bryght con sonrisa beata.

—¿Por qué diablos estás tan empeñado en una boda sustanciosa? Con tus ingresos familiares y tu suerte en las mesas de juego, seguro que no estás necesitado de dinero.

—Uno siempre está necesitado de dinero, da la impresión. Andover le miró frunciendo el ceño.

—¿De veras estás apurado? Podría prestarte... Bryght se rió.

—¿Un Malloren sin blanca? Dios santo, la cuestión es que me he metido a fondo en el proyecto de Bridgewater. Andover se estiró lleno de sorpresa.

—¿El canal? ¿Crees que es algo importante?

—¿Tú no?

—Es una locura. Es típico de Bridgewater. ¿Qué hay de malo en el transporte fluvial cuando las carreteras no sirven? Va en contra de la naturaleza, abrir una vía navegable a través del campo.

—Más bien di que conquista la naturaleza —contestó Bryght—. Las carreteras se agrietan con la escarcha, se convierten en sopa de barro con la lluvia, y en la mayoría de casos están mal conservadas. Los ríos pierden profundidad en verano, y en invierno se desbordan. Un canal está simplemente ahí, siempre en calma, listo para transportar bienes con un gasto mínimo.

—Pero, ¿y el coste de construcción?

—Diez mil guineas la milla, por lo visto. Andover se quedó boquiabierto.

—¿Cómo conseguirá Bridgewater recuperar ese tipo de costes? Le he oído decir que no iba a contentarse con ir desde sus minas de carbón hasta Manchester. Quiere continuar hasta el mar. Eso son otras veinte millas o más. Costará una fortuna.

—Ya le ha costado la suya. Ya debe más de treinta mil libras...

—Cáspita.

—...y la gente se muestra muy reacia a dejarle más dinero.

—No es sorprendente. Y tú, de hecho, le has dejado dinero.

—Todo lo que me sobra y casi todo lo que saco en las mesas de juego.

Andover volvió a echarse ruidosamente hacia atrás en el asiento.

—Me preguntaba por qué te había dado otra vez por jugar tanto.

—Miró pensativo a Bryght—. Nunca antes te había visto apoyar una empresa fracasada. Tal vez también yo debiera hacerle un préstamo.

—Tal vez, pero te digo con toda honestidad que no hay ninguna garantía en ello. Es un asunto arriesgado de verdad. Aparte de los problemas técnicos, están decidiendo sobre la marcha la manera de hacer muchas cosas, hay mucha gente que quiere verle fracasar.

—Todos los que tienen dinero metido en los proyectos de navegación fluvial, para empezar, por no hablar de los que tienen dinero en el transporte por

carretera. —Andover se mordisqueó el pulgar—.¿Sería mucho más barato el transporte por canal?

Bryght sacó su cajita de rapé y ofreció a su amigo un pellizco reparador para sus nervios.

—Inmensamente. Por carretera, un caballo puede tirar aproximadamente de una tonelada. En un canal, puede tirar de cerca de cincuenta.

La mano de Andover se detuvo cuando iba a coger el rapé.

—¿De veras puede? Eso es un buen ahorro. Bryght sonrió.

—¿Eh que sí? Bridgewater va a estar en disposición de vender carbón en Manchester y Liverpool por una fracción del precio actual, y encima sacará beneficio. Y también podrá traer artículos importados en el viaje de vuelta desde Liverpool al interior, con un ahorro igualmente inmenso. Vamos a cambiar la faz de Inglaterra y hacernos muy, muy ricos.

—O ir a la quiebra.

Bryght cerró su cajita de rapé con un chasquido.

—Es un riesgo. Pero el riesgo, como bien sabes, es lo que más me complace.

Andover parecía dar vueltas a todo el asunto en silencio, pero luego preguntó:

—¿Cómo encaja Jenny Findiayson en todo esto?

—No tengo intención de permitir que este proyecto fracase. Si nos quedamos sin dinero, me casaré con esta mujer y emplearé su dinero para continuar.

—¡Cáspita, y yo que pensaba que eras un idealista con las mujeres y el matrimonio!

—Eso era antes de que conociera a la deliciosa Nerissa.

—Ya, ha resultado ser una hermosa ramera. Da gracias al cielo de que lord Trelyn consiguiera su mano antes que tú.

—Oh, lo hago —dijo Bryght.

—Y búscate una novia mejor. Jenny Findiayson tiene toda la pinta de ser una arpía.

—Pero una. arpía ricachona. Estoy seguro de que, si fuera necesario, podría ponerla a fregar suelos en una casa venida a menos. Andover estalló en carcajadas.

—¿Puedes domarla? Caramba, Bryght, eres más valiente que yo.

Portia se despertó con una sacudida al oír un topetazo en la otra habitación. Le siguió una maldición reconocible. Gracias al cielo. ¡Oliver estaba en casa! Luego tomó nota de que era muy tarde. ¿Dónde había estado hasta tan altas horas de la noche?

¿Jugando?

No, no podía ser.

Salió de la cama temblando a causa del frío helado, envuelta en la delgada colcha. Cuando se asomó a la habitación contigua, la tenue dio las manos en la pila de dinero—. Salí de casa con tan sólo treinta guineas, ¡y vuelvo con todo esto!

Portia tragó saliva. Si había salido con treinta guineas se había llevado casi toda su provisión de dinero. Había dicho que necesitaba unas pocas monedas, y ella había mostrado su conformidad. Nunca hubiera pensado que por unas pocas entendiera treinta.

—Podías haber perdido las treinta —indicó ella, obligándose a ha-

blar sin alterarse.

—Pero no ha sido así. ¡Me ha cambiado la suerte! Oh, Señor. Era como oler el principio de la putrefacción. La conmoción de haber perdido tanto dinero le había llevado a jurar que no volvería a jugar, pero ahora que había probado el sabor del éxito, ¿cómo podría ella detener la podredumbre? Las manos de Portia temblaban mientras recogía las monedas en una toalla.

—¿No me toca a mí nada de todo ello? —preguntó él lastimeramente.

—¿Cuánto quieres?

—Cincuenta, tal vez. Un hombre tiene que llevar dinero en el bolsillo.

Portia quiso recordarle que estaba muy endeudado. No importa cuántas monedas tuviera en su bolsillo, en realidad no eran suyas. Pero no se daba cuenta de que no tenía sentido comentar eso en este momento. Contó las cincuenta.

—Debemos guardar a salvo el resto para las necesidades, Oliver. —Por supuesto que sí. —Hizo una mueca y lanzó una de las monedas doradas—. Al fin y al cabo, habrá más donde conseguí éstas.

—¡Oliver! —protestó Portia, buscando las palabras para llevarle por otro derrotero.

Él sacudió la cabeza, casi estaba radiante por su nueva esperanza.

—Tal vez ya no nos haga falta ningún préstamo. ¡Hay gente con miles de guineas en las mesas de juego cada noche! Ahora que mi suerte ha cambiado, podemos recuperar Overstead de la misma manera que se perdió.

Portia empezó a oponerse, pero él no le hizo ni caso mientras empezaba a sacarse la ropa con cierto esfuerzo. Ella regresó a su propia habitación sujetando la bolsa de monedas. Tanto oro debía de suponer un respiro, pero la verdad era que sólo sentía desesperación.

Había pensado en serio que Oliver había aprendido que el juego era la carretera que conducía a la ruina, pero este éxito lo había cambiado todo.

Tal vez esto fuera el propósito.

Por lo que entendía ella, había caído en manos de un bellaco que le engañaría con pequeñas ganancias hasta que estuviera lo bastante confiado, y Oliver lo perdiera todo. Era una trampa bien conocida empleada con los incautos, y a los que la practicaban les llamaban «halcones». Un nombre de predador apropiado en este caso.

Dejó caer ruidosamente el bulto sobre una silla. ¿Por qué Oliver no veía lo que estaba sucediendo?

Por otro lado, ¿qué quedaba por perder? Estaba claro que Oliver había fingido prosperidad, y el nuevo halcón no era consciente de que su presa ya lo había perdido todo.

¡Deseó poder anunciarlo en los periódicos de todo Londres!

Previamente, Portia nunca había escondido el dinero, pero ahora sabía que debía hacerlo. No le gustaba la idea, ya que era de Oliver, pero no estaba segura de poder confiar en que él no se jugara hasta la última moneda.

Oh, pero era una forma de locura de la que tenía que ocuparse en este caso.

Estudió la habitación llena de desesperación. Su sencilla cama de hierro y el sencillo armario no ofrecían un lugar donde esconder algo con astucia.

Luego miró a la chimenea.

Tenía un sencillo faldón de madera muy parecido al de Maidenhead. Cuando lo inspeccionó, comprobó que también había un hueco a su alrededor entre la madera y el muro. Una rápida inspección reveló que una guinea se ajustaba en el hueco sin deslizarse más al fondo.

Empezó a deslizar metódicamente las monedas por todo el contorno, con la esperanza de que ningún destello de oro revelara su ubicación. Aquello sólo servía para guardar la mitad del dinero, pero Portia se sintió mejor sabiendo que algunas de las monedas estaban a salvo.

Se acurrucó otra vez en su cama aún caliente. Quedaban tres semanas hasta Año Nuevo, antes de que el malvado Barclay reclamara Overstead: la bonita Overstead con sus campos fértiles y soberbios jardines.

Los campos eran en parte trabajo suyo, ya que ella había empujado a su padrastro a introducir algunos de los nuevos métodos de agricultura. Los jardines era obra de su madre, y a Hannah le rompería el corazón entregárselos a un extraño.

Quedaban tres semanas, atrapados aquí en el sucio, cara y perver- so Londres, y todo por su culpa. Debería haber hecho caso a Oliver y regresado a casa. De todos modos, después de meterles en tal berenjenal, tenía que mantener a Oliver alejado de su vicio hasta que Fort regresara a Londres.

«¿Y qué me dices del resto de su vida?», se mofó una vocecilla.

Portia la pasó por alto. Era el aburrimiento lo que llevaba a Oliver a las mesas de juego. Si podían conseguir el préstamo y salvar Overstead, Oliver estaría demasiado ocupado trabajando para intentar de-

volver el dinero como para dar vueltas por Londres y volver a caer en malas costumbres. Lo único que tenía que hacer era arreglárselas durante las semanas más inmediatas.

«Pero vuelve a jugar, y cree que ésta es la manera de solventar las cosas.»

«Si yo guardo el dinero a salvo, sólo podrá perder las cincuenta guineas, y son cincuenta que no teníamos esta mañana.»

«Puede contraer deudas. No llevaba Overstead en el bolsillo cuando la perdió, ¿ no te acuerdas ? Los hombres firman pagarés... vales, los llaman. Tan buenos como el oro, en definitiva. ¿ Qué vas a hacer si alguien aparece con un puñado de pagarés ? Pagar, o verás a Oliver conducido a rastras hasta Fleet?»

¡Presumiblemente, en Fleet no tendría posibilidad de perder más!

Portia se avergonzó de inmediato de aquel arranque de rabia. Por supuesto, no quería ver a Oliver en prisión por deudor.

Mañana, cuando se despejara del brandy y la excitación, seguro que se daría cuenta de que, como mucho, la suerte de esta noche había sido una casualidad.

Capitulo 4

Bryght se separó de Andover cerca de Bond Street y dejó que su amigo se quedara con el carruaje de alquiler. Ni siquiera sintió la tentación de buscar un guía con una antorcha, ya que la leve luz de la luna era suficiente para mostrarle el camino hasta la próxima Mariborough Square. Sabía que el peligro acechaba detrás de cualquier sombra, pero la única precaución que tomó fue echarse la capa hacia atrás y asegurarse de que la empuñadura de su espada quedaba bien a la vista. Los carroñeros londinenses generalmente rondaban presas más fáciles.

Mariborough Square era tal vez la plaza más elegante de Londres, con grandes casas en torno a un precioso jardín rodeado por una valla, que incluso contaba con un estanque para patos. La mansión Malloren se hallaba en el centro de uno de los lados de la plaza, un poco separada de la calzada, con un patio delantero adoquinado. A cada lado del edificio transcurría una estrecha callejuela, que lo separaba de las casas próximas de menos categoría, vallada por verjas de hierro forjado. En la parte trasera había un gran jardín.

Mientras Bryght subía los bajos escalones hasta el pórtico de columnas, el portero de noche apostado en una hornacina se levantó de un salto y abrió una de las pesadas puertas dobles.

Bryght recordó una conversación con Portia St. Claire acerca de llamar a la puerta. El había dicho que nunca llamaba a puertas que no tuvieran criados para abrirlas. La verdad es que rara vez tenía que llegar a llamarlas siquiera...

¿Por qué aquella mujer no dejaba de irrumpir en sus pensamien-

tos? Sería una tontería verse mezclado ahora en asuntos de la pequeña nobleza, que tenía que llamar a las puertas e incluso —¡Dios nos libre!— responderlas.

Bryght disimuló una mueca mientras hacía un ademán al hombre de edad y pasaba al interior del lúgubre vestíbulo. No convenía que le vieran sonriendo, o pronto correría la voz de que había llegado borracho a casa. Bebía. Pero no se emborrachaba en serio, lo cual era otro motivo de su éxito en el juego.

Se oyó un ladrido muy quedo y una forma oscura se puso de pie junto a la mesa que sostenía las velas. Bryght se acercó para saludar a *'Zeno.* La cabeza del saluki persa le llegaba a Bryght casi a la cintura, lo cual hacía fácil frotarle las largas y sedosas orejas.

Así era mejor, ya que ni Bryght ni el perro se sentían inclinados a perder la dignidad en su relación. Bryght no estaba dispuesto a agacharse y decir tonterías, y a *'Zeno* nunca se le ocurriría dar brincos o emplear cualquiera de los trucos aduladores propios de su especie. Su mayor señal de devoción era estar al lado de Bryght siempre que podía.

El hermano de Bryght, el marqués de Rothgar, había recibido un par de perros como regalo: su intención era dejar ambos en la abadía de Rothgar, pero en cuanto el macho había visto a Bryght se había vinculado estrechamente a él. Ni siquiera como cachorro de seis meses había dado señales de alegre y movido entusiasmo, sólo mostraba un reconocimiento resignado de su sino. Que era el motivo de que Bryght le hubiera bautizado *Zeno,* por el fundador del movimiento estoico.

Le frotó detrás de las orejas, y *Zeno* se apretó un poco más contra su amo: el único signo de aprobación que Bryght podría conseguir.

Bryght se apartó para encender una vela en la oscura noche. Era el único de la familia que estaba en la mansión en ese momento y sus órdenes establecidas eran que el personal se retirara temprano a menos que él diera otras instrucciones. La casa estaba en silencio aparte del tictac de los relojes, y tuvo que admitir que era agradable tener a *Zeno* para darle la bienvenida al regresar a su grande y tenebroso hogar.

Vaya, se estaba volviendo un sensiblero.

Bien, si quería compañía, apostaría a que aún quedaba una persona despierta.

Bryght subió las majestuosas escaleras, protegiendo la llama de la vela de la corriente que provocaba su propio movimiento, seguido por el chasquido de las patas de Zeno sobre los escalones. Se encaminó hacia la habitación donde su invitado sin duda estaría enfrascado en los documentos relacionados con su canal.

Como había esperado, encontró a Francís Egerton, duque de Bridgewater, encorvado sobre un escritorio. Pero estaba trabajando en cuentas, no en croquis.

—¿Son buenas o malas noticias? —preguntó Bryght mientras *Zeno* se dejaba caer perezosamente delante del fuego.

El duque alzó la vista con una sonrisa rápida, casi tímida.

—Ambas cosas. Hay dinero para tres meses, calculo, salvo algún desastre.

—Como que el canal vuelva a reventar las orillas.

—Exactamente —contestó el duque con una mueca—. Brindiey cree firmemente que los árboles que estamos plantando a lo largo de las orillas serán de ayuda.

—Y también darán beneficios, con el tiempo. Un genio, Francis.
—Se lo debemos a Brindiey, no a mí.
—Sois demasiado modesto.

Bridgewater se encogió de hombros. Era un joven delgado, cinco años más joven que Bryght y una mezcla extraña de ingenuidad y sagacidad. De joven le habían considerado un ser delicado y estúpido a la vez, pero estaba demostrando que no era ni una cosa ni la otra. Eran muchos los que ahora pensaban que estaba loco, pero Bryght sabía que con el tiempo demostraría también que se equivocaban.

Si el dinero no se acababa.

Bryght sirvió brandy para los dos.

—Gané otras mil guineas más o menos esta noche, que podéis quedaros. Menos un par de cientos.

—¿ Perdisteis ? —preguntó Bridgewater con leve sorpresa.

—A propósito.

—Qué extraño.

—Me sentí inclinado a realizar una acción caritativa.
Bridgewater echó una ojeada por la ventana.

—Y ni siquiera es luna llena.

—La caridad cristiana ha perdido aceptación en estos días —comentó Bryght secamente—. Consideradlo una inversión entonces.
Eso resultará más aceptable a vuestro corazón mercenario.

Bridgewater no disimuló sus risitas.

—De todos modos, ¿una inversión en qué? ¿Con posibilidades de beneficios?

—Sólo espirituales. —Bryght desvió la línea de conversación—. ¿Aún tenéis intención de regresar al norte mañana? Bridgewater bajó la pluma y se estiró.

—Sí, he hecho todo lo posible para tirar adelante la propuesta. Cuánto me gustaría que el Parlamento no tuviera voz ni voto en las iniciativas privadas. Mi vida sería mucho más sencilla.

—¿Qué problemas plantea el comité ahora mismo? Yo ya daba por sentado que la aprobación de un acueducto exigiría un acto de fe, ya que esos bobalicones poco ilustrados desconocerían el hecho de que aún existen ejemplos romanos en pie. Pero ahora sólo queda continuar hasta el mar, ¿no es así?

El duque hizo una mueca.

—Con un canal, el trazado es lo más directo, los demás siempre nos pondrán trabas. Son un montón de necios recelosos. ¡Si nadie se arriesga nunca, jamás habrá progreso!

—El hecho de que el acueducto fallara delante de sus propios ojos sin duda les ha vuelto cautelosos —señaló Bryght.

—Un fallo menor, que se corrigió enseguida. No ha habido problemas desde entonces.

—No, aparte de un par de desbordamientos muy caros…

—¿De qué lado estáis? ¡En una nueva aventura tienen que existir problemas!

—Paz —dijo Bryght con una mueca—. Estoy de broma, Francis. Pero debéis admitir que para la gente más cauta que nosotros, el plan parece una locura. Deberíais haber oído a Andover hablar del tema.

—¿Se trata de cautela o de codicia? Detrás de algunos de estos incrédulos, hay gente que puede perder mucho dinero una vez el canal esté en funcionamiento. Brooke prácticamente sufre una apoplejía mientras rechazaba el decreto de mi canal en el Parlamento.

—Sed justo, Francis. Brooke no está pensando en sus beneficios. No le importaría si abrierais una condenada carretera en su parte del país. Ya podéis estar agradecido de no haber intentado hacerlo cerca de la abadía de Rothgar o tendríais a mi hermano en contra.

—Tiene que haber cambios si se quiere el progreso. ¡Estos viejos señores conservadores van a arruinar Inglaterra!

—¡Espero que no tengáis a Rothgar por un viejo señor conservador! Bridgewater estalló en carcajadas.

—Dios me libre. Y a mí ciertamente no me gustaría enfrentarme a él. —Se puso serio—. Pero, por lo visto, la mayoría de la oposición es sobornable. Sus dudas desaparecen en cuanto ven dinero. Ya he hecho regalos suntuosos e incluso he dado dinero contante y sonante a gente a quien preferiría dar una patada en los testículos. Demontre, con lo que me gustaría poder dedicar el dinero a la construcción. —Todo es construcción de un tipo u otro.

—¿Acrecentar las fortunas de los más codiciosos? Hoy en día se puede ganar dinero honradamente en cualquier lugar, pero la gente holgazana de Londres sólo piensa en sobornos y en el juego.

Bryght saludó irónicamente con un brindis sus palabras.

—Gracias.

—Cielos, no me refiero a vos, Bryght. Sé que ya habéis dejado atrás vuestra afición a las salas de juego.

—Y nadie me ofrece un soborno excepto alguna que otra belleza que espera que le presente a Rothgar.

—Podríais hacer una fortuna de ese modo —comentó Bridgewater sonriendo entre dientes.

—Me temo que no ofrecen moneda muy fuerte en este caso.

—No, algo muy blando más bien. Lástima.

—Os estáis conviniendo en un verdadero avaro, Francis.

—Simplemente hago lo que debo para alcanzar mi objetivo.

—Un objetivo que es el beneficio. —Bryght deambuló con inquietud hasta *el fuego—. ¿Qué tiene de virtuoso prestar dinero y beneficiarse* de ello, cuando los otros hacen el duro trabajo?

—Pagamos a los trabajadores un chelín diario y más. Es un salario justo y ellos están contentos. Si no hubiera nadie dispuesto a proporcionar capital, no habría trabajo para los obreros y jamás se conseguiría nada.

—También es verdad. —Bryght rechazó aquellos escrúpulos poco habituales en él y regresó hasta el escritorio para llenar sus copas—. De modo que, si pensáis que ya habéis untado suficientes manos para que vuestro proyecto siga adelante, ¿por qué no os quedáis unos pocos días más en la ciudad y os entregáis a otros vicios más deliciosos?

—Londres me aburre, y quiero ver cómo avanza el trabajo.

—Corréis peligro de convertiros en un perro terriblemente tedioso, ¿sabéis? El duque Aburridísimo.

—Es mejor que el duque Pobre, que es la etiqueta con la que crecí. —Dio un sorbo al brandy—. Voy a ser el duque más rico de Inglaterra. ¿Y cuál es vuestro incentivo, Bryght?

—¿Ser el plebeyo más rico? —contestó Bryght alegremente.

—Hay maneras más sencillas de hacer dinero. H

—¿En las mesas de juego? Carezco de sangre fría para despojar a la gente de todo lo que tienen.

—Me refiero a los mercados. Sé que os gusta la inversión más que el juego.

—Ah. Pero tras haber puesto mis fondos en vuestra empresa, no me queda nada que arriesgar. Estos días mis placeres especuladores los obtengo del dinero de Rothgar.

El duque frunció el ceño.

—Lo siento. Debe irritaros depender de él.

—Francis…

Pero el duque hizo caso omiso.

—Parece ser que os he arrastrado a un abismo, Bryght. Sé que habéis invertido en mí por capricho cuando… bien, fue un capricho. Compraré toda vuestra parte en cuanto me sea posible. Podría ser pronto. Ahora el acueducto está funcionando. De hecho hay gente que viene a ofrecerme préstamos.

—¿Sin necesidad de hostigarles? ¡Eso si que es un cambio! Pero no tengo deseos de abandonar el proyecto.

—Lo habéis puesto todo en el proyecto, y es un asunto arriesgado de verdad.

—¡Francis! El riesgo es lo que más me complace. El duque hizo una mueca lleno de exasperación.

—Bryght, pensad. ¿Qué haréis si fracasamos?

—¿Qué haréis vos si fracasamos?

—Yo seguiré siendo un duque. Eso ya es algo.

—Pero un duque pobre de nuevo. Si fracasamos, que no sucederá, yo seguiré siendo un Malloren. Y a diferencia de vos, yo no estoy endeudado.

—Tal vez acabéis endeudado.

—Qué cuernos. Lo sacaré de las mesas de juego.

—Si la suerte no os cambia.

—No es sólo suerte —apuntó Bryght.

—Sólo queda la suerte cuando le ves las orejas al lobo.

—Que es el motivo de que prefiera ver al lobo pintado en un cuadro. ¿A qué se debe este pesimismo, Francis?

—Si vos sufrís punzadas de remordimiento en las mesas de juego, yo también las padezco. No me importa arriesgar todo lo que tengo, pero vos sois el único accionista externo. Un cambio de poder en el Parlamento, una racha de mala suerte con las excavaciones, un error por parte de Brindiey, y podríamos hundirnos. Y aunque todo eso vaya bien, es posible que nos quedemos sin dinero.

—Que es el motivo de que yo esté utilizando mis encantos con Jenny Findiayson.

Bridgewater frunció el ceño.

—Llegados a ese punto, ¿de veras os casaríais con ella sólo para poner a flote mi inestable sueño?

—¿Por qué no?

—Es una refunfuñona.

—Es una mujer de buen ver sin ninguna lacra concreta aparte de una fuerte creencia en su valor.

—Dado el valor, tiene motivos. Pero…

—¿Pero?

El duque consideró sus palabras.

—Perdonadme si vuestros sentimientos son profundos, pero puesto que he conocido a la dama, no creo que hicierais buena pareja.

Bryght alzó las cejas.

—¡Vaya! ¿Intentáis decirme que Jenny prefiere vuestros encantos a los míos? ¿Que en realidad ansia cazar a un duque? Pues toda para vos.

Bridgewater se sonrojó.

—No, este duque no es el que ansia. Me he interesado con tacto. ¿Por qué buscar su dinero a través de un agente financiero si puedo conseguirlo yo directamente? Ella cree que estoy loco y que perderé todo su dinero en un esfuerzo fracasado, esperando que ella viva en la miseria en una chabola.

Bryght se rió.

—Me gustan las mujeres dominantes. Me preguntó si le afectará mucho enterarse de que si se casa conmigo habrá dedicado su fortuna al mismo esfuerzo fracasado.

El duque bajó la copa.

—A veces pienso que lo creéis de verdad, Bryght. Que voy a fracasar.

.

Bryght maldijo su descuidada lengua.

—No os respaldaría si no tuviera fe en todo el proyecto. Pero no me avergüenza asumir riesgos. —Bryght dio el último trago al reconfortante brandy, dejándolo gotear por su garganta—. Los logros sin riesgo son aburridos. Me fascina la demencia inspirada y me encanta

el juego con apuestas arriesgadas que impliquen algo. Construid el canal, Francis. Yo me aseguraré de que tengáis el dinero.

Portia se despertó a la mañana siguiente inusualmente desanimada. Pese a los batacazos que había recibido en los últimos tiempos, siempre conseguía levantar el ánimo con planes optimistas de acción. Ahora no sabía qué hacer.

Apenas había dormido después de que Oliver regresara a casa, perdida en pensamientos de lo más deprimentes, como cabía esperar a altas horas de la madrugada. Se había dicho a sí misma que, hasta que vinieron a Londres, Oliver nunca había dado muestras de aquella fiebre jugadora. Pero ni siquiera esto le había ayudado a librarse del miedo a que su hermano fuera ahora un jugador incurable y que, aunque consiguieran un préstamo, él lo volviera a perder todo.

Empezó incluso a tramar extraños planes para encerrar a Oliver en Overstead de modo que no pudiera volver a jugar.

Luego pasó a considerar qué podía suceder si no conseguían el préstamo. Ahora difícilmente podía culpar a alguien —ni siquiera a Fort— por considerar a Oliver un riesgo que no merecía la pena.

El día de Año Nuevo tendrían que dejar Overstead en manos del horrible mayor Barclay. ¿Y después qué?

Su único amparo sería el hermano de su madre en Manchester, una perspectiva que aún la deprimía más. La casa de su tío era bastante bonita, ya que parecía que le iban bien las cosas. No obstante, se hallaba en medio de la ciudad, cerca de las nuevas fábricas de su tío, donde filas de telares tejían estambre y fustán. La casa daba directamente a una bulliciosa calle en la parte frontal y tan sólo tenía un jardín en la parte posterior.

Ella era una mujer de campo. ¿Cómo podría vivir sin praderas y un huerto?

Todas las calles próximas a la casa de su tío eran iguales, con apenas árboles o flores, sólo había carretas pesadas transportando materiales, hilados o telas. Las carretas levantaban polvo y dejaban borras de lana y algodón flotando en el aire. Aunque quisiera cultivar un huerto, tuvo que preguntarse si las flores crecerían en un lugar así.

Pero si perdían Overstead, sólo les quedaría la opción de Manchester o morirse de hambre.

Tantas horas de preocupación dejaron a Portia a punto de llorar, pero con el nuevo día se dispuso a llenar su mente de optimismo.

Al fin y al cabo, pensó mientras descorría las cortinas para dejar entrar la vigorizante luz del sol, el dinero oculto tras la chimenea les proporcionaría seguridad durante un tiempo. No se quedarían sin hogar por no poder permitirse pagar un alquiler, ni se morirían de hambre por no poder pagarse la comida.

Y esperaban a Fort de regreso a la ciudad en cualquier momento. Aunque Oliver continuara jugando, no podría meterse en problemas serios en tan sólo unos pocos días. Cuando llegara Fort, decidió, acu-

diría ella sola a exponerle el caso, sin contar con Oliver. Eran de la misma edad y buenos amigos. Sabía que él le ayudaría de alguna manera.

Tal vez Fort decidiera a ir en busca del horrible mayor Barclay para matarle. Eso no liquidaría su deuda, pero sería una especie de golpe contra el destino.

Como resultado de pensamientos tan satisfactorios, cuando Oliver insistió alegremente en salir a celebrar sus ganancias, Porfia no hizo ningún comentario amargo. Quedarse sentada en estas habitaciones gélidas y lúgubres y preocuparse sobre su situación la convertiría en poco tiempo en una malcarada. Necesitaba aire fresco, y quería ver un poco del elegante Londres antes de marcharse para siempre.

Se sumó al espíritu del día ataviándose con sus mejores ropas. Portia sólo había traído consigo unas pocas prendas, y se trataba de un guardarropa campestre, pero la calidad era excelente, de modo que no tenía por qué avergonzarse de su aspecto. Escogió un vestido abierto de calimanco marrón claro, una lana lustrosa, que dejaba ver sus mejores enaguas de seda bordada.

Puesto que todavía no había perdido el juicio del todo, debajo se puso también una combinación de grueso droguete para no pasar frío. Podía hacer un día soleado, pero aún estaban en diciembre.

Teniendo en cuenta ese hecho, lo prudente habría sido ponerse una capa gruesa, pero Portia decidió olvidarse de la prudencia por un día, y se puso su pelerina corta de seda azul. Oliver se la había comprado las Navidades pasadas, antes de la muerte de su padre, antes de los desastres actuales.

Ahora, mientras ella se la ataba por el cuello, su hermano le sonrió con orgullo.

—Acerté al escoger este azul, ¿verdad Portia? Hace juego con tus ojos y te resalta el pelo. —Guiñó un ojo—. Atraerás las miradas de todos los hombres.

Portia se echó un vistazo en el pequeño espejo. Desestimó la segunda parte del comentario, pero tuvo que admitir que la capa le sentaba muy bien. El color favorecía mucho sus ojos azules y su pelo rojo. Era una pena lo de sus pecas, pero hacía mucho que se había convencido de que no había tratamiento que las eliminara.

Lo había intentado. No era presumida, pero las pecas conjuntadas con su corta estatura y nariz chata le daban un aspecto juvenil que resultaba absurdo. Tal vez otras mujeres quisieran parecer más jóvenes

de lo que eran, pero ella ya se había resignado a la madurez y la aceptaba en todos los aspectos.

Recordó que alguien le había dicho: «Tanto por vuestro aspecto como por vuestra conducta, os hacía más joven...».

Luego recordó quién había sido.

—¿Por qué frunces el ceño? —preguntó Oliven

—Oh, son sólo tonterías —contestó y sonrió. Se colocó un primoroso sombrero en un ángulo gracioso en lo alto sus rizos, y decidió que, sólo con el toque final de un gran manguito de piel, Portia St. Claire, soltera, de Overstead Hall, Dorset, lucía el mejor aspecto posible.

Oliver estaba igualmente elegante con traje de terciopelo morado y zapatos de tacón alto. No quiso estropear el efecto con una capa y optó por llevar también un elegante manguito. Con su mejor peluca empolvada, parecía un verdadero petimetre de la ciudad.

Portia le cogió del brazo y le dedicó una sonrisa cortés.

—¡Partamos entonces, querido mío, y dejemos Londres anonadado con nuestra magnificencia!

Mientras iban paseando hacia la parte más moderna de la ciudad, Portia dejó deliberadamente a un lado sus preocupaciones. Se limitó a disfrutar del aire fresco y de las interesantes vistas. Le agradó comprobar que Oliver no intentaba gastar dinero en todas las baratijas que les pasaban por delante, aunque luego sí se detuvo ante el escaparate de un sombrerero de señoras.

—¿No has traído una máscara, verdad?

—Por supuesto que no. En esta época del año, no es que me haga falta proteger mi rostro del sol o del polvo.

—Pero es lo que se lleva. Deberías utilizar una, de verdad. —Oliver ya estaba cruzando por la puerta y Portia le agarró de la casaca.

—¡Oliver! ¡No me hace falta ninguna máscara! Él le sonrió.

—Sí, sí la necesitas. Acabo de recordar que hay un desfile de la guardia de a pie en St. James Park. Apostaría lo que fuera a que todo el mundo estará allí. Disfrutarás. El rey acudirá. Estará incluso... pero deberías llevar una máscara.

—¿El rey...? Pero, ¿por qué una máscara?

—¿Por qué tantas cosas? ¡Es la moda!

Portia murmuró algo acerca de la moda, pero dejó que él la arrastrara hasta la tienda donde, sin darle muchas vueltas, escogió una máscara muy sencilla, blanca, que cubría todo el rostro. Oliver intentó

convencerla de que se quedara con alguna más ornamentada, pero ella se negó a más extravagancias.

Mientras salían de la tienda, Portia comentó:

—No se me ocurre qué puedo hacer con ella.

—Simplemente déjala colgar de tu muñeca con la cinta. Y ahora... a St. James Park, ¡donde espera todo el mundo! ;Era como él lo había dicho. Todo el mundo —la buena sociedad, la corte— parecía hallarse en el parque. Las flores habían desaparecido hacía tiempo, la mayoría de árboles estaban desnudos de hojas, pero las ropas vistosas, las pieles y las joyas servían para compensar los adornos que la naturaleza había perdido.

Portia nunca había sentido interés por la gente rica y esplendorosa, pero ahora que tenía delante a este grupo salido de un cuento de hadas, sólo podía sentirse fascinada. Todo el mundo parecía ir vestido con demasiado lujo para un parque: los hombre empolvados y las mujeres con sus vestidos y mantos más suntuosos. Se lo comentó a Oliver.

—Es porque el rey y la reina estarán presentes. Es casi como la corte.

Portia se rió entre dientes.

—Nunca pensé que iría a la corte. Tengo que prestar atención. Estoy segura de que Prudence estará fascinada cuando le hable de nuestros monarcas.

—A decir verdad —murmuró Oliver— son una pareja bastante normal, y la reina decididamente no es muy agraciada.

—¡Shhh! —dijo ella fingiendo alarma, y los dos se echaron a reír.

Portia sintió que, por un instante, era como en los viejos tiempos, cuando ella y Oliver bromeaban y se tomaban el pelo. Pero aquellos tiempos se habían acabado. Bloqueó aquel pensamiento. Durante este breve rato, sería feliz.

Las esmeradas columnas de soldados marchaban y viraban siguiendo las órdenes de los oficiales. Oliver mostró un interés genuino, pero era uno de los pocos que prestaban tanta atención. Portia se dio cuenta de que los lords y ladies presentes se hallaban aquí para ver y ser vistos, no para presenciar ejercicios militares. Se le ocurrió pensar que sus maniobras eran tan fascinantes como las de los soldados. Algunas de estas personas eran puntos fijos, mientras otras iban y venían de un grupo a otro como insectos iridescentes sumergiéndose en el néctar de un lecho de flores en el solsticio de verano.

Entre los puntos fijos, Portia advirtió dos grupos congregados en

torno a mujeres. Una era una mujer de cabello oscuro rodeada por un corro de hombres galanteadores; la otra era una hermosa rubia vestida de blanco, cuyo círculo era más serio y variado. Le dio un codazo a Oliver para atraer su atención.

—¿Quiénes son esas damas?

Oliver miró hacia donde ella intentaba señalar con discreción.

—¡Ah, las reinas rivales! La Rosa Blanca y la Rosa Roja, les llaman algunos bromistas. La morena es la señora Findiayson, una viuda muy rica. Su fortuna proviene del comercio, pero en vista de su tamaño, la mayoría de varones están dispuestos a pasar por alto ese defecto. No sabes cómo desearía que me sonriera a mí. Ojalá lo hiciera —dijo con una mueca—, porque eso resolvería nuestros problemas a la perfección. Pero dicen que está decidida a casarse con algún miembro de la aristocracia, v.

—¿Y la rubia?

—La bella lady Trelyn. La niña mimada de la sociedad. Ya está casada y a buen recaudo. Ahí está su marido, rondando cerca de ella con gran devoción.

Portia estudió al hombre, de estatura media y constitución normal. Con su rostro pálido, cabello empolvado de gris y un triste traje también gris, parecía casi un espectro entre la animada multitud.

—Una devoción así es enternecedora.

—Oh, su devoción es genuina. Nerissa Trelyn sólo aportó una pequeña cantidad al matrimonio, digamos, y Trelyn es rico y a la vez poderoso. Podría haberse casado con alguien de mejor posición.

—¿ La gente sólo piensa en el dinero y la posición a la hora de casarse?

Oliver se encogió de hombros.

—¿Por qué no hacer la mejor boda posible? Tal vez yo mismo debiera considerar esa vía también. O tú —dijo con una sonrisa—. Con el aspecto soberbio que tienes hoy, tal vez puedas salvarnos con un matrimonio deslumbrante.

Portia se rió.

—No seas absurdo, cielo.

—No, hablo en serio. Estás más guapa que nunca, Portia, y hay algo en ti sumamente atractivo, lo sabes. Gustas a los hombres.

—NO entiendo por qué no.

Portia le miro.

- ¿Es posible que tenga que ver con mi aspecto indiferente, escasa dote y orígenes humildes?

- No creo que Nerissa Trelyn provenga de una posición mucho más elevada que la nuestra, y mira qué boda ha hecho.

Portia sabía que las intenciones de Oliver eran buenas, pero su parcialidad la estaba azorando. Se alegró de que nadie les escuchara. Miró a Nerissa Trelyn con ironía. Si alguien necesitaba ese grado de belleza que conseguir que un hombre se olvidara de la dote, estaba hundida antes de empezar. La dama tenía una piel totalmente cremosa, carnosos labios rosas, grandes ojos oscuros y una masa de reluciente pelo dorado. A eso había que añadir una figura exuberante, movimientos graciosos y un aire de profunda feminidad.

Era casi la antítesis de Portia.

Portia se libró de los azoramientos gracias a la aparición de un trío de amigos de Oliver. Todos eran alegres galanes que seguían la moda hasta el límite de lo absurdo, lo cual se traducía en colores eléctricos, grandes manguitos y altos tacones rojos en los zapatos. Le recordaron más bien a una bandada de aves ornamentales.

Cuando el primer grupo se alejó revoloteando, llegaron más, y así siguió la cosa. Mientras paseaban por el parque quedó claro que Oliver tenía muchísimos amigos. A Portia no le sorprendió. Era encantador, y cuando no estaba jugando resultaba muy divertido.

En un momento, Portia advirtió que Oliver hacía una inclinación *en-passant* a un hombre alto vestido de seda verde oscura y empolvado, y vio cómo éste le devolvía la inclinación. El hombre miró a Portia con más atención de la que a ella le hubiera gustado y, de pronto, sintió una sacudida de familiaridad.

—¿Quién era ése?

—¿No le has reconocido? —preguntó Oliver con una mirada bromista—. Ése, querida mía, era tu maleante nocturno.

Capitulo 5

*P*ortia se quedó petrificada.

—¡Bryght Malloren!

—Le encontré anoche —explicó Oliver, con el aire de alguien que está a punto de desvelar un chiste.

Portia se resistió a la necesidad imperiosa de volverse y quedarse mirando a lord Bryght. Tenía un aspecto muy diferente con sus galas de buen tono. De hecho, por algún extraño motivo, descubrir quién era él le había acelerado el corazón. No podía ser miedo, ya que le resultaría imposible atacarla aquí.

—¿Qué sucedió? —preguntó Portia vacilante, obligándose a seguir avanzando—. ¿Mantuviste una discusión con él? Oliver... ¡un duelo, no!

Su hermano se rió.

—Por supuesto que no. De hecho, querida mía, se la devolví, por haberte molestado y por haberme atacado. Fue a él a quien le gané todo ese dinero.

Portia aplaudió con ambas manos.

—¡Oh, bien hecho! —Pero ese arrebato de satisfacción se desvaneció al instante. Mientras Oliver le presentaba a otros dos amigos suyos, uno rollizo, otro delgado, su inquietud fue en aumento. Oliver había dicho que él y los Malloren no se movían en los mismos círculos, de modo que, ¿cómo es que habían jugado juntos?

¿Era Bryght Malloren un jugador profesional, un halcón? Al fin y al cabo, sólo era segundo hijo. Ella sabía que era capaz de muchas maldades. No obstante, no hubiera pensado que engañaría...

Oliver estaba relatando su gran éxito a sus amigos.

—¿J*uega* mucho lord Arcenbryght? —preguntó Portia.

—¿Bryght Malloren? —contestó el joven rollizo—. Siempre juega, querida dama, y además tiene una suerte de mil demonios. Tal como es os lo digo, Upcott, si anoche le ganasteis sois un milagro viviente.

A Oliver le brillaron los ojos.

—Bien, pues le gané, y al besigue. Eso requiere cierta habilidad. Si es un jugador con suerte, tal vez el secreto para vencerle consista en enfrentarse a él en juegos de habilidad.

Su amigo sacudió la cabeza.

—He oído hablar de victorias suyas al séptimo, al ecarte y al whist. Un hombre astuto como nadie. Pero, claro, todos los Malloren lo son.

—Y rápidos con las espadas —dijo el delgado, cuyo largo cuello y bruscos movimientos recordaron a Portia a un pollo nervioso—. Si fuera voz, Upcott, me mantendría alejado de su camino. Hombres peligrosos, los Malloren.

—Él insistió en jugar conmigo —dijo Oliver con aire engreído—. Habría seguido jugando con él, también es cierto, pero él puso fin al juego después de haber perdido demasiado. Si quiere una revancha, no se la negaré.

Portia se mordió los labios para acallar una protesta. Bryght Malloren parecía realmente un jugador profesional. Echó una ojeada

hacia donde él se había detenido para conversar con un grupo de hombres y enseguida la invadieron extraños pensamientos sobre pájaros.

Los pájaros de un mismo plumaje se congregan, o al menos eso dicen.

En este soberbio entorno, los amigos de Oliver parecían ser especies inferiores: pollos nerviosos, bonitos pinzones o palomos que inflaban el pecho y se pavoneaban por el lugar en busca de migajas. Los amigos de Bryght Malloren, sin embargo, era predadores: fuertes, seguros, de pico y garras afilados. Podía imaginar sus ojos de halcón divisando la próxima carnaza.

Y los halcones se alimentaban de pollos y palomas, especialmente en las mesas de juego.

Los dos jóvenes se alejaron caminando con afectación sobre sus zapatos de tacón alto. Portia hizo un gran esfuerzo para no soltar una risita por lo mucho que le recordaban a un pollo y una paloma picoteando por el camino. Tuvo que contárselo a Oliver, y acabaron reprimiendo las carcajadas.

—Pero son buenos tipos —dijo él—. De verdad.

—Al menos, dan buenos consejos. Creo que deberías evitar a Bryght Malloren.

Oliver se sonrojó.

—No te inquietes, Portia. Las posibilidades de jugar con él son escasas, pero si quiere revancha difícilmente puedo negarme. Parecería que juego únicamente para ganar.

Portia se quedó mirándole. ¿Por qué diantres alguien iba a jugar para perder? Antes de que tuviera tiempo de plantear esta pregunta, se les acercó otra pareja de palomas pavoneándose. Portia intentó sacarse de la cabeza las imágenes de aves para no encontrarse en un apuro por un ataque de risa. La idea de los halcones le hizo ponerse seria rápidamente, y de este modo pudo atender a la conversación y enterarse de más cosas sobre la sabiduría del juego.

No tardó en llegar a la conclusión de que Oliver tenía razón. En Londres se esperaba que los hombres jugaran, y estaba muy mal visto dar la impresión de preocuparse de si uno perdía o ganaba. También estaba claro que los amigos de Oliver no eran conscientes de que él ya lo había perdido todo.

Mientras los jóvenes charlaban, Portia se percató de que estaban muy impresionados por el hecho de que Oliver hubiera jugado con Bryght Malloren, ganara o perdiera. Simplemente hablar con un Malloren era todo un acontecimiento para ellos.

De modo que, se preguntó, ¿por qué lord Bryght había jugado con Oliver?

Cometió el error de lanzar una ojeada al lord justo en el momento en que él miraba en dirección a ella. Captó su mirada y alzó una ceja. Entonces hizo una inclinación para despedirse de sus amigos y se acercó. Aunque también llevaba calzado de tacón, siguiendo la moda, conseguía caminar sin la menor afectación ni artificio.

El pulso de Portia se aceleró con cada ligero paso dado por él. ¡Esto era ridículo! Era un bribón y un jugador, el tipo de hombre que aborrecía por encima de todo.

Iba empolvado y llevaba un niveo encaje en el cuello y los puños, Su pendiente era una gran perla. Si se añadía a esto la seda verde ribeteada de oro y las medias blancas, el conjunto debería eliminar cualquier noción sombría que Portia hubiera retenido de su primer en-

cuentro. Pero no. El deslumbrante plumaje no podía disimular el cuerpo de predador, y la palidez artificial de su pelo aportaba a su delgado rostro aún más belleza y fuerza misteriosa.

Peligroso, Portia. Peligroso.

Hizo una inclinación ante ella.

—«Nos encontraremos a la luz de la luna, orgullosa Titania», *locus citatum.* —Había olvidado el poder de su resonante voz. Ella alzó de forma instintiva la máscara entre ellos.

—Os habéis equivocado de obra, milord. Me llamo Portia.

—Ah, sí, la guardiana de la puerta. Y además la defensora del perdón. «La calidad del perdón no se pone a prueba...» ¿Se adapta eso mejor? Espero que vuestro hermano os transmitiera mis disculpas y que me hayáis perdonado.

Oliver no había mencionado ninguna disculpa, pero Portia no lo dijo.

—No tengo ganas de hablar de ello, milord.

Se sintió muy agradecida por la protección de la máscara, pero deseó desesperadamente tener su desobediente cuerpo completamente bajo control. Su corazón corría desbocado, sabía que tenía las mejillas sonrojadas, y su voz no sonaba tan firme como deseaba.

El no se ofendió por la fría actitud de ella y se volvió a hacer una inclinación a su hermano.

—Y, sir Oliver. Tuvimos una o dos manos muy deleitables. Debemos reanudarlas algún día.

Oliver devolvió la inclinación, sonrojado de placer.

—Por supuesto, milord.

Mientras Oliver presentaba a sus amigos, Portia se obligó a permanecer callada, pero detestaba ver que su hermano se vanagloriaba del mero hecho de que Bryght Malloren le hablara. Sus dos amigos actuaban como si Dios hubiera bajado a reunirse con ellos.

Malditos todos los Malloren. Y éste no era más que un miserable jugador. Respiró lenta y profundamente, obligándose a mantener una calma gélida. Lo que necesitaba hacer era descubrir las intenciones de este hombre para con su hermano.

El miserable se volvió de nuevo hacia ella, obviamente sin dejarse desanimar por la lisa máscara blanca entre ellos.

—¿Estáis instalada en Londres en estos momentos, señorita St. Claire?

—Durante una breve temporada, sí, milord.

—Es un gran honor para Londres. Confieso que nuestro último encuentro me pareció inolvidable.

Portia casi contesta a aquello con sinceridad, y le dice lo que pensaba realmente de su último encuentro, pero luego forzó una respuesta neutral.

—Yo tampoco lo he olvidado, milord. —Añadió un dardo—: Espero que vuestra carta resultara ser lo que esperabais.

Algo se agitó en su mirada. Pudo ser admiración o cólera. Bajo la luz del sol, Portia cayó en la cuenta de que tenía unos ojos verdaderamente hermosos. Eran de un color avellana que podía adquirir destellos verdes en ocasiones o atrapar el sol en motas doradas, y estaban enmarcados en espesas y oscuras cejas y pestañas. Era difícil pasar por alto unos ojos así.

La forma socarrona en que abrió esos ojos le comunicó que, pese a la máscara, ella no podía disimular el hecho de que se había quedado mirándole. Apartó la vista, agradecida al menos de que la máscara ocultara su sonrojo.

—Alabado sea el Señor —dijo entonces Oliver—. Portia, no es necesario que uses tanto la máscara.
Portia, a su pesar, la dejó caer.

—Noto un poco de aire frío en este momento. —Dirigió una mirada significativa a su acompañante no deseado.

Él no captó la insinuación. De hecho, los ojos de él brillaron con diversión perspicaz.

—¿Puedo confiar en que estáis disfrutando de Londres, señorita St. Claire, pese al clima frío?

—Es muy interesante, milord.

—Tal vez tengáis oportunidad de ver al rey y a la reina hoy.

—Eso sería un gran honor, milord. —Puesto que no captaba la indirecta ni se marchaba, Portia se sintió obligada a mirarle, y se quedó prendada de inmediato.

No era justo que un hombre fuera tan bello. Bello como un buen caballo o un halcón en pleno vuelo, o el relámpago marcando el cielo oscuro en medio de la tormenta. Se apresuró a apartar la vista y supo que tenía las mejillas sonrojadas.

Era un jugador y un miserable.

—¿Y ahora qué he hecho para ofenderos, Hipólita? —murmuró.
Ella se volvió para mirarle.

—Os agradecería que no usarais esos nombres para dirigiros a mí, milord.

Entonces él se rió de ella.

—¿Por qué no? Es la moda. ¿No lo es, caballeros?

Los pichones arrullaron su conformidad con verdadera adoración.

—Si no os complace ser la reina de las amazonas —continuó— o la reina de las hadas, ¿qué personaje os gustaría ser? ¿Qué cualidad desearíais que yo alabara?

Portia deseaba que se fuera sin más.

—Me gustaría ser admirada por mis cualidades interiores, milord:

mi sensatez o mi virtud. —Hizo hincapié en la última palabra, pues no se sentía en absoluto cómoda con las atenciones de él.

—La virtud es tan aburrida —protestó él—. Os llamaré Minerva, entonces, la diosa de la sabiduría.

—Preferiría de veras que no lo hicierais —replicó con brusquedad.

—Pero usar siempre el nombre verdadero es de un provinciano intolerable. ¿No es así, caballeros?

—Oh, sí, milord —respondieron todos al unísono.

—En efecto, así es, Portia —añadió Oliver.
Portia apretó los dientes.

—Entonces, tal vez, yo sea de un provinciano intolerable, milord.

—Ay, tal vez lo seáis.

Portia sintió un fuerte deseo de golpearle en la cabeza con la máscara, pero sospechaba que tal vez aquello fuera su intención. Tenía la sensación exasperante de que él sabía con exactitud lo que estaba pensando.

Sonrió.

—Pero los modales naturales del campo a menudo son todo un placer para el paladar hastiado de Londres, señorita St. Claire. Predigo que os irá muy bien aquí. Debéis de llevarlo en la sangre.

Portia no fue capaz de entender qué quería decir con aquel comentario irónico. Debería referirse a Oliver, pero Oliver difícilmente era un ejemplo deslumbrante de éxito.

—Sí, milord —dijo Oliver con orgullo—. Portia podría tener un gran éxito si se moviera en círculos elegantes. Lord Bryght miró a su alrededor.

—¿Este ambiente no es lo suficientemente elegante para vos, sir Oliver?

—No, no, milord —balbuceó Oliver—. No me malinterpretéis. Me refiero sólo a que Portia está habituada al campo y es reacia a mezclarse entre la sociedad.

—Pobre Portia. —El tono de falsa conmiseración de lord Bryght hizo que ella apretara con fuerza el mango de su abanico—. Entonces

debemos animarla. Con vuestro permiso, sir Oliver, vuestra hermana podría pasear conmigo durante unos momentos.

Oliver se quedó atónito y alarmado en cierta medida, pero dio su permiso entre balbuceos. Portia quiso objetar, pero no estaba segura de que fuera lo correcto. ¿Qué daño podía haber, de cualquier modo, en caminar entre la multitud con este hombre?

El extendió el brazo y ella lo rodeó con su mano. Pese a la frialdad de la seda verde, percibió el calor de la carne debajo, y la fuerza controlada de su cuerpo.

Una fuerza que conocía demasiado bien.

Eso le recordó que la había maltratado y que él le desagradaba profundamente.

Mientras se alejaban de su hermano, Portia pasó directamente a la ofensiva.

—No consigo imaginarme qué es lo que pretendéis, milord, acaparándome de este modo.

—Tal vez sólo quiera veros a la luz del día y de cerca, señorita St. Claire.

Portia alzó al barbilla, y miró con firmeza hacia delante.

—Si tuvierais la más mínima decencia, milord, no os referiríais a nuestro anterior encuentro.

—Pero no tengo la más mínima decencia. —Con voz suave, pero grave, añadió—: El sol os favorece, Hipólita. Añade centellas doradas a vuestro cabello.

El corazón de Portia trepidó, pero se negó a derretirse.

—Si tenéis intención de abrumarme con halagos, milord, deberíais saber que no presto atención a la moneda falsa.

—¿Falsa? ¿No tenéis un solo rasgo del que os sintáis orgullosa?

—Tergiversáis mis palabras. El orgullo es un pecado.

—La honestidad es una virtud, sin embargo. ¿Cómo os describiríais a vos misma? Con honestidad.

Entonces, Portia sí le miró.

—Pequeña, delgada, y con edad suficiente para no hacer estupideces.

Una sonrisa peculiar de simpatía chispeó en él.

—¿Superamos alguna vez la edad de hacer estupideces, querida dama? Al menos resultará barato alimentaros.

—Por el contrario —mintió ella, poniéndose cada vez de peor humor—. Devoro como un caballo.

—¿Habéis pensado alguna vez en que os traten de solitaria?

—¡Milord! ¡La verdad!

—¿Y qué decís de vuestro cabello? ¿Cómo lo describiríais? Portia estaba a punto de iniciar una discusión en toda regla con él cuando de pronto cobró conciencia de unas cuantas miradas fijas en ellos; algunas directas, algunas más solapadas, o incluso desde detrás de las máscaras. El orgullo le exigió controlar su mal genio.

—Mi cabello es de color herrumbre, creo, milord.

—Herrumbre —replicó él con sequedad—. ¿Y antes de que os mojarais bajo la lluvia era gris metálico?

—No —contestó ella entre dientes—, pero sin duda se volverá gris en un futuro no muy distante.

—¿Por vuestra edad tan avanzada?

—¡Por lo que me acosan los granujas El alzó una ceja.

—Señorita St. Claire, os encuentro absurda y sospecho que suspiráis por que os hagan unos cumplidos.

—¡No es verdad! —Pero Portia era consciente de que ella también estaba empezando a disfrutar con esto. Le lanzó una mirada cautelosa y captó un destello de humor en sus ojos.

A Portia le resultaba extremadamente duro no imitarle.

—Entonces no os haré ningún cumplido —dijo él, sus ojos aún sonrientes—. Estoy de acuerdo. Sois baja y escuálida, y tenéis el pelo de color herrumbre. Debo advertiros además que parte de la herrumbre se ha descascarillado sobre vuestra nariz. —Estiró el brazo y le tocó la nariz, luego se miró el dedo—. Y no se va con facilidad.

Portia no sonrió, no iba a hacerlo.

—Ya sé que tengo pecas, milord. No tenéis que señalarlas.

—Y tenéis una nariz demasiado chata —continuó él—. Tengo que admitir que vuestra boca es por desgracia cautivadora, pero sospecho que podríais rectificar eso frunciendo los labios con fuerza... ¡Exacto, eso es!

Conquistada, Portia estalló en risas.

—¡Sois el hombre más exasperante que he conocido!

—Excelente. Entonces no me olvidaréis fácilmente, ¿verdad que no?

Mientras Portia buscaba una respuesta ingeniosa, él añadió:

—Deberíamos continuar.

Portia se percató de que se habían parado para mantener aquel debate, y por consiguiente se habían convertido en el blanco de todas las miradas. Ella se alegró de seguir caminando, con el rostro encendido.

—¡Estáis convirtiéndome en un espectáculo, milord!

—¿No queréis ser famosa?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué es lo que deseáis, señorita St. Claire? Su tono era tan amable que Portia se sintió tentada de un extraño

modo a contárselo, a dejar salir todas sus esperanzas y sueños más secretos:

—Mis deseos no son de vuestra incumbencia, milord —Manifestó con firmeza, y en el mismo instante quiso no haber usado esa palabra. Él lo pasó por alto, y Portia supo que era deliberado.

—De modo que en el campo es donde os sentís en casa, señorita St. Claire.

—Sí, milord. —Portia se sintió a la vez aliviada y decepcionada de haber pasado a un terreno tan seguro.

—¿Y tenéis más familia aparte de vuestro hermanastro?

—Una hermanastra. Prudence tiene dieciséis años y es muy guapa. A ella le encantaría estar aquí —añadió con añoranza.

—No obstante, yo no lo recomendaría, a menos que tengáis un protector formidable. Las muchachas de dieciséis años, guapas y recién llegadas del campo, son bocados muy apetecibles.

—Entonces todo Londres debería sentirse avergonzado.

—Sin duda —dijo él con sequedad—. Vuestra hermana está con vuestra madre, supongo. Y vos sois el sostén de todos ellos.

Portia le miró con sorpresa. —¿Yo, milord? Oliver es el cabeza de familia.

—¿Pero es él el sostén?

Se había acercado demasiado.

—Los asuntos de mi familia no son en absoluto de vuestra incumbencia, milord.

—Sin duda tenéis razón. Pero puesto que en nuestro primer encuentro fui en cierta forma descortés…

—¿En cierta forma?

—… intento que vuestro bienestar actual sea de mi incumbencia.

Si ésta es vuestra primera visita a Londres, señorita St. Claire, debemos seduciros.

Portia se volvió bruscamente para mirarle.

—¿Qué?

Él era todo inocencia.

—Seduciros para que disfrutéis con los placeres de Londres, por supuesto.

El corazón de ella se serenó un poco, pero la noción de peligro la había aguijoneado.

—Me niego a ser seducida, señor. —Lo lanzó como una advertencia formidable. Por Dios, era extraordinario que un hombre así sintiera algún interés por ella, pero su instinto había disparado la alarma.

Lord Bryght cubrió con su mano derecha la de Portia, apoyada en su brazo. Caliente y fuerte, se dobló levemente mientras él bajaba los párpados de un modo que de nuevo aceleró su pulso.

—Si mostrarais demasiadas ganas, Hipólita, no habría ningún reto en ello, ¿no creéis? Nunca puedo resistirme a un reto.

Se habían detenido de nuevo, y Portia sabía que tendría que preocuparle lo que estaría pensando todo el mundo en ese momento, y no obstante…

Con un movimiento sutil, él le levantó la barbilla y le rozó los labios como un suave fuego.

Portia se apartó bruscamente, mirando a su alrededor llena de alarma. No obstante, nadie les estaba mirando. El rey y la reina acababan de llegar.

Portia volvió a mirar a lord Bryght. ¿Lo sabía o había sido un atrevimiento inexcusable ? La expresión de él no ofrecía ninguna respuesta.

—*Vos...*

Le tocó con el dedo los labios para acallarla.

—Debemos atender al monarca.

La multitud se había callado para prestar atención y todos miraban el cortejo real. El rey y la reina habían llegado con poca ceremonia, sólo les acompañaba una pequeña comitiva de media docena de damas de compañía y caballeros, junto con un pequeño pelotón de guardias. Se dirigieron de inmediato a inspeccionar y observar las tropas desplegadas.

Portia aprovechó ese momento para poner sus ideas en orden y tranquilizar sus nervios.

Tenía que reconocer que su reacción hacia Bryght Malloren era alarmante. Incluso en este momento, sin mirarle, sentía su presencia tras ella de un modo que no había experimentado antes con ninguna otra persona. Cada vez que él hablaba, su voz melodiosa parecía acariciar sus sentidos y destruir su pensamiento racional.

Lanzó una mirada disimulada de soslayo. La visión de él la fascinó. Era muy atractivo —alto, ágil y elegante— pero había algo en él que quizá pudiera llamarse presencia. Estaba en cada pequeño movi-

—No permitiré que me beséis otra vez, milord. Es sumamente incorrecto y podría destruir mi reputación.

Él se volvió para conducirle de nuevo en dirección a Oliver, quien esperaba a bastante distancia. Portia no se había percatado de que habían andado tanto.

—Por el contrario. Podría proporcionaros cierta reputación.

—No la que a mí me gustaría, milord.

—Entonces, si no deseáis ser famosa, y no deseáis que os seduzcan, ¿qué planeáis para vuestra estancia en Londres?

—Nada. Simplemente estamos aquí mientras mi hermano se ocupa de algunos asuntos.

—¿Asuntos relacionados con el conde de Walgrave, tal vez? Portia había olvidado brevemente su peligrosa situación, pero entonces se puso tensa.

—No es en absoluto de vuestra incumbencia, milord.

—Sois reservada en exceso, Hipólita. Uno casi podría pensar que tenéis secretos que esconder…

—¿Y no los tiene todo el mundo? —Pero entonces Portia recordó que quería hacer público el hecho de que Oliver no tenía nada que perder. Era un momento excelente.

—Si queréis un secreto: Oliver perdió su finca jugando. Está totalmente sin blanca, milord.

Él aceptó las noticias sin sorpresa.

—En ese caso, si queréis un consejo bienintencionado, señorita St. Claire, impedid que vuestro hermano juegue en el futuro.

—¿Cómo?—preguntó ella lóbregamente.

La expresión de él fue de un comprensivo sorprendente.

—Ah. ¿Tan mal están las cosas? Entonces lleváoslo de Londres.

—Vos jugasteis con él anoche, milord —replicó ella con tono gélido—. ¿A qué viene este pío sermón?

—A que jugué con él anoche.

Portia le lanzó una mirada iracunda. -

—¡Al menos él ganó! Vos perdisteis, pero sospecho que esta noche volveréis a jugar.

—Casi con toda certeza, pero yo aún no he perdido todo lo que tengo, ni tengo personas dependientes de mí a quienes tener en cuenta.

Santo cielo, pese a todo el porte y elegancia de este hombre, estaba irremediablemente arrastrado al vicio. Portia quiso suplicarle que abandonara el juego, suplicarle con el mismo empeño que emplearía con Oliver.

Luego se recordó que Bryght Malloren no era su problema. Si perdía hasta el último penique y se pegaba un tiro igual que había hecho su propio padre...

Se mostró reacia a aceptar aquella imagen y se le escaparon las siguientes palabras:

—Ojalá no jugarais. —Cuando él se volvió a ella, levemente sorprendido, Portia se apresuró a añadir—: ¡Ojalá nadie jugara! Los labios de él esbozaron una sonrisa.

—¿Entonces qué haríamos durante nuestras veladas? Ah, sí, sentarnos junto al fuego con nuestras fieles esposas...

Portia sabía que se le había subido un rubor poco elegante a las mejillas.

—Os lo tomáis a broma, milord, pero sería preferible.

—Sin duda. —La diversión se esfumó—. Me asustáis, señorita St. Claire.

—Desde luego que no.

—Quiero decir, os tengo miedo. Hay algo de Juana de Arco en vos.

—No soy ninguna fanática religiosa, milord.
El frunció levemente el ceño y su repentina seriedad resultó alarmante.

—Pero sois impetuosa, valiente y tenéis ideales elevados. Algo peligroso en esta era de cinismo. En una causa justa, no dudaríais en correr riesgos atroces. No querría ver cómo acabáis en la hoguera.

—No hay peligro de que eso suceda. —Pero las palabras de él hicieron vibrar un hilo de inquietud en Portia. Vivía estos tiempos con la sensación de que amenazaba el desastre.

—¿No lo hay? Aquel día habríais disparado contra mí, ¿no es cierto?

Él se rió en voz alta.

—Lo habríais hecho, ¿verdad? —Le tocó la ardiente mejilla con los nudillos—. Sois refrescante

—¿Como un baño helado, tal vez?

Los ojos de él la miraron con un afecto aparentemente sincero cuando dijo:

—No tan riguroso, creo. Como una fuente fresca en un árido día estival

Portia no pudo encontrar nada desdeñoso que replicar a esto y se le quedó mirando como una boba atolondrada.

No obstante, a él le importó poco, ya que continuó alegremente:

—¿Puedo esperar que ahora deleitéis a la sociedad un poco más con vuestra presencia, Hipólita?

¿Atolondrada? Y aturdida. Portia sintió mareos. Gracias al cielo era apropiado apoyarse en su brazo, porque lo necesitaba

—Lo... lo dudo, milord —dijo con voz inestable—. No tenemos intenciones de quedarnos mucho tiempo, y llevaremos una vida tranquila

—Entonces, la sociedad se lo pierde. —Pero la entregó a su hermano sin protestar, hizo una inclinación de despedida y siguió su camino.

Capítulo 6

capitulo 6

Portia miró a Bryght Malloren mientras se alejaba caminando, y deseó que en las proximidades hubiera algún sitio donde sentarse.

—Bueno, eso sí que habrá atraído la atención de toda la sociedad —dijo Oliver—. Pero ojalá no te hubieras comportado con tanta imprudencia, Portia. Mirarle así, de ese modo...

Un terrible ardor invadió a Portia sólo de pensar en el espectáculo que acababa de dar.

—¡No he hecho eso! —declaró abanicándose vigorosamente con la máscara—. O, como mínimo, si tengo que mirar a un hombre de esa estatura mientras habla, no me queda mucha elección. Es demasiado alto. Todo ha sido perfectamente inocente.

Pero mentía. No había habido nada que rozara lo inocente en aquel encuentro.

A Oliver tampoco le convencieron sus palabras.

—Ten presente al menos, Portia, que los miembros de la aristocracia se casan entre ellos, y los que no son primogénitos, como Bryght Malloren, no se casan a no ser que sea por dinero y tierra. ¿Cómo podrían mantener a una esposa?

En las mesas de juego, pensó Portia. Excepto cuando Bryght Malloren perdiera. Consiguió reírse un poco.

—¿Matrimonio? ¿Quién habla de matrimonio? Oliver pasó por alto su comentario.

—Y a veces salen de caza sólo por diversión. Portia se estremeció pues temía que Oliver hubiera adivinado con exactitud las intenciones de Bryght Malloren.

Si al menos pudiera entender por qué iba a escoger una pieza tan insignificante como ella como presa.

—Mira —dijo Oliver—. Ahora está haciendo la corte a la señora Findiayson.

Portia miró a la vivaracha belleza de pelo negro azabache, e

nvuelta en un manto de terciopelo rojo forrado de pieles oscuras.

Cinco. guapos especímenes rondaban a su alrededor como llamativas

mariposas en torno a una flameante llama. O como halcones sobre una presa, más bien.

Bryght Malloren ciertamente no era una mariposa revoloteadora.

Pero, por otro lado, la señora Findiayson no se parecía al tipo habitual de presa.

¿Quién, de hecho, cazaba a quién?

—¿Qué caballero es el señor Findiayson? —preguntó ella.

—Ya te lo he dicho, es viuda, y sus intenciones son usar el dinero de su primer marido, era un potentado del té, para comprar un segundo esposo de buena cuna. Bryght Malloren ocupa uno de los primeros puestos en la puja.

Y bien, ¿por qué aquellas noticias alcanzaron a Portia como una puñalada de agonía?

—Y, de cualquier modo —continuó Oliver—, un marido no se dedica a rondar cerca de su mujer en público. Queda feo.

Portia echó una mirada a su alrededor y observó escenas similares por doquier: damas presumiendo y caballeros coqueteando, pero presumiblemente nadie estaba con la pareja que le correspondía.

Pues vaya con la fidelidad y las veladas tranquilas junto al fuego. Lord Bryght la habría tomado por una ñoña.

Pero Portia pensaba en serio que las costumbres de la sociedad eran repugnantes y pavorosas. Si se casaba, no querría avergonzarse junto a otros hombres, y se sentiría desolada al ver a su marido coqueteando con otras mujeres. Oliver tenía razón. Este no era su sitio, excepto como espectadora.

De repente recordó Maidenhead, y la carta. Una carta, sin duda, de una de estas mujeres a uno de estos hombres. Pero no a su marido. Y una relación que no había sido un mero coqueteo.

¿Habría sido Bryght Malloren el amante implicado en esta historia? Pero, ¿por qué había dado muestras de estar tan conmocionado? Y no obstante, no podía ser el marido.

Tal vez era un amante traicionado. Para una mujer que traicionaba a su marido no sería un obstáculo traicionar también a su amante.

Tal vez, pensó Portia con un sobresalto, Desirée era la señora Findiayson, la mujer a la que él estaba cortejando. Enterarse de que la mujer que pretendía como esposa era tan impúdica sin duda conmoclonaría a un hombre, ¿y no había una mención al té en esa carta?

Volvió a echar una rápida mirada a la escena y vio a la viuda riéndose alegremente con Bryght Malloren, sobre cuyo pecho colocó la mano con familiaridad. Portia quiso apartar de un golpe esa mano intrusa. Si Bryght Malloren se había sentido conmocionado, pensó con aspereza, daba la impresión de recuperarse muy bien.

Portia apartó la vista con enfado. Aquel hombre no era de su incumbencia, y ya no era ninguna colegiala para volverse loca a estas alturas por alguien que era virtualmente un extraño.

Sin embargo, daba la impresión de que, de repente, allí donde miraba había hombres y mujeres con comportamientos poco decorosos. ¡Fíjate! Vio que una mujer permitía que un hombre le besara en los labios mientras aplaudían los que se hallaban más cerca. ¡Y observa dónde tiene apoyada ese hombre la mano! La concurrencia en el parque parecía decididamente una bandada de predadores, y la charla es-

taba empezando a sonar como los chillidos de las aves de presa.

Si no podía regresar a la vida sencilla y decente de Overstead, acogería con beneplácito Manchester. No había tejemanejes tan inmorales allí.

Oliver estaba diciendo algo acerca de dinero y Malloren.

—Perdona —dijo Portia—, no te he oído.

—He dicho que apostaría mi dinero a que la Findiayson será lady Bryght antes de la primavera. Ella sería una tonta si no le atrapara. Es el siguiente en la línea de sucesión y se convertiría en marqués si su hermano muriera.

—Algo bastante improbable, creo yo. Y ella sería una tonta si confiara su dinero a un hombre que lo arroja todo a las mesas de juego.

—Entonces Portia se percató de lo que había dicho y deseó poder tragarse las palabras—. Lo siento, Oliver…

—No importa —dijo él con fría normalidad—. Es la verdad, aunque, al menos, era mi propio dinero.

Pero todas nuestras vidas se fueron con él, pensó Portia con amargura, y todo mi trabajo en la finca, y el precioso jardín de mi madre…

La magia del día se vino abajo. Portia dio la espalda al grupo de la Rndiayson para evitar la tentación de dirigir una sola mirada más a Bryght Malloren.

Bryght coqueteaba con Jenny Findiayson, pero su mente estaba con Portia St. Claire.

Había sido simple curiosidad lo que le había llevado a acercarse a ella.

La mujer que iba del brazo de Upcott le había parecido vulgar, pero tenía que ser su hermana.

Se preguntaba si su fascinante amazona había sido enteramente producto de su imagina ción.

Vista de cerca, siguió pareciéndole normal, ya que no era ninguna belleza y sus ropas no seguían las últimas modas.

Pronto quedó claro, no obstante, que bajo la superficie prosaica estaba la mujer que le había desafiado, se había enfrentado a él y había mtentado dispararle.

Hoy no llevaba ninguna pistola, pero nuevamente se había enfrentado a él con ingenio y una afilada lengua, algo igual de intrigan te. Aún más, lo que ella había dejado entrever acerca de su hogar y su familia le había conmovido.

La sociedad londinense sin duda le tomaría por un cínico, y en muchos sentidos lo era, pero lo cierto era que comprendía los lazos familiares. Había nacido en un hogar feliz y le habían educado con amor. No obstante, la muerte de sus padres le sobrevino a la edad de trece años, cuando el nuevo marqués sólo contaba con diecinueve y los gemelos no eran más que unos insignificantes crios de siete años.

Sus familiares habían hecho aparición de inmediato para ocuparse de los pequeños, pero Rothgar se había negado a permitir que fueran acogidos en otros hogares. Había mantenido unida la familia y había creado estrechos lazos entre todos ellos. Incluso había dispuesto su herencia de tal manera que los hijos menores encontraran empleo y beneficios en los negocios del marquesado. Rothgar había creado fuertes vínculos entre los miembros de su familia, y Bryght entendía sin que le dieran más explicaciones la necesidad de Portia St. Claire de mantener la familia a flote y feliz.

Sin embargo, en el caso de los Malloren, la responsabilidad estaba compartida. Ninguno de ellos era una carga para los demás. Bryght temía que Portia encontrara poco sostén en su familia y que ésta se apoyara demasiado en ella. Había sentido la tentación de ahondar más, de enterarse de más cosas sobre los distintos miembros, pero aún era capaz de identificar el obvio peligro que aquello significaría.

De momento ya estaba interesado en Portia St. Claire más de lo que era prudente.

Al finalizar el rato que pasaron juntos, encontraba atractivo inclu-
so el aspecto menudo e inusual de ella, y aquel rostro de buen cutis, que reflejaba todas las emociones, le tenía encandilado. Las damas

las sofisticadas de Londres tenían un cutis cremoso y perfecto; si)ios no les había dotado de él, lo buscaban en un pote de crema. Iryght estaba acostumbrado a esto, aunque el hecho de que el cutis de Nerissa Trelyn fuera natural había significado una atracción imper-
ante.

Hasta ahora, no había dado importancia a que

¡Por todos los infiernos, no tenía ganas de estar preocupándose constantemente por esa mujer!

Apartó la vista del rostro socarrón de Jenny y pilló a Nerissa Trelyn mirándole.

El hizo una inclinación.

Ella se dio la vuelta pretendiendo no haberle visto.

Bryght entrevio una posible solución para este dilema. ¿Qué conexión había entre Portia y Nerissa? Si Portia quedaba bajo la tutela de los Trelyn, Bryght no tendría que volver a preocuparse por ella.

Se soltó de la mano posesiva de Jenny y la besó.

—Ay, pero debo dejaros otra vez, querida dama.

—¿De veras? —Sus ojos oscuros se enfriaron—. Si regresáis con esa minúscula pelirroja empezaré a pensar que sois insincero, milord.

Jenny pensaba claramente que esta amenaza le mantendría bajo control, pero Bryght se limitó a decir:

—Eso sería una desgracia. —Y dejó que lo interpretara como quisiera.

Mientras Bryght cruzaba hasta donde Portia se hallaba con su hermano, rezó para que Bridgewater no necesitara grandes sumas adicionales de dinero. Hasta hoy había pensado que hacer una boda práctica con Jenny Findiayson sería bastante fácil para él.

Ahora, por algún motivo, parecía una labor de Hércules.

Portia había conseguido quitar a Bryght Malloren de su mente con tal éxito que le sorprendió oír su voz en su hombro.

—Señorita St. Claire, me gustaría charlar un momento con vos, si me lo permitís.

Se volvió con cautela.

—¿Qué relación tenéis con la familia St. Claire de Gloucestershire?

Portia estaba tan alterada por el regreso de él que apenas pudo pensar. Aun así, consiguió contestar con coherencia:

—Era la familia de mi padre, milord. El era uno de los hijos menores de lord Felsham. —Le complació bastante hacerle saber que no era una persona totalmente insignificante.

—Entonces, ¿es por un casual lady Trelyn pariente vuestro?

Por el recelo que le provocaba todo lo relacionado con este encuentro, Portia le miró con el ceño fruncido:

—¿Lady Trelyn?

—Oh, vamos, Portia —interrumpió Oliver—. j Nerissa Trelyn! Has preguntado antes por ella.

—Se apellidaba St. Claire antes de casarse —aclaró Bryght.

Oliver se quedó mirando a uno y otro.

—¿Quieres decir que Nerissa Trelyn es pariente tuya Portia? ¿Por qué no lo dijiste?

Portia estaba perdiendo el equilibrio. Lanzó una ojeada a la hermosa Reina de la Sociedad.

—No sé... creo que tenía una prima Nerissa... pero...

—Pero nunca os conocisteis —continuó lord Bryght—. Eso pensé. Tenéis que permitirme que os presente. Vamos. — Extendió el brazo.

Portia no tenía ganas de ir, ya que desconfiaba de todo lo que hacía Bryght Malloren. Oliver, sin embargo, le instó a moverse.

Portia fue conducida por el césped hasta donde se encontraba Nerissa Trelyn rodeada de admiradores. En claro contraste con la Findlayson, lady Trelyn iba envuelta en satén blanco forrado de gruesa piel blanca, y su compañía era básicamente femenina. Cualquiera hubiera dicho que era una dama con su corte.

Portia se detuvo. Aunque lady Trelyn era bastante joven —probablemente más joven que ella— Portia no podía creer que una dama tan majestuosa estuviera emparentada con ella.

—No os rechazará, Hipólita —dijo Bryght con suavidad—. No si yo os presento.

¿Y qué quería decir eso?, se preguntó Portia mientras era impulsada hacia delante por una mano colocada en su espalda; una mano que parecía transmitirle vibraciones ardientes a lo largo de toda la columna vertebral.

Lady Trelyn volvió la cabeza y les vio. Se quedó parada durante un breve y revelador momento, pero luego sonrió; Portia pensó que seguramente se había equivocado al creer detectar una fugaz expresión de alarma. Bryght se inclinó con una reverencia casi exagerada.

—Lord Bryght. —La voz de Nerissa era ronca. Portia observó con algo así como desesperación que el cutis perfecto, perlado, de Nerissa no debía nada al artificio.

Bryght besó la mano enjoyada que ella tendió y luego se enderezó para reconocer al esposo de la belleza con una inclinación mucho más moderada.

No se tenían demasiado aprecio, pensó Portia.

—Vengo cargado de regalos —dijo Bryght—. Mi querida lady Trelyn, creo que he encontrado una prima para vos.

—¿Prima? —Nerissa desplazó la mirada de Oliver a Portia.

Bryght instó a Portia a adelantarse un poco más.

—¿Puedo presentaros a la señorita Portia St. Claire?

Nerissa miró con gesto inexpresivo a Portia durante un momento, luego se rió con lo que parecía deleite sincero.

—¡Portia! ¿La hija del tío Ferniey? Claro que he oído hablar de ti. ¡Qué maravilla!

Portia recibió un abrazo excesivamente perfumado, y a continuación fue presentada a lord Trelyn. De hecho fue presentada a todo el mundo en medio de una avalancha aturdidora de sonrisas y nombres.

—¿Y vos, señor? —preguntó Nerissa finalmente a Oliver.

El hizo una profunda inclinación de adoración.

—Ay, milady, sólo puedo aspirar a ser pariente político. Soy sir Oliver Upcott, hermanastro de Portia.

Recibió de todos modos un beso en la mejilla.

—¡Pero familiar al fin y al cabo! Sí que es maravilloso. Tenéis que venir a cenar, ¿ no crees, Trelyn ? Quiero ponerme al día de todo lo relacionado con vuestra familia y... y, oh, todo. —Su encantadora excitación era halagadora, y todo el mundo a su alrededor se mostró encantado—. Veamos. Hoy es martes y... —Contó con sus preciosos dedos y entonces miró con expresión de cariño a su marido—. ¿El sábado, Trelyn?

—Si quieres, querida mía. —Pero él era el único que no estaba radiante, su voz y ojos resultaban fríos. Echó una mirada pensativa a Bryght Malloren.

Portia se preguntaba también qué habría detrás de todo esto. Estaba encantada de haber encontrado un familiar en Londres, especialmente alguien tan poderoso y fascinante, pero no podía imaginarse , que a Bryght Malloren le moviera una amabilidad sin corromper,

—Entonces el sábado —declaró Nerissa—. Decidme que vendréis el sábado. —Hizo que sonara como una humilde petición.

—Será un placer para nosotros —contestó Portia con sinceridad. Se había sentido muy sola últimamente, y ahora parecía que tenía un familiar y tal vez una amiga. Nerissa parecía tan cariñosa que no era de extrañar que todo el mundo pareciera adorarla.

Fueran cuales fueran los motivos de Bryght Malloren, quiso darle las gracias, pero cuando se volvió, descubrió que ya se alejaba andando.

De vuelta con la señora Findiayson, al parecer,

La voz de lord Trelyn recuperó su atención, apartándola de aquella elegante seda verde.

—¿Y cómo es que conocéis a lord Bryght, señorita St. Claire?

Se volvió a él llena de nerviosismo.

—Tan sólo es una amistad de mi hermano, milord.

—Ah. —Lord Trelyn dedicó una breve y extraña mirada a Oliver.

¡Oh, válgame Dios! ¿Interpretarían eso como que Oliver era un

tahúr? ¿Qué sucedería si los Trelyn descubrían que Oliver estaba

arruinado?

Pero Nerissa se cogió del brazo de Portia y la apartó de lord Trelyn.

—Me siento como si hubiera ganado una hermana. Seremos Portia y Nerissa en todo momento. —Soltó una risita—. Como en *El mercader de Venecia,* sólo que allí Nerissa era la doncella de Porcia. ¡Tendremos que encontrarte un noble Bassanio!

Durante los siguientes quince minutos más o menos, Portia fue «mi queridísima prima».

Aunque no era mucho más alta que Portia, Nerissa tenía una presencia abrumadora, mientras Portia tenía dificultades incluso para pensar sumida en la alegre charla y perfume bastante intenso. Cuando llegó el momento de separarse, se sintió un poco aliviada.

—¡Caramba! —dijo Oliver, en cuanto no pudieron oírles—. ¡Los Trelyn y los Malloren en un día! Nos estamos moviendo en los círculos más elevados.

—Con toda probabilidad, un estilo de vida así costará dinero en vez de producirlo, Oliver.

—Eso demuestra que no sabes cómo funciona el mundo. Esas grandes familias cuentan con toda la influencia que quieren. Hay puestos gubernamentales que valen cientos, incluso

miles de guineas al año, ahí esperando, y precisamente se conceden a gente así. Aunque Fort me deje dinero para recuperar Overstead, habrá que devolver una gran deuda. Unos ingresos adicionales de unos cuantos cientos al año sin duda serían de ayuda.

—Desde luego que sí, pero no tendrás tiempo para obligaciones adicionales, Oliver. Si conseguimos una hipoteca por la finca, todos tus esfuerzos tendrán que concentrarse en pagarla.

Oliver hizo un ademán despreocupado.

—Oh, Portia, ya sabes que no se me dan bien ese tipo de cosas. Pero, de todos modos, esos puestos no implican trabajo. Uno contrata a otra persona para que haga el trabajo a cambio de una parte de los ingresos.

Portia se quedó mirándole.

—¡Pero eso no es honrado! La persona que hace el trabajo debería recibir su remuneración.

Su hermano se encogió de hombros.

—Así funciona el mundo.

En opinión de Portia, el mundo era retorcido.

Pero, en este momento, había otro problema que le estaba incordiando. Mientras había permanecido en el círculo de Nerissa, algo le había hostigado la memoria en todo momento. Era una referencia elusiva, pese a que estaba segura de que no se habían visto nunca, ni siquiera de niñas.

De pronto le vino a la cabeza.

El perfume de Nerissa.

El perfume de Nerissa se parecía mucho al de la carta de Maidenhead.

Seguro que no.

Lanzó una mirada a Bryght Malloren, quien estaba besando la mano de la señora Findiayson, viuda de un comerciante de té, y luego volvió a mirar al oro y blanco de la Reina de la

Sociedad, a quien le gustaba el intenso perfume a rosas...

Sacudió la cabeza. Con toda seguridad, no. Ninguna de ellas podía ser Desirée.

Se volvió a Oliver y cayó en la cuenta de que, durante su abstracción,

se había citado para reunirse con unos amigos en el café Watkin. Su instinto quería protestar, pero difícilmente podría atarle a sus faldas, por más que quisiera.

Sin embargo, temió que la buena suerte de la noche anterior no estuviera dirigiendo los pensamientos de Oliver en el sentido adecuado. Más bien lo contrario. Con una pila de guineas a su disposición y el acceso a las altas esferas ya estaba lleno de planes poco realistas.

Durante todo el camino de regreso habló de grandes sinecuras y grandes diversiones. No sólo se había olvidado por completo de su deuda, sino que claramente pensaba que se hallaba en el camino hacia la riqueza y la gloria. A Portia le angustió tanto todo aquello que se sintió contenta de despedirse de él. De todos modos, cuando Oliver se marchó, descubrió que había cogido otras veinte guineas, a sumar a las cincuenta que le había dado la noche anterior,

¡Setenta guineas! Era un ingreso anual respetable. Con una cantidad así encima, ni siquiera andaría seguro. ¿Y qué diantres querría hacer con tanto dinero?

Temió saberlo.

Oliver regresó tarde aquella noche, alicaído y con los bolsillos vacíos.

Portia se levantó de un salto de la silla en la que esperaba preocupada.

—¡Oliver! ¡Cómo has podido! Robaste ese dinero.

—¿ Cómo puedo robar lo que es mío ? —bramó, pero sin convicción. Portia se mordió el labio. Era cierto que era su dinero,

pero simplemente no podía permitirle tirar setenta guineas al día. Y, por supuesto, se habían ido jugando.

—Sí, sí, he jugado —admitió, desmoronándose sobre el gastado sofá—. Y más de lo que tenía intención. Pensé que tal vez ganara lo suficiente para recuperar la finca; entonces ya no habría ninguna deuda que nos atara. Después de lo de anoche, y de nuestro gran éxito de hoy, pensé que mi suerte había cambiado... —Alzó la vista desalentado—. No volveré a ser tan necio, lo prometo, cielo.

Sonaba sincero.

—Supongo que ha sido Bryght Malloren —dijo Portia con amargura. ¿Cómo podía haberse ablandado respecto a ese hombre? Estaba acorralando a Oliver como el halcón que era, su intención era quedarse hasta el último penique.

Los ojos de Oliver se abrieron con sorpresa.

—¿Malloren? No, ya te dije que no me muevo en esos círculos.

Era un hombre llamado Cuthbertson el que lo ganó casi todo. No era un mal tipo. No puedes culparle a él, la suerte simplemente estaba en mi contra. Y setenta guineas no son nada. De hecho, si hubiera tenido más, probablemente las cosas se habrían puesto a mi favor.

Portia se quedó mirándole sin decir nada, con una sensación nauseabunda en el estómago. En todos los demás aspectos, Oliver era un hombre bueno y racional, pero en este tema, estaba loco.

Intentó mantener un tono de voz calmado cuando dijo:

—Espero que lo digas en serio, Oliver, que no vas a volver a jugar. El poco dinero que tenemos no durará si lo gastas de ese modo. —Recordó que Bryght Malloren había hablado de responsabilidades, y añadió—: Y tienes que pensar en toda la familia.

Oliver se sonrojó.

—Lo sé, lo sé. Lo estaba haciendo por la familia. Si queremos vivir mínimamente bien, necesitamos dinero.

—Fort te dejará dinero, Oliver. Seremos capaces de devolvérselo si vivimos con sencillez y trabajando duro.

—Será un fastidio para todo el mundo.

—A nadie le importará eso con tal de recuperar Overstead.

Oliver alzó la mirada.

—Tal vez a ti no te importe, te gusta el campo y las cosechas y que nazcan corderos y todo eso, pero a Pru no le hará ninguna gracia tener que arreglar sus viejos vestidos y perderse los bailes locales.

Había sacado a colación a su hermana, pero Portia sabía que hablaba de él. No le interesaba la vida campestre ni su economía.

—Si nos moderamos tal vez seamos capaces de permitirnos algunas diversiones. —Estaba ofreciendo aquella concesión a Oliver tanto como a la ausente Prudence.

—Asistir a fiestas no le servirá de mucho sin una dote.

Portia sintió ganas de soltar que debería haber pensado en esas cuestiones antes de perderlo todo, pero en cambio dijo:

—Pru es lo bastante guapa como para casarse sin necesidad de una buena dote. Si se queja, le recordaremos que la alternativa es Manchester. Aprenderá a apreciar su suerte.

Confió en que él captara también el mensaje.

Tal vez sí, ya que hizo una mueca irónica.

—Sí, desde luego que eso la consolará. No obstante, te alegrará saber que cuando pasé andando junto a la mansión Ware de camino a Watkin parecía que estuvieran preparándose para la llegada de alguien. ¿Qué apuestas a que Fort pronto volverá a estar en la ciudad?

Ponía sintió que se desprendía de una carga de sus hombros.

—Oh, eso espero.

Estaba convencida de que Bryght Malloren al menos había sido sincero en algo. La única manera de evitar la ruina total era llevarse a Oliver de Londres: de vuelta a Dorset, donde se entregaría al duro trabajo.

Al día siguiente, intentando que no fuera demasiado evidente, Portia custodió su habitación y el dinero. Oliver, tras varios intentos sigilosos de evitar su vigilancia, plantó luego cara a su hermana.

—¿Dos guineas? ¿Esperas que salga con tan sólo dos guineas en el bolsillo?

—Vas a ver si Fort se encuentra ya en la ciudad. ¿Por qué necesitas tan siquiera estas dos?

—¡Es una miseria! ¡Me harás parecer un pobre!

A Portia se le acabó la paciencia.

—¡Eres un pobre!

—Sólo soy pobre porque tú estás vigilando mi dinero como una tacaña sentada sobre un tesoro.

—¡Estoy vigilándolo porque no mantienes el juicio en estas cuestiones!

—Tengo más juicio que tú.

—¿Entonces cómo es que te lo jugaste todo a las cartas?

—No me fastidies, Portia. Eso no es justo. ¡Me engañaron!

Ella se puso en jarras.

—Aún más estúpido. Y aún más por querer volver a jugar.

—¿Puedo recordarte que fui yo quien ganó las doscientas guineas, y a Bryght Malloren, ni más ni menos?

—Y anoche perdiste setenta.

—¡Sólo porque no tuve suerte!

—¡Y nunca la tendrás!

Tras una mirada iracunda, Oliver se marchó cerrando la puerta de golpe y dejando a Portia muy trastornada. Nunca antes se había peleado con Oliver, ya que él por naturaleza no solía discutir. Ciertamente su disposición no era para nada violenta, pero

ahora estaba asustada. Temía que, en verdad, estuviera loco en lo que al juego se refería.

¿Cómo iba a evitar ella el desastre?

Le temblaban las manos cuando cogió la pequeña bolsa con las monedas de oro y contó la renta necesaria para tres meses. Lo calculó

cuidadosamente, incluyendo dinero para carbón, para pan y cerveza, y para una comida diaria para cada uno en el restaurante económico. Bajó el monedero a la posadera.

—Vaya, señorita St. Claire —dijo la delgada mujer, metiéndose el monedero en su bolsillo—, será un placer tener a dos personas tan respetables en mi casa durante tanto tiempo.

—Yo tal vez no que quede, señora Pinney. Pronto me reclamarán en mi casa.

—Bien, podéis estar segura de que me ocuparé con esmero de vuestro hermano por vos. Un joven tan agradable. Sólo hay una cosa...

—¿Sí? —preguntó Portia, preguntándose qué nuevo batacazo iba a recibir.

—Creo que sir Oliver es un poco descuidado con las cerraduras, señorita St. Claire. Al levantarme esta mañana me he encontrado la puerta sin cerrar. Podrían habernos asesinado a todos en nuestras camas.

Portia se relajó llena de alivio.

—Lo siento de veras, señora Pinney. En el campo...

—Esto no es el campo. Por favor, pedid a sir Oliver que sea más cuidadoso.

—Sí, lo haré. Gracias.

Portia se escapó para regresar a su habitación, sintiendo cierto alivio por que las cosas estuvieran organizadas.

Sabía que ella no podría permanecer en Londres pues aquel viaje la estaba afectando demasiado, pero no estaba segura

de poder convencer a Oliver de que debía irse. Si Fort no podía ofrecerles ninguna ayuda, ella regresaría a Overstead y organizaría el traslado a Manchester.

Se dijo con firmeza que incluso Manchester era un lugar preferible a éste, y que con valor y trabajo duro, era posible labrarse una buena vida en cualquier lugar.

Intentaría convencer a Oliver para que se fuera con ella. No obstante, si él no accedía, podría marcharse sabiendo que tendría un techo sobre la cabeza y una comida al día durante unos pocos meses.

No obstante, aquello les dejaba con tan sólo treinta guineas, y temía que Oliver advirtiera la falta. No quería que ni siquiera sospechara que había ocultado parte del dinero y, por lo tanto, sacó alguna de las monedas de detrás de la chimenea.

Algunas se habían quedado atascadas y un par de ellas se habían

escurrido demasiado lejos, por lo que se vio obligada a emplear un cuchillo para sacarlas. Mientras lo hacía, no pudo evitar pensar en lord Bryght.

Sus manos se detuvieron en medio de la faena. Había pasado media noche despierta, desconcertada con él, y cuando por fin se durmió, él había seguido en sus sueños. Era tan ajeno a ella como un halcón en un gallinero, e igual de peligroso, y no obstante, no podía sacárselo de la cabeza. Podía recordar su sonrisa sutil, pestañeante, los movimientos graciosos de sus manos elegantes y la suave magia de su hermosa voz...

Alcanzó una moneda con el cuchillo con fiereza, pero en vez de sacarla, la empujó aún más, más allá de su alcance. .

¡Maldición!

Apoyó la cabeza en las manos, conteniendo las lágrimas. ¡No sólo se enfrentaba a la más terrible miseria, sino que, contra toda lógica, estaba obsesionada por un vividor y jugador de buena cuna! Sin duda toda mujer que le conocía se enamoraba de él, y a él le resultaba terriblemente divertido. Probablemente esperaba que Portia se sintiera tan deslumbrada por el honor de sus atenciones que se entregara voluntariosamente a una relación ilícita.

Bien, ciertamente no actuaría alocadamente con un hombre que apenas conocía, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de lo que sabía de él era malo. Era un vividor, y si tenía intenciones honorables hacia alguna dama, serían por aquella fortuna andante llamada señora Findiayson. Todavía peor, era un jugador impenitente, lo que ella más detestaba, por encima de todas las cosas. Y pensaba que la mera idea de la fidelidad y las veladas junto al fuego eran muy divertidas.

¿Qué era, entonces, lo que veía en él?

Sexo.

Las mejillas le ardieron sólo de pensarlo, pero era cierto. Tenía veinticinco años y sabía lo suficiente de aquellos temas como para entender que la pura lujuria podía apoderarse de la persona más sensata. Le gustaría negarlo, pero el hecho era que se sentía atraída

Contó el dinero que tenían, tanto las monedas aún ocultas como las de la bolsa, y descubrió que sólo les quedaban cien guineas. Era un montón de dinero, pero no tanto si Oliver perdía setenta al día.

Después de haber hecho todo lo posible por sus asuntos financieros, Portia se concentró en otros asuntos. Se dispuso a escribir una carta a su casa por si tenían que quedarse aquí mucho más tiempo. Hannah Upcott daría por sentado que su hijo e hija se encontraban todavía en Maidenhead y esperaría su regreso, o si no, alguna noticia de ellos,

Sin embargo, en vez de escribir, la pluma de Portia empezó a hacer un bosquejo de Bryght Malloren. Portia tenía cierto talento artístico y le pareció haber captado parte de la elegancia delgada de sus rasgos, aunque fue incapaz de reflejar la magia.

—No hay magia —murmuró, y añadió unas líneas más a las pestañas, intentando transmitir cierto drama a sus ojos.

No funcionó. Dudaba que alguien pudiera reconocerle.

Lo cual era mejor.

Hizo una bola con el papel y lo arrojó al fuego.

¡Que aquello le apartara de su mente!

Capitulo 7

Portia comió en solitario la cena que el hijo de la patrona le trajo del restaurante económico. Cuando la señora Pinney la invitó a tomar el té en el piso inferior, Portia bajó porque estaba aburrida, pero se encontró intentando esquivar una serie de preguntas impertinentes.

Oliver no volvió a casa hasta la medianoche. Tras decir un brusco «Buenas noches» desapareció en su habitación. Era casi mediodía del día siguiente cuando salió para pedir el desayuno.

Portia le sirvió pan y mantequilla y preparó té con una tetera sobre la placa del hogar mientras intentaba inferir en qué habría andado metido él la noche anterior. Su hermano le resultaba un extraño en su estado de ánimo actual. Sólo por decir algo, le transmitió la advertencia de la señora Pinney sobre las cerraduras.

—Supongo que hay que ser cauteloso con los ladrones —contestó levantándose—. De hecho, debería ocuparme yo de nuestro dinero.

Portia se quedó mirándole.

—¿Porqué?

—No es que sea una tarea adecuada para una mujer.

—No me importa.

Oliver fijó en su hermana una mirada preocupante.

—Portia, dame el dinero.

Portia no había tenido miedo de Oliver nunca antes, pero sabía que ahora existía un riesgo real de violencia. Se tragó sus argumentos y fue a por el monedero.

El sopesó la bolsa con el ceño fruncido y vertió las monedas para contarlas.

—¡Por todos los diablos! ¡Aquí apenas hay sesenta! ¿Dónde está el resto?

Portia le miró a los ojos con calma.

—Lo he empleado para pagar nuestra renta aquí para una buena temporada.

—¡Hasta el día del juicio final, diría yo! Vete al cuerno. Porfía, ¿qué sentido tiene, si vamos a trasladarnos pronto a un sitio mejor?

—¿Mejor? ¿Adonde?

—Cualquier lugar será mejor que éste. Tienes que estar loca para comprometernos a quedarnos aquí.

Portia controló su propio mal genio pues sabía que sólo serviría para añadir leña a un fuego peligroso.

—Pensé que era lo más seguro.

—¡Más seguro! Crees que voy a perderlo todo, pero yo no soy tan tonto. —Volvió a poner las monedas en la bolsa—. Anoche volví a ganar. Convertí las dos míseras guineas en veinte. Cuando vuelva a casa esta noche todo será diferente. Espera y verás.

Se marchaba.

—Oliver, ¿y qué hay de Fort? ¿Ya está aquí?

Él se detuvo.

—Cualquier día de éstos, dicen. Pero ya no nos va a hacer falta postrarnos ante el poderoso conde de Walgrave o vivir en la miseria como esclavos para pagar una deuda enorme. —Hizo una pausa y sonrió de pronto, volvió a parecer Oliver de nuevo—. Confía en mí, Portia. Por una vez, confía en mí. Sé lo que estoy haciendo.

Dicho esto salió y Portia se sentó con un ruido sordo. ¿Era posible que supiera qué estaba haciendo, que regresara a casa convertido en un hombre rico? Le encantaría confiar en él, pero no podía. Iba a volver a casa con los bolsillos vacíos. Gracias al cielo había pagado su manutención y aún le quedaban unas monedas detrás de la chimenea. Al menos para pagar el viaje de regreso a casa.

Se rió sin ningún humor. Por poca agudeza que tuviera Oliver para los números, podría calcular los gastos recientes y

darse cuenta que ella había dejado a buen recaudo casi cincuenta guineas. Pero, los números no se le daban bien. Tuvo que preguntarse cómo alguien podía pensar en ganar en el juego si era incapaz de controlar asuntos menores como ése.

Debía de haber juegos que no requerían ninguna pericia.

Pero, ¿cómo alguien con tan mala suerte como Oliver podía esperar ganar con los juegos de azar?

Sacudió la cabeza. Nunca entendería a los jugadores. Una visión de otro jugador ocupó su mente para aumentar su ofuscación. Le resultaba imposible imaginar a Bryght Malloren esperando con mirada codiciosa que la carta quedara boca arriba, arrojando cantidades substanciosas de dinero una vez tras otra con optimismo demente.

Casi sintió ganas de acudir a una sala de juego para presenciarlo. Sin duda sería un antídoto definitivo.

—¡Sal de mi cabeza! —murmuró con brusquedad y se obligó a pensar en Oliven

¿Había algo que ella pudiera hacer? Si fuera más espabilada podría haberle seguido, pero, ¿de qué serviría? Le habría resultado imposible seguirle hasta dentro de un club o de un salón de juego. Y aunque lo consiguiera, no podría impedir que él jugara.

¿Se suponía que tenía que sacarle arrastrándole de las orejas como a un muchacho travieso?

Portia suspiró y se frotó la cabeza. Deseó con fuerza poder hacerlo, pero Oliver era ahora un hombre. Oh, aún era su hermanito pequeño, pero ya no podía controlarle.

Démosle tiempo.

Pero, ¿y si acababa con una pistola en la cabeza como su padre?

—No puedo hacer nada para impedirlo —murmuró con dureza

Ponía y se obligó una vez más a calmarse y escribir cartas.

No intentó escribir una carta a su madre, pues sabía que pronto volvería a casa. En vez de ello escribió cartas de despedida a sus amigos de Dorset, en las que explicaba el triste desarrollo de los acontecimientos. No las mandaría hasta que toda esperanza estuviera perdida, pero ya estaban listas, como las telas de la mortaja colocadas cerca del lecho de muerte.

Tras completar una tarea desagradable, Portia comprendió que no podía quedarse sentada sin más a esperar el fin. Necesitaba aire fresco y un poco de ejercicio, o sea que se fue andando hasta la panadería próxima para comprar un poco de pan. Incluso se permitió un bollo de grosella ya que, si Oliver podía utilizar tanto dinero en el juego, sin duda ella podía pagar un penique por un bollo. Retrasó volver a casa y vagó por las calles, distrayéndose con la variedad de gente ajetreada.

Al final tuvo que regresar a sus habitaciones vacías y esperar. Aunque significara usar una vela más, Portia se quedó levantada hasta tarde con la esperanza de que Oliver volviera a casa. Creía que sería incapaz de dormirse sin saber dónde estaba él o qué estaba haciendo. Sin

embargo, al llegar la medianoche se dio cuenta de que se le cerraban los ojos.

Mientras se metía en la cama, intentó convencerse de que si Oliver hubiera perdido todo su dinero, ya habría regresado a casa, y que por lo tanto estaría ganando.

No podía creérselo. El desastre acechaba como una nube de tormenta.

Pese a la angustia que la corroía, Portia se durmió finalmente, y

cuando se despertó ya era de día. Sus primeros pensamientos la llenaron de pánico y se apresuró a levantarse en busca de señales del desastre. Los resoplidos de los ronquidos de Oliver le comunicaron que como mínimo estaba en el dormitorio y que estaba vivo.

No encontró indicios de si había tenido suerte o no. Ciertamente no había ninguna pila de oro en la mesa. Pensó más bien que, si hubiera tenido un éxito enorme, la habría despertado para comunicarle las noticias.

Una pequeña ganancia, al menos. ¿Era eso esperar demasiado?

Incluso una pérdida pequeña sería un alivio.

Portia se sintió tentada de despertar a su hermano y exigirle pasar cuentas, pero ¿qué sentido tenía? Lo hecho, hecho estaba.

Las horas pasaron pausadamente. Portia intentó centrarse en la labor de aguja o en la lectura, pero no consiguió ni una cosa ni la otra. Daba vueltas por la habitación llena de inquietud, sintiendo que iba a gastar la delgada y vieja alfombra.

¿Qué iban a hacer si había perdido todo el dinero?

¿Y qué si había perdido más, mucho más?

Otra vez la imagen de Oliver llevándose la pistola cargada a la cabeza...

—No —dijo ella en voz alta, y otro débil ronquido la tranquilizó.

Fort. Fort era su única esperanza. No sólo podría dejarles dinero, sino que podría convencer a Oliver de que cejara en su locura y regresara a Dorset. Puesto que necesitaba pasar a la acción, Portia se echó el pesado manto sobre los hombros y fue en busca del nuevo conde de Walgrave.

Mientras se aproximaba a la gran casa, su corazón se animó. Un carruaje cargado de equipaje abandonaba en ese momento la puerta, presumiblemente para ir a las caballerizas a descargar.

Alguien había llegado. Subió corriendo con ligereza los escalones y llamó con la aldaba de reluciente bronce. \

Portia sabía que no era habitual que una mujer llamara sin escolta

a la puerta de un hombre, pero esperaba poder aparentar cierta solemnidad. Cuando se abrió la puerta, informó al lacayo que la señorita St. Claire estaba allí para ver al conde. Su expresión no fue cordial.

—El conde no está en casa, señora. Portia se mantuvo firme.

—Acabo de ver llegar un coche.

—Eso eran los sirvientes de su señoría con el equipaje, señora. Empezó a cerrar la puerta y Portia dijo con premura:

—¿De modo que le esperan?

—Sí, señora. —Entonces la puerta quedó cerrada con firmeza.

Portia se dio media vuelta, alicaída pero todavía con esperanzas. Sin duda, Fort estaría aquí mañana o quizás hoy mismo. Pese a las preocupaciones que la acuciaban, no podría suceder nada demasiado terrible entre hoy y mañana. Al fin y al cabo, Oliver ya debía cinco mil guineas. Cualquier suma adicional que hubiera malgastado la noche pasada no eran más que gotas de lluvia en un gran cubo.

Portia no sabía si reír o llorar.

No quería regresar a sus deprimentes habitaciones para oír a Oliver resoplar y roncar, de modo que se puso a andar por esta preciosa zona de Londres.

Eran calles amplias y bien ordenadas, con casas que iban de las más grandiosas a las simplemente elegantes. En general tenían el pavimento enlosado con piedra, bordeado por robustos postes de metal, lo cual ofrecía cierta protección a los peatones de las carretas y carruajes que pasaban rodando. La gente que transitaba eran damas y

caballeros o sus criados y niños. Las callejuelas con borrachos bebiendo ginebra y las fulanas parecían pertenecer a otro mundo.

Salpicadas entre las casas había tiendas llenas de artículos que probablemente eran del gusto de los ricos. Portia escudriñó a través de los pequeños escaparates y vio objetos llegados de todo el país y del mundo, y deseó poder llevar consigo algunos con los que obsequiar a su familia. A Pru le encantaría aquella cinta de encaje y sólo costaría un chelín el metro.

Suprimió la tentación. Era peor que Oliver, quería gastar dinero que no tenían.

Mientras rehacía el camino hacia Dresden Street, se percató de pronto de que se había perdido. No se sintió alarmada porque estaba equipada con el mapa Sayer de Londres, y se detuvo a mirarlo. Ah, sí, si cruzaba Mariborough Square tendría que volver a retomar su camino, y le gustaría ver la famosa plaza. Se suponía que era la mejor de la ciudad.

Lo era. Bordeada por preciosas casas de muchos tipos diferentes, la plaza incluía un parque rodeado por una verja que contenía bonitos árboles, lechos de flores e incluso un estanque de patos. Pese a esta época umbría del año, el parque era encantador. En primavera y en verano, tenía que ser delicioso.

Portia oyó risas y vio a algunos niños y su niñera dando de comer a los patos.

Londres tenía muchas caras, musitó. Sórdido por un lado, vicioso por el otro, también podía ser refinado, e incluso encantador.

Fue hasta la verja para disfrutar de las gracias de los cuatro niños. Un muchacho se percató de su presencia y le saludó con un tímido

ademán. Ella le devolvió el saludo. La niñera estaba atenta, pero no interfirió y, por consiguiente, Portia se paró a disfrutar con melancolía de los pequeños.

Había tenido pretendientes a su mano, pero nadie que ella hubiera estado dispuesta a aceptar. Su madre pensaba que no era razonable por su parte, pero Portia necesitaba sentir una confianza absoluta en un hombre antes de poner su vida en sus manos. Había esperado que Hannah comprendiera esto después de su desastroso primer matrimonio, pero la madre de Portia parecía pensar que era preferible un hombre cualquiera a ninguno.

Si, de todos modos, Portia hubiera aceptado alguna de las ofertas, habría tenido hijos propios. Ahora sus posibilidades se habían esfumado, ya que no era una jovencita y no tenía ningún tipo de dote.

Hacía años que se había resignado a su estado de soltería, pero confiaba en ser tía de los hijos de Oliver. Había pensado en vivir en Overstead trabajando para que la finca prosperara, disfrutando de sobrinos y sobrinas. Su madre también esperaba estar ahí para disfrutar de sus jardines y sus nietos.

Una niña del grupo alzó la vista y Portia pensó que la criatura se había fijado en su aflicción. Pero la muchacha miraba más allá de ella y gritó:

—*Zeno*\

Portia se volvió y se encontró mirando a Bryght Malloren de pie al otro lado de la calle. Le llevó un momento advertir el gran perro a su lado, con su oscuro y sedoso pelaje reluciente a la luz del sol. El perro estaba quieto como una estatua a excepción de la cola oscilante, pero sus ojos brillantes estaban fijos en los niños.

Los niños venían corriendo.

La niñera sonriente abrió la verja y los crios salieron corriendo en tropel. Los niños no hicieron ningún caso del hombre y se lanzaron hacia el perro. Este se echó a un lado. Portia soltó un resuello, pensando que iba a volverse contra sus inocentes torturadores, pero enseguida comprendió que se trataba de un juego conocido para todos ellos.

El perro se escabullía zigzagueante y danzaba, y los niños iban tras él.

—¿Os gustan los niños?

Portia se volvió hacia atrás y vio que Bryght Malloren había cruzado hasta situarse a su lado.

—¡Por supuesto que *me* gustan los niños! —El corazón le latía con fuerza. Estaba segura de que tenía las mejillas rojas como fresones.

—No es algo tan presumible. Son pequeños monstruos, cada uno de ellos.

—Vuestro perro no da muestras de sentir eso.

—Considera que estos ejercicios son un noble sacrificio en la causa de educar a los jóvenes. —Su tono era perfectamente serio, pero en sus ojos se detectaba un centelleo irresistible.

Portia no pudo evitar devolver la sonrisa.

—A mí me da la impresión de que pasa un rato maravilloso, milord.

—¡No digáis eso! Él se cree que nos ha engañado a todos.

La sonrisa de Portia se agrandó. Bryght la imitó, y ella deseó que no lo hubiera hecho. Parecía tan sincera, como si también él estuviera encantado con este encuentro fortuito.

Era todo fachada, se dijo Portia con firmeza, pero la expresión de él era tan afectuosa que podía fundir el sentido común más sereno y reducirlo a la idiotez más inepta.

Hoy iba vestido con ropas sencillas: una chaqueta oscura, los pantalones de cuero marrón y las botas altas negras. Llevaba el pelo oscuro recogido con natural sencillez, con un pequeño mechón al viento. Llevaba un tricornio y una fusta, por consiguiente debía de regresar de montar.

A diferencia del satén y el pelo empolvado del parque, no había nada en estas ropas de diario que estuviera diseñado para atraer o impresionar. Sin embargo, el efecto resultaba incluso más peligroso.

Unas ropas tan sencillas le hacían parecer más normal, más el tipo de

hombre que la señorita Portia St. Claire de Overstead, Dorset, podía esperar conocer.

Apreciar.

Amar, incluso.

Cielos, no. ¡Eso nunca!

—¿Vivís aquí, milord? —Esto era para recordarse a sí misma que nadie que viviera en Mariborough Square era normal.

—Sí, allí. —Hizo un gesto en dirección a la casa más soberbia de este lado de la calle—. De todos modos, no os impresionéis demasiado. Pertenece a mi hermano.

—¿El marqués de Rothgar? —Alta aristocracia, Portia. Recuerda eso.

El alzó una ceja.

—¿Habéis estado estudiando mi árbol genealógico, señorita St. Claire?

Portia apartó la vista para mirar cómo jugaban los niños, y para ocultar las mejillas enrojecidas.

—Desde luego que no, milord. Todo el mundo sabe esas cosas. Él debía de haberse acercado aún más, ya que la profunda voz llegó justo desde detrás de su oído.

—¿Y qué más sabe todo el mundo?

Portia tragó saliva, pero mantuvo un tono enérgico.

—¿Queréis que os regalen los oídos, milord?

El se rió y se desplazó hasta colocarse en su campo visual, obligando a Portia a mirarle o a ser significativamente maleducada.

¡Ay, Señor! Si Bryght Malloren era guapo en su faceta solemne, era irresistible cuando su rostro se iluminaba con su risa. Se había situado de manera que los dos quedaran muy próximos, íntimamente próximos...

—Dudo —dijo con suavidad— que mucho de lo que el mundo tiene que decir acerca de mi familia pueda expresarse como cumplidos.

—Dicen que sois ricos.

—Pero, ¿qué dicen de la manera en que hacemos dinero?

—¡Dicen que intentáis casaros con el dinero!

Había pronunciado aquellas palabras sin tener tiempo de contenerse. Portia deseó que se abriera un oportuno agujero en el suelo que la engullera.

—No os sintáis incómoda —dijo él—. Es verdad. ¿Qué opción tenemos nosotros los pobres segundos hijos? —Pero le tomó una mano y le frotó suavemente el dorso con el pulgar. Los dos llevaban guantes, pero aquello no parecía disminuir el poder de su contacto.

—¿Trabajo duro? —preguntó ella, con voz demasiado entrecortada.

—Dios no lo quiera. —Tiró levemente de la mano de ella, tiró de Portia hacia él.

¡No se atrevería! Aquí no, donde la gente podía observarles de cualquier ventana del centenar que tenían a su alrededor.

—Y dicen que lo conseguís en las mesas de juego —soltó ella bruscamente. Era tanto para refrescarse la mente como para acusarle. «Es un jugador, Portia. El tipo de hombre que más desprecias.»

—Todo el mundo juega. —Aún seguía atrayéndola hacia sus brazos, y la falta de voluntad de Portia para resistirse era alarmante.

Pero justo entonces el remolino de perro y niños pasó girando muy cerca, y *Zeno* efectuó un giro muy marcado para rodear a Bryght y a Portia. Mientras los niños le seguían, una pequeña resbaló y tropezó, cayendo al suelo con un gemido.

Portia se soltó de Bryght para ayudar a la criatura, pero él se adelantó. Levantó suavemente a la niñita del suelo con un movimiento, luego se puso en cuclillas para quedarse al nivel de la pequeña y colocarle bien el gorro sobre su corto pelo castaño manchado.

—No te has hecho daño, creo, pequeñita.

—Me he llenado de barro —dijo la niña suspirando.

—Se irá cuando lo laves.

—Me he hecho daño en la mano. —La niña tendió la mano derecha que tenía algún rasguño en la base del pulgar. Bryght se la cogió y la estudió a fondo.

—Me parece que es barro más que otra cosa. ¿Le doy un beso para que se ponga mejor? ¿O prefieres que la bese como besa un caballero la mano de una dama?

La muchacha, que tenía unos cinco años, le miró con talante sorprendentemente coqueto. Sin duda estaba destinada a ser una picara.

—Como una dama —dijo ella mientras extendía la mano con la palma hacia abajo, prácticamente como haría una dama.

Bryght le cogió la manita llena de barro y la rozó con un beso sobre los nudillos, luego se puso en pie. Soltó un agudo silbido y *Zeno* evadió una mano que quería agarrarle y trotó hasta colocarse al lado de él. Los niños colorados y excitados le habrían seguido, pero su niñera les controló. Bryght mandó a la niña a reunirse

con ellos y todos desaparecieron por una de las casas.

En el último minuto, los niños se volvieron a saludar y Bryght les devolvió el saludo, con una amplia sonrisa.

—¿Pequeños monstruos? —inquirió Portia, consciente de que su corazón acababa de sufrir un serio golpe. Tal vez fuera un aristócrata, un bribón y un jugador, pero le gustaban los niños y era cariñoso con ellos. No creía que llegara a olvidar alguna vez la imagen de él besando la mano de una niña llorosa.

—Me estoy despidiendo de ellos —contestó. Acarició las orejas de su perro—. Señorita St. Claire, ¿me permitís presentaros a *'Zeno,* el más estoico de los perros?

El perro volvió a una pose más relajada y a una actitud de resignación infinita.

Portia extendió la mano y, como el perro no dio muestras de protestar, le acarició la sedosa cabeza.

—Es precioso. —Tanto como su amo, pensó, pues había cierta similitud ente su delgadez oscura y perfecta osamenta—. ¿ Qué es ?

—Un saluki, un cazador de gacelas de Persia. Puesto que no hay gacelas cerca, cree que no tiene obligación de esforzarse.

Portia se dirigió al perro.

—*'Zeno,* creo que tu amo te calumnia. No parecéis ningún perezoso.

—Ni yo tampoco —dijo Bryght—. Y pese a todo, ¿no soy una criatura ociosa, sin propósito en la vida?

Portia alzó la vista con sentimiento de culpa. Era como si le hubiera leído el pensamiento. De todos modos, él parecía demasiado despierto, demasiado fuerte y demasiado saludable para la vida que supuestamente llevaba.

—No os conozco, milord.

Se suponía que aquello debía recuperar el orden apropiado de las cosas, recordarles tanto a él como a ella que eran extraños, de diferentes clases de la sociedad. Pero él dijo:

—Eso se puede enmendar, Hipólita. —Había algo en su tono, algo en sus ojos, que provocó un escalofrío a lo largo de sus nervios—. Me gustaría conoceros mejor.

¿Conocer? ¿En el sentido bíblico?

Portia dio un paso hacia atrás.

—¡Milord, parad esto! —Se dio un topetazo contra la dura verja, lo que la dejó atrapada y le recordó Maidenhead. ¿Cómo podía haber olvidado aquel encuentro violento?

—¿Parar qué? —Era todo inocencia, el muy miserable. Portia alzó la barbilla.

—No quiero vuestras atenciones, milord. —Incluso decirlo resulaba ridículo.

Portia pensó que él iba a reírse.

En vez de ello, la ira centelleó en los ojos del aristócrata.

—¿Rechazáis mis atenciones sin tan siquiera discutir la cuestión, señorita St. Claire?

—Sí. ¡No hay nada que discutir!

—A mí me parece que hay mucho que discutir.

—¡No! —protestó, totalmente alarmada por lo poco que ella quería rechazarle

—.¡No hay precio que pudierais ofrecer, milord, que me convenciera a ser vuestra querida!

El la miró fijamente y ahora sí que parecía su merodeador nocturno, capaz de atacar.

Portia rezó ansiosamente para que entonces un centenar de ojos sí que estuvieran

observando este encuentro.

Pero él mantuvo a raya su ira.

—Qué insultante —dijo arrastrando las palabras. Sus fríos ojos la estudiaron,

desde el pulcro sombrero a los resistentes zapatos—.

(Qué diríais si estuviera dispuesto a pagar todas las deudas de vuestro hermano,

señorita St. Claire?

¿Debilitaría eso los grilletes de vuestra virtud?

Portia notó sus propios ojos abriéndose como platos.

—¡Debe cinco mil guineas!

—¿Vale él cinco mil guineas?

—Su finca.

Sus ojos se apagaron por completo. Se mostraba tétricamente grave.

—Todo el mundo tiene su precio. ¿Estaríais dispuesta a entregaros a mí en cuerpo y alma por cinco mil guineas?

Seguro que no hablaba en serio, pero ella replicó por temor:

—¿Valéis vos cinco mil guineas, milord?

—¿Dudáis de mi palabra? —preguntó él, con suficiente frialdad como para congelar el estanque.

—¡Si tuviera que aceptar un trato así de perverso, sin duda tendría que ver el dinero por anticipado!

La respiración de él sonó sibilante entre sus dientes mientras tomaba aliento.

; —Sois una mujer temeraria, mi amazona, al insultarme así.

—Yo no soy vuestra nada, milord. —Intentó pasar a su lado, pero elle bloqueó el camino con el mango de la fusta.

—¿Y qué si subo a diez mil? Vuestro hermano limpio de deudas,

^vuestra familia a salvo en su hogar, una dote para vuestra hermana...

—Sonrió, y su voz adquirió un matiz satírico—. ¿No valdría eso vuestra preciosa virtud, tan largamente preservada?

El insulto hirió el corazón de Portia, pero se quedó paralizada. Si hablaba en serio, no podía negarse.

—¿Pagaríais todo eso?

—¿No lo he dicho?

Portia soltó un largo y tembloroso suspiro y bajó la vista.

—Muy bien, milord.

Él bajó lentamente la fusta y Portia observó, temblando mientras él golpeaba la lustrosa bota.

—Juana de Arco, ciertamente. Vuestra familia no lo merece.

—Ella no fue capaz de interpretar en lo más mínimo su tono de voz.

Portia alzó la vista para mirar directamente aquellos ojos cautelosos.

—Mi familia merece mi sacrificio, milord. ¿La vuestra no?

La barbilla de él hizo un leve movimiento, casi como si ella le hubiera pegado.

—Retiro mi oferta, Hipólita. No soy una pira de sacrificio para ninguna mujer. —Tras decir eso, se dio media vuelta y se alejó andando mej estuosamente en dirección a la mansión que era su hogar.

Portia inspiró profundamente y dijo para sus adentros que sentía un gran alivio. Por supuesto que se sentía aliviada. Su familia nunca querría que ella pagara su seguridad con su virtud. La habían educado para que creyera que la muerte era preferible al deshonor.

Pero la honestidad le decía que en su corazón había un deje de lamentación. Si no hubiera sido por ese comentario cruel sobre su virtud largamente preservada, el perverso plan le habría parecido atractivo. No obstante, las palabras de él le habían recordado que ya no era una jovencita. Habían dejado claro que su propuesta era una broma cruel que respondía al desdén, no a la atracción.

No había hablado en ningún momento en serio.

Cuando la puerta se cerró tras él, Portia recuperó cierta fuerza en las piernas y pudo continuar su camino con dignidad. Dejó Marlborough Square, resistiéndose a toda tentación de mirar atrás o de pensar lo que podía haber sido.

Bryght entró indignado en la biblioteca y cerró la puerta de golpe, con tal fuerza que evitó por bien poco la cola de *Zeno.* El perro soltó un gañido de reproche y se instaló delante del fuego con un suspiro.

—Bien, eso sí que ha sido una buena actuación. —Bryght vertió brandy descuidadamente en una copa y se lo bebió de un trago—. ¡Una conducta tan encantadora con toda seguridad tiene que ganarte el corazón de cualquier dama!

Zeno abrió los ojos durante un momento, luego los cerró.

—Desde luego que sí. ¿Qué diría tu compañera si tú le soltaras que se ha quedado rancia, que es un palillo reseco, que es una gazmoña incurable que va acabar vistiendo santos?

Bryght fue a echarse al sillón junto al fuego. *Zeno,* conociendo cuál era su deber, se levantó para apoyar la cabeza en la rodilla de su amo.

—Deja de actuar —dijo Bryght—. No te compadeces en absoluto de mí, y tienes razón. Pero la verdad es que me ha hecho perder los nervios. Parece que tenga la habilidad de hacerme perder la calma, esa mujer miserable. Normalmente controlo mis emociones y mi vida.

Zeno no ofreció ninguna respuesta, de modo que Bryght le acarició con suavidad y sintió que el calor sedoso le serenaba.

—Expreso mi interés por mejorar mi relación con esta dama, ¡y de inmediato da por sentado que quiero convertirla en mi querida!

Zeno se movió de modo que sus grandes ojos marrones miraron directamente a Bryght.

—Por supuesto que no era mi idea—continuó Bryght—. ¡Ni se me había pasado por la cabeza!

Sin embargo, tuvo que detenerse y se vio obligado a repasar mentalmente algunos comentarios recientes de compañeros suyos y sus intentos de ganar el corazón de alguna damisela. «Ni siquiera puedo considerar hacerle una proposición honorable. Si lo hiciera, ella sin

duda se desmayaría de horror. ¡Se planteaba una relación conmigo con el mismo entusiasmo que alguien que está vadeando el Shoreditch!»

Zeno cerró los ojos y dio un resoplido.

—No seas injusto, amigo mío. No es posible que me plantee casarme con una mujer que no tiene patrimonio, mucho menos una mujer cuyo hermano probablemente sea una ruina. Ella esperaría que yo me ocupara constantemente de sus descalabros. Simplemente no me lo puedo permitir. ¿Y qué hay de Bridgewater? —preguntó al perro—. He prometido financiar su cometido.

Zeno se movió para que la mano de Bryght llegara a otra parte de su cuello.

—Y ni siquiera es una belleza. Es demasiado delgada y está entrada en años.

Bryght dejó la copa sobre una mesita auxiliar junto a su codo, y cogió una caja de rapé de carey. Tomó un pellizco y lo inhaló, confiando en que el rapé aclarara su cerebro lo suficiente como para sacarse a Portia St. Claire de la cabeza.

No funcionó.

¿Qué tenía ella?

La manera en que se movía, tal vez. Era tan ligera y graciosa que las demás mujeres parecían torpes a su lado. Incluso Nerissa.

La manera en que iba directamente al glano, sin miedo a dejar claro lo que quería decir. Las vacilaciones, las incertidumbres maliciosas de las damas elegantes empezaban a crisparle.

La manera en que sus claros ojos azules centelleaban cuando algo le divertía.

La manera en que alzaba la barbilla cuando estaba enfadada. La manera en que luchaba en desventaja. Hizo una mueca.

La manera en que había intentado disparar a un intruso.

Así fue como empezó todo la primera vez, esta locura. No conocía a ninguna otra mujer que, encontrándose sola en una casa, hubiera bajado a enfrentarse a un ladrón con una pistola, por no hablar de dispararle.

Las demás mujeres tenían más juicio, se dijo a sí mismo. Portia carecia de toda discreción razonable. Sólo pensar en lo que podría haberle pasado a ella en Maidenhead si de verdad él hubiera sido un villano, era suficiente para ponerle los pelos de punta. Y Londres era mucho peor. Ni se atrevía a considerar las cosas que podrían pasarle a una mujer así en Londres, únicamente con Oliver Upcott para guiarla y protegerla.

¿Por qué diantre se interesaba por una mujer que parecía dar problemas con la misma facilidad con que las gatas dan gatitos?

Porque había fuego en ella, y cuando sonreía, resplandecía.

¿Era de verdad prima de Nerissa? Suponía que sí, pero eran muy diferentes.

Sólo podía dar las gracias de que lo fueran.

Pese a que Nerissa St. Claire había preferido a Trelyn en vez de a él, Bryght no había dejado de pensar en ella con afecto. No podía despreciar a alguien porque se entregara a los deseos de su familia. De hecho, la aceptación por parte de Nerissa del deber para con su familia habían realzado falsamente sus demás virtudes.

Se le abrieron finalmente los ojos en Maidenhead, al leer esa carta y reconocer su distintiva caligrafía y perfume. La conmoción le había vuelto

loco durante un momento, y el nombre St. Claire le consternó

aún más. Como resultado, se había comportado de un modo abominable.

De todos modos, no le llevó demasiados minutos comprender su error en cuanto salió al frío aire de la calle aquella noche. Nerissa ni siquiera había echado en falta aquella carta, de modo que Portia St. Claire no podía ser su instrumento. Tenía que ser ¡nocente, su presencia en la casa era una maldita coincidencia. Y él había sido un bruto con ella.

Dio un respingo. No era de sorprender que ahora se mostrara propensa a pensar lo peor de él.

Había sido, no obstante, una lección excelente sobre las profundidades a las que una mujer caprichosa podía arrastrar a un hombre, y en este caso una mujer por la que había sentido interés. Bryght se había creído que ahora su corazón y su genio estaban salvaguardados.

Al fin y al cabo, desde Maidenhead, sus ilusiones sobre Nerissa se habían malogrado por completo. Bryght incluso había recibido indicios recientes de que podría gozar con regularidad de los encantos de Nerissa si se rebajaba lo suficiente.

Cuando la fulana estuviera disponible.

Por supuesto, rebajarse significaba entregar aquella carta, aquella carta tan explícita a su principal amante. Si llegaba a poder de su marido, le abriría completamente los ojos.

Bryght hizo una mueca y degustó un poco más de rapé. En estos momentos, esto es lo que había detrás de todo. Nerissa haría cualquier cosa por conseguir aquella carta. Bryght la conservaba para asegurarse de que ella no molestaba a su familia. Y estaba encontrando un placer considerable en observar los intentos de ella de ponerle las manos encima.

Para atormentarla, incluso le había dicho dónde se encontraba la misiva: en un libro de sermones que se hallaba junto a

su cama. Había resultado una interesante prueba de lealtad. Cuatro criados de Bryght habían informado de intentos de soborno, y había despedido a un lacayo atrapado en el intento de obtener la carta. Por lo que sabía, el resto del personal se había mantenido fiel.

De cualquier modo, todo esto le había convencido de que, aunque la belleza de Nerissa era suficiente para hacer perder la cabeza a cualquier hombre, tenía el corazón de una puta, y el instinto de una serpiente. En ocasiones, Bryght hacía un alto en medio de actividades

perfectamente normales para dar gracias a Dios de no haber acabado casándose con ella. Sentía lástima de Trelyn, quien daba cada vez más muestras de sospechar que su posesión tan estimada no estaba carente de imperfecciones.

Bryght, no obstante, pensaba que la experiencia le había enseñado a proteger su corazón y su ánimo. Lo que volvió a llevar sus pensamientos a la pariente de Nerissa, Portia St. Claire.

Tal vez su interés por Portia respondía a que ella era lo opuesto a Nerissa en aspecto, en temperamento, y confiaba que también en moral. Sin embargo, casarse con una mujer por ese motivo sería una estupidez.

¿Casarse?

No iba a casarse con alguien como Portia St. Claire.

Estiró el brazo para alcanzar la copa de brandy. Si alguna vez se casaba, sería un arreglo práctico con mucho dinero de por medio, como en el caso de Jenny Findiayson.

Su mano se detuvo. Ya no tenía el menor deseo de casarse con Jenny Findiayson.

Hacía una semana, no es que la perspectiva fuera exactamente

apasionante pero sí aceptable, y estaba seguro de que él podría ser un

marido cortés y considerado. Ahora todo era diferente. Ahora aquello le resultaría un infierno.

Era capaz de poner fecha al cambio: el momento en St. James Park en el que había dejado a Portia para acudir al lado de Jenny.

Jenny le había parecido tosca. No por sus modales —pese a ser descendiente de un comerciante, había sido educada como una dama—, sino por su estilo. Parecía pensar de veras que con su fortuna podía comprarle a él, al hombre que ella escogiera, como si se tratara de un esclavo.

Tomó aliento. Del mismo modo que él había ofrecido tentativamente comprar a Portia. No era de extrañar que se hubiera sentido hundida.

Zeno volvió a alzar la mirada.

—Sí, amigo mío —dijo Bryght—. He hecho una completa chapuza, pero es para mejor. Sin duda nunca volverá a hablarme, o sea que así me salvo de más locuras. Esperemos que los asuntos de su hermano puedan resolverse y que pronto esté de vuelta en el campo, en su finca de cinco mil guineas.

El perro continuó mirándole.

—¿Crees que debería cerciorarme? Maldición, cinco mil guineas no

son exactamente una minucia para mí, lo sabes perfectamente.

—Suspiró—. Oh, muy bien, sería un precio bajísimo a cambio de protegerme de algo mucho peor. Pero tendrá que hacerse en secreto o

dudo que ella acepte el dinero. Y los fondos tendrán que salir de las mesas de juego.

Bryght desplazó con delicadeza el morro de *'Zeno* y se levantó.

—Esperemos que haya suficientes pichones dispuestos a ser desplumados.

Capítulo 8

¿Después del encuentro demoledor con lord Bryght, Portia se sintió consumida por el deseo de no volver a ver a aquel hombre nunca más. Aquello significaba que tenía que arreglar deprisa las cosas y marcharse de Londres lo antes posible.

Volvió apresuradamente hasta la casa de Fort, rogando para que hubiera llegado. Sin duda no podía llegar mucho más tarde que sus posesiones y criados. El altivo lacayo esta vez se mostró mucho menos amistoso e intentó cerrarle la puerta en la cara.

Sin embargo, Portia fue tan convincente en su petición de que le permitiera dejar una nota que el sirviente le guió hasta un pequeño recibidor. Era una habitación muy sencilla —no la que habían usado anteriormente Oliver y ella— pero al menos le dejaron pluma y papel.

Portia se dio cuenta de que le temblaban demasiado las manos incluso para escribir. Ella no sería la fulana de ningún hombre, ni siquiera por diez mil guineas. Ni siguiera la de Bryght Malloren…

Respiró a fondo y se dispuso a escribir a Fort. Puesto que sospechaba que el lacayo leería la nota en cuanto ella se marchara, fue discreta. Se limitó a dar su dirección y decir que necesitaba verle en cuanto fuera posible.

Dios quisiera que volviera pronto, y les ayudara. Tenía que escapar.

Portia entregó la nota al sirviente, luego se encaminó directamente de regreso a casa, bloqueando el acceso a todo pensamiento relacionado con cierto hombre. Entró en sus habitaciones, donde sólo encontró silencio. Angustiada de repente, pues ya era media tarde, llamó a la puerta de Oliver

—Déjame. ¡Tengo la cabeza a punto de estallar!

Portia casi entra a la fuerza, pero él no podría

permanecer escondido allí eternamente.

—¿Quieres que te prepare algo para que se te pase, Oliver?

—No. No, gracias, Portia.

Portia suspiró y se sentó a leer a Milton, pero su mente no dejó de extraviarse.

No dejaba de regresar al tema de Bryght Malloren. Ella intentaba concentrarse en la brutalidad de Maidenhead, en su ruda oferta y los insultos de hoy. En vez de aquello, su memoria caprichosa le empeñaba en enseñar a Bryght Malloren bromeando con ella en el parque y consolando a una niña que se había manchado.

No podía ser sólo malo...

Un golpe en la puerta la sacó repentinamente de sus reflexiones sensibleras. Gracias al cielo. ¡Tenía que ser un mensaje de Fort!

Abrió la puerta de par en par y se encontró con dos desconocidos, ninguno de los cuales tenía aspecto de sirviente. Uno era alto y de tez morena, el otro más bajo y vestido con una peluca Cadogan ornada y empolvada. Tenían aspecto de caballeros, excepto que llevaban la ropa mugrienta y su mirada no era amable en absoluto. Sólo por instinto, Portia comenzó a cerrar la puerta, pero el más alto metió la mano y la bloqueó.

—Hemos venido a ver a sir Oliver Upcott. —El acento era el de un hombre educado, pero aquello no la tranquilizó.

—No está en casa. ^

—¿No? Me sorprendéis.

—¿Por qué, si se puede saber?

El hombre sonrió, mostrando unos dientes torcidos y sucios.

—Será mejor que nos dejéis entrar, señorita Upcott.

Portia no se movió.

—Mi nombre no es señorita Upcott.

Los ojos claros del hombre se entornaron.

—¿Sois su fulana?

Portia enrojeció de ira.

—No, señor. Soy su hermanastra. —Intentó de nuevo cerrar la puerta—. Tendréis que regresar más tarde.

Él hizo una mueca y empujó en el otro sentido. Portia no pudo aguantar la fuerza de él, y en un momento los rufianes estuvieron dentro.

—¡Cómo os atrevéis! —protestó firmemente, pero fue en vano.

Si de verdad creía que no tenían nada que hacer aquí habría gritado como una loca.

Finalmente, había llegado el desastre.

—Id a buscar a vuestro hermano —dijo el hombre moreno.

Portia avanzó hacia la habitación de Oliver, pero la puerta se abrió y él salió con su camisa de dormir.

—¿Qué es todo este jaleo...? —Entonces vio a los intrusos y se puso pálido como la masa de pan antes de ser cocida.

—Cuthbertson.

Cuthbertson sonrió e hizo una inclinación.

—Sir Oliver, mi querido amigo. —Anduvo hacia Oliver y su acompañante caminó detrás como un perro bien entrenado. Pese al buen traje y la peluca empolvada, Portia estaba segura de que las pretensiones del segundo hombre no tenían nada que ver con el refinamiento. Para confirmar esta opinión, el sujeto dedicó una mirada lasciva a Portia que a ella le dio ganas de vaciar el orinal sobre su cabeza.

Supo que había sucedido lo peor. Oliver había perdido más de lo que llevaba consigo. ¿Cuánto? Si ella pagaba la deuda, ¿se quedarían sin blanca? ¿Ni tan siquiera tendrían el importe del viaje para irse de aquí?

Oliver estaba intentando actuar con normalidad.

—Buenos días, señores. Pero, habéis venido a una hora inoportuna. Acabo de levantarme de la cama.

—Ya vemos, sir Oliver. Por favor, tomaos tiempo para vestiros, si lo deseáis.

Los ojos de Oliver vacilaron llenos de incertidumbre entre las tres personas.

—No es necesario. Nuestro asunto no llevará mucho tiempo.

—Excelente. Entonces, ¿tenéis el dinero?

—No —dijo Oliver sin tapujos—. Tengo que pedir que me lo traigan del campo.

—¿Del campo, sir Oliver? ¿Dónde, del campo?

—Qué caray. ¿Qué es esto? ¡Un caballero dispone de tiempo para pagar!

—Convencednos de que tenéis medios para pagar, sir Oliver, y os daremos ese tiempo con sumo gusto.

—¿Medios? Vaya, ¿qué son unas insignificantes trescientas guineas?

—Más de lo que tenéis, o al menos eso he oído.

Portia sintió que perdía el equilibrio. ¿Trescientas? ¡Trescientas!

—Mi finca... —dijo Oliver.

—Hace meses que la perdisteis jugando con el mayor Barclay.

Oliver tragó saliva.

—Aún me quedan fondos.

—Excelente —dijo Cuthbertson en tono amistoso—. Entonces pagadnos y habremos terminado.

—No... no guardo el dinero aquí.

El hombre de la peluca había estado husmeando por la habitación como si buscara algo de valor, pero entonces se volvió a mirar a Oliven

—Entonces nos quedaremos aquí mientras esperamos a que llegue, sir Oliver. —Su acento no era el de un hombre educado.

—¿Quedaros aquí? —preguntó Oliver con un chillido.

Cuthbertson volvió a hablar.

—Perdonad que seamos tan desconfiados, sir Oliver, pero no todo el mundo es tan honrado como vos. Está el caso de un

hombre que se embarcó, o de otro que se alistó en el ejército para escapar de sus acreedores. Algunos incluso llaman a la puerta de Fleet, desesperados por que les admitan.

El corazón de Portia empezó a latir con fuerza y la boca se le quedó reseca. ¿Con qué amenazaban estos hombres si daban a entender que el presidio para deudores era una dulce alternativa?

Oliver se dejó caer en la silla.

—No puedo pagar —susurró.

Cuthbertson se relajó casi hasta parecer cordial.

—Oh, qué lástima, sir Oliver. La verdad, no deberíais jugar si no podéis hacerlo, ¿no creéis?

—¡Encontraré el dinero de algún modo, pero tendréis que darme tiempo!

—Pero el tiempo es algo tan peliagudo, ¿no es cierto? Tener que vigilaros durante tanto tiempo. El dinero debería estar en mi poder durante todo ese tiempo.

—Desalmado canalla —ladró Oliver.

—Vamos, vamos. Si hubierais ganado, os hubierais embolsado mi dinero y os habrías quedado tan ancho, ¿o no? Ahora tenéis que pagar.

—¡No puedo, os lo aseguro! ¡Haced lo que os dé la gana!

Los dos hombres intercambiaron una mirada casi divertida, y el de la peluca se adelantó para acercarse más a, Oliver.

—Bien, sir Oliver, ¿así que queréis que hagamos lo que nos dé la gana, eh?

—Sacó un cuchillo siniestramente puntiagudo—. Nos lo cobramos en dedos, ojos... ¿o cojones?

A Oliver se le salieron los ojos de las órbitas,

y al cabo de un momento, Portia, paralizada por el horror, se adelantó:

—¡Detened esto! ¡No podéis hacer una cosa así, de modo que detened esta locura!

El de la peluca cogió a Oliver por el pelo con gran calma

y le colocó aquella hoja afilada como una aguja en el rabillo del ojo.

—Os aseguro, señorita, que lo hago continuamente. Os asombrará la facilidad con la que salta un ojo.

Un escalofrío de horror descendió por el cuello cabelludo de Portia hasta sus pies.

Le creía.

—Oh, Dios —soltó Oliver con un jadeo—. Por favor, no. Por favor…

Cuthbertson sonrió.

—Creo que estas encantadoras personas ya están dispuestas a entrar en razón, Mick.

Mick asintió, pero no movió la mano ni el cuchillo. Oliver parecía paralizado de terror.

Cuthbertson se volvió a Portia.

—Mi querida dama, por favor, sentaos. Estáis un poquitín pálida.

Portia se sentó ruidosamente. Este buen humor no era tranquilizador porque sabía que no contaban con ningún medio para pagar la deuda. Aunque les diera todo el dinero que había en la casa y luego

vendieran hasta el último objeto que tenían aquí, no alcanzarían a pagar las trescientas guineas.

Cuthbertson se sentó en una silla enfrente a ella, apartando los faldÜones de su casaca púrpura al tiempo que se acomodaba.

—Y bien, permitidme explicaros esto, querida dama. Vuestro hermano jugó.

Nadie le obligó a hacerlo. Nadie le indujo siquiera. De hecho, se moría por jugar.

Y perdió. Si yo hubiera perdido, le habría pagado.

Por consiguiente, lo justo es que él tenga que pagar. ¿Sí?

Portia permaneció sentada, helada. En cierto sentido, él tenía razón.

Pero si alguna vez había visto un hombre que hiciera trampas en *los* juego de azar, lo tenía delante de sus narices.

El hombre suspiró.

—Damos por sentado vuestro asentimiento. Sin embargo, enviarle a la prisión como deudor a mí no me beneficia en nada, especialmente teniendo en cuenta que no es posible cobrar legalmente las leudas de juego. —¡Pues ya está! —exclamó ella.

—Pues, entonces, tenemos que cobrarlas de otras manera, ¿no creéis?

—¿En ojos? ¿Y qué beneficio os reportaría eso? Él mostró su fea dentadura.

—Nos reportaría una hora más o menos de entretenimiento.

Oliver se horrorizó de terror y Portia notó el sabor de la bilis.

—¿Entonces qué? —soltó con voz ahogada—. Por el amor de Dios, ¿qué es lo que queréis?

—Trescientas guineas. En la habitación hay algo que vale ese dinero.

—¡Pues entonces cogedlo y vendedlo!

—Ésa era mi intención, precisamente, si dais vuestro consentimiento.

Portia cerró los ojos.

—Cogedlo y marchaos de una vez.

—El objeto valioso, querida mía, es un pedacito de piel entre vuestras piernas.

Portia abrió los ojos lentamente mientras Oliver expresaba su protesta con un chillido. El terror le impedía discurrir y, por lo tanto, tardó un momento en hacer constar:

—No.

—¿No? —inquirió el hombre. Luego se rió—. ¿Creéis que lo quiero yo? Ninguna putita vale eso para mí. Pero hay otros que piensan que una virgen es una verdadera delicia.

—Santo cielo…

—Conozco a una mujer que subastará vuestro tesoro para conseguir el dinero con que pagar la deuda de vuestro hermano. Si los resultados son buenos, tal vez incluso podáis sacar algo de beneficio,

porque yo no me llevaré ni un penique más de lo que se me debe.

—No podéis…

—Y si no, serán dedos, ojos y cojones, encanto.

Libras de carne. A Portia le interesaba la obra *El mercader de Venecia,* ya que la protagonista y ella tenían el mismo nombre. Nunca había esperado acabar representándola de este modo.

Pero en este caso la cuestión no era ir a la corte y demostrar claramente ser más listo que Shylock. Aquí su papel era sacrificar…, tenía que renunciar a su castidad para salvar a Oliver de la tortura.

Miró como atontada a su hermano, que estaba paralizado, asido por Mick.

—No lo hagas, Portia. No. —Pero estaba blanco de terror. Un pedazo de piel o partes importantes del cuerpo de Oliver. Se quedó mirando a Cuthbertson.

—¿Queréis que me venda como prostituta?

—No, no —declaró con falso horror—. En absoluto. Sólo será en una ocasión. A menos que le cojáis gusto.

—¿Sólo en una ocasión? ¿Y alguien pagará trescientas guineas?

—¡Casi con toda certeza! Pero soy un hombre ecuánime y las subastas son un riesgo. Sí por algún motivo no conseguís todo el dinero, aceptaré lo que saquéis y la deuda estará saldada.

—¡Una subasta!

—Para conseguir el precio más alto. —La miró de arriba abajo de forma sorprendentemente objetiva—. Calculo que no lo haréis mal. Tenéis esa mirada de buena cuna, y sois menuda, especialmente vuestras tetas. Mirabelle probablemente será capaz de haceros pasar por más joven. A muchos hombres les gustan las vírgenes jóvenes.

Portia se tapó la boca con la mano. Su cerebro parecía estar vacío, no podía pensar con claridad. Deseó ser capaz de convencerse de que

esto era una pesadilla, pero desde luego que no lo era. Iba a verse obligada a hacer esta cosa horrible.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —preguntó Cuthbertson.

Portia permaneció todo lo calmada y firme que pudo, rogando para que sus piernas no la traicionaran.

—¿Qué tengo que hacer?

—Venir conmigo. Probablemente podamos hacerlo esta noche, y luego podréis olvidaros de todo esto.

Portia soltó una risa temblorosa al oír ese concepto absurdo.

—Oh, Dios... —Miró a Oliver, enfrente, aún paralizado bajo el asimiento amenazador de Mick.

—Portia... —Pero sus palabras se interrumpieron cuando Mick le sacudió la cabeza hacia atrás con fuerza.

—No os preocupéis por él, querida mía —dijo Cuthbertson—. Mick se encargará de él, y os aseguro de que no le tocará ni un pelo de la cabeza. A menos, por supuesto, que resultéis ser una cobarde.

No hacía frío en la habitación, pero aun así, Portia estaba completamente helada, no podía dejar de temblar. Parecía que no existía la menor conexión entre su cabeza y sus pies, y eso le preocupaba. Era

importante —Dios sabía por qué— actuar con dignidad en este momento.

—¿Tenéis una capa? —preguntó Cuthbertson con preocupación—. Hace bastante frío afuera.

Portía obligó a sus miembros reacios a moverse y fue a coger su pesado manto.

La mujer se llamaba Mirabelle. Era alta, atractiva y tenía un aspecto soberbio, toda de satén amarillo sobre los amplios aros de su atuendo. Aparte del exceso de pintura, podría pasar por una gran dama. De hecho, Portia había visto a grandes damas retocadas con

la misma cantidad de pintura.

Sin embargo, su mirada era dura.

Despidió a Cuthbertson con desdén no disimulado y se llevó a Portia a una habitación privada. Era un bonito salón cubierto de paneles que podría haber honrado la casa de un caballero. Portia no sabía qué esperar de un burdel, pero desde luego no era esto.

Mirabelle la estudió.

—¿Obráis por propia voluntad?

—¡No, por supuesto que no! ¡Esos hombres me obligan a hacer esto para pagar las deudas de juego de mi hermano! Si Portia esperaba compasión, sufrió una decepción.

—Es lo que pasa generalmente. —Mirabelle se acomodó en una meridiana e indicó una silla a Portia—. Permitidme dejar clara la situación, querida mía. Soy una madam, una abadesa; llamadme como queráis. Dirijo una casa en la que los hombres, y algunas mujeres, pagan para que les ofrezcan placeres eróticos. Les proporciono casi de todo a un precio, pero no estoy en el negocio del esclavismo. No hay un solo empleado en esta casa que esté retenido a la fuerza. A vuestra espalda hay una puerta que lleva a un pasillo. El pasillo lleva a una calle. Sois libre para marcharos en cualquier momento.

Portia se giró para mirar la puerta. Creía lo que decía Mirabelle y, por algún motivo extraño, aquello empeoraba las cosas. Cada paso que diera iba a ser de propia voluntad. Se tapó el rostro con manos temblorosas.

—¿No sentís lástima?

—Me dais lástima, pero no la suficiente para pagar las deudas de vuestro hermano. ¿De qué otro modo puedo ayudaros? Si fuera vos, dejaría que Cuthbertson se cobrara la deuda en la carne de vuestro hermano, ya que si es un jugador siempre lo será.

Mañana, la próxima semana, el próximo mes, el próximo año. Algún día volverá a jugar, y perderá.

Portia temía que Mirabelle tuviera razón, pero de todos modos era incapaz de condenar a Oliver a la tortura. Un pedazo de piel... así es

cómo intentó pensar en ello. Sólo un pedazo de piel en vez de los ojosde Oliven ¿Y cuánto tiempo llevaría? Sólo minutos. Podría hacerlo.

—¿Intentarán de verdad hacer daño a Oliver si yo no hago esto?

—Oh, sí. Pero primero le harán un poco de daño, luego se dirigirán de nuevo a vos. Más tarde o más temprano, más bien, un dedo o un ojo más tarde, sin duda os rendiréis. Es el dinero lo que quieren. Cuthbertson se gana la vida así. Incluso la gente completamente arruinada tiene generalmente algún familiar joven en algún lugar: algún jovencito imberbe o alguna muchacha que todavía no ha perdido su virginidad. Lo cual me recuerda que... echaos en la *chaise,* por favor, querida. Tengo que asegurarme de que no intentáis engañarme.

—¡Soy virgen!

—Nunca me fío. Os recomiendo que hagáis lo mismo.

Portia se quería negar, lo cual era ridículo tras haber accedido a algo mucho peor. Se echó en la larga meridiana y cerró los ojos mientras la mujer le levantaba las faldas y la examinaba. Portia había pensado semanas atrás que su vida había llegado a lo más bajo, pero continuaba descendiendo y descendiendo. ¿Podría continuar mucho más el descenso?

Desde luego que sí.

Y pronto.

—Excelente —dijo Mirabelle—. Un himen perfecto. Suficiente para demostrar que estáis intacta, pero no tanto como para que no re-

sulte problemático. Deberías superarlo bastante bien en vuestro caso.

Portia se incorporó y se alisó las faldas. Era una tentación echarse a llorar, o desmayarse, o incluso un ataque de histeria en toda regla, pero el dinamismo de Mirabelle hacía que aquello pareciera una reacción ridicula.

—Con suerte, tal vez podamos hacerlo esta noche —dijo la abadesa—. No querréis esperar. Si hago correr la voz ahora, podríamos tener una buena concurrencia y conseguiríamos sacar un precio alto.

—¡Hacéis que suene como si yo quisiera esto! Mirabelle alzó sus espesas cejas oscuras.

—Ya que vais a venderos, ¿no queréis ganar el precio más alto? Portia tragó saliva.

—Oh, cómo no. Si tenemos que hacerlo, saquemos hasta el último penique a mi asqueroso violador.

—Bueno, bueno, muchacha. Tampoco es eso. Odiad a Cuthbertson, si queréis. Odiad a vuestro hermano. Pero ellos son los únicos villanos en esta obra.

—¡Si los hombres no fueran tan viles, no haría falta vender mi cuerpo!

—Si los hombres no fueran tan viles, ¿cómo pagaríais las deudas de vuestro hermano?

Y entonces las lágrimas empezaron a correr. Portia se desplomó sobre la meridiana y sollozó hasta quedarse seca, hasta dolerle el pecho y sentir palpitaciones en la cabeza

Mirabelle se abstuvo de consolarla y, cuando Portia volvió a incorporarse,

vacía y débil, la mujer ya se había marchado.

Pero había dejado una copa de brandy en una mesa próxima.

Portia dio un trago. El licor ardiente ayudó un poco, pero no demasiado.

Dejó la copa y, movida por un impulso repentino, abrió la puerta

que daba al pasillo. Se escabulló por el pasadizo hasta una pesada puerta exterior y la abrió. Era cierto que daba a la calle. O al menos a una estrecha callejuela que daba a la calle.

Allí, a escasos metros de distancia, la gente se dedicaba a sus actividades, y los carruajes y carretas traqueteaban por la calle. Podía pedir ayuda. De hecho, no necesitaba ayuda. Podía irse andando sin más.

Pero, a menos que consiguiera trescientas guineas, Oliver sufriría de un modo horrible.

Pensó brevemente en Nerissa, pero no podía imaginar que su prima, a la que había conocido por casualidad, le entregara tal cantidad de dinero. Era dinero suficiente para que una familia sobreviviera du-

Luego pensó en Bryght Malloren. Le había ofrecido diez mil guineas por este pequeño pedazo de piel.

Continuó allí de pie, apretándose la cabeza con los dedos, intentando pensar. Bryght Malloren no había ofrecido esa enorme cantidad de dinero por un pedazo de piel. El lo quería todo de ella, cuerpo y alma. Una esclava durante todo el tiempo que él quisiera. Y no había sido más que una broma cruel...

Aún conservaba el mapa en el bolsillo y éste le reveló que se encontraba a tan sólo tres calles de Mariborough Square.

Mejor malo conocido...

rante años.

Con un sollozo, Portia se lanzó a la callejuela. Intentó controlar sus nervios antes de llegar a la calle y entonces se puso a caminar a buen paso, deseando que no empezara a oscurecer. La gente con la que se cruzaba parecía criados que estaban más preocupados por sus propias ocupaciones que por ella, pero le aterrorizaba que la atacaran

o la persiguieran. ¡Que la persiguieran! Se paró en seco y entonces un lacayo chocó con ella y soltó una maldición. Si echaban en falta su presencia, tal vez no salieran a perseguirla, sino que simplemente empezarían a torturar a Oliver.

Se dio media vuelta para regresar, paralizada por la indecisión, atrayendo las miradas curiosas de los peatones.

Pero era su única oportunidad.

Continuó acelerando el paso. Casi corría cuando entró en la encantadora plaza. Más bien, había sido encantadora, ya que ahora parecía un lugar amenazador en la penumbra, y las verjas que rodeaban el jardín parecían los barrotes de una prisión.

Portia llegó a los amplios escalones que ascendían hasta el pórtico y se quedó mirando las grandes puertas de la mansión Malloren. El reluciente acabado de la entrada captaba las llamas de los dos candelabros ornamentados que las flanqueaban, lo cual las hacía parecer verdaderamente las puertas del infierno. A la derecha de las puertas, en una caseta, estaba instalado un viejo tapado con un buen abrigo y bufanda, con un brasero cerca de él. La miró con curiosidad.

Portia respiró a fondo y corrió escaleras arriba.

—He venido a ver a lord Arcenbryght Malloren.

El hombre la estudió y por primera vez Portia se percató de que no llevaba ni capa ni sombrero.

—No está en casa.

—¡Por favor! —dijo Portia—. Sé que mi aspecto es un poco peculiar, pero él querrá verme.

La expresión del hombre se ablandó un poco.

—Puede que sea verdad, reina, pero, de verdad, no está en casa. Volved mañana.

—¡Esto no puede esperar hasta mañana! ¿Dónde está?

—Bueno, bueno, no podéis ir por Londres molestando a caballe-

ros, querida. Mejor os volvéis para casa, y venís mañana.

Dios santo, era cierto. Aunque supiera dónde estaba —en el White, en el Cocoa Tree o en alguna gran casa— no podría conseguir entrar en estos sitios.

Y no había tiempo.

¡Tiempo!

Se imaginó a Mick ejecutando ya una tosca cirugía con Oliver y

voló escaleras abajo para regresar corriendo a través de las calles hasta el Mirabelle. Se detuvo por un momento, preguntándose si intentar

en casa de Fort, para ver si había llegado. Pero no había tiempo.

No había tiempo.

Se recogió las faldas y corrió. En un momento dado, un hombre intentó detenerla. La cogió por el brazo.

—Eh, preciosa mía...

A Portia no le importaba si sus intenciones eran buenas o malas. Le arreó en la nariz y él la soltó con una maldición.

Llegó al callejón y tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Recorrió la calleja tambaleante y entró en la casa, luego irrumpió en el salón, donde encontró a Mirabelle.

La madam la ayudó a sentarse en una silla.

—No habéis conseguido ayuda. —Era una afirmación.

—Así es —corroboró Portia entre jadeos, buscando aire—. ¿Dijisteis a Cuthbertson que me había marchado?

—No, por supuesto que no. Hasta que llegue la hora de la subasta, eso no es asunto de él.

—¡Gracias!

La mujer le dedicó una sonrisa sardónica.

—No hay mucho de que darme las gracias, pero os ayudaré si/ puedo. Siento mucho que no hayáis logrado juntar el dinero en otro lugar. Sé que para las mujeres bien educadas esto es algo muy difícil, pero, de hecho, no es para tanto. Si lo deseáis, puedo arreglaros después para que lleguéis otra vez intacta a vuestro marido. No lo recomendaría, de todos modos. Es preferible simplemente convencer a vuestro marido de que es el primero.

—No, gracias.

Mirabelle se rió.

—Ah, cielo, ¿aún os queda coraje para mostrar desdén? No intentéis comportaros con honestidad con los hombres. Ellos disponen de todas las cartas. La única manera de ganarles es hacer trampas.

Portia se negó a contestar y se concentró únicamente en respirar con regularidad.

—Como deseéis —continuó Mirabelle—. Y bien, ¿queréis que todo el mundo sepa que os encontráis aquí esta noche, oh,. chica honesta? ¿O preferiríais discreción?

Portia se quedó mirando a la mujer.

—Oh, por compasión —murmuró—. ¿Es posible que pase desapercibida?

—Desde luego. Vuestra identidad no tiene nada que ver con vuestro precio. Con una peluca, una máscara y un poco de pintura, ni vuestra madre os reconocería. —Me gustaría que fuera así —dijo Portia con humildad.

—Muy bien. Venid conmigo.

Mirabelle fue delante hasta un dormitorio anexo e indicó a Portia :¡ue se sentara a la mesa del tocador. Portia observó en el espejo cómo la madam la transformaba, le peinaba el pelo rojo hasta dejarlo muy recogido y le sujetaba una peluca de color ébano de cabello suelto y sedoso. Le recordó de un modo horrible al pelaje ligero de *Zeno.*

Mirabelle le tendió unos rellenos para que se los colocara en los carrillos y luego le aplicó el colorete a aquellas mejillas redondas. Consiguió que sus labios parecieran más gruesos con una crema roja brillante. Luego añadió una máscara, un antifaz estrecho que sólo le cubría los ojos, pero que estaba cubierto de oro martillado.

—Veis —dijo Mirabelle—. El centelleo del oro distrae la vista de vuestros ojos. Nadie sabría de qué color son. Quitaos la ropa.

Portia había empezado a pensar en la abadesa casi como en una amiga. Entonces volvió a la realidad llena de conmoción.

—¿Qué? —Su voz incluso sonaba extraña con los rellenos que se había metido en la boca.

—Difícilmente vais a desfilar ante los hombres con eso —replicó Mirabelle, indicando el sencillo vestido de cotonía beige de Portia—. De cualquier modo, algún otro tipo de prenda servirá también para disfrazaros un poco más. ¿Tenéis algún nombre que queráis usar?

—No me habéis preguntado mi verdadero nombre. —Como una

mueca de desagrado, Portia se sacó los rellenos. Se los volvería a poner en el último momento.

—No quiero saber vuestro nombre.

Portia se giró en el banco para mirar de frente a la mujer.

' —Podríais enteraros fácilmente.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Chantaje —dijo Portia con frialdad.

—Tengo mis normas. Y bien, me cuesta creer que queráis que

anuncie vuestro verdadero nombre. ¿ Cómo debo llamaros ?

^ Portia suspiró y le dijo el primer nombre que le vino a la cabeza.

—Hipólita.

—¿La reina de las amazonas? No se me habría ocurrido, no pega

con vuestro tamaño, querida. Ariel os quedaría mejor. Tengo algunos

, vestidos de fantasía muy bonitos. ¿Querríais usar uno?

Portia decidió que iba a necesitar la fuerza de un nombre de guerrera.

—No, gracias. —Como queráis.

Mirabelle salió y unos minutos después vino una doncella con un

vestido y otros cuantos objetos. La criada llevaba puesto un traje a rayas de percal, un delantal y un gorro. Resultaba sorprendentemente

apropiado. Incluso hizo una inclinación. Portia decidió que le resultaría más fácil todo esto si se encontrara en un antro inmundo, rodeada

de individuos jorobados con miradas lascivas.

Se había desnudado hasta quedarse sólo con su camisola. Entonces se dio cuenta de que también tenía que desprenderse de aquello, ya

que el vestido —si podía llamársele así— era una insignificancia casi

transparente de seda cremosa. En vista de lo que le venía por delante,

aquello no debería de importar mucho, y sin embargo sí le importaba.

Despachó a la doncella y se sorprendió cuando ésta se marchó.

Portia contempló la túnica de seda y, entonces, en un arranque de rebeldía, se la puso por encima de la camisola. Si Mirabelle quería algo más que esto, como mínimo tendría que insistir en ello.

De hecho, decidió Portia, no quedaba tan mal. La camisola de algodón era blanca, sin encajes y sin mangas, y le llegaba hasta las rodillas. La túnica era una fracción más larga. Sin la camisola, la prenda habría sido transparente, como sin duda era la intención, pero vestida por encima de la prenda interior no quedaba tan indecente. Aunque Portia no había andado nunca por ahí con las piernas y brazos tan expuestos, podía haber sido mucho peor.

Incluía un cinturón dorado para sujetar las prendas a la cintura y un par de delicadas sandalias de oro. Incluso había varias joyas: dos brazaletes baratos, dorados, para la parte superior del brazo. Un arco y una aljaba completaban el disfraz, aunque ninguno era auténtico.

Se miró en el espejo. La verdad, si tuviera que ir a un baile de disfraces, podría sentirse bastante orgullosa de su disfraz. En el caso, claro está, de que alguna vez se atreviera a llevar un atuendo así ante una compañía educada.

Se dijo a sí misma que había visto anteriormente atuendos igual de atrevidos en bailes privados.

Esto no iba a ser un baile privado.

Esto iba a ser una subasta pública.

En ese momento casi le entra el pánico, pero se obligó a ser práctica. Un pedacito de piel. Eso era todo.

Volvió a mirarse en el espejo y decidió que era preferible que Cuthbertson hubiera accedido a llevarse la cantidad que ella consiguiera reunir, fuera cual fuera. No podía imaginarse que alguien paga- ra un precio alto.

A los hombres les gustaban los senos generosos y sus atributos casi ni se apreciaban bajo el movimiento

de la tela sobre su pecho. A ellos les gustaban las curvas generosas y sus caderas eran estrechas. Normalmente su faja y aros creaban cierta ilusión de belleza de formas, pero este atuendo no disimulaba nada.

Pero, con la larga peluca oscura, la estrecha máscara dorada, el marcado maquillaje facial y el atuendo poco habitual en ella, dudaba que alguien la reconociera. Lo cual significaba que tal vez pudiera regresar a casa y continuar con su vida habitual.

Aquello parecía imposible. ¿De veras iba a regresar a Dresden Street y actuar como si no hubiera sucedido nada? ¿Y acudiría mañana a cenar con su prima Nerissa? ¿Regresaría a Dorset sin contar nada anadie?

Empezó a temblar, pero recorrió la habitación con furia, rezando para que cesara su estremecimiento. El miedo y el temblor no iban a ser de ayuda.

Mirabelle regresó. Alzó levemente las cejas al ver el atuendo.

—Qué recato tan encantador. ¿Cuántos años tenéis?

—Veinticinco.

Las espesas cejas de Mirabelle se alzaron bruscamente.

—¡Si Cuthbertson lo supiera...! Pero tenéis muy buen aspecto para vuestra edad. —Sus ojos fríos tomaron nota de cada uno de los detalles—. Yo os habría echado unos diecinueve, pero con los rellenos y vuestra figura, podríamos descontar alguno más. —Rodeó lentamente a Portia—. Una bonita cadera de muchacho, también. Catorce. Anunciaremos que tenéis catorce.

—¡Catorce! ¡Eso es absurdo!

—No. Poneos los rellenos y miraos desde la perspectiva de un extraño.

Portia volvió a mirarse en el espejo una vez más y se metió los re-

llenos. Con Mirabelle a su lado, casi de la misma altura que Bryght, y con aquellas mejillas rellenas y labios carnosos, perecía una guapa ni-
¿ita. El efecto era bastante pavoroso, como si no fuera ella misma en absoluto.

—Pero, ¿por qué catorce? Tan corta edad resulta ridículo.

—Eso subirá el precio. A algunos hombres les gustan las mucha chas jóvenes.

Cuthbertson había dicho algo parecido, y ahora Portia recordaba ¡haber oído a Bryght Malloren algo acerca de los peligros de Londres para una guapa muchacha de dieciséis años.

A Portia se le ocurrió pensar de súbito que podría ser Prudence quien se hallara aquí a punto de ser sacrificada. Dio gracias a Dios de que fuera ella quien estuviera ahí.

Se sacó los rellenos y se volvió a mirar a Mirabelle, decidida a ser práctica.

—Entonces, ¿cuánto sacaré?

La madam frunció los labios con gesto reflexivo.

—Al menos trescientas.

—No puedo creer que los hombres paguen tanto.

—Les divierte, gracias al cielo. ¿Dónde nos encontraríamos todos nosotros si no fuera así?

Y, por supuesto, pueden demostrar a sus amigos y enemigos que

unos cuantos cientos de guineas no significan nada para ellos.

No os equivoquéis querida mía, en Londres todo tiene que ver con el poder.

—¿Poder? ¿Qué poder hay en comprar a una niña?

La boca de Mirabelle esbozó una sonrisa cínica.

—El poder de los hombres, que pueden comprarnos y vendernos.

Pero yo compro y vendo hombres también, a veces, y a veces las mu-
jeres son las compradoras. Tal vez sólo se trata de poder pagar esa can-
tidad absurda de dinero por una cosa tan trivial. ¿Os gustaría pensar eso?

—A mí no me parece trivial.

Mirabelle se encogió de hombros.

—Como prefiráis. Puesto que estáis lista, volvamos al salón.

—-Una vez allí, Mirabelle dijo—: Haré que os traigan algo para comer.

—Me resultaría imposible comer.

—Tal vez descubráis que sí podéis, y sería lo más prudente. También podéis tomar vino, o incluso algo de opio. No demasiado, de todos modos. Ningún hombre os querrá en un estado comatoso.

—No quiero nada.

Mirabelle se encogió de hombros y salió. Portia recorrió la habitación. No servía de nada, pero no podía evitarlo. Se repitió a sí misma todos los motivos por los que tenía que pasar por esto, e intentó convencerse de que en realidad no era para tanto.

Pero el hombre, el monstruo, que iba a forzarla y abusar de ella creció en su mente como una criatura monstruosa.

Se tapó el rostro con las manos. Por muy terrible que fuera su violación, no podía ser peor que lo que padecería Oliver si ella fracasaba. Debía pasar por aquello.

No obstante, se percataba de la puerta con terrible desazón, la lerta de la libertad. Pero ya había oscurecido en el exterior y, tal y imo iba vestida, no había ninguna posibilidad de marcharse. Y si lo icía, mutilarían a Oliver de forma horrible. Ella, que siempre lucha- i pese a estar en inferioridad de condiciones, por fin se encontraba i una batalla en la que era imposible luchar.

Decidida a aferrarse a su dignidad, Portia intentó leer algo de la sección sorprendentemente amplia de libros que había en la habitación. cogió el primero, luego otro, pero fue incapaz de empezar ninguno. desechó un libro sobre animales de África. Parecían más civilizados qu*e* los animales de Londres.

La doncella trajo comida, y Portia picoteó un poco, pero tenía un fldo en la garganta que le impedía tragar. Bebió de todos modos un poco de vino, y eso alivió su seca garganta.

La puerta era un tormento constante. ¿Podía haber algo más cruel que esto, tener una escapatoria de aquel horror y no ser capaz de usarla?

CAPITULO 9

Bryght cenó en su club con Andover y Barclay, un antiguo oficial de aire lacónico que llevaba un garfio donde había estado su mano derecha. Mientras salían para ir al teatro, se encontraron con sir William Hargrove, un acaudalado nabab cuya mayor ambición era acceder a esferas más altas de la sociedad. El hombre había adquirido recientemente un título de baronet y Bryght esperaba oír cualquier día que se había comprado la dignidad de lord.

Bueno, había especímenes peores entre la aristocracia. Sir William al menos era un hombre limpio y de buenos modales.

—Lord Bryght —dijo el vigoroso hombre de edad al tiempo que hacía una profunda inclinación—. Os deseo buenas noches.

Bryght devolvió la inclinación y presentó a sus acompañantes. Sir William a su vez presentó al hombre que tenía a su lado. El señor Prestonly, un grueso comerciante de azúcar de las Antillas.

—¿Podemos proponeros una partida, milords? —preguntó sir William con avidez.

Sir William era una de las víctimas favoritas de Bryght cuando Bridgewater necesitaba dinero. Era lo bastante rico como para que la pérdida de unos miles de guineas no le afectara, y claramente pensaba que relacionarse con la aristocracia merecía hasta el último penique. £1 señor Prestonly parecía del mismo tipo.

Bridgewater no estaba tan necesitado en este momento, pero Portia St. Claire sí. Tras una mirada reveladora a sus amigos, Bryght dijo:

—Estaría encantado, señores.

Sin embargo, en este momento, el rostro rojo del señor Prestonly se puso aún más rojo.

—Pero, ¿sir William? Pensaba que íbamos a ir a ese local, Mirabelle, a ver la subasta.

A Sir William no pareció agradarle aquello, pero contestó:

—Eso es cierto. Milords, mi amigo aquí tiene ganas de asistir a ese acto. Uno de los deudores de Cuthbertson. Tal vez el señor Prestonly desee pujar.

Prestonly resopló al oír eso, pero no lo negó.

Bryght no ocultó su disgusto, pero ya que se había hecho a la idea, no tenía un deseo especial de permitir que esos dos rollizos pichones se le escaparan.

—¿Por qué no nos retiramos todos a Mirabelle? La dama tiene mesas de juego además de otras atracciones.

—Sí —dijo sir William con alivio—. Una idea excelente, milord. ¿Qué decís, Prestonly?

—¡Sin duda alguna! —declaró el hombre, y así quedó decidido.

Puesto que al señor Prestonly no le gustaba caminar más de lo necesario, cogieron un carruaje hasta Mirabelle. Bryght estuvo todo el recorrido cerciorándose discretamente de que el señor Prestonly tenía los bolsillos tan llenos como parecía.

Así era.

Era también un tratante de esclavos que no mostraba ningún reparo acerca de sus negocios. Después de soportar la charla del hombre sombre subastas de esclavos en su lugar de origen, y algunas historias bastante repugnantes sobre esclavas femeninas, Bryght decidió que sería todo un placer liberarle de parte de su riqueza tan mal ganada.

No había reloj en la habitación, pero Portia sabía por la oscuridad que se había hecho de noche. Cuando la doncella regresó con té y un poco de pastel, también encendió las velas. Los sonidos distantes comunicaron a Portia que las actividades de la casa ya habían

comenzado. Sonaba la música, como si se tratara de una casa grandiosa que celebraba un acto social. Podían oírse voces masculinas superpuestas por risas femeninas.

A Portia la consumía una sensación de irrealidad. ¿Cómo podía estar sucediendo esta cosa terrible mientras allí cerca otros se reían?

Mirabelle entró majestuosamente. Se había cambiado y ahora llevaba un vestido espléndido de seda azul oscura con volantes de encaje negro y un escote muy profundo que revelaba su seno. Llevaba su

pelo oscuro recogido muy alto y adornado con un penacho de flores y joyas azules. Tal vez zafiros auténticos. Otras Joyas adornaban su cuello, dedos y muñecas.

Portia no pudo evitar pensar que su propio sacrificio esta noche pondría unas cuantas baratijas más en la carne adornada en exceso de la abadesa.

—¿Aún nos queda bastante ánimo como para mostrar desdén? —preguntó Mirabelle sin ofenderse—. Excelente. Lo único que no quiero es veros desmoronada. Y bien, ya casi estamos a punto, y hay una concurrencia excelente y ansiosa que espera vuestra aparición. ¿Queréis un poco más de vino o un poco de opio?

Era una tentación, pero Portia sacudió la cabeza.

—Prefiero mantener el juicio intacto. .

—No estoy segura por qué, querida, pero como queráis. Recordad sólo que, una vez concluya la subasta, debéis cumplir vuestra parte del trato.

Portia no dijo nada, deseó que su corazón dejara de latir con tal fuerza. Estaba decidida a hacer aquello con dignidad y coraje, pero parecía que su cuerpo iba a traicionarla y sumirla en un desmayo mortal.

—Tal vez tome algo. —Cogió la copa de brandy y la vació. Se atragantó al sentir el fuego en la garganta, pero aquello le serenó la cabeza.

—Reaviva el valor, ¿no creéis? —comentó Mirabelle—. Y tenéis valor. ¿ Qué vais a hacer con vuestro hermano después de esta noche ? Portia agarró la copa.

—No sé.

—Un buen consejo sería que cortarais con él. ¿ Creéis que él haría algo así por vos ?

—Sí, por supuesto que sí. —Pero Portia no estaba tan segura. Algunas personas pensarían que conservar la virtud era más noble que conservar la vida.

—¿Estáis segura de que no vais a cambiar de idea? Portia comprendió con sorpresa que a Mirabelle no le gustaba esta

situación más que a ella, que prefería que cogiera la puerta y saliera a

la libertad.

—No puedo dejarle tirado —susurró Portia—. De verdad, es un buen hombre aparte de este problema. —Llena de desesperación, volvió a colmar la coya, y Va Nació otra vez.

—Ya es suficiente —dijo Mirabelle, luego sacudió la cabeza—. Sois una verdadera Juana de Arco, ¿no es cierto ?

Portia se quedó sorprendida al oír aquello, ya que le recordó algo. Mirabelle continuó con tono apacible.

—Es la hora. No hace falta que digáis o que hagáis nada, sólo que permanezcáis ahí. —Abrió la puerta e hizo un gesto a Portia para que pasara.

Portia se preguntó si el brandy había sido una buena idea, ya que tuvo la impresión de que las piernas no querían obedecer a su cabeza. No obstante, se obligó a caminar y salió de la habitación.

El pasillo estaba cubierto por una alfombra blanda bajo las delgadas sandalias de Portia. Un par de criadas pasaron

ajetreadas, pero sólo le dedicaron una ojeada de moderada curiosidad. El ruido de charla y risas aumentó de volumen al acercarse a una puerta que estaba abierta. Se sentía como si estuviera observando a otra persona en vez de estar haciendo esto ella misma.

Guiada por la mano de Mirabelle en su espalda, atravesó la puerta y en aquel momento se quedó paralizada.

La gran sala amueblada con buen gusto estaba iluminada por un derroche de velas. Estaba llena de gente bien vestida —hombres sobre todo—, y Portia sintió el embate de una oleada de voces y del aire cargado del olor a perfumes, sudor y humo de velas.

El parloteo cesó y todo el mundo se volvió para observarla. Portia se sintió aturdida por los destellos de las copas que se alzaron burlonas captando la luz de las velas. Se quedó inmóvil, pero Mirabelle la empujó hacia delante, sin apremio.

Portia tragó saliva y caminó con paso poco firme hacia una pequeña tarima o escenario al final de la habitación. Se alzaba algo más de un metro por encima del suelo y estaba iluminada en su parte delantera por más velas con reflectores posteriores. Cuando Portia subió al escenario se encontró iluminada por la luz, incapaz apenas de ver más allá del destello, a través de la sala. Aquello era una mejora, pero aun así oía el zumbido de los comentarios.

—Señoras y caballeros —dijo Mirabelle—, pido atención. —Se acercó para colocarse detrás de Portia y aprovechar el contraste de tamaño para recalcar la supuesta juventud de Portia.

El silencio se hizo completo.

—Amigos míos —dijo Mirabelle—. Os presento a Hipólita.

Bryght se hallaba en la parte posterior de la sala, concentrado en el whist. Oyó el cambio de sonido en la sala, lo que sin

duda significaba que había llegado la estrella de la noche, pero su atención estaba en la siguiente carta del señor Prestonly. De hecho, el hombre era un jugador muy sagaz y estaba plantando cara a Bryght, de lo cual éste se alegraba. Desplumar pichones desvalidos, incluso acaudalados, no era de su gusto.

En un derroche de movimiento innecesario, raro en él, el señor Prestonly se levantó y estiró el cuello.

—Qué cosita. Y guapa. Parece una niña.

Estaba claro que no se trataba de algo carente de atractivo para él. Bryght toqueteó con satisfacción las doscientas guineas que tenía ante él. Había empezado con lentitud, pero planeaba aligerar a los dos comerciantes al menos de dos mil guineas antes de acabar la noche. Eso sería un comienzo cómodo para conseguir que Portia St. Claire pudiera marcharse de Londres, y de su vida.

—Prestad atención al juego, Prestonly —dijo con cierta irritación sir William.

El señor Prestonly se sentó y jugó una carta baja.

—Aún no pasa nada. —Lanzó una mirada lasciva a Bryght—. ¿Nunca os habéis sentido tentado de comprar a una de estas inocentes, milord, y practicar para vuestra noche de bodas ?

—¿Creéis que necesito practicar? —preguntó Bryght con frialdad, considerando con cuidado si era posible que Prestonly tuviera la última espada. Tomó una decisión y sacó el cinco.

Prestonly hizo una mueca y descartó un diamante.

—No es lo mismo con una virgen nerviosa, milord. Lo sé. He estado casado dos veces. Y luego están las chicas esclavas...

Se detuvo porque Bryght quiso que se detuviera, le había enviado un mensaje con la mirada. Bryght se estaba preguntando si merecía la pena pasar por todo esto para conseguir que Portia

regresara a salvo a Dorset.

Prestonly empalideció y se concentró en las cartas.

—Mi querido Bryght —dijo maliciosamente Andover, quien aprovechó su turno para sacar un diamante—, creo que sí deberías practicar para vuestra noche de bodas.

Bryght le dedicó una rápida mirada.

—¿ Qué noche de bodas ? Sir William sacó la jota.

—¿Qué decís de Jenny Findiayson? —preguntó con curiosidad sincera—. Habéis estado creando esperanzas.

Bryght estuvo a punto de negar algún interés, pero entonces comprendió a tiempo que sir William era amigo del hermano de la señora Findiayson.

Difícilmente podía decir al hombre que la viuda era un plan de contingencia en caso de que Bridgewater necesitara más dinero del que pudieran juntar por otros medios.

O que lo había sido.

Dudaba de que ya fuera posible.

Una cosa era casarse de forma fría y calculadora pero con la intención de portarse honestamente con la esposa. Otra cosa era casarse totalmente en contra de las preferencias de uno. Al infierno las dos opciones.

No iba a analizar ahora hacia dónde iban sus preferencias…

Bryght cayó en la cuenta de que había perdido el hilo del juego. ¿Cuándo le había sucedido eso por última vez?

—Jenny es una mujer muy atractiva —dijo vagamente, escudriñando en su memoria. ¿Había descartado Prestonly un diamante o un

corazón?

—Os toca, creo, milord.

Maldición. Era Prestonly el que le instaba ahora, y no sin mofa. Llevó su mente de vuelta al juego y desterró a toda mujer de allí. Un diamante. Lo cual significaba que…

—Os presento a Hipólita.

Bryght se quedó paralizado cuando iba a escoger su carta y se giró con la gélida certeza de lo que iba a ver. Al principio pensó que se equivocaba.

Una figura delicada como un duendecillo relumbraba de oro y blanco sobre la tarima. Unos largos rizos oscuros le caían hasta la cintura, y sus rasgos eran mucho más bastos que los de Portia St. Claire. Oyó que Mirabelle la describía como una muchacha de catorce años que había venido del campo para aprender los placeres terrenales que podía darle un caballero. Era verosímil. Algunas muchachas del campo conseguían una dote de esta manera.

Parecía, de cualquier modo, una simple niña.

Aunque entonces debería haber vuelto su atención al juego, algo le obligó a contemplar a la muchacha. Parecía joven y vulnerable, y demasiado pequeña para ser violada por uno de estos hombres.

La puja comenzó, como siempre baja, sólo tonterías. De pronto, la muchacha enderezó la columna y alzó la barbilla como si desafiara a los postores que la menospreciaban.

Bryght maldijo en voz baja.

Tenía que ser ese condenado hermano suyo.

—Bryght —dijo Andover—, te toca.

Bryght arrojó sus cartas sobre la mesa.

—Perdonadme un momento.

Prestonly le miró con una mueca lasciva.

—Pensaba que no os interesaban estas subastas, milord.

—Eso acaba de cambiar.

¡Por todos los infiernos, aquella túnica que llevaba apenas le llegaba a las rodillas! Al menos no era transparente, pero sin corsés, ni aros, ni enaguas, su forma quedaba evidente a todo el mundo.

Bryght no pudo evitar tomar nota de lo menuda que era: osamenta delicada, constitución ligera, con caderas y senos poco más amplios

que los de un muchacho. Nunca antes le había atraído ese tipo de mujer y ahora no estaba seguro de sus sentimientos, aparte de que no podía permanecer sin hacer nada mientras subastaban a Portia St. Claire para diversión de esta multitud.

Se le daba bien el cálculo de probabilidades y opciones, o sea que comprendió casi al instante que tenía pocas. No podía comprar a Portia fingiendo su intención de desvirgarla, pues esos sucesos tenían lugar en la Rotonda de Mirabelle, que tenía veinte mirillas en las paredes para los mirones. Puesto que Mirabelle vendía cada puesto de observación a veinte guineas, la mujer haría lo que estuviera en su mano para preservar esa tradición.

No podía coger y llevarse a Portia. Aunque pagara el dinero a Mirabelle, aquello podía provocar una revuelta. Aún más importante, atraería todas las atenciones. Londres sería un hervidero de rumores, y algunas personas no tardarían en recordar las atenciones que había prestado a una mujer menuda en el parque, una mujer menuda hermana de un jugador...

Era posible que incluso colgaran pasquines por toda la ciudad.

Sin embargo, seguir con el procedimiento habitual no provocaría ningún comentario. No sabía, no obstante, si sería capaz de violar a Portia —o a cualquier mujer— ni siquiera para salvarla de un destino peor.

Miró otra vez la figura de oro y blanco, de pie, rígida bajo la brillante luz, con la barbilla alzada. ¿Era su imaginación o ella estaba temblando ?

Tenía motivos para temblar si sabía lo que estaba pasando allí. La mayor parte de los postores lo hacían sólo por diversión, pero uno era

lord Steenholt, quien estaba infestado de sífilis y buscaba la mítica cura de la virgen. Otro era Gerard D'Ebercall, cuyos gustos iban hasta lo más depravado.

No sabía a quien tenía más ganas de asesinar: a Oliver Upcott o a su hermanastra que tanto lo adoraba. Cuthbertson estaba condenado.

La subasta ya había ascendido gradualmente hasta las doscientas guineas para cuando él entrevio una manera de dar con una solución. Se volvió a Prestonly.

—Expresasteis dudas sobre mi capacidad para tratar a las vírgenes asustadizas, sir. ¿Os interesa respaldarme con dinero? El hombre se agitó al oír el tono de voz de Bryght.

—¿Dinero, milord? ¿Qué queréis decir? Bryght se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Voy a hacerme con esa niña, y haré que me suplique sin tan siquiera quitarle la ropa. Si lo consigo, me pagaréis el doble de lo que yo puje.

Los ojos del hombre vacilaron nerviosos. Tragó saliva.

—No era mi intención poner en duda... —Sonrió débilmente—. Pero, no faltaría más, milord. Apostemos un poco.

Bryght se enderezó, pasando por alto las cejas levantadas de Andover.

—Excelente. —Se volvió hacia el estrado—. Trescientas. Al instante, los ojos de Mirabelle se volvieron hacia él llenos de

sorpresa, ya que lord Bryght nunca antes había mostrado interés por

estos asuntos. Pero dijo:

—Por fin, alguien que reconoce algo bueno nada más verlo. Ahí está. ¿Quién dirá trescientos veinte?

Bryght vio que los ojos de Portia miraban hacia su voz. De pie en medio de las brillantes velas, no sería capaz de distinguir gran cosa en medio de la sala, tan sólo voces incorpóreas. ¿Habría

reconocido la suya? En tal caso, ¿qué estaría pensando?

¿Sabría que no había ninguna manera de salir de aquí, aparte de hacer arder la casa?

Consideró incluso esto, pero las posibilidades de salir con vida eran escasas. Tal vez, en este momento, Portia pensara que prefería la muerte en las llamas a su destino, pero recuperaría el sentido común a tiempo.

Pese a la máscara, Bryght podía darse cuenta de que ella seguía la apuesta con movimientos aprensivos, estremecidos. Sintió un deseo desesperado de reconfortarla.

La apuesta se había estancado en las trescientas cincuenta guineas ofrecidas por Steenholt, de modo que Bryght no podía tardar en hacer su puja definitiva. Por rencor a Prestonly, le hubiera gustado llevar

la apuesta a alturas elevadísimas, pero eso atraería precisamente el tipo de atención que estaba intentando evitar.

Pensó que ya había acabado, pero entonces un movimiento

en la parte posterior de la sala anunció nuevas llegadas.

—Llegáis tarde, caballeros. —Mirabelle alzó una mano para detener momentáneamente la apuesta—. Pero acercaos e inspeccionad esta preciosidad. Tal vez os apetezca comprar el derecho a su educación.

—Creo que no.

Era el nuevo conde de Walgrave y algunos amigos. Fortitude Ware iba de luto riguroso, aunque con incrustación de plata y azabache. Por la manera en que aceptó el beso de una fulana oportunista, Bryght supuso que había decidido no seguir los pasos de su puritano padre.

Bryght se preguntó si podría aprovechar a su favor la llegada de Fort, pero le gustaría saber cómo diantres podía hacerlo. Existía algu-

na conexión entre los Ware y los St. Claire, aunque probablemente era muy remota. Aún más, los Malloren y los Ware eran enemigos declarados en estos días, mantenían las formas únicamente porque Chastity Ware se había casado recientemente con el hermano pequeño de Bryght, Cyn.

Se reanudó la subasta, pero estaba llegando a su fin. Bryght pujó cuatrocientas guineas con la esperanza de que fuera la puja final.

Speenholt lanzó una mirada feroz desde el otro lado de la sala.

—Cuatrocientas cincuenta.

—Cuatrocientas setenta y cinco —dijo D'Ebercall.

—Quinientas —dijo Bryght. Maldición, sólo la cifra iba a provocar murmuraciones.

Speenholt dio la espalda al desarrollo de la subasta. D'Ebercall miró con ira a Bryght y luego se encogió de hombros.

—Para vos.

Bryght esperó un momento, luego avanzó, sopesando todavía la posibilidad de llevarse de allí su adquisición, pero, puesto que había apostado con Prestonly, aquella opción quedaba excluida.

. Los mirones eran ahora su principal problema. La demanda de mirillas se animaría en cuanto corriera la voz de que había en juego una apuesta tan inusual. Mirabelle probablemente subiría el precio.

No le gustaba la situación ni un ápice, pero se dijo a sí mismo que iba a conseguir evitar la peor parte. Por las condiciones de la apuesta, Portia no sería violada ni quedaría expuesta desnuda, pero detestaba la idea de que aquellas miradas ávidas la observaran mientras él la llevaba a un éxtasis simulado.

¿Y qué tendría que hacer él para resultar convincente? Confío en que fuera una buena actriz ya que sospechaba que

Prestonly querría observar con atención el desenlace de la apuesta.

—Seiscientos —dijo una nueva voz.

Bryght se volvió para mirar fijamente al conde de Walgrave. ¿Qué diantres...? Fort no era más aficionado que Bryght a este tipo de insensateces.

Entonces comprendió que Fort también debería de haber reconocido a Portia. Aquello tal vez fuera útil, pero indicaba una familiaridad entre ellos que a Bryght no le gustó. Ciertamente no le gustaba la atención que todo esto estaba provocando.

En aquellos instantes, un murmullo de especulación recorrió la habitación, a causa del alto precio y los postores poco usuales. Pronto todo el mundo comprendería que había un motivo personal en todo esto.

Bryght tomó con parsimonia un pellizco de rapé y moduló su voz antes de continuar.

—Lleváis nuestra contienda familiar un poco lejos, ¿no, Walgrave? Me juego una apuesta en este asunto. Ganaré el doble del precio si soy capaz de que este delicioso bocado suplique la consumación del acto sin tan siquiera quitarle la ropa.

Aquello provocó una oleada de comentarios de entusiasmo. La hastiada concurrencia estaba intrigada, pero ahora este extraño suceso dejaría de intrigarles. En las apuestas nadie buscaba razones.

Fort se adelantó con aire majestuoso.

—Así que una apuesta, ¿eh? Y subisteis la puja con la seguridad de ganar.

—Sólo juego cuando las apuestas son altas, como bien sabéis.

—Entonces superad mi puja.

Bryght apretó los dientes. Fort tenía los bolsillos llenos y parecía tener ganas de juegos malévolos. Subiría la subasta a varios millares

sólo por divertirse. A Bryght le encantaría sacar ese dinero a Prestonly, pero el asunto sería la comidilla de la ciudad durante meses.

—Sería absurdo pagar una fortuna por esta niña, por no mencionar el veinte por ciento de Mirabelle. Me la juego con vos.

Ahora Fort se había colocado al lado de Bryght.

—¿Os la jugáis? —inquirió él.

—A los dados. Al valor más alto. —Bryght brindó su caja de rapé y Fort tomó un pellizco con calma. Bryght murmuró—: ¿La reconocéis?

La mirada de Fort se entornó para estudiar a Hipólita. Bryght se percató entonces de que no había calculado bien. Fort no había reconocido a Portia, sus motivaciones respondían sólo a un deseo de desairar a un Malloren. Maldición.

Fort abrió entonces los ojos.

—Válgame Dios, no podéis comprarla a ella.

—¿Qué alternativa hay?

—Sacarla de aquí.

—Por favor, hacedlo. No veo la manera de rescatarla sin levantar especulaciones.

Fort murmuró algo.

—Siempre he sabido que su naturaleza temeraria la metería en problemas.

—¡Caballeros! —reprendió Mirabelle—. ¡Esto es connivencia!

Bryght se volvió a ella.

—Desde luego que sí. Pero si vos e Hipólita queréis el dinero tendréis que aceptarlo. Lord Walgrave y yo estamos estableciendo una apuesta secundaria. Él mantiene que sus habilidades amatorias igualan como mínimo las mías. Vamos a jugarnos a los dados el honor. ¡Quien saque más puntos gana!

O pierde, dijo para sus adentros. El ganador no iba a congraciarse con Portia St. Claire, quien no entendería la verdadera situación.

Nunca querría volver a ver a su falso amante. Eso

estaba bien, intentó decirse a sí mismo. Portia significaba problemas, en su vida no había sitio para aquello.

¿Entonces por qué no dejar que Fort se la llevara? Si él cumplía con las condiciones de la apuesta, ella se habría salvado.

Bryght comprendió que no quería que ningún otro hombre tOcara a Portia St. Claire. Supo entonces que estaba más enfangado de lo que le hubiera gustado. Sería más prudente abandonar todo aquello. Miró a Fort.

—¿Os casaríais con ella?—preguntó con calma. Fort alzó bruscamente las cejas.

—¿Después de esto? ¿Estáis loco? Bryght suspiró y le pasó el dado.

—Una tirada cada uno. Gana la tirada más alta.

—¿Vos os casaríais con ella? —preguntó Fort, aparentemente con curiosidad genuina.

Bryght hizo rodar el liso dado entre sus dedos.

—Sí —dijo, y tiró. Un cinco.

Fort contempló el blanco cubo y luego lo colocó con el uno hacia arriba.

—Se me ha pasado el capricho. Cumplid la apuesta, lord Bryght, faltaría más. Y —añadió con cierta malicia— espero con ilusión bailar en vuestra boda. —Con aquello, se alejó majestuosamente, dejando a Bryght como vencedor.

Como un vencedor que ha ganado el derecho a convertirse en un sacrificio humano.

—Felicitaciones, milord —proclamó Mirabelle en tono jovial—. Aceptaré vuestro pagaré ¡y luego podréis demostrar lo que valéis! ¿Y quién es el otro apostante? Todo debe constar en los libros.

Bryght garabateó el pagaré.

—Un gordo azucarero llamado Prestonly. Sin duda viene resoplando hacia aquí. Mejor le guardáis un sitio. —Miró a

la madama—.
Necesito unos pocos minutos. Retrasad las cosas un momento.
Mirabelle alzó las cejas, pero hizo un gesto de asentimiento.
Bryght cogió a Portia en sus brazos para bajarla del estrado. Resonaron vítores. Ella se le quedó mirando.

—¡No!

El le escondió la cabeza contra su hombro antes de que dijera algo estúpido.

—Callad, no será tan malo.

De todos modos, ella estaba temblando.

Bryght de pronto sintió náuseas por el mundo en que vivía. Aquella menuda mujer que llevaba en los brazos podría haber sido una muchacha asustada, vendida por un padre arruinado, entregada a un hombre infecto. Y estos espectadores vitorearían de todos modos y se pelearían por conseguir una mirilla.

Bryght llevó a Portia a la Rotonda de Mirabelle y sintió ganas de darle un severo sermón sobre prudencia. Cualquiera con un poco de juicio habría abandonado a su destino a su necio hermano semanas atrás. El hecho de que ella no hubiera sido capaz de eso, y que tuviera coraje para venir hoy aquí y permanecer tan resuelta en el estrado de subastas, le provocaban ganas de torcerle el cuello. También aumentaba su valía a sus ojos.

La Rotonda era un círculo perfecto y el único mobiliario era una cama circular: en realidad una plataforma mullida, pero cubierta tan sólo por una sábana blanca tirante. Las colchas sin duda estropearían la diversión.

En el techo, dioses y diosas retozaban lujuriosamente, y las paredes pintadas mostraban veinte mortales que imitaban a las deidades. La diferencia era que los distintos utensilios que empleaban las figuras

humanas —desde látigos a aceites aromáticos— eran reales y los usuarios de la habitación podían emplearlos.

Los ojos de cada figura entregada al placer estaban en blanco, con un extraño efecto, pero el motivo era que los observadores aún no habían ocupado sus lugares. Había un misterioso efecto de movimiento en las figuras de la pared, intensificado por las velas titilantes del interior de lámparas de vidrio de colores y por la débil bruma del incienso quemándose. La penumbra añadía misterio a la escena para los observadores, y Bryght podría aprovecharlo para representar este acto.

¿Había entendido algo Portia sobre esta apuesta? La bajó con cuidado y ella se alisó de inmediato las prendas con un gesto de recato que a él le provocó ganas de sonreír. Como si ella acabara de tropezar en alguna escalera y él le hubiera ayudado a ponerse de pie.

—¿Dónde estamos? —preguntó mirando a su alrededor. Entonces se quedó boquiabierta— ¡Caray! Eso...

Bryght le puso una mano en la cabeza para atraer su atención.

—Shhh, no miréis los cuadros. Escuchadme. ¿Sois buena actriz? Pese a la máscara, pudo ver que se le agrandaban los ojos.

—¡Nunca he intentado actuar en mi vida!

—Entonces hoy será vuestro debut. Tenéis que representar el papel de una muchacha asustada, seducida por un diestro amante, yo mismo, hasta rendirse por completo a los apasionados requerimientos de éste.

—Rendida por completo —repitió ella, y él entrevio que la conmoción y la perplejidad habían embotado el entendimiento de Portia. Tal vez incluso estuviera drogada. No había tiempo para sutilezas ya

que Mirabelle podría demorar a los mirones apenas unos instantes.

—La elección es actuar o hacerlo de verdad, Hipólita.

Portia sufrió una sacudida al oír el tono brusco de él.

—¿No vais a ...?

—No. Prometo que no os haré daño. Aposté a que sería capaz de volveros loca de deseo, y sin tan siquiera quitaros un centímetro de ropa.

Él debería haber sabido que la palabra apuesta era como un trapo rojo para un toro.

—Siempre podríais perder vuestra ridicula apuesta —replicó ella con rudeza, mucho más como la amazona que él conocía.

—¿Mil doscientas guineas?

Ella volvió a quedarse boquiabierta.

—¿ Qué ? ¿ Cómo habéis podido... ?

—¿No merece un poco de actuación esa suma? — Bryght descubrió un arma poderosa—. Podéis quedaros con el dinero si ganamos.

—¿Mil doscientas guineas? —susurró.

—Un buen comienzo para pagar vuestras deudas, ¿no creéis? Y todo el dinero proviene de un hombre que puede permitirse perderlo y que se merece perder aún más. ¿De acuerdo?

Portia miró a su alrededor con aturdimiento, el relleno de la cara y el largo pelo oscuro la hacían parecer una niña, pero Portia de todos modos. Entonces enderezó la espalda y alzó la barbilla.

—De acuerdo. Pero no tengo ni la menor idea de qué tengo que hacer.

—Yo os dirigiré. Pero no os mostréis deseosa demasiado pronto. Para empezar, mostraos asustada.

Estaba asustada, él lo sabía, pero Portia le miró a los ojos.

—¡Prefiero pelear!

—Excelente. —La levantó y la echó sobre la cama. Ella aterrizó despatarrada entre un revuelo de faldas y enseguida se incorporó po-

niéndose de rodillas llena de furia. Antes de que pudiera recuperarse, Bryght se lanzó sobre ella y la sujetó sobre el lecho.

—¿Os he explicado que tenéis público? —susurró—. Hay veinte mirillas en la pared y el hombre con el que hice la apuesta está detrás de una. Mejor lo hacemos bien.

Portia se quedó inmóvil a causa de la conmoción.

—¿Mirando?

—Y escuchando si hablamos tan fuerte, de modo que tened cuidado. ¿No es terrible? ¿No estáis enfadada por ello? Y bien, intentad hacerme daño. Vamos. Sé que tenéis ganas de pegar a alguien.

La furia centelleó en su mirada entonces y sí que lucho sin contenerse en absoluto. Él la provocó de tal modo que ella hizo todo lo posible para clavarle las uñas en la piel, incluso en los ojos, para poder verter todo su miedo y rabia en él. Bryght perdió un poco de piel y se ganó unas magulladuras, pero sin correr ningún serio peligro, hasta que se despreocupó y ella casi le alcanza los testículos con una rodilla.

Él se retorció rápidamente, entre risas.

—Alguien os ha enseñado alguna cosa, cielo.

—¡Fort! Quien sin duda habría encontrado una salida mejor. Bryght aún no había intentado recurrir a la fuerza, pero ahora la sujetó contra el lecho con crueldad.

—Qué fe tan amorosa mostráis hacia él —siseó—. ¿Es vuestro amante?

Ella mostró los dientes, conteniendo cada gramo del peso de él.

—¡Sois…sois…repelente!

Bryght casi se echa a reír al comprobar que toda la rabia de ella había dado como resultado sólo un epíteto tan leve.

—Repelente o no, tenéis que tratar conmigo.

—Os odio.

—No, no me odiáis. Odiáis mi mundo. —Acercó su boca a la de ella

como si fuera a besarla—. Hagamos una apuesta paralela, Hipólita.
La confusión la dejó inerte. Le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué? Sabéis que no juego. ¡Odio el juego!

—Vos jugáis con el diablo a todas horas, dulce amazona. Lo que vamos a hacer aquí va a ser una actuación, pero si consigo que me deseéis de veras, no estaréis autorizada a odiarme.

Portia volvió a forcejear.

—¿Desearos? ¡Debéis de estar loco!

—Todo el mundo parece pensarlo. ¿Estáis conforme?

—¿Cómo queréis que no os odie?

—Es poco cristiano —reprendió él—. Y sois una buena cristiana, ¿no es así? Rezad un poco. Seguro que así podréis vencer el pecado.

Ahora se había quedado totalmente quieta; estaba rígida a causa del resentimiento, pero quieta.

—Y si os venzo, ¿qué gano?

—¿La libertad para odiar?

—Eso ya lo hago.

Las palabras de ella le dolieron, pero confió en que fueran resultado más que nada del miedo. Aflojó el asimiento y siguió el contorno distorsionado de las mejillas de Portia.

—¿Qué queréis entonces, pequeña guerrera?

Ella se apartó de la mano con un brusco movimiento.

—Librarme de vos. Para siempre. No volver a veros. No volver a oír vuestra voz. Que no volváis a tocarme de ninguna manera.

Pese al daño, Bryght mantuvo la voz calmada.

—Apuestas altas, ciertamente. Creo que tendré que subir la mía. Si gano, no podréis negaros a verme u oírme o a dejarme tocaros como un caballero puede tocar a una dama. De modo que, con estas condiciones, ¿tenemos una apuesta?

Portia permaneció un momento mirándole, considerando aquello. Luego apartó el rostro.

—¿Por qué no? Os deseo lo peor.

Bryght eludió hacer el comentario obvio, pero dijo en su lugar:

—Un consejo sólo. La mayor estupidez en el juego es estar seguro de que contáis con las cartas ganadoras. Especialmente si ni siquiera conocéis las reglas del juego.

Entonces ella forcejeó, más furiosa que asustada.

Él se rió sólo para provocarla, pero no le resultaba nada divertido.

La quería. En esta situación parecía obsceno desear a Portia, pero su fuerza y agilidad, sus ojos centelleantes tras la máscara dorada, su ánimo belicoso, a estas alturas ya le habían provocado una dolorosa erección.

Se concentró en la larga peluca negra, las mejillas rollizas y la exagerada pintura del rostro, intentando no verla sólo como un cuerpo. Seguía siendo Portia, de cabo a rabo. Los ojos inyectados en furia mirándole directamente, su boca roja abierta por los jadeos enojados, y sus pequeños pechos levantados contra el blando corpino, suplicando que los tocaran.

Dios.

Interpretando para su público, forzó un beso. Ella mantuvo la boca dura contra la de él, pero Bryght murmuró.

—Recordad las mil doscientas guineas. Ya hemos peleado, es hora de que empiece la seducción.

Ella sufrió una sacudida, llena de alarma, miedo y duda en los ojos. El sabía que todavía no confiaba en encontrarse a salvó.

—Confiad en mí —le dijo.

Era esperar demasiado, por supuesto. La expresión de Portia le comunicó que lo que deseaba era un arma en sus manos.

Con otra risa, se dio media vuelta para salir de la cama e inició una nueva representación para su audiencia. Les alegraría ver un poco de piel, y aquello tal vez tuviera un efecto conveniente en

ella. Se quitó la casaca, la corbata y la camisa. Se soltó la cinta del pelo para aumentar el aire de desenfreno.

Portia se puso de rodillas sobre la cama, tensa y vigilante.

—¿Qué estáis haciendo? —Los rellenos de sus mejillas distorsionaban su voz, lo cual resultaba conveniente, pero seguía sonando demasiado firme para una muchacha de catorce años.

—Espero que mi belleza pueda impresionaros, niña. ¿No sentís interés por vuestro primer hombre? ¿Os gustaría ver un poco más? —se llevó las manos a los botones de su bragueta.

Ella se arrastró hacia atrás con alarma sincera.

—¡No!

Brygth soltó un botón burlonamente, y ella se volvió a mirar al otro lado. El observó su espalda ofendida y rígida, y contuvo una risa. Sólo Portia tendría una actitud así en esta situación.

Bryght era consciente de lo que le deparaba el destino, y estaba empezando a aceptarlo con deleite, pese a los abismos y todo lo demás.

Pero había abismos. No iba ser fácil conquistar a Portia, y aun cuando la ganara como esposa, habría problemas. Su patrimonio estaba comprometido en los planes de Bridgewater y si no se casaba con una buena fortuna podría acabar incluso como pensionado de su hermano, algo que no iba nada bien con su carácter.

Y Portia no es que fuera pobre, era decididamente un sumidero por el que se iría todo el dinero. Si no ganaba esta apuesta, ella le habría costado una pequeña fortuna sin pretenderlo. Cuando se casaran, Portia esperaría que él salvara su hogar, y luego que siguiera sacando a su hermano de sus descalabros en el juego. Sin duda el resto de la familia resultaría igual de caro.

Pero lo aceptaba. Estaba claro que era su destino. La flecha de Cupido. No sabía cómo sucedían estas cosas, pero sabía que él y Portia estaba enlazados ahora y para siempre. Fort creía que había atrapado a Bryght con aquel compromiso, pero simplemente le había empujado a aceptar lo inevitable.

Bryght se recordó a sí mismo que debía concentrarse en lo más inmediato. Tenía que conseguir que su futura esposa pasara por esto con el menor azoramiento posible, y sin revelar su identidad. Y además, tenía que despertar al mismo tiempo su deseo para conseguir ganar su apuesta.

¡Cielos! ¡Se sentía tentado a darse cabezados contra aquellas

paredes llenas de lascivas pinturas!

Cayó sobre la cama y atrapó a Portia por la cintura,

Haciéndola rodar hacia atrás hasta dejarla debajo de él.

Al sentir el contacto de su cuerpo medio desnudo, ella soltó un chillido

sincero de alarma y forcejeó un poco más.

—¿Queréis morderme, guapita? No me importa.

Ella enseñó su blanca dentadura y él pensó que quizá sí quería

intentar darle un bocado en el hombro, pero entonces pareció recordar

la situación y buscó orientación en él.

—Pedid clemencia —le dijo en voz baja. -¡Oh, Dios santo, compadeceos de mí! —gritó. No es que fuera

una rival para Peg Woffington, pero no estaba mal tratándose de una principianta.

—Ay, preciosa, he pagado seiscientas guineas por vos. Pero juro que vais a disfrutar de vuestra iniciación. —Luego esbozó con los labios—: Llorad.

Portia entornó los ojos, pero se tapó la cara y empezó a gimotear.

Bryght se apartó de ella. Portia se apresuró a volverse boca abajo

y lanzarse a un paroxismo de desconsuelo en toda la extensión de la palabra, golpeando la cama con los puños, elevándose y aullando. Estaba sobreactuando de la manera más atroz, pero él pensó que tendría su efecto.

Bryght, intentando mantener el rostro inexpresivo, le dio una palmadita en la espalda.

—Bueno, cielo, no será tan malo. Dejad de llorar.

Ella gimió aún con más fuerza.

—¡Quiero irme a casa!

Aquello debería servir como primer acto, decidió. Ahora, tenía que seducir al menos parcialmente a Portia, tanto para que esto resultara convincente como para ganar su apuesta personal. Las mil doscientas guineas no eran nada. Tenía que ganar aquella apuesta personal.

Tenía bastante a su favor, buena parte de lo que ella estaba negando. La energía, la magia que a veces se encendía entre dos personas desde el primer encuentro, estaba viva entre ellos. Lo había sabido desde la primera vez, pero lo había rechazado. Ahora se rendía a aquella locura. Dedicaría todas sus habilidades a conseguir que ella se rindiera también.

Se colocó sobre la cama y, entonces, de súbito, la cubrió a ella, por completo, de pies a cabeza. Portia dejó de gemir y se puso tensa debajo de él. Bryght apartó el falso pelo de la peluca y le besó la nuca.

—¡No! —dijo ella entre jadeos, y esta vez eran auténticos.

—Pero debo hacerlo —murmuró él contra su piel—. ¿No es exquisito? —Recorrió su hombro con la lengua, mientras le aflojaba el vestido—. Tan exquisito como vos…

Ella se agarró la parte delantera del vestido para que no se le escurriera aún más.

—¡Por favor!

Quedaba bien en el papel de niña asustada, pero no era una representación.

—Recordad —murmuró—. Tenéis que conservar toda la ropa puesta. Que es más de lo que hago yo.

Sintió que ella se relajaba un poco.

—Eso ha sido elección vuestra —susurró ella contra la cama.

—Alguien tenía que enseñar a los clientes de pago un poco de piel.

Portia cerró los puños.

—¡Londres es repugnante, y todo lo que lo habita!

Bryght se rió contra la piel de Portia y dejó que sus dientes la rozaran.

—Considerando que el rey y la reina viven aquí, encanto, eso podría verse como traición. —Entonces besó los centímetros superiores de su columna y ella se estremeció. No era temor a la traición, de todos modos.

—¡Hacedlo ya! —susurró ella.

—Aún es muy pronto —contestó él y se apartó un poco de ella, deslizando una mano para frotarle la espalda a la altura de la cintura.

Le frotó ahí con firmeza mientras jugueteaba y la atormentaba con la boca en la parte superior de la espalda.

Oyó como se alteraba su respiración. Ah, Portia, un día vamos a hacer esto como debe hacerse, y llevarlo hasta su hermosa conclusión.

—Sois tan sensible como había soñado —susurró en voz alta—,como el mejor de los instrumentos.

—O una pistola de gatillo —musitó ella.

Bryght se rió y empezó a bajar un poco más la mano.

Con un brinco, Portia se volvió para evitar aquello, pero la mano

de él acabó en un lugar mucho más interesante. Entonces dijo para su

público:

—Así es mucho más apropiado, Hipólita. Sabía que acabaría por gustaros—. *Sotto voce* añadió—: No, no forcejees. Gime.

Los ojos de Portia centellearon llenos de indignación desafiante, pero profirió un sonido, como un cachorrillo ansioso. Fue desconcertante y sorprendente , y Bryght se sintió fuertemente tentado a hacerle mimos. ¿Cómo diantres los hombres violaban de

verdad a estas criaturas ? Nunca le había preocupado demasiado, y no estaba seguro de que pudiera hacerse algo al respecto, pero ahora le indignaba.

Librarse de Cuthbertson significaría acabar con un proveedor repugnante. No serviría de nada, de todos modos, para otras víctimas o para las novias atemorizadas como las pobres desposadas de Prestonly.

Se encontró con que estaba acariciando el vientre de ella con la mano, formando círculos suaves, reconfortantes, mientras Portia le miraba fijamente sumida en una confusión cautelosa, —No debéis temer nada —dijo él en voz alta y luego susurró— :Confiad en mí.

Tal vez hubo un mínimo indicio de confianza tras la máscara. Se atrevió a ser delicado y la besó levemente en los labios antes de levantarse de la cama para ir a inspeccionar los artículos que colgaban de la pared. Se decidió por el frasco de aceite que sostenía una figura de sátiro y regresó a la cama, vertiendo una pequeña cantidad de aceite sobre su dedo y aspirando el aroma.

Como había pensado. Almizcleño, intenso y endiabladamente excitante, si es que los instintos de ella despertaban con aquel aroma.

Capítulo10

La. mente de Portia no paraba de dar vueltas perdida en su confusión. Durante la subasta se había preparado para lo peor. La voz de Bryght la había desequilibrado tanto que no había sabido qué pensar, pero cuando se percató de que Fon se hallaba presente, se sintió segura de su rescate.

Pero había sido Bryght quien la había rescatado, y él no la había liberado sino que la había traído a esta desagradable habitación.

Por lo visto ahora estaban metidos en una apuesta. Si lo había entendido bien, conseguiría la desproporcionada cifra de mil doscientas guineas si lograba simular que deseaba a Bryght Malloren.

Y se libraría de él para siempre si podía hacerlo como pura representación, sin desearle en ningún momento.

Intentaba decirse que sería fácil, pero no estaba habituada a engañarse a sí misma. La capacidad que él tenía para despertar el deseo en Portia era lo que la obligaba a escapar de Londres tan desesperadamente. Había provocado su deseo a plena luz del día y con toda la ropa puesta. Ahora, medio desnudo bajo las trémulas luces, era una criatura salida de sus sueños más oscuros.

Y seguro que más perverso, se recordó a sí misma. Al fin y al cabo, él se encontraba aquí en un burdel por elección propia. Estaba claro que conocía todo tipo de habilidades lujuriosas. Y, por supuesto, era un jugador. ¡Estaba aquí con ella por una apuesta!

Le observó con cautela. Ahora volvía a la cama con un frasco que inclinaba ligeramente sobre su dedo...

Él sonrió y, antes de que Portia pudiera evitarlo, le puso el dedo justo debajo de la nariz para que la espiral de perfume se introdujera

gradualmente por su cuerpo. No podía identificar los olores que lo componían, pero se asemejaba al incienso que llenaba el aire, y era sensual.

Portia se frotó el punto manchado, pero no era posible eliminar aquel olor.

«Finge, pero no te rindas», se recordó.

Observó cada movimiento de él. Estaba empezando a comprender a qué se refería cuando dijo que ella ni siquiera conocía las reglas de este juego de azar, pero seguro que era capaz de controlar sus reacciones.

Con el pecho al descubierto y el pelo suelto hasta los hombros, acrecentada su belleza con aquel aire salvaje, él le sonrió.

—No estéis tan aterrorizada, Hipólita. Vais a deleitaros con cada momento de esto.

Portia se apartó ligeramente de él. No quería deleitarse con cada momento de esto. Quería fingir su rendición y acabar de una vez.

Siempre que él no aprovechara aquella rendición.

¿Y si había algún truco? ¿Y si cuando la convenciera y ella dijera que le deseaba, se tomaba el permiso que ella concedía?

Le había pedido que confiara en él, pero no podía.

Sólo una necia confiaría en un vividor como Bryght Malloren.

Pensaba que él volvería a cubrirla, aprovechando su tamaño y su calor para fundir todos sus sentidos, pero él la desconcertó sentándose con las piernas cruzadas sobre la cama junto a sus pies. La cogió por el tobillo para acercarla un poco más. Ella soltó un chillido involuntario y se colocó las faldas de un modo más decente.

Bryght vertió aceite en sus manos, dejó el frasco y luego empezó a aplicar el aceite sobre el pie derecho. Lo extendió y lo friccionó, dedicando una atención especial, delicada, a cada pie, frotando el empeine con los pulgares, consiguiendo que sus pies se

arqueaban hacia él por sí solos. Una nube de perfumes penetrantes, sensuales, ascendieron por su cuerpo, acompañados del placer dulcificante de su tacto.

Oh, cielos.

Intentó soltar el pie.

—¿Qué estáis haciendo? La tenía bien agarrada.

—Exploraros —contestó, apoyando el talón sobre su muslo, concentrándose en las puntas de sus pies, con el pelo oscuro caído hacia delante hasta ocultarle el rostro.

Válgame Dios, sí que era guapo…

«¡No, Portia!» Bryght, con gran meticulosidad, pasaba de una punta de pie a otra.

—Antes de que hayamos acabado, mi amazona, tengo intención de conocer cada centímetro de vos, y satisfacer la mayor parte. Portia se estremeció intensamente.

—No me gusta esto.

Él alzó la vista, misterioso y sombrío, magnífico como los dioses del techo, e igual de poderoso.

—Mentirosa. —Su voz era suave y profunda como el cielo nocturno—. Conmigo, descubriréis los placeres de vuestros sueños más secretos, más ardorosos, y admitiréis la verdad: que estáis loca por mí.

Él no estaba actuando.

—¡No!

Sonrió con seguridad tranquila.

—Oh, sí.

Portia intentó escapar otra vez, pero él apretó un poco más. Ella se echó hacia atrás, tapándose los ojos con el brazo, para buscar el control completo de su cuerpo. De todos modos, los diestros dedos de él estaban teniendo efecto. Si continuaba así, podría hacer realidad sus palabras.

Bryght le levantó un poco la pierna y le besó la punta mientras empezaba a aplicar el aceite en el talón, ascendiendo luego por el tendón sensible de la pantorrilla. Se abrió paso a besos

hasta el empeine, y Portia acabó cerrando los ojos a causa de la dulzura... pero entonees se obligó a abrirlos.

No le mostraría ninguna reacción. Ni rastro.

Entonces, la humedad de su lengua se desplazó a lo largo del pie y sus dedos guasones alcanzaron la parte posterior de la rodilla.

Portia se retorció.

«¡No, no iba a rendirse!»

Pero no eran sólo su pie y rodilla. Aunque no le tocara en ningún otro sitio, otras partes de su cuerpo estaban ardiendo, vibrando, deseando...

¿Cómo podía traicionarle su cuerpo de esta manera?

—Cuan hermosos son vuestros pies —dijo, y sonó como una cita—. Delicados, arqueados, sensibles. Como el resto de vos. —Estaba usando aquella voz profunda para hechizarla.

—Sensible, toda entera, os arqueáis al sentir mi contacto...

Portia se había arqueado antes de darse cuenta. Tomó aire y pidió fuerzas.

Él cambió de posición y ella se sintió aliviada, pero sólo lo hizo para iniciar el asalto al otro pie.

—Vuestros miembros son delgados pero fuertes —murmuró—. Vuestra piel es lisa como la mejor seda de la China. Cuando yo acaricio la seda, lo sentís por todas partes, incluso en vuestros lugares más secretos. Lugares donde anheláis que os toquen... Sois elástica como un sauce, graciosa como una gacela, mientras os movéis con vuestro deseo. Luchar contra vos, pequeña guerrera, ha sido un puro placer. La victoria y la dulce rendición serán el cielo en la tierra. Para los dos...

Tacto, perfume, voz, palabras, iban fundiendo gradualmente los huesos de Portia, sus músculos y su resistencia.

Intentó recordarse que sólo eran trucos ingeniosos, sólo era una representación, pero aun así, anhelaba, se movía.

Bryght deslizaba con firmeza la mano arriba y abajo de su pantorrilla, y la respiración de ella se tornó sollozante. Él le dio media vuelta para dejarla boca abajo y acarició la parte posterior de las piernas, con suavidad, detrás de las rodillas, con más fuerza en las pantorrillas pero siempre por encima de la falda, nunca debajo.

Portia hundió la cabeza en sus manos e intentó recordar por qué era tan importante negar que esto era agradable y al mismo tiempo fingir ante todo el mundo que era placentero.

Las manos de él siguieron hacia arriba, sobre sus nalgas y sobre la cintura, y una vez allí masajeó con más fuerza.

—Podéis sentirlo en los huesos y más profundamente, ¿no es cier-

gatita? Estiraos como un gato. Ronronear para mí…

Y Portia se estiró —no pudo evitarlo— pero contuvo el ronroneo.

—¡Es suficiente! —dijo entre jadeos—. ¡Milord, por favor…!

—Todavía no, no del todo, pero casi, ¿ sí?

La volvió de nuevo cara arriba en una maraña de pelo negro y faldas, y le rozó los pechos con sus diestras manos.

Portia retrocedió al notar eso, pero pese hacerlo, su cuerpo se movió como con voluntad propia, y él se rió.

—Sí, vuestro cuerpo me desea, pero ¿y vos? Pensando sólo en su apuesta personal, Portia gritó:

—¡No!

Él hizo una mueca, y entonces ella ya no supo cuál era la verdad. ¿Estaba intentando seducirla, o era pura actuación? En todo caso, aquello empeoraba todo mucho más. Allí estaba ella, derritiéndose como un charco en manos de él, y él aún mantenía toda su concentración.

Bien, ella también podía hacerlo. De repente rodeó con los brazos sus hombros desnudos.

—Oh, milord, he mentido, os deseo. ¡Tomadme! Pero si lo hacéis, —le murmuró al oído— juro que os mato.

—Confiad en mí —susurró y la arqueó para darle un beso.

Fue un beso como nunca hubiera imaginado: un asalto a todos sus sentidos y su voluntad, abarcando mucho más allá que sus bocas. Los brazos desnudos de él la mantenían cerca, y los brazos y manos de ella únicamente podían tocar su piel: piel sedosa, cálida sobre el músculo y los huesos. Portia no había experimentado con anterioridad tanto cuerpo.

El sensual perfume les envolvía por completo, se mezclaba con el perfume de la piel de él y el sabor de su boca, impidiendo a Portia mantener la cordura.

Ahora ella estaba boca arriba, con él encima: pesado, ardiente. Le estaba tocando los pechos y creaba un anhelo demente. No conseguía recordar por qué esto estaba mal, por qué deberían…

Cuando él abandonó su boca con un rastro de besos sobre sus mejillas, sus oídos, su cuello y hombros, ella le devolvió los besos, besó y saboreó cada fragmento de deliciosa piel que pasaba junto a sus labios.

Él le mordisqueó un lóbulo.

—Las caderas. Moved las caderas.

Portia estaba a punto de decir que no sabía cómo, pero él pasó rápidamente la mano sobre sus pechos y las caderas se movieron por decisión propia. Luego Portia exageró la oscilación, repitiéndose que era una actuación, pero sabía que no.

Se moría de anhelo por dentro, su cuerpo buscaba el alivio a esta ansia como una flor busca el sol.

Ella que no había conocido antes a ningún hombre, sabía lo que

podía ser, lo que debería ser. Si no hubiera sido por los mirones, lo habría exigido allí mismo, ahora, sin tener en cuenta la virtud o la moralidad.

—Sí, mi preciosidad. Bailad para mí, demostradme que queréis el regalo de Venus...

Y Portia bailó. Todo su cuerpo se movió siguiendo el ritmo de su contacto. Su corazón latía con violencia, y respiraba como si ejecutara la giga más alocada y vertiginosa...

—Me deseáis, pequeña, ¿sí?

—¡Sí! —contestó ella entre jadeos—. ¡Oh, sí!

—Bravo —murmuró él, y entonces todo hubo acabado.

Portia recuperó de súbito la cordura y observó con un asombro desesperante que él desfilaba alrededor de la cama, haciendo inclinaciones a la audiencia invisible. Incluso escuchó aplausos apagados.

El cuerpo de Portia continuaba agitado, excitado casi hasta la locura por las habilidades de él, pero sus emociones en este momento eran de pura rabia. ¡Que se la llevara el diablo si iba a permitir que Bryght Malloren se saliera con la suya!

Se sentó y, poniendo voz infantil, gritó:

—¡Milord! ¡Por favor! ¡No me abandonéis! ¡Entregaos del todo!

El se volvió sorprendido y con un brillo de admiración en sus

Era una promesa, y Portia retrocedió.

De inmediato, él deslizó una mano alrededor del cuello de Portia, y la dejó a tan sólo centímetros de distancia.

—¿He ganado la apuesta, verdad?

Ella quiso decir que no, pero la franqueza no se lo permitía.

—No os servirá de nada. No pienso ser vuestra amante, de todos modos.

—Algunos destinos no se pueden evitar, *petite.* Recordad eso.

—La soltó y se apartó.

Portia decidió abandonar Londres por la mañana. Nada más amanecer. A pie si fuera necesario. Con Fort aquí, la deuda pronto estaría saldada.

¡Fort!

Fort debía de haberla reconocido, puesto que había participado en la apuesta. ¿Cómo iba a ser capaz de mirarle a la cara? Pero tenía que hacerlo si quería resolver los problemas de Oliver, y sacarles a ambos de los perniciosos enredos de Londres, antes de que fuera demasiado tarde.

Portia echó una rápida mirada a Bryght, quien volvía a ponerse sus ropas. ¿Hablaba en serio cuando dijo que le daría las mil doscientas guineas ? Era una suma enorme, pero aquello cambiaría las cosas. Aunque Fort no les ayudara, sin duda el banco les concedería una hipoteca por el resto de la deuda. Sería mucho más fácil de pagar, también.

Sintió casi que debería estar agradecida. Bryght la había rescatado de hombres peores, y además había mantenido su virtud intacta. Había resuelto los problemas de su familia, también, por accidente o de forma intencionada.

Accidente, seguro.

Todo este suceso probablemente formaba parte de su plan de seducirla. Pensaría que después de una experiencia así, ella estaría dispuesta a aceptar cualquier oferta, incluso deshonesta. Si era así, había jugado mal sus cartas. Esta noche, ella había aprendido que no podía confiar en su virtud ni en su voluntad una vez él aplicaba sus poderes y destrezas con ella.

Aquello la decidió a evitarle para siempre.

Salió de la cama y se estiró las prendas torcidas. Casi pudo sentir de nuevo las diestras manos de él, surcando su cuerpo tan sólo con dos capas de ropa entre ellas y su piel.

¿Cómo sería piel con piel?

Sacudió la cabeza. No.

Bryght ya estaba vestido, aunque no con la misma pulcritud que antes. La miró. Entonces, de pronto, se fue hasta la cama y arrancó la sábana. Se la tendió y ella se envolvió agradecida con la tela.

Pero no quería estarle agradecida.

El le abrió la puerta con gracia cortesana y ella cruzó, esperando tener que enfrentarse de nuevo a aquellos ojos perversos, ávidos. No obstante, el entretenimiento había concluido y la sala se centraba en otros asuntos. La concurrencia continuaba bebiendo y jugando, mientras en el estrado, mujeres semidesnudas adoptaban actitudes lascivas.

Portia se volvió rápidamente. También ellas interpretaban un desenfreno sexual, tal y como, momentos antes, había hecho ella.

Excepto que en su caso no había sido una actuación, y en el caso de Bryght sí. Portia comprendió que le odiaba por aquel motivo.

Unas pocas personas la miraron sonriendo entre dientes, pero en general su salida no provocó ningún revuelo. Un hombre gordo con cara avinagrada estaba sentado cerca.

—Os concedo la victoria, milord —dijo el hombre, mientras le tendía una hoja de papel y miraba a Portia—. Eso sí que ha sido una exhibición de domesticación. Vaya si lo ha sido.

Portia se agarró la sábana con más firmeza, sintiendo que su mirada la ensuciaba.

—Os recomiendo sutileza, señor Prestonly —se limitó a decir Bryght—, la próxima vez que lo intentéis con una virgen. —Y guió a Portia para que pasara de largo junto al hombre y entrara en el pasillo.

Mirabelle se adelantó.

—Venid, querida, y pasaremos cuentas. Bryght también las siguió y Portia se volvió a él.

—No quiero nada más de vos.

—Necesitáis mi ayuda, Hipólita.

—¡No es verdad! ¡Si tuvierais la sensibilidad de una culebra… os iríais!

—¿Culebra? ¿Repelente? —sonrió ligeramente—. Querida mía, alguien tiene que ayudaros con vuestro dinero. Si lo lleváis a casa, vuestro hermano dispondrá de él casi de inmediato. —Se volvió a la madam—. Yo me ocuparé de todo. Os enviaré vuestra parte, e ingresaré la de ella en el banco. Me ocuparé también de Cuthbertson.

Mirabelle alzó las cejas.

—Vais a arruinar un pequeño negocio muy lucrativo, milord.

—Dudo que vayáis a pasar hambre. ¿Os encargaréis de que llegue a casa sana y salva?

—Muy bien.

Bryght sacó una cajita de rapé de oro y esmalte y cogió un pellizco con gesto delicado.

—¿Y vos no sentiréis ningún deseo de exponeros al desdén público, Mirabelle, o de que os azoten en la trasera de una carreta?

La madam entrecerró los ojos de un modo peligroso.

—¿Amenazas, milord?

—Promesas. Debéis tener sumo cuidado con ella, y que nadie sospeche siquiera quién es Hipólita.

—Yo no lo sé, ni tengo deseos.

—Algún día, querréis saberlo.

Portia les miraba a uno y a otro llena de perplejidad. ¿Por qué Mirabelle tenía aquel aire divertido tan malicioso?

—Nada más lejos de mi intención —continuó la madame— que mancillar una dicha tan perfecta.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Portia.

—Estamos hablando de mantener en secreto vuestra identidad —contestó Bryght.

—Nadie me reconocería así —protestó. Pero entonces Portia recordó que, obviamente, él sí la había reconocido, al igual que Fort. Se agarró la sábana con más firmeza.

—Nadie os identificará —dijo Bryght— a menos que levantéis sospechas.

Portia se estremeció.

—Vos lo supisteis.

—Fue el nombre.

—Fort lo supo.

—Yo se lo dije. —Antes de que ella tuviera tiempo de pedir una explicación acerca de aquello, Bryght prosiguió—: Nadie adivinará la verdad si os comportáis con normalidad.

Portia se quedó mirándole.

—¿Volver a casa y actuar como si esto nunca hubiera sucedido?

—¿Y qué otra cosa podéis hacer? Sucedió bien poco.

—¡Bien poco! ¡A mí no me lo parece! Bryght se limitó a sonreír de un modo que Portia sintió ganas de pegarle un tiro.

—Mirabelle se ocupará de que lleguéis a casa sana y salva. —Le hizo una inclinación con elegancia— *A bientót, petite.* — Y con aquello regresó junto a sus acompañantes.

Portia le vio marchar con una sensación de pérdida, ya que, pese a las palabras de él, tardaría en volver a verla. Pensaba marcharse de Londres.

Mirabelle se llevó a Portia a su salón privado.

—El veinte por ciento para mí, y trescientos para Cuthbertson. Vuestra parte de la puja de Bryght, querida mía, asciende a ciento ochenta guineas. No está mal para un trabajo tan ligero.

Portia pensó con satisfacción que era mucho más dinero. Y por el brevísimo encuentro con el gordo, sabía que Bryght estaba en lo cierto. No tenía que sentirse culpable por llevarse su dinero, aunque su

conciencia insistía en que la apuesta no había sido exactamente honesta.

Mirabelle llevó a Portia al dormitorio.

—Querréis vestiros.

En cuanto se quedó a solas, Portia se miró en el espejo, preguntándose qué vería. Vio a una extraña con el pelo despeinado, que había deseado vivamente a Bryght Malloren. Sintió un escalofrío al recordar aquello, escupió los rellenos, arrancó la máscara y se quitó las horquillas para desprenderse de la larga peluca negra.

Ahí, con el pelo bastante pegado a la cabeza, estaba Portia St. Claire otra vez. ¿O no? Portia St. Claire no tenía unos labios tan enrojecidos; y la rojez ahora se debía más a la pasión que a la pintura. No tenía unos ojos tan conocedores, oscurecidos. No apestaba a perfume sensual.

Portia se apresuró a acercarse a la palangana. Se restregó el rostro para limpiarse la pintura, luego se despojó de la estrafalaria seda y los adornos. Se lavó lo mejor que pudo todo rastro de perfume de su piel.

Su camisola aún apestaba, de modo que decidió no usarla. Se puso las enaguas y el corsé pegados a su piel, pese al picor que le provocaban. Se puso las suaves medias de algodón y el vestido de cotonía y volvió al espejo. Al menos, ahora, la que estaba allí sí era Portia St. Claire, soltera, procedente de Overstead Manor, Dorset.

Todavía en posesión, al menos, de su virtud.

Bryght quería quedarse con Portia y cerciorarse de que llegaba a casa, pero ella no daba más de sí, estaba al límite de sus fuerzas. No era sorprendente. Él mismo se sentía frágil en estos momentos. Aparte del incómodo estado de excitación sexual, se había visto sumido en una profundidad emocional que no creía posible.

¿Se había creído alguna vez enamorado de Nerissa? Nada de lo sentido por ella se parecía a esto. Nerissa era deseable por su belleza,

su supuesta virtud, y su eminente idoneidad como esposa. Elegirla se había basado en términos puramente lógicos.

Portia era simplemente necesaria, y sus sentimientos hacia ella presentaba la misma sutileza que los sentimientos de un hombre famélico hacia un asado de vacuno. Si no hubiera sido por los mirones, era posible que no hubiera tenido fuerzas suficientes para dejarla intacta.

Era mejor y más seguro dejar que Mirabelle se ocupara de que Portia llegara bien a casa. Si regresaba ahora a su partida de cartas, su desinterés por Hipólita se vería reforzado.

No obstante, mientras avanzaba a través de la ruidosa habitación, empezaron a rondar los problemas en su cabeza. Era necesario ocuparse de Cuthbertson, pero cualquier movimiento evidente contra él podría provocar preguntas.

Había que hacer algo respecto a Oliver Upcott.

Tendría que comunicarle a Bridgewater que su capacidad para apoyarle se vería mermada.

Al cuerno todos, aquello era un lío tremendo. Pero, ¿por qué le resultaba tan difícil dejar de sonreír como un perfecto idiota?

Ocupó su lugar en la mesa de juego como si tal cosa, consciente de las miradas intrigadas de sus amigos. No obstante, nadie dijo nada. Prestonly le lanzó algunas miradas exasperadas, y aunque Bryght le respondió con sonrisas, aquel hombre le inspiraba sentimientos similares de irritación. Tal vez pudiera sacar a Prestonly lo que quedaba para las cinco mil guineas de deuda de Portia.

Eso sería una satisfacción.

Pero tras finalizar unas manos, lo cierto era que Bryght había perdido un poco. Se tomó un descanso para pedir vino, y aprovechó la oportunidad para levantarse de la mesa y alejarse unos pasos.

¿Podría confiar en que Mirabelle se ocupara de Portia de forma adecuada? Sin duda ella era consciente de los peligros

de contrariar a un Malloren...

Andover se unió a él.

—¿De qué iba todo eso?

Bryght sorbió el oporto.

—Una apuesta.

—¿De veras? —insistió Andover con aire escéptico—. Si tú lo dices... No es propio de ti que te tomes en serio a alguien como Prestonly.

—Tengo mis motivos.

—No lo dudo. —Andover dio también un sorbo al vino y un brillo de malicia apareció en sus ojos. —Estoy pensando en un jugador inútil, una hermana y uno de los deudores de Cuthbertson...

Bryght le lanzó una mirada.

—No pienses más.

Andover pestañeó.

—Santo cielo, mi mente se ha quedado totalmente en blanco. Pero un pensamiento se entromete, ay. ¿Cómo vas a tomar precauciones la próxima vez?

Bryght dio unos golpecitos con un dedo en la copa.

—A mí también se me ha ocurrido eso. —Se encogió de hombros y regresó a la mesa—. Reanudemos la partida, señores.

Bryght se sacó de la mente todo pensamiento relacionado con Portia St. Claire, con la intención de chupar a Prestonly una fortuna. Pero lo que sucedió es que perdió cinco manos más. Se vio forzado a reconocer que no podía mantener la mente en el juego de ninguna de las maneras. Diablos, él y Andover habían perdido los cientos de guineas ganadas antes y ahora perdían otras trescientas.

Dejó las cartas.

—Me voy a casa, caballeros. ¿Quieres mi lugar, Barclay?

—La noche aún es joven, milord —dijo sir William lleno de sorpresa.

—Me debéis la posibilidad de recuperar mis pérdidas, milord

—dijo el señor Prestonly, tocando con el dedo sus ganancias.

Bryght se levantó.

—Estaré encantado de jugar con vos otra noche, señor Prestonly.

—Mientras Brygh t pasaba junto al asiento de Andover, su amigo murmuró.

—¿A casa o a Dresden Street? Bryght se detuvo.

—Tú, amigo mío, te estás convirtiendo en un rematado pelmazo. Barclay alcanzó a oír el comentario e intervino lleno de sorpresa.

—¿Con tal énfasis rematado? ¿Qué sucede? Bryght se rió.

—No tengo costumbre de matar a mis amigos.

—Entonces, ¿queréis la compañía de un amigo? — preguntó Andover.

—No, de verdad me voy a casa.

Bryght hablaba en serio. Aunque se sentía tentado a ir a ver si Portia se encontraba a salvo, ella no querría una intrusión de ese tipo en este momento. Podía esperar hasta mañana.

Sin embargo, de regreso en la mansión Malloren, la mente de Bryght seguía activa, no dejaba de dar vueltas a distintas disposiciones financieras. Prestonly le había entregado un cheque de su banco, o sea que aquello no daría problemas. Decidió enviar entonces la parte de Mirabelle y de Cuthbertson.

Fue consciente de que era ilógico e incluso peligroso, pero quería que este asunto concluyera lo antes posible.

Organizó una escolta adecuadamente nutrida para llevar el dinero y luego se adentró en el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa. El corredor llevaba, de hecho, al conjunto de oficinas desde el que se dirigían los negocios del marquesado. La mayoría de gente no era consciente de que este negocio era la principal ocupación de Bryght y también su deleite.

Cuando Bryght finalizó sus estudios y regresó de su viaje cultural por Europa, se lanzó alegremente a la vida social de Londres, en concreto al juego que se practicaba por toda la ciudad. Disfrutaba con

aquel desafío, especialmente el de los juegos que requerían habilidad, y lo cierto era que se le daba bien. Para un joven con ingresos modestos, las ganancias también resultaban provechosas.

Rothgar había sido sorprendentemente tolerante, tal vez porque Bryght ganaba generalmente. Bryght se divertía a veces intentando imaginar qué habría sucedido si hubiera acudido un día a Rothgar abrumado con una sustanciosa deuda de juego.

De hecho, no era un pensamiento especialmente divertido.

Pero, al cabo de unos meses, cuando la excitación empezó a aburrirle, Rothgar empezó a introducir a Bryght a otro tipo más interesante de especulación.

Inversiones.

Y Bryght había quedado prendado. Él planeaba y organizaba los asuntos financieros de los Malloren por sentido de la responsabilidad, pero lo habría hecho por pura excitación. Transportes marítimos, por carretera, artículos de Oriente y África, nuevas empresas en Inglaterra y en América... Era el mejor juego del mundo, las apuestas eran altas e Inglaterra se hallaba en el centro de todo. Gracias a la diestra gestión de Bryght, los Malloren se hallaban también en el centro de aquello, adquirieron enormes beneficios y un poder sustancioso.

Guiado por *Zeno y* protegiendo la vela de la corriente de aire, Bryght entró en la oficina externa, en la que cuatro pulcros escritorios esperaban a los administrativos que trabajaban aquí durante el día. La mayoría de gente se quedaría sorprendida de lo eficientes que eran los Malloren con sus negocios. Diez hombres trabajaban en estas oficinas cada día —administrativos, contables y un abogado— pero durante la noche el lugar estaba desierto.

Pero esta noche no era así. Por fin, Bryght cayó en la cuenta de la extraña actitud de *Zeno* precediéndole en vez de mantenerse junto a

sus talones como era habitual. Por supuesto que sí. El flemático perro llevaba horas anhelando acercarse a estas habitaciones.

Cuando Bryght entró en el santuario interior de esta parte de la casa, un candelabro iluminaba su escritorio y al hombre que allí trabajaba. Estaba en mangas de camisa, pero el encaje en su cuello y muñecas era de la mejor calidad. Llevaba el cabello oscuro atado pulcramente en un recogido de bolsa y tenía puesto un gran sello de rubí en la mano derecha.

El marqués de Rothgar alzó la vista y estudió a su hermano.

—¿Problemas?

Otro suave ladrido anunció la forma más pálida que se desenrolla-

ba en su lugar a los pies de Rothgar. *'Zeno* trotó hasta allí para entrelazarse cómodamente con su compañera, *Boudicca.*

Bryght no podía imaginarse cómo era posible que no se hubiera percatado del entusiasmo de *Zeno* por este encuentro. Se estaba volviendo ciertamente un atolondrado, y ahora tenía un problema.

Bryght hubiera dado mucho por que Rothgar no se implicara en esto, pero ahora era inevitable.

—Sólo una deuda que hay que pagar. —Se acercó hasta una caja de caudales y sacó una bolsa de dinero. Contó cuatrocientas veinte guineas y las metió en dos bolsas separadas. Por desgracia, era una cantidad sorprendentemente alta de dinero.

—Que los dioses nos protejan —dijo Rothgar en tono amable—. ¿Quiere decir esto que estás perdiendo?

—No, de hecho, he ganado. —Bryght dijo a *Zeno* que se quedara, se dio media vuelta y se fue a entregar las bolsas a los criados junto con las indicaciones de lo que tenían que hacer.

Entonces hizo una pausa, tentado de regresar al piso de arriba. No estaba en condiciones de enfrentarse a su hermano, pero retardar una charla con Rothgar aumentaría la curiosidad del marqués.

Aunque Bryght era el segundo hermano, seis años separaban a ambos. No era una gran diferencia de edad ahora que eran mayores, pero abarcaba algo más que esos años.

Los años jóvenes de Bryght habían sido idílicos, pero los de Rothgar se habían visto malogrados por la locura de su madre y el asesinato de la segunda hija a manos de ésta. Años después, la muerte de los padres de Bryght había traído dolor a una infancia por otro lado despreocupada, pero había sido incluso peor para Rothgar. Con diecinueve años, se había hecho responsable no sólo del marquesado sino de cinco hermanos pequeños.

Rothgar tenía sus propios motivos para ser tan protector con su familia, y Bryght los suyos para resistirse a ello. Puesto que tenían edades próximas, el paternalismo nunca había sido tan fuerte entre ellos, pero estaba ahí. Bryght sabía que Rothgar no permitía que nada relacionado con su familia se le pasara por alto.

A veces era un condenado fastidio.

No obstante, no había opción. Se encaminó de regresó a las oficinas.

Capítulo 11

*P*ortia regresó en un carruaje a su alojamiento, con dos de los corpulentos sirvientes de Mirabelle, cuyo educado trato resultaba desconcertante. Incluso entraron con ella por si acaso Mick seguía allí.

Sólo estaba Oliver, atado y amordazado.

Los hombres se ofrecieron a desatarle, pero Portia les mandó marchar, pues quería librarse de todo lo que tuviera que ver con los sucesos de esta noche. Luego fue corriendo a buscar un cuchillo y liberó a su hermano. En cuanto su boca se libró de la mordaza, dijo atragantándose:

—¡Portia, Dios mío! ¡Cuánto lo siento!

—Está bien. —Cortó la cuerda que rodeaba sus muñecas—. Está bien. No sucedió nada terrible.

Oliver se frotó las marcas de la cuerda.

—¿Pero, Cuthbertson?

Su hermana le estaba liberando los pies.

—Ya ha recibido su pago. —Impulsivamente, decidió no contárselo todo—. Bryght Malloren me salvó. Él me compró.

Oliver la cogió por los hombros.

—¿Y no sucedió nada?

Ella sonrió entre lágrimas.

—No sucedió nada.

El la estrecho en un abrazo.

—¡Oh, gracias! He estado desesperado. Estaba imaginando…

¡Portia, te lo juro, lo juro, nunca volveré a jugar!

—Creo que ya he oído eso antes.

El semblante de él era serio y sereno.

—Esta vez lo digo en serio. He entrado en razón. Ya no me gusta tanto jugar. No dejaba de pensar que podía encontrar una solución fácil a mi problema, la manera de recuperarlo todo y que todo volviera a ser como antes. Pero no es posible. Vaya embrollo he montado, y todos tendremos que vivir con ello, pero no lo empeoraré.

Portia le dio un beso, ya que al menos parecía decidido.

—Tal vez, entonces, esta noche haya servido para algo. Y, Oliver,

Fort está aquí. Él... —se puso roja— estaba ahí. En Mirabelle.

—¿Lo sabe?—Su voz vaciló un poco.

Portia hizo una mueca.

—Creo que sí. También él intentó comprarme, presumiblemente con la misma intención que Bryght.

Oliver hundió la cabeza en sus manos.

—Me arrancará la piel... —Pero luego se puso en pie y estiró sus miembros rígidos.

—Oh, bien, habrá que hacer de tripas corazón. Me lo merezco. Creo que será mejor si voy ahora.

^ —¿Ir a ver a Fort? Es medianoche.

—Es una hora temprana aquí en la ciudad, cielo, y mejor me ocupo de esto cuanto antes. Dudo que pueda dormir después de todo esto. Si aún no ha vuelto a casa, esperaré hasta que llegue. Quiero que esto se solucione para que puedas volver a salvo a Overstead.

Portia compartía ese deseo.

—Estoy segura de que Fort te concederá el préstamo, y entonces podremos marcharnos mañana mismo.

De repente recordó la mil doscientas guineas. No veía la forma de contárselo a Oliver sin revelarle más de lo deseable sobre lo de esta noche. Sin duda Fort concedería todo el préstamo a Oliver, ya le explicaría más tarde lo del dinero de alguna manera y le pagaría parte de la deuda.

—Mejor me visto —Oliver volvió a abrazarla—. Eres la mejor y la más valiente de las hermanas y no te fallaré en el futuro.

Entró lleno de determinación en el dormitorio y Portia se sentó agotada, pero con cierto grado de satisfacción. Las cosas no habían salido tan mal como podían haber ido, y aquel asunto parecía haber devuelto a Oliver a sus cabales. Esperaba que Fort le diera también una reprimenda, para completar la lección.

Y con un poco de suerte, mañana podrían hallarse en un carruaje de camino a Dorset. No haría falta volver a ver otra vez

a Bryght Malloren.

Apoyó la cabeza en su mano y contuvo las lágrimas. Eran sólo lágrimas de agotamiento. No quería verle otra vez. Pese a que esta noche él había actuado en provecho de ella, era un vividor y un jugador, y la única proposición que le había hecho era insultante.

Deseó buena suerte a Oliver con una sonrisa alegre y segura, le recordó en tono bromista que cerrara bien la puerta de la calle y luego echó el pestillo una vez salió él. Durante un rato deambuló por la habitación con cierta inquietud, su mente no dejaba de dar vueltas a demasiados pensamientos angustiosos, luego se desplomó sobre una silla para esperar a que regresara su hermano.

Estaba exhausta, pero era totalmente incapaz de dormir. Intentó disciplinar su mente, pero sólo podía pensar en una única cosa: las caricias de un hombre, la belleza de un hombre bajo la luz trémula de las velas y un deseo avivado que nunca acabaría de arder del todo.

Bryght regresó a las oficinas y se encontró con que Rothgar había servido dos copas de oporto.

—¿Voy a recibir una explicación de la misteriosa adquisición?

—preguntó Rothgar.

Bryght se apoyó en el extremo del escritorio fingiendo despreocupación y sorbió el vino.

—No veo necesidad. No es un asunto que afecte a la familia.

—Aún no, al menos. Su supuesta boda con Portia afectaría a la familia, pero no de un modo desagradable... A menos que los asuntos de esta noche acabaran por salir a la luz.

—¿Más de cuatrocientas guineas?

—De mi propio dinero. Bey. —Y eso no era estrictamente cierto. Bryght había dejado a Bridgewater el efectivo que tenía disponible antes de que el duque partiera hacia el norte. Pero

pronto le mandaría más.

Se le ocurrió pensar que en estos momentos estaba muy endeudado. Acababa de pagar cuatrocientas veinte, a cuenta de la apuesta con Prestonly, pero había prometido a Portia las mil doscientas por completo. No le dolía pagarlo, pero, por extraño que fuera, había sido muy despreocupado por su parte no pensar siquiera en ello. Con sus pérdidas de esta noche en la mesa de juego, acumulaba un déficit de más de setecientas guineas.

No era una cantidad alarmante, pero más de lo que recordaba haber adeudado nunca.

Cáspita, si ganaba a Portia St. Claire y resultaba cierto lo de afortunado en amores desafortunado en el juego, estaba metido en un berenjenal. Disimuló una sonrisa. A menos que quisiera que su hermano lo adivinara todo, era mejor permanecer atento.

—Soy tan vulnerable a la curiosidad como cualquier otro hombre, Bryght —dijo Rothgar—. ¿Vas a atormentarme de este modo?

Bryght no pudo evitar sonreír.

—Sí.

Rothgar sonrió a su vez mientras se encogía de hombros.

—Que sea como quieras.

—Y no utilices tu activa red para descubrir en qué he andado metido.

—Que sea como quieras —repitió Rothgar, pero Bryght maldijo en silencio. Sabía que su hermano mantendría la palabra y no husmearía, pero también sabía que había cometido otro error. Había revelado a Rothgar que tenía algo que ocultar.

Maldición.

Se había creído que la experiencia con Nerissa le había helado el corazón y la mente, pero Portia St. Claire parecía estar derritiéndolo hasta convertirlo en aguanieve, con toda la inteligencia que uno podía esperar de este elemento...

Rothgar habló como si no pasara nada.

—He venido a la ciudad para el debate sobre la guerra con España y su financiación. Tengo intención de quedarme aquí unas semanas. Detecto cierto problema en los asuntos de Bridgewater. —Indicó el libro de contabilidad que estaba consultando cuando Bryght entró—. Su volumen de deudas parece abultado, y no hay certidumbre de que su proyecto sea aprobado finalmente. Oí hablar de la cuestión a Brooke, y virtualmente sufre un ataque con sólo mencionar los canales. Si el canal tiene que detenerse en Manchester, Bridgewater caerá en bancarrota. ¿Aún tienes fe en el proyecto?

Bryght se obligó a poner los cinco sentidos.

—Sí, por supuesto. Es el sistema del futuro.

—Cambiará Inglaterra para siempre.

—Cáspita, Bey. Nunca te he considerado de esa calaña. El hombre debe progresar. La gente como Brooke nos tendría a todos viviendo aún en castillos rodeados de fosos.

—Hay momentos —comentó el marqués de Rothgar reflexivamente— en los que sería muy agradable vivir en un castillo con foso. Por ejemplo, cuando los acreedores del duque vengan aullando a nuestra puerta.

—La inversión de la familia en el canal es moderada.

—Tu inversión personal no lo es. Te has hecho accionista. Tienes que responder de cualquier deuda contraída por el proyecto.

Bryght se puso tenso. ¿Cómo demonios había descubierto Rothgareso?

—Eso es asunto mío.

—En esta familia, nada es por completo asunto personal. —Rothgar se apoyó hacia atrás—. Me pregunto qué te lleva a asumir tal riesgo.

—¿Beneficios? —preguntó Bryght en tono suave.

—¿Intentas sacar más provecho para ti que para la familia?

Bryght sintió una absurda acometida de culpabilidad pues, tal vez,

en lo más profundo de él existía un deseo de superar a Rothgar. No sabía.

—Soy más cauto con los fondos de los demás. Sería una locura que tú te convirtieras en accionista, aunque sí podrías aumentar tus préstamos a Bridgewater. El lo acogería con beneplácito.

—Estoy seguro de que sí. —Rothgar contempló a Bryght durante un momento, pero luego cambió abruptamente de tema.

—¿Cómo progresan las fábricas de algodón en Manchester? ¿Obtienen provisiones suficientes de la India y de las Américas?

De modo que Bryght se encontró en medio de una inquisición rematadamente inoportuna acerca de los asuntos financieros de la Mansión Malloren, de la nación e incluso del mundo. No había nada problemático en su conocimiento de esos asuntos, pero no estaba de ánimo para concentrarse.

¿Había sido prudente confiar en Mirabelle para que Portia llegara a salvo a su casa? ¿Hubiera preferido Portia que no la vieran saliendo de un lugar de tan mala reputación? ¿Qué había hecho su hermano, qué le había dicho Upcott cuando ella volvió a casa? ¿Qué le había dich oella...?

—Bryght, ¿te preocupa la propiedad de Northumberland?

Bryght se percató de que había permitido que sus pensamientos le distrajeran por completo, incapaz de contestar a una pregunta.

—No, por supuesto que no. El nuevo sistema de avenamiento es asunto de Brand, no mío, pero los informes de producción del año pasado estuvieron a la altura de las expectativas. Hay buenas posibilidades de encontrar carbón ahí, también. Es una inversión sólida.

Rothgar pasó a algunos negocios en el extranjero y Bryght se obligó a prestar atención. Podía alegar cansancio, pero, puesto que siem-

*pre había sido un ave nocturna, por fuerza Rothgar lo encontraría pe*culiar en él.

El propio Rothgar parecía tener una capacidad inhumana para quedarse sin dormir cuando era necesario.

Los relojes dieron las tres cuando el marqués cerró el último libro de contabilidad.

—¿Y tus asuntos personales?

—¿Qué? —preguntó Bryght, sintiendo que le exprimían. Sólo se le ocurrió pensar que su hermano se refería a Portia.

—No hace mucho tenías planes de comprar Candieford Park.

—Oh, se acabó.

—Por lo que recuerdo, estabas bastante interesado.

—Deja el escalpelo, Bey. Sabes demasiado bien que esa finca estaba pensada para Nerissa.

El marqués le estudió con mirada oscura, los párpados caídos.

—¿Y ya no estás interesado?

—Ciertamente no para Nerissa. —Bryght, no obstante, se quedó sorprendido por la clara visión de Portia en Candieford que cobró vida de repente.

Siempre había visto Candieford como un rincón para Nerissa. Era una finca antigua, frondosa, con árboles ancianos desperdigados y una sólida casa de ladrillos desgastados. Había visualizado a Nerissa allí, salpicada de la luz moteada del sol bajo un árbol, simplemente con su hermosura apacible, rodeada con el tiempo por niños hermosos y apacibles.

Ahora, al pensar en la finca, veía a Portia corriendo por los prados, con su cabello encendido y suelto, persiguiendo a un niño travieso, riéndose y con el mismo pelo luminoso...

—He oído hablar de una tal señora Findiayson —dijo Rothgar.

Bryght estaba de veras sorprendido. Jenny Findiayson estaba muy lejos de sus pensamientos.

—No deberías hacer caso a los chismorrees. Bey.

—Pero resultan tan informativos. Habrá alguna otra dama algún día, y querrás un hogar para ella.

Pese a no mencionarlo, entre ellos se daba por hecho que, a causa de la locura de la madre de Bey, el marqués había delegado en Bryght el deber de continuar la línea sucesoria.

—Como sin duda has descubierto —dijo Bryght con frialdad— en este momento mis fondos están vinculados a los asuntos de Bridgewater. Dudo que Candieford permanezca mucho tiempo en el mercado.

—*Podríamos comprarlo para la familia y tú la ocuparías cuando fuera conveniente. Es un buen lugar, y bien situado.* —Tal vez. —Pero Bryght no quería que su hogar estuviera en manos de Rothgar. Recibía una buena parte de los beneficios de la familia como remuneración por su trabajo, pero no quería caridad. Comprendió que hubiera sido preferible que esta maldita inquisición esperara hasta mañana. Estaba ideada únicamente para desgastarle, con objeto de que revelara más de lo previsto, y podría haber funcionado.

Se puso en pie.

—No metas tus zarpas en mis asuntos personales. Bey. —Con ese breve comentario, salió de la habitación.

Tan sólo un momento después, se percató de que había cerrado la puerta a *Zeno.* No hubo quejas. Ah, bien, el deber moral sólo podía llevar tan lejos a un macho.

Beowulf Malloren, marqués de Rothgar, se reclinó pensativo en el sillón, y dos perros se sentaron apoyando la cabeza en sus rodillas. Jugueteó abstraídamente con sus orejas mientras consideraba algunas cosas.

—Entonces no se trata de Nerissa —les dijo—. Claro que no lo esperaba tras los recientes sucesos. Y tampoco la Findiayson, gracias a Dios. Pero alguna otra mujer. ¿Alguna sugerencia, *Zeno'?*

Zeno tenía los ojos cerrados de satisfacción.

—Qué discreción tan admirable. Un problema, sea quien sea ella, ya que Bryght me oculta el tema.

Los hermanos del marqués tenían una tendencia lamentable a pensar que él interferiría entre ellos y sus relaciones. Bien, tal vez lo hiciera si pensara que no les convenían. Al menos parte de su propósito de venir a la capital era informarse del asunto de la rica viuda que estaba lanzando señuelos a Bryght.

El año pasado, la relación de Bryght con Nerissa St. Claire había sido un problema, especialmente ya que la joven hacía insinuaciones claras a Rothgar a espaldas de Bryght. Era sorprendente cómo un hombre inteligente podía ser un necio en lo referente a una mujer.

Rothgar siempre había tratado a Bryght con sumo cuidado, pues comprendía muchas de las fuerzas que le movían. Su relación era amistosa pero había una sombra. Estaba ensombrecida principalmente por la madre de Bryght, algo que a ella la habría afligido.

Gabrielle, marquesa de Rothgar, había sido una mujer encantadora, generosa, afectuosa, que había traído la alegría y la risa a una casa desolada por el asesinato y la locura. Todo el mundo la adoraba, incluidos los niños, pero tal vez Bryght, su hijo mayor, había estado más cerca de su corazón.

Rothgar apreciaba las cualidades de su madrastra, aunque sabía que nunca la había tratado con el afecto que ella quería. Tal vez, incluso siendo demasiado joven para entender, él respondía a los sentimientos ambivalentes de ella.

Era un niño y Gabrielle se daba a todos los niños, especialmente a los tristes. Pero él también era el hijo reservado y taciturno de la loca que había asesinado a un recién nacido y había ocasionado tanto dolor a su marido, y él llevaba la sangre de esa mujer.

Gabrielle había tratado a su hijastro con el mismo amor y atención que a sus propios hijos, pero nunca ocultó el hecho de que pensaba que su sangre no debería transmitirse. Desde un principio había criado a Bryght para que diera la próxima generación de Malloren.

Era algo perfectamente razonable, pero el asunto había ido más lejos.

Gabrielle había deseado la muerte de su hijastro,

Sólo sucedió en una ocasión, por lo que podía saberse. A Rothgar, entonces lord Grafton, le habían traído a la Abadía mortalmente enfermo a causa de una fiebre que había cogido durante una imprudente aventura por los ambientes más sórdidos de Londres. Gabrielle, su padre y Bryght permanecieron junto a su lecho, y el propio Rothgar supo que se estaba muriendo.

Gabrielle dijo: «Tal vez sea lo mejor».

Su padre dijo: «No», pero sin gran convicción.

Bryght exclamo: «¡No! No quiero que Bey muera. No deseéis que muera». Se había lanzado sobre la cama como si quisiera proteger a su hermano mayor de todo daño.

Tal vez sólo fue una cuestión de deber, pero Rothgar pensaba que fue la culpabilidad por desear su muerte lo que llevó a su madrastra a arrebatárselo a la muerte solamente con su voluntad. Le cuidó, pero sobre todo le reprendió, negándose a permitirle que falleciera. En ocasiones él había deseado suplicarle que le permitiera morir, pero estaba demasiado débil incluso para eso.

Cuando Rothgar tuvo fuerzas suficientes para hablar, ella había enfermado, víctima también de la fiebre. Nadie fue capaz de arrebatársela a la muerte, aunque el marqués lo intentó. Entonces, él también, sucumbió. Rothgar se levantó del lecho de enfermedad como responsable de la muerte de sus padres, y responsable de mantener la familia unida.

Nunca había permitido que nadie supiera que había sido consciente de aquella conversación crucial.

No obstante, sospechaba que Bryght llevaba consigo un poco de la culpabilidad de su madre, ya que, aunque no había deseado la muerte de su hermano en aquel momento, debió de desear posteriormente que Rothgar hubiera muerto en lugar de sus padres. Ciertamente, el explícito deseo de Gabrielle de que Bryght se casara y diera un futuro marqués tenía ahora la fuerza de un deber sagrado.

Rothgar lo aprobaba, pues sabía que Bryght estaba preparado para el matrimonio. Le gustaban las mujeres y los niños, y generalmente era paciente y estaba dispuesto a transigir. Sin embargo, siempre había existido un peligro: que en un deseo de cumplir los sueños de su madre al pie de la letra, Bryght escogiera con la cabeza en vez de con el corazón.

Al menos la Fidniayson, por suerte, parecía definitivamente descartada, y Nerissa ahora estaba casada, y también había quedado desenmascarada.

Pero la nueva y misteriosa candidata a la mano de Bryght era poderosa.

Mientras revisaban los libros de contabilidad e inversiones, Rothgar había cometido deliberadamente varios errores, y Bryght, el perspicaz Bryght para quien las cifras y los datos era una parte vital, ni siquiera lo había advertido.

Rothgar apagó las velas con gesto pensativo y salió de las oficinas. Pese a la advertencia de Bryght, tendría que investigar todo aquello.

Al llegar al vestíbulo, *'Zeno* soltó un suave ladrido, mucho más agudo de lo normal, sobre todo a estas horas de la noche en las que sabía que no le estaba permitido hacer ningún ruido excepto para dar la alarma.

Rothgar miró a su alrededor, pero no había nada extraño.

El perro se fue corriendo hasta la puerta y esperó ahí.

Rothgar le siguió.

—¿Se ha ido, verdad? —Abrió la puerta y miró la lluvia helado-
ra—. ¿Estás seguro? ,

'¿*eno* profirió lo que sospechosamente parecía un suspiro y se des-
lizó al exterior, a la gélida oscuridad.

Rothgar cerró la pesada puerta con aire reflexivo. Habría dado
mucho por que *Zeno* pudiera presentarle un informe escrito al día si-
guiente.

Bryght iba camino de Dresden Street.

Su intención había sido irse a la cama. De hecho, estaba agotado,
algo inusual en él, pero incluso mientras subía las escaleras, los pensa-
mientos sobre Portia resonaban en su mente. Supo que no podría dor-
mir hasta que se hubiera cerciorado de su seguridad. Había ido a su
habitación para buscar un grueso manto y ponerse las botas, y luego
regresó al piso inferior para salir de la casa.

Las calles estaban sumidas en un silencio prácticamente completo
a estas horas de la noche, ya que caía una lluvia helada que mantenía
incluso a los merodeadores más canallas encerrados en sus tugurios.
Un pestilente carro de recogida nocturna de excrementos traqueteaba
transportando heces que tenía que arrojar al río. En una ocasión
Bryght pasó junto a un vigilante que patrullaba con su campana y fa-
rolillo. El hombre le escudriñó con desconfianza, preguntándose cla-
ramente por qué alguien mínimamente honrado iba a estar en la calle
a aquellas horas con un tiempo tan desapacible.

Bryght no le hizo caso, pero era perfectamente consciente de que
estaba actuando como un necio perdidamente enamorado. Si Rothgar
lo descubría se moriría de risa, o le encerraría en un manicomio. Ni si-

quiera cuando Nerissa le tenía subyugado se había comportado así.

Oyó un levísimo chasquido de pezuñas que le puso sobre aviso justo antes de que *Zeno* apareciera, oscuro, húmedo y silencioso a su lado.

—Maldición —dijo Bryght—. Supongo que has anunciado a todo el mundo que he vuelto a salir.

Zeno se limitó a resoplar, con la cabeza agachada bajo la lluvia.

—Si no te gusta el tiempo, podías haberte quedado en casa con tu encantadora compañera. Pero supongo que todavía no está en celo. Debe de tener sus ventajas disponer de momentos en los que no te veas arrastrado hacia ella.

El perro no le hizo caso.

—Sólo saborear la fruta puede ser fatal, de todos modos —musitó Bryght—. Tras haber experimentado la pasión de Portia, me he vuelto adicto con la locura, la demencia de un opiómano. ¿Crees que acabará matándome?

Bryght se rió y abandonó la improductiva conversación, abandonó también la especulación infructuosa sobre el estado de su corazón. Le tenía hechizado algo que no se podía explicar ni controlar, pero se rendía feliz a ello.

Llegó a la casa y vio la luz de una vela en el piso superior. Había esperado más bien encontrar el lugar tranquilo y oscuro, ya que entonces no tendría ninguna excusa para forzar la entrada.

¿Por qué habría luz tantas horas después de que Portia debiera haberse ido a dormir? Probó la puerta.

Esperaba encontrarla cerrada, pero se abrió, lo cual aumentó su preocupación. Entró en el pasillo oscuro y estrecho, con todos sus sentidos alertas a cualquier problema. Al no encontrar ninguno, indicó a *Zeno* con una orden silenciosa que se quedara junto a la puerta, y se adentró en la helada casa. Esto le recordó un poco

su visita a Maidenhead. No había percibido ningún problema aquella vez, y luego había descubierto muchas cosas: la carta de Nerissa, y una peligrosa amazona.

Si no hubiera encontrado a Portia en aquella ocasión, su vida seguiría siendo tranquila. Pero si no hubiera conocido a Portia allí, esta noche habría sido violada por Steenholt o por D'Ebercall delante de veinte mirones a quienes se les haría la boca agua.

Ascendió las escaleras todo lo silenciosamente que sus botas permitieron. No alcanzaba a oír ni un solo indicio de conversación en el piso superior, lo cual era extraño ya que esta casa no tenía una construcción muy sólida. Podía oír el escarbar de los ratones y el tictac de un reloj en una habitación del piso inferior.

Llegó hasta la puerta que debía llevarle a la habitación en que estaba la luz encendida y vaciló. Era más que probable que al abrir esta puerta su vida cambiara para siempre.

Se encogió de hombros y probó el pomo. La puerta tenía el pestillo echado por dentro. Era lo normal, pero sus nervios le decían que no todo estaba bien. Sacó un cortaplumas y lo insertó a través de la rendija donde la puerta se unía con la jamba. El pestillo se levantó hacia arriba con facilidad. Qué demontre, ¿cómo era posible que no dispusiera de más seguridad?

Empujó la puerta con sumo cuidado por si acaso crujía, pero se abrió silenciosamente y una vela parpadeante reveló a Portia desplomada en un sillón. Durante un instante de estremecimiento pensó que estaba muerta. Luego comprendió que se había quedado dormida ahí con la ropa puesta.

¿Dónde estaba su maldito hermano?

Cerró la puerta con celo y se acercó hasta ella.

Pequeña, ligera, con el rostro relajado por el agotamiento, parecía la niña que

Mirabelle había afirmado que era, pero su cuerpo no co-
rrespondía al de una niña. Su vestido de falda larga y el rígido fajín di-
simulaban su figura, pero él era consciente de un modo ardoroso de lo
que había conocido antes.

La recorrió con la vista, y se encontró a sí mismo estudiando una
mano delgada, relajada sobre su regazo.

Delicada pero fuerte, se ajus taba a la visión que persistía en su mente, con ella retorciéndose deba jo de él, menuda pero feroz.

Rechazó el recuerdo con una sacudida de cabeza. ¿Era un joven tan novato como para faltar a una mujer con tales pensamientos?

Pero, ¿por qué estaba sola? Dudaba que Cuthbertson hubiera hecho daño a su hermano, o que ella se hubiera quedado tranquilamente aquí si hubiera pasado algo así.

El muy cobarde debía de haber huido corriendo, dejándola abandonada.

Bryght arregló la vela humeante y luego se sentó en una silla próxima para pensar. Le gustaría aplicar su habitual lógica fría a la situación, pero aquello parecía superarle. Lo que de verdad quería era coger a Portia en sus brazos y llevarla a través de las calles mojadas por la lluvia hasta la seguridad de la mansión Malloren. Era un plan alocado, pero sugerente de todos modos.

Sacudió la cabeza. Presumiblemente, su cerebro aún existía dentro de la masa de sensación y emoción que le regía. Era su cerebro lo que necesitaba si tenía que ayudar a Portia.

No podía vivir aquí sola hasta que su hermano regresara. No era correcto ni seguro, y no había garantía de que Upcott regresara. Especialmente si Bryght le encontraba primero. Ahora ella contaba con dinero, pero necesitaba de todos modos protección. En caso de que se diera el menor indicio de sospecha sobre lo acaecido la noche pasada, ella necesitaba un aura sólida de respetabilidad...

Con alivio, Bryght sintió que su cerebro empezaba a funcionar repentinamente, como un buen cronómetro, haciendo muchos cálculos al mismo tiempo: la familia de Portia, la finca de su hermano, Fort, Nerissa, Mirabelle, Cuthbertson... Empezaba a ver la manera. Lo primero, no obstante, era llevar a esta agotada amazona a la cama.

Sin hacer ruido, exploró los alojamientos y encontró su dormitorio. Retiró las sábanas y deseó contar con una placa para calentarlas,

ya que la cama y el aire estaban helados. De todos modos, estaría más caliente bajo las mantas.

Luego regresó al salón y la cogió en sus brazos, sonriendo al comprobar lo poco que pesaba. Medio esperó que se despertara, ya que aquello podía resultar interesante, pero aunque se agitó, continuó durmiendo. De hecho, volvió levemente la cabeza contra el chaqué de él y apoyó la cabeza en su pecho con un ademán de confianza.

Bryght se detuvo para saborear aquel momento. Deseó que hubiera más distancia hasta la cama, un momento más largo antes de dejarla allí. Con sonrisa irónica por su propia insensatez, continuó andando, pero se detuvo al lado del lecho. Su ágil cerebro dio con una cuantas razones plausibles por las que debería echarse junto a ella: para calentarla, para protegerla...

Sacudió la cabeza. Quería, con alarmante intensidad, hacer el amor con ella —por completo, enteramente— y no era ese deseo que en ocasiones podía apoderarse de un hombre, sino algo más profundo. Quería explorarla incluso más de lo que ya había hecho, y en circunstancias mucho mejores. Quería entrar en ella. Quería ser el primero, el único. Quería marcarla como suya para siempre.

Esto era una locura. No había provecho práctico o material en casarse con esta mujer.

Sonrió.

Que así fuera.

La depositó con cuidado en el centro de la sábana y le sacó los zapatos. Los colocó cuidadosamente al lado de la cama, luego subió las colchas y la arropó bien con ellas. Incapaz de resistirse, se inclinó hacia abajo y le besó la frente. Ella se agitó y él se quedó parado, medio esperando, medio temiendo que se despertara.

Sin embargo, tras un momento, ella se dio la vuelta y se acurrucó entre las mantas.

Tenía el pelo peinado en un moño muy recogido, y él sintió ganas de soltarlo para que se derramara largo en torno a ella, pero ya había hecho bastante el tonto por una noche.

Pero la visión volvió a cobrar vida, la visión de Portia corriendo por los prados de Candieford, su pelo pelirrojo volando, riéndose mientras perseguía a un niño que reía alocadamente. Nunca la había visto reír. Nunca la había visto correr al sol. Pero la visión era auténtica. Las necesidades de Bridgewater tendrían que ocupar un segundo lugar detrás de Portia. De hecho, Bryght tal vez ya no fuera capaz de ayudar mucho al duque en el futuro. La aversión de Portia al juego era tan profunda que no dejaría de importarle hasta la saciedad.

Podía entenderlo después de la ruina que habían traído a su vida esas cuestiones.

No obstante, si Bridgewater fracasaba, Bryght, como accionista, fracasaría también. Aunque no sucediera, había metido tanto dinero en el canal que sus ingresos actuales se limitaban a la modesta asignación de la propiedad más pequeñas cantidades procedentes de otras inversiones. Sería suficiente, pero no cubriría la adquisición de una finca como Candieford.

No obstante, aquella visión tenía el poder de la verdad.

Se encogió de hombros, regresó al salón y apagó la vela. Luego se marchó, después de cerrar la puerta con suavidad tras él. No había manera de volver a echar el pestillo a la puerta de Portia, ni de cerrar la puerta que daba a la calle. Sólo le quedaba rezar para que su amada permaneciera a salvo durante el resto de la noche.

A su regreso a la mansión Malloren, Bryght no encontró rastro de su hermano y se alegró de ello. Pasó por alto su cansancio y se puso a trazar meticulosos planes para lograr el bienestar de su amazona. Mirabelle no hablaría, ni tampoco lo haría Cuthbertson una vez Bryght se ocupara de él.

Aquello dejaba dos problemas que iban entrelazados: el vil hermano de Portia y su hogar. Descubriría quién había ganado la propiedad. Si tenían suerte se trataría de un caballero dispuesto a extender el periodo de gracia; pero lo más probable era que fuera otro tipo de la calaña de Cuthbertson. En ambos casos, Bryght tendría que recurrir una vez más a incautos acaudalados para poder juntar

La mayoría de ellos tendrían que operar en Londres, pero dos de ellos fueron a Dorset para actuar en el asunto de sir Oliver Upcott.

A continuación envió una nota a su cuñado, el conde de Walgrave:

En referencia a asuntos tratados recientemente entre ambos, parece ser que la propiedad no esta por completo segura. Me haríais un gran favor si pudierais encontrar otro alojamiento hasta que la adquisición se pueda disponer de forma completa.

Bryght sabía que recurrir a Fort implicaba ciertos riesgos, ya que Walgrave preferiría perjudicar a un Malloren que ayudarle, pero si Portia se encontrara bajo los auspicios del conde de Walgrave, los chismosos se lo pensarían dos veces antes de especular. Bryght sospechaba que Fort seguiría el juego, para continuar con su plan de obligar a Bryght a casarse con una mujer sin la posición o fortuna recomendables. A Bryght le encantaría y divertiría ver cómo se esforzaba Fort por procurar la unión, pensando que con ello ataba una carga al cuello de un Malloren.

A Bryght se le ocurrió otra fuente de protección para Portia: los Trelyn. No era algo que viera con buenos ojos. Había presentado a Portia a Nerissa en el parque en un intento de sacársela de su vida. Ahora que estaba comprometido con ella, no tenía deseos de que su amada se viera enredada con gente que no le deseaba nada bueno a él.

«He aquí que sois bella, amada mía, y además agradable. Como el lirio entre espinas, así está mi amor entre las hijas...»

Con una risa, Bryght hundió la cabeza en sus manos. Ciertamente era un caso imposible, ¡verse arrastrado a citar la Biblia era lo último!

Capitulo 12

Portia se despertó en la cama, totalmente vestida, sin una noción clara de cómo había llegado hasta ahí. Consiguió salir de debajo de las mantas sintiéndose arrugada, sin descansar bien, consciente de extraños sueños que se agitaban en un extremo de su mente.

Después de una experiencia así, habría esperado pesadillas. Sin embargo, lo único que podía recordar eran sueños de pasión ardorosa, y otro sueño extraño de un hombre que la llevaba amablemente y apretaba sus labios contra su frente.

Prefería pensar que había soñado con Fort. Sonrió. Era un sueño dulce, pero no pasaba de ser un sueño. No era esposa para el conde de Walgrave, especialmente después de su aventura en el burdel. Maldito Bryght Malloren por decirle a Fort quién era. ¿Por qué había hecho algo así?

Con un suspiro, Portia salió a buscar a Oliver, confiando en que él tuviera buenas noticias. No había ni rastro de su hermano, pero entonces advirtió una carta colocada sobre la mesa.

Queridísima Portia,

Estas profundamente dormida y no quiero despertarte. Las cosas por fin van a arreglarse. Fort me dio el rapapolvos que me merecía, pero ha accedido a concederme el préstamo hipotecario. Ha insistido, no obstante, en que acepte un cargo en el ejército. Portia miró la carta llena de incredulidad. ¡Después de lo que les había costado a ella y a su madre disuadirle...! ¿Cómo podía Fort hacer algo así?

Y eso no es por completo cierto —continuaba Oliver—. *Hacía tiempo que Fort sabía, que me gusta esa vida, y ahora dice que será lo mejor. Que el hastío me llevará otra vez a meterme en problemas. Creo que podría tener razón. No me necesitáis en Overstead, pues tú te ocupas del lugar mejor que yo. Tal vez haga una fortuna gracias a la guerra y regrese a casa con botines y cubierto de gloria.*

De cualquier modo, parto para Overstead para tranquilizar a mamá y a Pru, y para hablar con el coronel del 5° Regimiento. Para cuando esté de regreso, Fort dice que el préstamo estará preparado. Parece que quiere que te quedes aquí para discutir con él este asunto. No me he opuesto puesto que quiero darme prisa y tú conoces mejor que yo los asuntos relacionados con la finca. Ha prometido ocuparse de tu bienestar.

Tu hermano arrepentido que te quiere,
Oliver.

¡Quedarse aquí! Portia miró fijamente la carta garabateada llena de incredulidad. ¿Cómo demonios podía pensar Oliver que iba a quedarse aquí?

Entonces se percató de que la noche anterior le había contado muy poco sobre los sucesos de Mirabelle. Ciertamente no le había insinuado nada del efecto que tenía Bryght Malloren sobre ella, ni nada acerca de una peligrosa apuesta. Oliver pensaba que Bryght simplemente la había comprado en la subasta y la había enviado de vuelta a casa, y estaba claro que Fort no le había dado más pistas.

De hecho, Portia reconocía la mano de Fort en todo esto. Fort podía convencer a Oliver casi de cualquier cosa, y puesto que sabía que Portia no aprobaría que Oliver aceptara un puesto en el ejército, se había asegurado limpiamente de que ella no pudiera interferir.

Que se fuera al infierno aquel miserable. Recorrió la habitación llena de furia. ¡No tenía derecho a mandar a Oliver a peligros así!

Sin embargo, se detuvo de súbito, recordando todos los desastres y peligros recientes. ¿Qué otra solución había para aquello? Oliver estaba hastiado, y mostraba poco interés por la tierra. Desde su infancia, había estado loco por unirse al ejército.

Suspiró. Tal vez fuera lo mejor, aunque a su madre le daría un ata-
.ie.

Entonces empezó a comprender que, por fin, Overstead estaba a
ilvo.

«¡Overstead estaba a salvo!»

Una sonrisa se dibujó en su rostro y se le escaparon las lágrimas. ágrimas de júbilo. ¡Gracias a Dios, gracias a Dios, lo peor ya había asado y Overstead estaba a salvo! Unos días más y podría regresar a isa. Continuaría con las mejoras en la granja y pagaría la deuda. Sin uda a Oliver le encantaría el ejército y se cubriría de gloria.

¡Habían ganado la batalla!

Era como si una manta pesadísima, pegada a su cuerpo, se desirendiera de ella, y ahora pudiera incorporarse bien recta y respirar a lleno pulmón por primera vez en semanas.

Aún sonriente, tomó conciencia de que le molestaba el tirante pelo
•ecogido y empezó a quitarse las horquillas. Fue un alivio dejarlo iuelto y pasarse los dedos por él. Se frotó el tierno cuero cabelludo y ¡e peinó con los dedos el cabello suelto en torno a sus hombros.

Luego se percató de que seguía con la ropa arrugada del día anterior y empezó a cambiarse. Sin embargo, mientras se soltaba el corsé, vio que no llevaba la camisola y empezó a recordar.

Alejó los recuerdos de su mente. Aquello había acabado. No tenía que pensar en Mirabelle. No le hacía falta pensar en Bryght. Se quedaría tranquilamente en su alojamiento hasta que Oliver regresara, y no tendría que volver a ver nunca más a Bryght Malloren.

No obstante, mientras se quitaba las arrugadas enaguas, deseó poder recordar cuándo se había acostado la noche anterior. Era extraño que se metiera en la cama con la ropa puesta, por muy cansada que estuviera.

Intentó volver a pensar. Oliver había salido y ella se había sentado a esperarle... No recordaba nada más hasta el momento de despertarse esta mañana. Debería de haberse metido a la cama ya dormida. Qué peculiar.

Luego, mientras colgaba el vestido de cotonía, vio los zapatos colocados cuidadosamente al lado de la cama.
Se había metido en la cama de un modo extraordinariamente ordenado, ya que tenía la mala costumbre de sacarse los zapatos y dejarlos en medio de la habitación. Esto le provocó una risa de desconcierto. Qué extraño ser más ordenada dormida que despierta.
Quería un baño, pero no era posible, o sea que vertió agua fría en una palangana y empezó a lavarse completamente. De todos modos, mientras se lavaba la cara, descubrió una cantidad de pintura en la toalla, y se frotó hasta eliminar todo rastro de ella. Ojalá pudiera eliminar frotando con la misma facilidad todos los recuerdos de la noche anterior.

Dudaba que pudiera olvidar alguna vez el deseo que había despertado en ella Bryght Malloren. .

Se estaba ajusfando un vestido limpio cuando alguien llamó a la puerta. Se levantó para contestar, pero luego vaciló, pensando en Cuthbertson. Pero no. Esto tenía que haber acabado.

Abrió la puerta de par en par, preparada para ocuparse de cualquier problema que la esperara allí, pero sólo era el muchacho de la patrona, Simón, que traía un poco de carbón para encender el fuego.

También traía su almuerzo consistente en pan y mantequilla y un poco de cerveza.

Portia encontró singular que estas rutinas diarias continuaran sucediéndose como si nada hubiera pasado.
En cierto sentido, nada había pasado.
Aun así, tenía la impresión de que todo era diferente.
Recibió con beneplácito las primeras sensaciones de calor del fuego, y Portia dio las gracias al joven, luego se sentó a mordisquear el pan.

No obstante, cada vez que se permitía pensar, su mente díscola volvía directamente a Bryght Malloren. Iba a volverse loca aquí a solas durante una semana, sin nada que hacer.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por otra llamada a la puerta. Portia se levantó con fastidio a abrirla, pero no era más que la señora Pinney con aire beligerante.

—Señorita St. Claire —dijo, arrugando su diminuta boca formando un pequeño capullo—. ¿Dónde está vuestro hermano? Si, de hecho, es vuestro hermano.

Portia se quedó desconcertada ante este ataque inesperado.

—Hermanastro —dijo—. Ha tenido que marcharse durante unos días, aunque me pregunto cómo lo sabéis.

—¡Lo sé porque le han visto marcharse, escabulléndose como un ladrón en medio de la noche!
Portia se puso tensa.

—Hemos pagado nuestra renta por adelantado, señora Pinney. Si mi hermano quiere marcharse, es libre de hacerlo.

La mujer se aplacó un poco, suavizando ligeramente el gesto de su boca, con sorpresa ante este ataque.

—Desde luego, señorita. Pero dejó otra vez la puerta abierta. /Nos podían haber asesinado a todos en nuestras camas!
El enojo de Portia aminoró un poco.

—Lo siento…

—¡Y caballeros! —continuó la señora Pinney, frunciendo la boca ra vez—. Mi buena vecina al otro lado de la calle dice que unos ca- illeros os trajeron a casa tarde, ¡y que un caballero desconocido se archó casi al amanecer! Y bien, ¿qué decís a eso?

—¡Disparates! —Portia se percató de que su firme negativa causó ipresión en la mujer, y añadió—: Me acompañaron a casa los criados ;… de una amiga. Mi hermano se marchó temprano esta mañana ira coger la diligencia. No ha habido nadie más aquí. Vuestra vecina ;ne que haberse equivocado.

—Ummm, tal vez —murmuró la mujer, mirando a otro lado—. abló de una criatura monstruosa, lo cual suena inverosímil.

—¿una criatura? —Portia se preguntó si aún estaba dormida.

—*Un* gran perro negro —susurró la mujer— que avanzaba tras el íncipe de las Tinieblas como un espectro abyecto.

—¡La verdad, señora Pinney! —Pero aquellas palabras desperta- n un recuerdo en Portia. Luego le vino a la cabeza que la primera 2 que vio a Bryght Malloren pensó en el Príncipe de las Tinieblas, i el propio Lucifer. Y Bryght tenía un perro grande. ¿Podría haber tado aquí? ¿Aquí dentro?

La señora Pinney se sonrojó al oír la exclamación de Portia, y intió.

—Sí, es lo que pensáis, señorita St. Claire. La ginebra. Qué triste… aro —añadió, regresando a su anterior beligerancia—, no habrá más vidos con lo de las cerraduras, ¡o os quedáis en la calle! Y mejor que lestro hermano vuelva pronto. No alojo a jovencitas solas, ¡y menos jovencitas aficionadas a salir de noche!

Portia contraatacó con otra protesta.

—Sir Oliver ha partido a Dorset, señora Pinney. Regresará dentro t una semana.

—¡Una semana! —declaró la señora Pinney—. Es mucho tiempo *para* dejar a una dama sola sin compañía.
Portia podía haber ofrecido todo un discurso sobre el tema de pén cuidaba de quién, pero se limitó a decir:

- Puesto que no tengo ningun otro ditio adonde ir, y no sé de nadie que tenga que

venir a visitarme aquí, no se puede hacer nada al respecto.

—Podría poneros de patitas en la calle —dijo la mujer—. ¡Ésta es una casa

decente, y no permitiré que sea de otro modo!

—¡Ni yo tampoco! —protestó Portia—. Y no podéis desalojarme

con la renta ya pagada.

La mujer estaba a punto de hablar cuando su hijo subió corriendo las escaleras.

—¡Mamá! ¡Hay un carruaje grandioso en la puerta!

Lo primero que pensó Portia fue que se trataba de Bryght Malloren

que venía a capturarla. Pero cuando siguió a la patrona hasta el pa-
sillo y miró escaleras abajo, encontró a Fort.

Iba con prendas informales de azul opaco y botas altas, y tenía el pelo marrón recogido con sencillez, pero con toda certeza esta casa no había visto nunca a alguien parecido a él.

Los dos lacayos empolvados se sumaban de manera espléndida al ambiente generado por él. Dejó a los hombres en la puerta y subió las escaleras con desdén elocuente.

La señora Pinney y su hijo se fundieron para dejarle pasar y él no les
hizo el menor caso.

—Prima Portia —dijo con sonrisa amistosa extendiendo las manos—. ¡Qué placer encontraros en Londres!

Cuando ella tendió sus manos a las de él, Fort se las llevó a los labios y besó cada una de ellas.

—Parecéis un poco cansada, lo cual no es de extrañar en este lugar tan deprimente. Tenemos que pensar qué se puede hacer.

Cerró la puerta en las narices de los boquiabiertos Pinney y le soltó las manos. Portia recordó entonces que Fort había estado en Mirabelle, había apostado por ella, había jugado a los dados por ella, y según Bryght, no había sido capaz de conseguir su libertad completa.

No tenía la menor idea de qué decir.

Era tan alto como Bryght, aunque su constitución era un poco más fornida. Hacía que la pequeña habitación se encogiera aún más. Pero era Fort, con quien había correteado alocadamente en Dorset años atrás, y su sonrisa ladeada le resultaba familiar.

—Pensaba que ya habías dejado las aventuras alocadas, Portia.

—Yo también lo pensaba. Oh, Fort, gracias por ayudarnos.

—No ha sido nada —dijo y la estudió con cautela—. Pensaba más bien que me darías una reprimenda por lo del ejército.

—Tal vez lo hubiera hecho, pero ahora me doy cuenta que es lo mejor. Pero espero que Oliver no se vea metido en demasiados combates.

-Portia, no digas estupideces. La única manera de mantenerle
alejado de problemas es que permanezca donde está la acción. Lásti-
ma, qué diantres, que la guerra ya esté acabando. Le habéis mimado casi hasta el desastre.

—¿Vas a echarme la culpa a mí, entonces? Me parece injusto.

—No toda la culpa. Tu madre y la caprichosa Pru han hecho el resto. Dejad que se marche.
Portia hizo una mueca.

—Parece que no tengo otra opción. Al menos, seré capaz de gestionar Overstead mientras él está fuera. Te aseguro que te devolveremos todo en un plazo de no muchos años.

—No es nada —volvió a repetir él, y a Portia le pareció bastante irritante. Sin duda era cierto que cinco mil guineas no eran nada para el conde de Walgrave. Pero a ella casi le busca la ruina.

—De hecho —prosiguió Portia— podemos pagarte una buena parte de inmediato, ya que Bryght Malloren me dio lo que sacó ayer en la apuesta. —Ya estaba. Se sentía bastante orgullosa de la manera indiferente en que había hecho referencia al asunto.

—¿De veras? ¡Pardiez! ¿Mil doscientas guineas? Supongo que te debía algo, pues le ayudaste a ganar. —Torció un labio—. Una apuesta bastante deshonrosa, si piensas en ello.

—¡No más deshonrosa que subastar niñas!

Fort se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Lo principal es pensar qué hacemos contigo hasta que regrese Oliver.

—Puedo quedarme aquí ahora que tu visita me ha cubierto de rutilante respetabilidad. —Pero luego recordó que Bryght Malloren podía haber estado aquí la noche anterior y sintió un escalofrío.

—Comprenderás que no es lo correcto —continuó Fort—. Podría ofrecerte cobijo en mi casa, pero es la residencia de un soltero en este momento, y ni siquiera eres pariente…

—No espero que me alojes en tu casa, Fort.

—¿No tienes ninguna amistad o relación en la ciudad?

—No, sólo llevo aquí unos pocos días. Oliver sí tiene amigos,

pero…

—Pero, no —acabó él con las cejas alzadas.

—Está Nerissa, supongo. Fort la miró con gesto interrogante.

—Nerissa Treíyn. Por lo visto es prima mía. —Portia se rió—. Se supone que debo cenar allí esta noche.

Un extraño destello de humor apareció en la mirada de él.

—Pero, esa es la solución perfecta. Explícale tu situación: di que Oliver ha sido requerido fuera de la ciudad por asuntos urgentes. Lady Trelyn tendrá la obligación de alojarte.

—Oh, no podría…

—Insistirá. Trelyn, ese aburrimiento de hombre, repara mucho en las responsabilidades familiares. Allí estarás segura y en los estratos más altos de la sociedad.

Segura. Era una palabra deliciosa. Portia recordó lo encantadora que se había mostrado Nerissa y el decoro que había rodeado a los Trelyn en el parque. En aquel círculo no habría riesgo de que la importunara ningún jugador tarambana.

—¿De verdad crees que es lo que tengo que hacer?

—Desde luego. —Y no obstante, algo en su tono hizo que el instinto de Portia se alertara.

—No me gusta abusar.

—No será ningún abuso. Y bien, ¿dispones de fondos en efectivo? Deberías viajar en una silla.

—Me he acostumbrado a caminar por la ciudad.

—No lo recomiendo. Yo te llevaría, pero Trelyn parece mirar con recelo cualquier tipo de vida desenfrenada, y creo que yo ya he hecho

de mi parte. Mi escolta daría que pensar. Si fuéramos primos de verdad, sería diferente. —Sonrió con afecto genuino—. Siento una conexión familiar, Portia, y me ocuparé de tu bienestar.

—Gracias, Fort. —Se arrojó a sus brazos—. Significa tanto tener alguien que me ayude.

Él la abrazó.

—Todo va a salir bien. Lo prometo. Pero, por favor, deja de librar tú sola todas las batallas, Portia. Te conozco demasiado bien como para quedarme tranquilo. La idea de que andes suelta por Londres me desconsolaría terriblemente.

Portia se rió.

—¡Antes no solías ser tan cauteloso! Intentaré actuar como una dama pudorosa, pero odio ceder sin plantar cara.

—Lo sé. De todos modos, cede un poco en este asunto. Prométeme que irás en silla a todas partes.

Ella le sonrió.

—Muy bien.

—Y envíame noticias en cuando estés instalada. Si lady Trelyn te falla, organizaré alguna otra cosa. No podemos dejarte aquí de este modo.

Portia se levantó impulsivamente de puntillas y le beso la mejilla.

—Gracias.

Él la besó a su vez, levemente, en los labios.

—De todas formas, en serio creía que ya se te había pasado la edad de ser tan alocada.

—Y yo también —contestó lánguidamente, pensando únicamente en Bryght Malloren.

Portia tuvo que admitir que estas habitaciones no eran el único lugar inseguro. Su corazón también lo era. Bryght lo había invadido, y con muy poco esfuerzo podría conquistarlo. Necesitaba defensas más fuertes.

De modo que, en cuanto Fort se fue, Portia se puso el sombrero y se preparó para ir a visitar a los Trelyn. Encontró a la señora Pinney rondando.

—Un caballero muy elegante, vuestro primo —dijo la mujer con una mezcla de asombro y desconfianza.

—¿lJ conde de WaJgrave? —preguntó Portia, alisándose sus guantes de cuero.

Los ojos de la mujer se abrieron.

—¿Al que llaman el Incorruptible?

—No, su hijo —contestó Portia resueltamente—. Voy a visitar a un pariente para ver si puedo quedarme con ella durante la ausencia de mi hermano. Por favor, pedidme una silla.

—Muy prudente. —La señora Pinney casi se postra entonces—. Una joven nunca puede ser demasiado esmerada con su reputación, querida mía.

Esto le resultó gracioso a Portia, pero consiguió no reírse.

Esperó mientras Simón corría al emplazamiento más próximo a buscar una silla, y se inquietó por Bright. ¿Por qué diantres un hombre

así iba a arrastrarse por Clerkenweil en medio de la noche? Tal vez la vecina empapada en ginebra lo había imaginado todo.

Se cogió la cabeza con las manos, esforzándose por recordar algo de la noche anterior después de quedarse dormida.

Nada. No había nada, aparte de un sueño de un hombre alto llevándola, y besándole la frente. Fort. Había soñado con Fort.

Pero Portia sospechaba que cuando Bryght Malloren se quitaba los zapatos, los colocaba cuidadosamente al lado de la cama.

Aquel pensamiento le provocó un estremecimiento, pero intentó mantener la cordura. Estaba claro que no había sucedido nada terrible. Fuera lo que fuera lo que Bryght Malloren pretendiera —si su presencia no era producto por entero de la ginebra y el miedo— nada demasiado terrible había sucedido.

Pero ella no podía quedarse aquí. Nunca volvería a descansar en paz. Necesitaba cobijo y Nerissa Trelyn se lo ofrecería.

Dos hombres aparecieron trotando por la calle entre los palos de una silla de mano, la dejaron en el suelo y Portia pudo entrar. En cuestión de momentos, se balanceaba camino de la mansión Trelyn.

Capítulo13

La mansión de los Trelyn contaba con un inmenso pórtico y estaba separada de la calle por un patio con una verja. Portia sufrió cierta aprensión, ya que le pareció el colmo de la presunción pedir vivir en una residencia imponente. "Los porteadores, no obstante, corretearon hasta la entrada de la verja sin vacilar y el portero les dejó entrar sin tan siquiera preguntar qué asunto traía a Portia. Su nerviosismo se calmó un poco. Pese a todo el esplendor, no se trataba de un palacio real. Los hombres la llevaron a través de las losas barridas con esmero y luego la subieron por los amplios escalones que conducían hasta las descomunales puertas dobles.

Entonces bajaron la silla y abrieron la puerta para que ella pudiera descender. Había una caseta allí, más bien una garita de guardia, y un hombre dentro guardando el portal.

«Portia, guardiana de la puerta...»

Se estremeció. Tenía que mantener a Bryght Malloren fuera de su mente.

El portero quiso saber su nombre y el motivo de su visita, pero en cuanto lo oyó, la remitió de inmediato al lacayo que se encontraba dentro de la casa. Portia se entretuvo bastante pagando a sus porteadores, luego entró en la mansión Trelyn.

Hizo una pausa, embargada por el esplendor del vestíbulo circular embaldosado de la entrada, bordeado por hornacinas que contenían una estatua clásica cada una. Ante ella, una escalera de pálido mármol ascendía describiendo una graciosa curva *entre* Jas barandillas de hierro blanco bañadas por la luz fría procedente de una ventana circular situada en lo alto. Era todo perfección, pero no resultaba acogedor. Una antesala contigua apareció llena de estatuas de mármol de serpientes retorcidas con personas en sus redes.

De hecho, se parecía más a un templo clásico que a un hogar, silencioso y muy frío a la vez. Portia estaba perdiendo rápidamente el valor ante la idea de ponerse en las manos caritativas de Nerissa.

Dio su nombre al lacayo, casi con la esperanza de que le dijera que Nerissa no estaba en casa. En vez de ello la condujeron a un recibidor pequeño pero perfecto. Portia supuso que el nombre St. Claire debía de inspirar cierto respeto aquí.

La sala de recepción tenía un fuego encendido en la chimenea y, por lo tanto, el aire no era frío, pero el efecto de la decoración resultaba aún frío. Las paredes estaban cubiertas de papel gris plateado pintado con diminutos azulejos. En las estrechas ventanas colgaban cortinas de brocado azul, y las cuatro sillas blancas estaban cubiertas de seda a rayas azules y grises.

Portia no se sentó, recorrió la sala con nerviosismo. Si Nerissa la rechazaba, no estaba segura de lo que haría a continuación. La señora Pinney tendría que permitirle quedarse mientras tuviera la renta pagada, pero no se sentiría a salvo. ¿Y si Bryght Malloren regresaba?

Se recordó que se encontraba bajo la protección del conde de Walgrave, aunque era difícil pensar en Fort con aquel título poderoso.

El lacayo regresó, en vez de acompañar a Portia hasta la puerta que daba a la luz del sol, la guió por las inmaculadas escaleras y a lo largo de un pasillo elegante cubierto por una alfombra clara, hasta el saloncito privado de milady.

Esta habitación era un total contraste con el resto de la casa. Era una combinación ornada tapizada en seda, con papel pintado a mano en tonos rosa y crema, todo excesivamente caldeado por un enorme fuego. Portia no tuvo tiempo para asimilarlo todo ya que de inmediato se vio envuelta en un abrazo perfumado.

—¡Mi queridísima prima! Me había estado reprendiendo a mí misma por no citarnos a una hora más temprana, y aquí estás, horas antes de lo esperado.

Pese al efusivo saludo, Nerissa le dio una ligera impresión de reserva. No era de extrañar, pero aquello no le dio buenos augurios. Ocupó el asiento que le indicó en una meridiana, y la propia Nerissa le sirvió chocolate de un recipiente de plata con sus manos regordetas y pálidas.

La anfitriona era tan hermosa como su salón. Su resplandeciente pelo dorado caía en ondas por su espalda. Llevaba una bata de casa

floja de seda cremosa con rosas bordadas, ribeteada con anchas cenefas del
mejor encaje. La prenda descansaba en el extremo de sus hombros y el escote descendía hasta mostrar la protuberancia de sus senos plenos.

—Y bien, cuéntame, Portia, ¿por qué has venido tan temprano? Portia comprendió con un sobresalto que era una hora anormal para hacer una visita social. No tenía sentido fingir.

—Me encuentro en un apuro.

—Lo suponía. Debes contármelo, queridísima prima. Te ayudaré si puedo. —Pero, otra vez, la expresión de los grandes ojos de Nerissa contradijo su tono afectuoso. Portia temía que Nerissa no tuviera ningún interés en que alguien le fuera con sus problemas.

—Mi hermano ha tenido que ausentarse... —comenzó.

—¿Y te ha dejado sola? —preguntó Nerissa llena de asombro.

—Sí. Era un asunto de cierta urgencia.

—Incluso así, no debería haberte dejado sin protección. ¿Qué vas a hacer ahora?

Estaba claro que por la cabeza de Nerissa no se cruzó la idea de invitar a Portia a permanecer unos días de visita con ella.

—No lo sé.

Nerissa estaba sorbiendo el chocolate, estudiando a Portia con sorprendente perspicacia.

—¿Conoces mucha gente aquí en Londres?

—Me temo que no.

—Pero, ¿qué me dices de Bryght Malloren? Portia casi tira el chocolate.

—¿Qué quieres decir? —¿Acaso sabía todo el mundo la verdad?

—El parque —dijo Nerissa—. Parecíais conoceros tan bien allí. Mucha gente se percató.

Portia casi se echa a llorar de alivio. Aquietó sus manos y confió en mentir convincentemente.

—No es más que un conocido de mi hermano.

—Me sorprende. ¿Qué podrían tener en común? Portia estaba cansada de engaños.

—El juego.

—Ah. —Nerissa se recostó hacia atrás, pero su mirada era penetrante—. Tengo la impresión de que no lo ves bien.

Si Nerissa necesitaba la confirmación de que Portia no padecía la fiebre del juego, podía tenerla.

—Detesto el juego. Y bien, gracias al cielo, Oliver ha comprendido el error que encierran estas costumbres.

—Qué suerte. Son muchas las personas que demuestran no ser tan inteligentes. Me temo que lord Bryght es un jugador notorio.

—Eso entiendo. Nerissa cogió una pequeña galleta y le dio un mordisco.

—Pero es guapo, tendréis que admitir.

A Portia la asaltó la visión de un torso desnudo y el pelo despeinado.

—Supongo que sí —admitió, ya que negarlo sería ridículo—. Pero la belleza se demuestra con los actos.

—No debéis ser tan dura con un hombre que tan sólo es un conocido. —Pero las palabras no eran de reproche—. ¿Por qué os desagrada tanto?

Portia no podía mencionar los agravios recientes, de modo que recurrió a otros más antiguos.

—Lord Bryght animó a Oliver a jugar. No estoy segura de que no le engañara con pequeñas cantidades para que mi hermano perdiera mas.

Nerissa alzó las cejas marcadamente.

—Pero, querida mía, ¡le estás acusando de ser un embaucador!

—Sí, supongo que sí. —Pero, de súbito, Portia reconoció perpleja el hecho de que era Cuthbertson quien había ganado finalmente, no Bryght. ¿Podía haber una conexión entre Bryght y Cuthbertson? Parecía poco probable.

Nerissa gorjeaba de risa.

—Por favor, no llames embaucador a Bryght a la cara. Trelyn odia los alborotos.

—¿No crees a lord Bryght capaz de tales actos?

La expresión de Nerissa se enfrió casi hasta mostrar mal genio.

—Creo que Bryght Malloren es capaz de cualquier cosa, pero si es un tahúr, no me lo imagino cazando ratoncillos de campo. —Dirigió la mirada a Portia con gesto reflexivo—. No obstante, si piensas que ha hecho daño a tu hermano, tal vez desees buscar venganza.

De pronto el ambiente de la habitación había cambiado, y Portia ya no sabía cómo tomarse a Nerissa.

—No podría obtener venganza de un hombre así —dijo Portia—, ni lo deseo. Lo único que quiero es evitarle.

La expresión de Nerissa le recordó a Portia a un gato al acecho. No un animal salvaje, sino un acicalado gato doméstico que va detrás de los ratones por mera diversión.

—Generalmente las mujeres encuentran a lord Bryght muy atractivo —dijo en un arrullo.

—No niego que sea apuesto.

—Atractivo por más cosas que por su aspecto. Dicen los rumores que es un amante habilidoso.

Portia sintió que le ardía el rostro.

—No sé nada de esas cosas, Nerissa.

—¡Querida mía! Sólo he hablado de coqueteos en tu caso. ¿Es que no ha coqueteado contigo? ¿En el parque, por ejemplo?

Portia bajó la vista a la taza inestable entre sus manos. ¿Qué había detrás de todo esto ?

—Sí, supongo que ha coqueteado conmigo —musitó. «Sois elástica como un sauce, graciosa como una gacela mientras os movéis con vuestro deseo.»

—¿Y no sentiste interés?

«Sí, mi preciosidad. Bailad para mí, demostradme que queréis el regalo de Venus...»

—Me incomodó en gran medida —soltó Portia con brusquedad.

Alzó la vista y creyó encontrar un vestigio de diversión llena de compasión en los ojos oscuros de Nerissa.

—Tal vez debiera enseñarte a coquetear, querida mía —dijo su prima—. Entonces no te sentiríais incómoda. Incluso podrías cambiar los papeles y que fuera él el incomodado.

Portia se movió bruscamente y vertió un poco de chocolate.

—La verdad, Nerissa. ¡No quiero tener nada más que ver con ese hombre!

—Cielos, cuan vehemente eres. Cuando él nos presentó pensé que te admiraba. ¿No crees que te admira?

Portia se sentía exactamente igual que un ratón con el que un gato está jugueteando. ¿Cómo había llegado a pensar en algún momento que Nerissa era encantadora?

—No —contestó con firmeza, bajando la taza y secando el chocolate derramado con una servilleta.

—Te llevó por el parque del brazo y parecía muy prendado de tus encantos.

—No era más que un juego para él.

—Pero el juego es un asunto muy serio para Bryght Malloren, y él siempre gana...

Portia perdió el control y se puso en pie de un salto.

—¡Por favor, Nerissa, no te burles de mí de esta manera! Lord Bryght sólo me ridiculiza, y preferiría no volver a verle.

—¿De verdad eres tan cobarde?

—¡No!

—Bien, ¿y entonces qué? —insistió Nerisssa en un arrullo—. Presiento que él se siente atraído, y nunca me equivoco en estas cuestiones. Si jugaras tus cartas convenientemente, podrías tenerle de rodillas suplicando tus favores. Y luego, podrías rechazarle. ¿No sería eso la venganza más satisfactoria?

Portia casi siente náuseas sólo de pensarlo.

—No.

—¿Te da miedo? No sufrirás ningún daño si estás bajo nuestra protección. Lo único que estoy sugiriendo es que, si te presta atención, le animes. Luego, cuando su embeleso le haya hecho perder la razón, le demuestras que no te importa lo más mínimo.

—¡No!

Se miraron fijamente en una batalla de voluntades, y luego Nerissa se encogió de hombros y se no.

—Ay, creo que no tienes espíritu de venganza. Le pasa a mucha gente. —Con un cambio deslumbrante, volvió a ser la persona más encantadora—. Pero debes venir aquí y quedarte conmigo, querida prima, hasta que regrese tu hermano. Será muy divertido presentarte en sociedad.

Portia se quedo desconcertada. Ya no estaba segura de querer vivir aquí, pero ya que había venido, ¿cómo podía negarse ahora?

—Eres muy amable, Nerissa, pero me bastará con vivir tranquilamente…

Nerissa no le hizo caso.

—Tal vez podamos encontrarte marido. —Examinó a Portia con mirada calculadora—. De hecho, podrías hacerlo muy bien pese a tu falta de curvas.

A Portia aquello le recordó horriblemente a Mirabelle.

—No pretendo ser una belleza, Nerissa. Tengo veinticinco años y carezco de dote.

—Pero has atraído a Bryght Malloren.

—¡Te digo que no! Nerissa, repito, para él no fue más que un juego en el parque. Sólo el cielo sabe por qué.

Nerissa canturreó pensativa, desnudando con la mirada a Portia y desmontándola parte por parte.

—Aparentas menos años, puesto que eres menuda. Hay cierta ligereza en tus movimientos que es atractiva. Con un peinado más flojo y las prendas acertadas, no hay motivo para desesperarse.

Portia estaba a punto de desesperarse.

—No quiero casarme.

—El matrimonio es el deber de toda mujer —dijo piadosamente Nerissa—. Piensa en las ventajas para tu familia.

Portia supuso que ella tenía razón, pero aunque pudiera atraer una proposición conveniente, había prometido ocuparse de Overstead.

—Me he resignado a la soltería, Nerissa.

—¡Oh, no renuncies a tus esperanzas tan pronto! Si te quedas a pasar unos días conmigo, conocerás a muchos caballeros que son buenos partidos y que reconocerán el valor de una relación con Trelyn. Y además me harás un favor. —De pronto, le rogaba con amabilidad—. Estoy en estado, sabes, y Trelyn no me deja ni a sol ni a sombra. El muy bendito habla de buscarme una dama de compañía, pero, cuánto mejor tener una como tú.

Portia estaba felicitando a su prima por su estado de buena esperanza cuando Nerissa hizo sonar la campanilla de plata que tenía junto a su mano, y un lacayo apareció.

—¿Está milord en casa?

—Sí, milady.

—Entonces pedidle que sea tan amable de venir a verme. Portia se levantó y se alisó las faldas.

—Nerissa.

Nerissa se rió con un gorjeo bastante ronco.

—Oh, no te inquietes así, querida mía. Trelyn es tu primo político. Te adorará igual que yo.

Cuando lord Trelyn se presentó, no dio muestras de adorar a Portia, aunque la mirada que dedicó a su esposa se pareció un poco más a aquella noción. ¿Vestía siempre de gris? Hoy llevaba prendas bastante normales de paño gris ribeteado de plata. Encajaba mejor en su casa fría y clásica que en esta ornada habitación.

Qué pareja tan extraña era ésta.

—Trelyn —canturreó Nerissa—. La queridísima Portia ha venido de visita.

Lord Trelyn cogió la mano de Portia y se la llevó a escasas pulgadas de su labios, como era lo correcto.

—*Enchanté.* Pero, ¿no íbamos a verte esta noche, prima? Portia hizo una reverencia y miró a Nerissa en busca de ayuda. —La pobre Portia está en un apuro, Trelyn. Su hermano ha sido requerido repentinamente fuera de la ciudad. ¿No sería delicioso que viniera a hacer de dama de compañía durante un tiempo? Podríamos enseñarle Londres.

Lord Trelyn indicó a Portia su asiento y se sentó él en una silla contigua a su esposa.

—No quiero verte cansándote en tu estado, querida mía. Era lo mismo que una negativa, y Portia casi se sintió aliviada. Nerissa hizo un mohín y apoyó su mano regordeta en la manga gris de su marido.

—No me cansaré por llevar a Portia a un par de lugares, Trelyn, y quiero decir que, si me quedó aquí a solas, lo más probable es que fallezca de aburrimiento. Estás tan ocupado con tus asuntos gubernamentales, y no te gusta que salga con sólo sirvientes como acompañantes. Por favor, queridísimo.

La mirada que dedicó lord Trelyn a Portia no fue particularmente amistosa, y vino seguida de un interrogatorio. Oh, aunque él lo disimulara como una conversación, Portia sintió que tanto ella como su familia eran estudiados por completo. Ciertamente era muy protector con su esposa.

Portia se vio obligada a admitir que el asunto que había ausentado a Oliver era ocupar un puesto en el ejército, pero consiguió ocultar *todo lo que tuviera que ver con deudas.*

—Tenemos que dar nuestra aprobación a los que ponen tal interés en servir al rey —dijo lord Trelyn, aunque Portia sospechó que consideraba a Oliver un loco insensato.

Pasó a preguntar por su relación con Bryght Malloren.

—Se os vio caminando en el parque de su brazo, aparentemente

con gran familiaridad, prima Portia.

—No supe cómo negarme, milord —confesó—. En cuanto a la familiaridad, me dedicó ciertas atenciones. Dejé claro, espero, que no las acogía con beneplácito.

Vaya mentirosa tan descarada se estaba volviendo.

—Él sería un partido mucho más allá de vuestras expectativas, prima.

Portia le miró directamente a sus ojos sin color.

—Precisamente.

Trelyn asintió con cierto aire de aprobación.

—Parecéis una mujer sensata y con edad para haber superado las locuras.

Portia deseó que fuera así.

Lord Trelyn se volvió a Nerissa.

—Muy bien, querida mía. Si te complace, tendrás a tu prima aquí para que te haga compañía, estoy dispuesto a que sea así. Pero sigo sin querer que te entregues a demasiados asuntos sociales, pero cuando asistamos a alguno, la prima Portia podrá acudir con nosotros.

Para Portia pareció una aceptación a regañadientes, pero Nerissa sonrió con gran entusiasmo y alzó sus manos.

—¡Trelyn, eres el más encantador de los maridos! Él tomó ambas manos y las besó, y esta vez tocó su piel con sus labios. Una pasión contenida en aquel gesto provocó un escalofrío en la columna de Portia. Estaba claro que lord Trelyn adoraba a su esposa, y ella no daba importancia a ser adorada de ese modo.

Había recuperado su aspecto frío cuando se volvió para mirar a Portia.

—Si la prima Portia va a incorporarse a nuestra vida, querida mía, debemos encargarle algunos vestidos nuevos.

—Oh, no, ya tengo bastantes ropas —protestó Portia. Lord Trelyn sonrió con frialdad.

—Lo dudo. Debéis permitirme esta pequeña indulgencia. Prima. Seréis la dama de compañía de Nerissa, y queremos recompensaros de alguna manera.

De modo que sería una forma de salario, ¿cierto? La estaba colocando concienzudamente en un puesto de sirviente más que como miembro de la familia. Tal vez le inquietara que Portia no estuviera a la altura esperada.

Que fuera como él quisiera.

Portia hizo una inclinación de aceptación agradecida, y él se marchó.

Nerissa dio órdenes inmediatamente para que viniera a verla su modista favorita.

—Qué encantador ha sido Trelyn al pensar en una diversión así. Adoro las ropa, pero en mi estado actual no tiene mucho sentido. Te digo la verdad, estos asuntos conyugales son ciertamente tediosos.

—¿Para cuándo esperas el bebé, Nerissa?

—Para mayo. ¿Puedes imaginarte cómo me pondré para entonces? ¡Ya me he quedado sin cintura! —Se alisó el vestido por delante con disgusto, aunque bajo las capas de seda, Portia fue incapaz de distinguir ningún bulto—. No me gusta —continuó Nerissa, casi hablando consigo misma, pero luego se encogió de hombros—. Pero al menos te puedo vestir a ti. —Estudió a Portia una vez más—. Eres bastante delgada. Deberías comer más. Los caballeros prefieren las curvas, querida mía.

«Vuestros miembros son delgados pero fuertes, vuestro cuerpo es elástico como un sauce.»

La invasión de esos recuerdos traidores hicieron perder los nervios a Portia.

—¡Pero hace un momento, Nerissa, afirmabas que tendría a los caballeros derritiéndose a mis pies!

Aquello animó a su prima.

—Oh, querida, tu delgadez no es un defecto fatal. Simplemente estaba pensando en que no iría nada mal emplear algún volante en el corpino para disimular tu falta de volumen ahí. Y desde luego no debemos dejar tus hombros al descubierto. Permitiremos que madame Baudelle decida. Puede hacer milagros. Y en cuanto a tu cabello, se acerca de forma peligrosa al rojo, ya sabes, y pese a las muchas panaceas anunciadas, nunca he encontrado nada que elimine las pecas…

Portia suspiró y dejó que su prima continuara con la chachara. No entendía a Nerissa en absoluto. Era ridículo hablar de Portia como una atracción para hervideros de hombres, aunque tampoco se había sentido nunca un monstruo. Los comentarios toscos de Nerissa la hacían dudar de todo.

No pudo más que sentirse agradecida cuando Nerissa perdió el interés por la evaluación crítica y pasó a los chismorrees. Su prima pasó la media hora anterior a que llegara madame Baudelle oyendo un monólogo sobre la sociedad londinense. A Portia le resultó aburrido, ya que no conocía a toda aquella gente, pero escuchó con atención. Al fin y al cabo, así era como iba a ganarse su sustento, escuchando a Nerissa cotorreando, y sería conveniente enterarse lo mejor posible del mundo en que estaba previsto que entrara ella.

Aunque Nerissa sólo charlaba de diversiones y escándalos, Portia se fue interesando gradualmente a pesar de todo. Percibía que Mirabelle estaba en lo cierto: este círculo de placer y diversión se apuntalaba sobre la política y el poder. Whigs y tories, la Corona y el Parlamento, dinero del centro financiero londinense y rango social, todos estas luchas de poder se representaban en las salas de baile y los salones privados.

—Has mencionado a Rothgar —dijo Portia en un momento dado—. Es el hermano de lord Bryght, ¿no es así?

Nerissa alzó una ceja.

—Pensaba que no te interesaba ese hombre.

Portia maldijo su rápido sonrojo.

—No he dicho eso. No tengo ganas de verme enredada con él, pero creo que es prudente conocer a los enemigos de una. Rothgar parece tener una gran influencia.

El rostro de Nerissa reflejó casi amargura.

—Ese hombre tiene una gran sed de poder y una asombrosa habilidad para conseguirlo. Es peligroso.

—Aun así querías que yo hiciera una jugarreta a lord Bryght.

—Bryght se merece sufrir por lo que ha hecho. No hacía falta implicar a Rothgar. No está en la ciudad.

Portia había encontrado por fin una discusión que le interesara, pero en ese momento llegó la modista.

Madame Baudelle resultó ser joven y tener un ojo de lince. Estaba encantada con la idea de un encargo sustancioso de ropa, sobre todo en esta época poco activa del año. Pronto ella y sus dos asistentas estuvieron revoloteando en torno a Portia, midiendo y evaluando. Sacaron figurines y maniquíes para estudiarlos, aunque Portia advirtió que la modista tenía en cuenta a Nerissa mucho más que a ella.

Una muestra de buen olfato par detectar dónde se encontraba el poder.

Portia empezaba a sentirse como una de las exquisitas muñecas maniquíes, una mera percha para tejidos maravillosos.

—Mi prima necesitará al menos un vestido que esté listo rápidamente —dijo Nerissa.

Con una mirada en cierto modo maliciosa, madame Baudelle sacó una muestra de un hermoso material, una seda cremosa bordada con pájaros multicolores.

—Con esto —dijo— podría hacerse un vestido bastante deprisa, ya que necesitaría pocos ribeteados.

Portia soltó un resuello al ver la belleza del tejido. Debía de costar una fortuna.

Nerissa contemplaba el tejido con codicia, y Portia estaba segura de que encargaría un vestido para ella, pero luego pareció relajarse repentinamente.

—¿Por qué no? ¿Y cuan pronto?

—Tres días, milady.

Nerissa asintió y despidió a la mujer con un ademán. Portia se sintió de nuevo desconcertada, ya que encargar un vestido así era un gesto de verdad generoso. Dio las gracias a Nerissa con afecto.

—Nunca he visto un tejido ni la mitad de bonito. Me temo que va a costar mucho.

Nerissa se encogió de hombros.

—No es más que dinero. El dinero no es nada.

Portia sintió la tentación de estallar en risitas histéricas. Consiguió controlar el impulso.

—Para lo más inmediato, tendré que arreglármelas con mis propios vestidos, Nerissa. Necesitaré regresar a mis alojamientos y recoger mis posesiones.

Nerissa se mostró conforme, pero insistió en que Portia fuera en el

carruaje de los Trelyn con algunos lacayos que la ayudaran. De modo
que Portia regreso a Clerkenweil con gran ceremonia. La mitad de la calle salió a mirar boquiabierta el gran vehículo y los sirvientes de librea, y
la señora Pinney casi tuvo palpitaciones. Portia dio instrucciones a la mujer para que mantuviera las habitaciones a punto, y para que explica-
ra a Oliver, en cuanto regresara, dónde se encontraba su hermana.

Una vez hecho eso, se apresuró a empaquetar sus cosas. Luego, mientras los hombres bajaban el equipaje, sacó las monedas de detrás de la chimenea. Proporcionarían cierta seguridad e independencia.

¿Y qué había del dinero que Bryhgt Malloren había dicho que metería en el banco para ella? Quería ese dinero, pero no quería tratar con Bryght para conseguirlo. Ciertamente no podía pedir ayuda a lord Trelyn, ya que tendría que explicar su procedencia.

Cuando bajaron el último bulto, Portia echó una última mirada a las
lúgubres habitaciones y suspiró llena de alivio. Dresden Street había contenido poca cosa aparte de inquietud y dolor, pero, ahora, en la protegida mansión Trelyn se hallaría a salvo. De todos modos, mientras se trasladaba allí, sentada sobre satén, y con un taburete bordado bajo sus
pies, Portia sintió que la invadía una terrible intranquilidad.

A primera vista, las cosas parecían ir a las mil maravillas. Sería dama de compañía de Nerissa. Escucharía su chachara, compartiría con ella las labores de aguja y otros pasatiempos, y acudiría a los actos sociales más tranquilos. De todos modos, sólo sería durante unos pocos días&

Oliver regresaría pronto, como miembro del ejército de su majestad. Fort pagaría al odioso mayor Barclay. Portia regresaría a Dorset
y a su anterior vida.

Todo se estaba arreglando finalmente.

Y entonces, ¿por qué iba sentada con rigidez, retorciéndose las manos, en vez de recostarse cómoda y tranquilamente?

¿Y por qué, cuando el coche entró rodando en el patio rodeado de verjas situado ante la casa de los Trelyn y cuando las grandes puertas doradas se cerraron sonoramente tras ella, Portia se sintió como si la ingresaran en una prisión en vez de un lugar de refugio?

Si era una prisión, era lujosa. A Portia le asignaron una habitación en-
cantadora, aunque con los tonos fríos típicos, y un pequeño salón privado. Las habitaciones estaban salpicados de *objets d'arts,* y la bonita cama con cortinas blancas estaba decorada con cintas y nudos de fastuoso cordón de plata.

Dos doncellas estaban ajetreadas guardando las ropas de Portia y demás posesiones.

Nerissa, vestida ahora con su habitual atuendo público de elegante blanco, vino a observar.

—Espero que puedas soportar estas habitaciones, prima. Me temo que toda la casa es bastante monótona. Estoy intentando convencer a Trelyn para que permita un poco más de color, pero hasta ahora sólo lo he conseguido en mis propias habitaciones.

—Es muy elegante. Nerissa hizo un mohín.

—Pero tan aburrida.

Portia sentía ganas de preguntar a su prima por qué se había casado con lord Trelyn si tenían tan poco en común, pero sería una impertinencia. Puesto que la aristocracia parecía casarse por su propio provecho, sin duda los gustos personales no tenían nada que ver.

—Y bien —dijo Nerissa—, si ya estás instalada, saldremos. Estoy segura de que necesitas unos cuantos artículos, y he estado suspirando por una salida así. Un hombre es un acompañante aburrido para ir de compras.

—¿A lord Trelyn le gusta acompañarte a las tiendas? —preguntó Porfía llena de sorpresa mientras cogía su capa ligera del armario.

—¡El muy bendito prácticamente no me pierde de vista! Pero ha accedido a que salga hoy sin su escolta, ya que tiene que acudir al Parlamento. Algo muy tedioso relacionado con la deuda del país.

—Santo cielo. ¿Todo el país está endeudado? Nerissa se rió.

—Oh, querida, si quieres discutir asuntos de ese tipo, debes preguntar a Trelyn. Pero deduzco que la guerra es un asunto muy caro. Hay algo llamado fondo de amortización que suena de veras alarmante, aunque me han dicho que es algo bueno. Y bien, ¿estás lista? Vaya, una pelerina muy bonita. Va de maravilla con tu pelo y ojos.

Portia siguió a Nerissa hasta el carruaje pensando con melancolía que a Oliver le habría gustado oír eso.

Ir de compras con Nerissa fue diferente a cualquier cosa que Portia hubiera experimentado en su vida. Parecía que Nerissa compraba todo lo que le llamaba la atención, y que debía hacerlo con mucha frecuencia, ya que era muy conocida en todas partes. Fue guiada por una sucesión de establecimientos por devotos dependientes y propietarios

postrados a sus pies.

Era más un encuentro social que mercantil. Nerissa constantemente coincidía con gente y se detenía para abrazar, presentar y compartir algún cuchicheo, alguno de ellos bastante escandaloso. Portia recordó con inquietud su visita al parque y la sensación de corrupción que le había producido la sociedad. Aquello no podía gustarle pero, puesto que la mayoría de gente con la que se entremezclaba eran damas, al menos no resultaba incorrecto.

De todos modos había unos cuantos hombres a su alrededor. Cuando salían de un almacén de sedas, un hombre muy alto hizo una inclinación y Nerissa se detuvo de un modo bastante abrupto.

—Lord Heatherington. —Su voz se volvió ronca—. Qué sorpresa veros aquí. ¿Tenéis necesidad de sedas y satenes? ¿Algún monedero,

tal vez?

El apuesto caballero de pelo moreno hizo una profunda reverencia sobre la mano de Nerissa.

—¿Quién podría necesitar algo si estáis cerca, querida dama? Nerissa soltó su distintiva risa gorjeante.

—Qué alagador, milord. Venid, permitidme que os presente a mi prima, la señorita Portia St. Claire. Va a quedarse con nosotros durante un tiempo para hacerme compañía. ¿No os parece fantástico?

Lord Heatherington se inclinó sobre la mano enguantada de Portia.

—Un placer, señorita St. Claire. —Ya estaba volviéndose a Nerisa—. Una niña encantadora. Estoy seguro de que su compañía será muy útil.

—Portia es un poco mayor que yo, milord —reprendió Nerissa con una risa—. Su aparente juventud sólo se debe a su delicado tamaño y su ingenuidad. Acaba de llegar del campo.

Lord Heatherington se volvió para estudiar a Portia con una ceja alzada.

—Eso cambia las cosas, querida dama. Adoro cualquier cosa o persona recién llegada del campo…

Portia sintió un escalofrío, recordando la noche anterior. Nerissa le dio unos golpecitos en el brazo con el dedo.

—¡Pero recién llegada y sin corromper, no gusta de vuestros coqueteos, señor!

Lord Heatherington atrapó la mano de Portia.

—Eso es cruel por vuestra parte, señorita St. Claire. Si no coqueteamos, morimos.

Portia intentó tirar de su mano para soltarse.

—¡Eso es de lo más absurdo, milord!

—Pero igual lo es no coquetear. —Agarraba su mano de un modo inflexible, y se la llevó a sus labios, mirándola de cerca, casi escudriñándola. Luego, pareció expulsarla de su mente por completo y se volvió para coquetear con Nerissa.

Portia se quedó turbada por aquel incidente, pero aún le inquietó más percatarse de que daría lo mismo que no estuviera allí. Sospechó que lord Trelyn no aprobaría este encuentro. No había nada impropio en la conversación —toda cuchicheos y mofa— pero la atmósfera era licenciosa.

¿Era sólo coqueteo o algo peor?

No obstante, Portia no era ninguna vigilante para objetar a la elección de acompañante de Nerissa, de modo que se limitó a permanecer cerca hasta que lord Heatherington siguió su camino.

Mientras continuaban por la calle, Nerissa dijo con tono mezquino:

—Espero que aprendas a meterte un poco en el juego, Portia. Serás el hazmerreír si te pones tensa cada vez que un caballero te dice un cumplido.

—Lo siento. Simplemente me resulta incómodo.

—Qué mojigata eres. Tendrás que practicar. ¿Si no cómo vas a encontrar marido?

—No quiero un marido, Nerissa, pero si alguna vez lo encuentro, preferiría un hombre que no coqueteara.

—Sería un tipo muy soso.

Luego, cogiendo a Portia totalmente desprevenida, se encontraron con Bryght Malloren. Volvía a vestir prendas informales, pero iba sin su perro. Portia medio esperó algún cambio dramático en él, algún reconocimiento explícito de lo que había sucedido entre ellos, pero se inclinó como si fuera el encuentro más fortuito y presentó a su acompañante, lord Andover.

Lord Andover, un rubio ágil y apuesto, parecía demasiado agradable como para ser amigo de un hombre como aquel.

Portia miró fijamente a su prima, pero Nerissa se limitó a sonreír, cogió a lord Andover del brazo y se volvió para seguir caminando. Portia no tuvo otra opción que seguirles, junto al hombre que más deseaba evitar del mundo.

Portia estaba tan absorta en sus pensamientos que no fue capaz de mantener la concentración. Nerissa la pilló con la guardia baja cuando dijo:

—¡Lord Bryght! Estábamos comentando ahora mismo que Portia debía aprender a coquetear. Sois un gran maestro en ese arte, ¿por qué no le enseñáis un poco mientras continuamos?

Capitulo 14

—Relajaos, Hipólita —dijo él con suavidad—. Con toda seguridad, aquí estáis segura en mi compama.

Ella se volvió bruscamente con intención de soltarle un reproche, pero se sintió silenciada por algo casi amable en su expresión.

—De modo que —dijo él, llenando el silencio con facilidad—, Nerissa os ha alojado en su casa. Tenéis suerte.
Portia se apresuró a caminar tras su prima.

—Después del bochorno pasado, querréis decir.

—No, no me refiero a eso —contestó él con cierto retintín—. Me refiero a que su posición y respetabilidad son exactamente lo que necesitáis.

—Si queréis que os dé las gracias por haberme presentado a mi prima, podéis tenerlas, milord.

—Vuestra felicidad es suficiente agradecimiento, os lo aseguro.

—Le seguía el paso sin dificultad.

Portia sabía que los buenos modales dictaban que ofreciera una conversación banal, pero tenía la mente en blanco. ¿Cómo podía hablar del tiempo con un hombre con quien se había encontrado en una situación tan escandalosamente íntima?

—Espero que no os sintáis demasiado perturbada por vuestra aventura.

—¡Qué desfachatez! Lo olvidaremos, si hacéis el favor, milord.

—Siempre me estáis diciendo que olvide nuestros encuentros

—comentó él con cierto tono lastimero—. Me resulta bastante difícil hacerlo.

—¡Por favor, milord…!

—Como deseéis —dijo él tranquilamente—. Entonces tal vez debiera admitir que me he saltado algunas lecciones importantes durante nuestros encuentros, y por ello ahora debería enseñaros a coquetear.

Portia sufría un desconcierto horroroso, tambaleándose entre la atracción que siempre sentía por este hombre y el temor a su poder. Aceleró el paso con el deseo de encontrarse más cerca de los otros.

—No lo creo.

—Órdenes de Nerissa, y deberíamos obedecer a la reina de la sociedad.

—No creo que tengáis costumbre de obedecer.
Él le cogió la mano y redujo la marcha.

—No podéis rechazarme por completo, ya lo sabéis. Recordad los términos de nuestra apuesta.

Portia sabía que sus mejillas se habían vuelto escarlatas.

—¡Milord, desearía que no hablarais de ello!

—Entonces seguidme la corriente, coqueteemos y conozcámonos un poco.

Entonces Portia le miró.

—¡No sirve de nada!

—¿Por qué no?

—Nuestros gustos difieren demasiado.

—¿Ah sí? —Se metió la mano de ella en la parte interior del codo—. No estoy familiarizado con vuestros gustos, señorita St. Claire. ¿Os gusta el cordero asado? —Portia le lanzó una mirada de exasperación, y se sintió atrapada por una sonrisa cautivadora—. Sólo deseo lo mejor para vos, lo sabéis.

—No. —Era rechazo tanto de él como de su afirmación. Y un rechazo del efecto que podía tener sobre ella.
Él frunció levemente el ceño.

—¿Entonces os gusta el pollo?

Portia sintió la tentación alarmante de echarse a reír.

—¡Milord, dejad esto!

—¿No os gusta la comida en absoluto?

—Por supuesto que sí.

—Eso pensaba. Recuerdo que comíais como un caballo.
Portia habló entre dientes.

—Simplemente no me interesa hablar de comida con vos.

—Entonces hablemos de sexo.

Portia se detuvo en seco y le miró fijamente, con la boca medio abierta.

—Comida o sexo —dijo él con tono agradable—. ¿De qué debemos hablar?

—¿Es una amenaza?

El pareció sinceramente sorprendido.

—Cáspita, no. Podéis confiar en mi discreción. No obstante, es un

tema de interés mutuo, creo que estaréis de acuerdo.
Portia sacó la mano de su brazo.

—Sois repulsivo.

—Qué diablos. Sólo estoy buscando un tema de conversación que nos interese a los dos.

—La Biblia —dijo Portia con voz gélida y se giró sobre los talones para alcanzar a Nerissa y a lord Andover.

Pensaba que pondría fin a aquello, pero él le siguió el paso.

—«Princesa, ¡con qué gracia andan esos vuestros pies en su calzado!» —citó él. Luego añadió, *sotto voce—:* O sin él.
Portia se negó a seguir el juego a su atormentador.

—¿Es eso de la Biblia, milord? No lo reconozco.

—Tal vez vuestra Biblia haya sido corregida cuidadosamente.

—Qué disparate. Lo único que sé es que mis pies no son especialmente bonitos y que no soy hija de ningún príncipe.

—Pero lleváis calzado.

Portia sacudió la cabeza llena de exasperación.

—Tengo que admitir, milord, que sí.

—¿Continúo? —Con su profunda y hermosa voz, dijo—: «Vuestras caderas son como joyas labradas de mano maestra. Es ése vuestro ombligo cual taza hecha a torno…»

—¡Dejadlo ya! —Portia se dio media vuelta para plantarse cara a cara—. ¡Eso no aparece en la Biblia, milord, y me horroriza que vinculéis tal lascivia al Libro Sagrado!

Por desgracia, su elevado tono atrajo la atención de Nerissa, de modo que la otra pareja se detuvo para unirse a ellos.

—¿Estáis discutiendo, Portia? —preguntó Nerissa juguetona— .Pensaba que dabais lecciones de coqueteo. —Sus ojos se desplazaban ávidamente de un o a otro a la busca de secretos.

Portia continuó mirando fijamente los ojos moteados de verde de su atormentador.

—No me interesan las mentiras.

Se produjo un silencio y entonces Nerissa dijo:

—No es prudente, Portia, acusar a un caballero de mentiroso. Portia sabía que había ido más lejos de lo prudente, pero alzó la barbilla.

—Si me equivoco, me disculparé.

Tal vez había ira en él, pero sonrió de todos modos.

—Si os equivocáis, señorita St. Claire, tendréis que hacer algo más que disculparos. Tendréis que pagar una prenda, ¿no os parece, lady Trelyn?

—Eso parecería justo, milord —contestó Nerissa, sonriéndole con hoyuelos en sus mejillas y disfrutando de cada minuto que pasaba. Portia deseó poder mandarles a ambos al infierno.

—No sería apropiado, milord.

—No es apropiado acusar a un caballero de mentiroso —indicó él—. ¿Retiráis vuestra acusación?

Portia se sintió arrinconada. Una vez más había permitido que su naturaleza impulsiva la arrojara a una situación delicada. De todos modos, había estudiado la Biblia bien durante mucho tiempo, y tenía la seguridad de que no existía tal lascivia en el Libro Sagrado.

Decidió desenmascararle.

—No lo retiro, milord. De modo que, ¿qué prenda pagaréis vos cuando admitáis vuestra vileza?

Los ojos de él chispearon y Portia recordó de súbito la última apuesta. Lord Bryght ya le había advertido entonces de la insensatez de creer que apostaba a algo seguro. Por otro lado, aunque sabía poco sobre intimidades sexuales, conocía muy bien su Biblia.

—¿Qué prenda requerís, querida dama? —preguntó—. Un beso, tal vez.

Portia tomo aire con un sonido siseante.

—Requiero librarme de vos, milord. Para siempre. No volver a veros otra vez. No volver a oír vuestra voz. Que nunca me toquéis de ninguna manera.

Nerissa soltó un resuello, y los ojos de Bryght se agrandaron al reconocer aquellas palabras. La diversión abandonó su mirada.

—Cuan temeraria sois —murmuró—. Que así sea. Tendréis noticias mías, señorita St. Claire, sobre nuestro desafío y sobre el saldo de deudas. —Su inclinación fue un poco abrupta, y luego él y lord Andover se alejaron.

Nerissa se quedó mirando a Portia.

—¿En qué estás pensando, criatura alocada? Evitar a un Malloren es seguramente prudente. Desafiarle en público...

—Mintió —dijo Portia, mirando con el ceño fruncido a Bryght

Malloren. Caray, pero incluso enfadado tenía una gracia y estilo que
hacía que todos los demás hombres parecieran unos torpes.

—Permíteme que lo dude. ¿Sobre qué mintió?

Portia alejó a su mente caprichosa de aquel miserable y se concentró en desviar la curiosidad de su prima. Ni siquiera quería recodar las palabras que había citado, ni los recuerdos que despertaban de la noche anterior. No era posible que se encontraran en la Biblia.

—Un asunto estúpido —contestó con resolución—. Hay una cosa segura. Lord Bryght ahora no podrá darme más la lata.

Nerissa sacudió la cabeza y dirigió la marcha de regreso al carruaje.

En cuanto Portia estuvo en casa, ojeó su gastada copia de la Biblia, prestando atención especial a las secciones que leía con menos frecuencia. Al cabo de un rato se tranquilizó. Las escandalosas palabras no estaban allí.

Por fin había ganado, y estaría a salvo de Bryght Malloren para siempre.

Aquella velada, los Trelyn cenaban en casa. Aunque el mejor vestido
de seda azul de Portia no podía competir con la creación de brocado y encaje crema de Nerissa, parecía adecuado para la ocasión. La doncella de Nerissa había peinado el pelo de Portia con un elaborado y atractivo estilo y le había incrustado algunas rosas blancas. Portia sintió que no tenía por qué abochornarse.

De hecho, estaba de buen humor. Su encuentro con Bryght Malloren había zanjado las cosas de una vez por todas. Además, aunque fuera lo bastante mezquino como para quebrantar las condiciones de la apuesta, estaba tan segura en la mansión Trelyn como si se hallara en la Torre.

Tras la cena, no obstante, mientras tomaban el té en el salón, Nerissa suplicó con gracia para que asistieran a la velada de los Willoughby.

—Querida mía —dijo lord Trelyn—. No quiero que te agotes.

—Trelyn, ¡es más fácil que me agote aquí de aburrimiento!

—Eso no es muy cortés para con tu invitada. Nerissa se sonrojó, pero replicó con gracia.

—Pero es Portia en quien estoy pensando, Trelyn. Ya sabes que quiero presentarla a la sociedad. ¿Cómo vamos a lograrlo si nos quedamos en casa?

Portia dijo que le satisfacía llevar una vida tranquila, pero Nerissa hizo caso omiso de ella y continuó con sus súplicas y mohines.

Una contracción de pánico se apoderó del estómago de Portia. No quería ir a ningún sitio donde pudiera coincidir con cierto hombre, y le aterrorizaba la idea de que alguien pudiera reconocerla como Hipólita.

Depositó sus esperanzas en lord Trelyn, pero al final éste dijo:

—Como quieras, querida mía.

Portia deseó que él tuviera más firmeza.

—Y ya que tenemos que salir —continuó Nerissa contenta—, deberíamos pasar por la recepción de los Debenham.

—Tal vez debiera quedarme en casa —dijo Portia—. Mi vestido...

—Es encantador. —El tono de Nerissa no permitía objeciones—. Te dejaré mis perlas.

—No me importaría quedarme en casa —dijo Portia dominada por la desesperación.

La sonrisa de Nerissa era implacable pese a su dulzura.

—Pero eres mi dama de compañía, prima.

Y por consiguiente, Portia permitió que la doncella dispusiera relucientes perlas en torno a su cuello y muñeca, y un broche y una diadema para el pelo. El espejo le aseguró que la joyería elevaba la calidad de su vestido unos cuantos puntos. Nerissa incluso le dejó un abanico: un precioso objeto de nácar y oro.

Portia lo extendió ondulante y protegió su rostro preocupado. Ya que tenía que hacer esto, le complacía hacerlo con estilo.

Cuando la doncella sugirió pintura y rellenos, Portia, no obstante, se negó con un estremecimiento.

—Estás bastante pálida —dijo Nerissa con dudas.

—Soy como soy.

Nerissa se rió.

—¡Que extraña eres!

Mientras se volvían para salir de la habitación, Portia preguntó:

—Nerissa, ¿qué tipo de actos son éstos? ¿A quién encontraremos allí?

Nerissa hizo un ademán con su mano llena de anillos.

—¡A todo el mundo que es alguien! Bien, no. Tal vez, no. El acto de los Willoughby será extremadamente correcto, con música de alto nivel. Eso quiere decir —comentó con una sonrisa compungida— que los miembros más animados de la sociedad londinense retozarán en algún otro lugar.

Portia se relajó un poco. Debería haber comprendido que lord Trelyn no asistiría a un acto desenfrenado. Y Bryght Malloren sin duda no perdería una velada relacionándose recatadamente y escuchando excelente música.

Dado que éste era el caso, Portia se decidió a disfrutar. Esta noche sería su primer gran evento social en Londres, y probablemente uno de los últimos. En años sucesivos tendría una noche brillante que recordar.

O dos, pensó con melancolía, con un brillo en su mente totalmente diferente.

No tardaron en hallarse en el interior de un vehículo en una cola de carruajes y palanquines que esperaban para verter a sus deslumbrantes ocupantes ante la puerta de la mansión Debenham. Puesto que esta casa se hallaba en la calle próxima a la casa de los Trelyn, a Portia todo

le parecía absurdo, pero Nerissa le aseguró que era impensable asistir a estos actos a pie.

Portia miró por la ventana hacia la parte delantera de la cola y luego a la que quedaba por detrás.

—Cielos. ¡Debe de estar todo el mundo intentando entrar!

—Sólo la élite —dijo lord Trelyn, y Portia pudo advertir que a él le satisfacía incluirse entre ese grupo. Sospechaba que disfrutaba incluso de que la gente se agolpara a ambos lados de las calles para observar el paso de los carruajes. Algunos de los que miraban embobados parecían reconocer a Nerissa ya que la llamaban por el nombre. Ella inclinaba la cabeza justo una fracción con gracioso reconocimiento y los famosos diamantes Trelyn llameaban. Sin duda era la reina de la sociedad.

¿Era éste el motivo de que Nerissa se hubiera casado con lord Trelyn?

Portia decidió que diseccionar los asuntos íntimos de sus anfitriones denotaba mezquindad de espíritu, y se sacó aquello de la cabeza. En vez de ello, se estiró para mirar por delante de la cola.

—La gente parece marcharse con el mismo entusiasmo con el que entra. Me temo que el acto debe de ser una decepción.

—¡Pero qué simplona! —se rió Nerissa—. Sería lo peor del mal gusto quedarse mucho rato, porque, entonces, ¿cómo conseguirían entrar otras personas? Todo el mundo está de camino hacia a otro lugar, igual que nosotros. Simplemente saludaremos a nuestros anfitriones y nos pasearemos por las salas, comentando con nuestros amigos el gentío que hay.

—¿Y luego qué? —Y luego nos iremos. Sólo que salir de ahí nos llevará aún más tiempo que entrar. —Le dedicó una sonrisa centelleante—. Todo es bastante ridículo, pero hay que hacerlo.

¿Por qué?, quería saber Portia, pero conocía la respuesta. Era la manera en que este mundo funcionaba.

Resultó ser justo como había dicho Nerissa. Llegaron a la casa de doble frontis y encontraron todas las ventanas iluminadas, con las persianas recogidas. Se unieron a una cola de hombres y mujeres ataviados espléndidamente que esperaban para subir por la escalera central y saludar a sus anfitriones. La mirada de Portia empezaba a resentirse del relumbre de encaje de oro y joyas.

El calor de los cuerpos y velas era atroz. Vio a unas pocas mujeres y un hombre que se desmayaban y eran trasladados a otro lugar, y rogó no pasar por un apuro similar.

Finalmente tuvieron ocasión de saludar a lord y a lady Denbeham y pasar a las habitaciones. Ni pensar en sentarse allí a charlar, ya que habían retirado todo el mobiliario.

Pese al gentío, Nerissa se encontraba en su elemento, saludando y recibiendo saludos de todo el mundo. Trazó un recorrido a través de las salas abarrotadas como un experto capitán de buque: siempre avanzando hacia delante, pero saltando de un grupo a otro. Portia y lord Trelyn flotaban detrás como botes de aprovisionamiento.

Portia fue presentada a tanta gente que la cabeza le daba vueltas. Lord Trelyn permanecía al lado de su esposa como alguien que exhibe una posesión premiada. O la protege.

Luego un hombre alto vestido de terciopelo negro y rubíes se aproximó e hizo una reverencia. Nerissa extendió la mano y los labios del hombre pasaron sobre ella a la distancia correcta, pero era perceptible la súbita frialdad.

—Lord Rothgar —dijo Nerissa, y Portia se puso en guardia. No había un gran parecido entre el marqués y su hermano, a excepción de la altura y el aura. El cabello de lord Rothgar estaba empolvado, pero se le antojó que debajo sería negro como el azabache. Sus rasgos podían calificarse de atractivos, pero no harían pensar a nadie en un ángel, ni siquiera en uno diabólico.

Tras la presentación, hizo una inclinación sobre la mano de Portia con gracia exquisita.

—Otra St. Claire. Londres es afortunado. Ella hizo una reverencia.

—No puedo compararme con lady Trelyn en belleza, milord.

—Una belleza así en cualquier mundo es suficiente, señorita St. Claire. Tal vez debáis procurar competir con ella en virtud.

Consiguió que pareciera un insulto. Aparentemente todos los Malloren se parecían al menos en eso.

Portia le miró a los ojos.

—Sin duda todo el mundo debería aspirar a la virtud, milord. Los labios de él se estiraron con una sonrisa desdeñosa.

—Qué noción tan extraordinaria. —Con una inclinación a lord Trelyn, continuó andando.

Portia siseó molesta y sintió que hubiera preferido mucho más continuar con el debate.

Nerissa soltó una risa nerviosa y se abanicó con bastante rapidez.

—¡De modo que quieres enfrentarte a Rothgar también! Confieso que eres más atrevida que yo. El marqués me inquieta.

—No puede hacerte daño, querida —dijo lord Trelyn, pero dedicó a Portia una mirada curiosa. Temió que más tarde tendría que soportar otra inquisición.

Nerissa sonrió a su marido.

—Por supuesto que no puede hacerme daño, Trelyn. No se atrevería. Pero es tan extraño, de todos modos, y dicen que su madre estaba loca.

—¿Loca? —preguntó Portia llena de sorpresa.

—Se dice que mató a su hija, una más pequeña que el marqués, por
supuesto, y luego a sí misma. Hay mala sangre en los Malloren.

—Si te refieres a esa mala sangre —dijo lord Trelyn—, entonces sólo Rothgar la tiene. El resto de la prole tuvo una madre diferente, y una mujer encantadora. La recuerdo levemente.

—Qué ecuánime eres, Trelyn —comentó Nerissa con cierta acritud—. Debes admitir que todos son alocados.

—Eso lo admito, amor mío. Ay, tenemos a otro de esa alocada prole aquí esta noche.

Portia siguió su mirada y vio a Bryght vestido de gala con terciopelo rojizo y pelo empolvado. Su corazón empezó a latir con fuerza y tuvo que contener el deseo de salir en otra dirección, intentar fundirse con la multitud.

Se recordó a sí misma que moralmente no podía acercarse a ella.

Portia lanzó una rápida mirada al esposo de Nerissa y la tranquilizó el desagrado intenso que había en su expresión. Se preguntaba por qué lord Trelyn sentía tal aversión. Estaba mirando a Bryght como si fuera un rival.

Portia suprimió sus imaginaciones subidas de tono. Primero lord Heatherington, ahora lord Bryght. Sin duda había un montón de razones por las que lord Trelyn desaprobaba a los Malloren.

De todos modos, mantuvo una mirada alerta en lord Bryght, y de este modo le vio encaminándose hacia ella. Acalorada de pronto, se abanicó vigorosamente, observándole aún a él por encima del abanico.

No se acercó a ellos directamente, ya que tuvo que detenerse y saludar a unas cuantas personas, incluida a la señora Findiayson, quien en un momento pareció agarrarle el brazo con garras implacables. Todo el mundo sabía que estaba buscando los favores de la señora Findiayson y su fortuna. No le interesaba para nada coquetear con otra mujer, hacer apuestas con ella, abrumar sus sentidos en una cama de burdel, ¡y perseguirla desde es momento!

No podía acercarse a ella.

¡No podía!

Lo hizo.

Cuando finalmente se inclinó ante ellos, Portia se había quedado casi sin aliento.

—Parecéis un poco acalorada, señorita St. Claire. —Se apropió limpiamente de su abanico para manejarlo por ella—. Tal vez no estéis acostumbrada a tales multitudes.

Portia quería recriminarle haber roto su pacto, pero no se atrevió a hacerlo allí.

—Es cierto, milord.

—¿O habéis estado leyendo la Biblia?

Portia se quedó paralizada, mirándole a los ojos. Parecían más dorados que verdes ahora, pero eran los ojos que la habían contemplado a escasos centímetros mientras la besaba, la acariciaba…

—La leo a diario, milord —dijo gélidamente. La abanicó, sin alterarse.

—Tal vez deba enviaros una nueva, entonces… si lady Trelyn lo permite.

Nerissa se rió con cierto nerviosismo.

—Una Biblia, ¿milord? Sería un regalo novedoso en vos. ¿Habéis buscado refugio en la religión?

—La religión puede resultar sorprendentemente gratificante, Lady Trelyn. —Con esa salida, dejó que el abanico de Portia se recogiera y lo devolvió a las manos entumecidas de ella.

Mientras contemplaban cómo se alejaba, lord Trelyn preguntó:

—¿Sobre qué iba todo eso?

—Nada importante, milord —dijo Portia rápidamente. Pero, la verdad, se estaba sintiendo mareada. ¿Era el calor o la seguridad que mostraba él? Parecía seguro de sí mismo. Se dijo a sí misma que el farol era parte de los recursos *de* un jugador. Nerissa estudió a Portia.

—Lord Bryhgt tiene razón, de todos modos, prima. El calor no te sienta bien. Tus mejillas desentonan con tu cabello. —Trazó un recorrido directo hacia las escaleras, mientras decía—: Pero en general te han admirado. Tu constitución delicada te hace parecer más joven, y eres graciosa en movimientos y maneras.

—Gracias —dijo Portia, sintiéndose más bien como una alumna de colegio a la que le dicen que su ejercicio de francés ha pasado la prueba.

Pronto se encontraron en las puertas que daban al exterior. El carruaje de los Trelyn se acercó y ellos entraron para continuar hasta la *soirée* musical de los Willoughby.

Pocos minutos después, Bryght descendía tan tranquilo las escaleras
con su brazo enlazado al de Andover.

—¿Y ahora adonde? —preguntó Andover perezosamente—. No tengo ni idea por qué esta noche estamos tan complacientes y sociables, amigo mío. Estos actos son de lo más aburridos.

—La *soirée* de lady Willoughby, por supuesto.
Andover se detuvo para mirar a su amigo.

—¿Sopranos chillonas y fervientes arpistas? Santo cielo, empiezo a desconfiar de ti.
Bryght sonrió.

—Qué estupidez. ¿Qué atracción hay en casa de los Willoughby?

—Simplemente tengo ganas de jugarme algo a que el grupo de los Trelyn ha continuado hasta ahí.

—Con tu suerte para las apuestas, lo tomo como una certeza.

—Conocimiento, nada de suerte. Que es precisamente el motivo de que gane. En esta época del año hay pocos divertimentos que lord Trelyn-considere dignos de su presencia. O bien han ido a casa de lady Willoughby o han regresado a su hogar. Apuesto mi dinero a la opción Willoughby.

—¿Cuánto? —preguntó Andover con una débil chispa de interés. Habían llegado al vestíbulo de entrada y los sirvientes les trajeron sus capas.

—Mi querido Andover —dijo Bryght—, ¿de verdad quieres desprenderte de otra cantidad de vuestra riqueza?

—Quiero despojarte de parte de la tuya. Digo que no están en casa de los Willoughby.

—Bryght sonrió.

—Sólo cien. Me siento compasivo.

Mientras atravesaban las puertas dobles y salían al aire nocturno, Andover dijo:

—¿Te interesa arriesgar veinticinco libras, además, a que podéis hablar con Nerissa sin su esposo al lado?

Bryght se rió.

—El secreto de mi éxito está en no apostar nunca contra algo seguro. Ese hombre caería muerto antes que permitirlo. Soy su *hete noire.* Sólo el cielo sabe por qué.

—¿Por el hecho de que os habéis tirado a su esposa?

—Cielos, igual que medio Londres antes de que él empezara a sospechar. Casi me inspira lástima. —Llamaron a un muchacho con una antorcha que se mantenía a la espera y se alejaron unas cuantas calles hasta la casa de los Willoughby.

—Entonces no se trata de Nerissa —dijo Andover—. ¿Jenny Findiayson? Te has mostrado bastante frío con ella.

—Empiezo a pensar que no haremos buena pareja.

—Gracias al cielo por eso. Entonces, ¿quién es vuestro interés amoroso? —Cuando Bryght no contestó, Andover musitó—: De cualquier modo, pensaba que andabais a la caza de la hermana de Upcott.

—¿A la caza? ¿Es ése mi estilo?

—No es tu estilo acudir a estos acontecimientos, o pagar los servicios de alguna virgen.

Bryght miró con gesto de arrepentimiento a los ojos de su amigo. Andover no había hecho ningún comentario previo sobre aquel extraño suceso.

—*Touché.*

—Y bien, ¿voy a recibir alguna explicación?

—Las apuestas novedosas me divierten.

—¿No es un asumo de discusión? —aventuró Andover.

—Qué perspicaz eres.

—No me eches una bronca. Si vas a convertirte en la comidilla de los clubes, no es culpa mía. La opinión general te concede el elogio de la finura.

—¿Podría ser de otro modo?

Tras unos momentos, Andover dijo:

—¿Y bien? ¿Qué ha sido de la bella amazona de Dresden Street?

—Su hermano se ha marchado de Londres y ella está a salvo en el seno de su familia.

—Un trabajo veloz, incluso para tí.

—Tengo poco que ver con ello.

Doblaron la esquina y entraron en la calle en la que tenían su casa los Willoughby.

—Entonces —murmuró Andover—. ahora estamos interesados por la prima de Nerissa, la señorita St. Claire. No parece que pueda ^provocar muchos escándalos, pero no entiendo la apuesta que hay en ello. ¿Qué es lo que te impide hablar con ella?

—Mi conciencia. Ya la habéis oído. No voy a importunarla de ninguna manera a menos que pueda demostrar que no mentí. Andover se rió.

—Lo había olvidado. Parece que te ha cogido ojeriza.

—Está convencida de informaciones falsas.

—¿Ah sí? ¿Y no puedes demostrar que dijiste la verdad?

—Desde luego que sí, pero me divierte elegir el momento y el lugar en que reclamar mi prenda.

Andover echó una ojeada a Bryght.

—¿Entonces qué es lo que te atrae de ella? Parece bastante estrecha. Es demasiado franca par ser agradable, y carece absolutamente de curvas.

—¿Eso crees? —dijo Bryght divertido en cierto modo—. Las estrechas pueden ceder, y la franqueza me resulta verdaderamente atractiva. Por ejemplo, siento una debilidad fatal por las mujeres que intentan dispararme.

Andover estalló en carcajadas.

—¡Fatal, ciertamente! ¿Cuándo sucedió eso, y por qué diantres iba a hacer ella una cosa así?

—Me dijo que me detuviera, y no era mi intención.

—¿De modo que ya la has tenido, no es cierto? ¿Y aún no es tu esclava?

—Cielo santo, Andover, estás desarrollando una mente innoble. Entremos en casa de los Willoughby y veamos si la noche mejora con sopranos chillonas y fervientes arpistas.

Capitulo 15

La soirée musical era mucho más del gusto de Portia que la recepción anterior, aunque había demasiada gente de todos modos. Pero había asientos, y en dos de las salas la música era excelente.

Portia se habría contentado con escuchar la música tranquilamente, pero Nerissa quería hablar.

—Desearía que me contaras qué hay entre tú y lord Bryght. Me muero de curiosidad.

—No hay nada que contar, Nerissa. Si ese hombre tiene un mínimo de honor, nunca volverá a acercarse a mí.

—Pero, lo ves, algo tiene que haber o no dirías una cosa así. Portia miró directamente aquellos ávidos ojos marrones.

—Me desagrada, eso es todo. Porque él incitó a mi hermano a jugar.

—Si tanto te desagrada, deberías desear venganza. Otra vez con aquello. Portia deseó saber qué tramaba en realidad la mente de Nerissa, ya que no confiaba en su prima.

—Te lo aseguro, no quiero nada que suponga pasar un rato con Bryght Malloren.

Nerissa sacudió el abanico.

—Vaya, sí que eres vehemente respecto a este tema. Pero será como tú quieras, creo.

Al oír el cambio en el tono de voz de Nerissa, Portia siguió la mirada de su prima y se quedó sin aliento. ¡Estaba aquí!

—Qué extraño —murmuró Nerissa—. Ya es raro ver a Bryght en una recepción, pero en una velada musical como ésta…

Portia se dio la vuelta de forma intencionada para alejar su mirada de la entrada.

O sea que la estaba siguiendo. La estaba acechando como un predador. Bien, él no tardaría en descubrir que no

era un pobre ratoncillo de campo.

Rezó para que mantuviera las distancias, pero en cuestión de momentos él había cruzado la estancia para hablar con ellos.

—Lady Trelyn, señorita St. Claire. Qué sorpresa tan encantadora.

Y lord Trelyn.

Portia cayó en la cuenta de que lord Trelyn tenía que haber venido casi corriendo nada más ver que Bryght se acercaba a su esposa.

Tal vez sí que fueran amantes.

—No conocía vuestra afición a la música, Malloren —dijo lord Trelyn con tono gélido

—Soy aficionado a todo lo excelente. Decidme, Trelyn, ¿qué pensáis de las amazonas?

Portia casi salta de su asiento a causa de la alarma que le provocó la pregunta.

—¿Amazonas? —repitió lord Trelyn sin comprender—. Vaya,

nada. ¿A cuento de qué viene eso ahora?

—¿No os resulta intrigante la idea de las luchadores femeninas?

Tal vez debiéramos organizar un batallón de ellas.

—La idea es absurda.

—Sin duda desalentaría al enemigo. ¿Qué piensan las damas?

Nerissa se rió con inquietud.

—¿Por qué querríamos ir a la guerra, milord? Tenemos suficiente trabajo aquí en casa.

—Cuan cierto. ¿Y vos señorita St. Claire? ¿Estáis de acuerdo?

Portia tuvo que mirarle.

—No me gustaría tener que luchar, milord.

Los labios de él se estiraron levemente.

—¿De veras? Me sorprendéis.

Portia sintió que le ardían las mejillas, y

—A menos que el enemigo fuera malvado —añadió ella con intención—. Entonces lucharía a muerte.

Los ojos de él se pusieron serios.

—Ah, pero la maldad es tan difícil de detectar, ¿no creéis?

—No, no lo creo en absoluto. Jugar es malvado, por ejemplo,

igual que lo son los burdeles y la fornicación.

—¡Prima Portia! —exclamó lord Trelyn—. Habláis con demasiado atrevimiento.

Portia controló su Inoportuno mal genio.

—Os ruego me disculpéis, milord. —Miró deliberadamente a Bryght, desafiándole a defender su virtud.

En vez de ello, él hizo una inclinación.

—Mi querido Trelyn, tal vez deberíais haber esperado y casaros con la prima. Parecéis estar de acuerdo en todas las cuestiones.

Con aquello se marchó, dejando una atmósfera enardecida tras él. Tras un elocuente silencio, lord Trelyn extendió el brazo ofreciéndoselo a su esposa.

—Creo que te gustará escuchar a madame Honorette tocar el arpa, querida mía.

Fue después de salir del salón carmesí donde la arpista les había entre-

tenido durante media hora cuando el grupo se dividió.

Lord Trelyn recibió una nota en una bandeja de plata. La leyó en

silencio con gesto ceñudo.

—Ha surgido algo en St. James, querida. Debo acudir. No me ausentaré más de una hora.

—Oh, pobre bollito mío —dijo Nerissa, apoyando una mano en la manga de él, y provocando una mirada bastante azorada de lord Trelyn a Portia—. Seguro que puede esperar a mañana.

—Bueno, bueno, bombón mío —murmuró él—, sabes que mi deber está por encima de todo.

—Pero, ¿qué vamos a hacer?

—Estaréis totalmente seguras aquí y tenéis una música excelente de la que disfrutar. Me llevaré el carruaje y estaré de vuelta sin que te hayas dado cuenta.

Tras unas cuantas protestas juguetonas más, Nerissa dejó marchar a su esposo.

—Nunca te cases con un político, Portia —dijo con un suspiro quejumbroso que casi convence a Portia de su desconsuelo—. Vamos, demos un paseo.

Los siguientes minutos recordaron a Portia el rato pasado en la recepción de los Debenham. Nerissa se dedicó a abrirse paso diestramente a través de las habitaciones como si temiera perderse algo. Portia saludaba a la gente distraídamente y se mantenía atenta a la aparición de algún Malloren en las proximidades.

Pero no fue un Malloren a quien se encontraron. Fue lord Heatherington. Hizo una inclinación.

—Lady Trelyn, y la encantadora señorita St. Claire. Qué delicia. ¿Puedo acompañaros al recital coral? Tendió una mano a cada una de ellas y empezaron a moverse con el tropel de gente en dirección a la sala de baile done iba a tener lugar el recital.

Pero luego Nerissa se detuvo.

—Oh, cielos. Me temo que no puedo soportar la idea de más cánticos. Portia, ¿quieres ir tú?

—No especialmente. ¿Te duele la cabeza, prima? Tal vez lord Heatherington pueda buscarte algo para beber.

—O tal vez pueda acompañarlas a ambas hasta los refrigerios, señoras.

Convinieron esto y se dirigieron hacia la parte posterior de la casa, avanzando contra el río de gente.

—El recital coral es muy popular —comentó Portia. Lord Heatherington la miró.

—El coro de la abadía de Westminster, señorita St. Claire. ¿Estáis segura de que no deseáis escucharles? Prometo ocuparme de lady Trelyn con excelente esmero.

—No, gracias, milord. Creo que también me duele un poco la cabeza.

De hecho, a Portia le hubiera gustado oír al famoso coro, pero le asustaba la idea de quedarse sola. Estaba segura de que Bryght descubriría de algún modo aquel hecho y vendría a molestarla.

Llegaron por fin a la sala de refrigerios, pero Nerissa se detuvo en el umbral.

—¡Oh, cielos! ¡Pescado! El olor a pescado me revuelve el estómago últimamente. Tal vez, si pudiera sentarme en una habitación tranquila...

—Pero, por supuesto —dijo Heatherington, todo preocupado—. Estoy seguro de que habrá una aquí.

En cuestión de momentos se hallaban en una pequeña habitación pasillo abajo y lejos de la *soirée.* Portia ayudó a Nerisa a sentarse en una meridiana.

—Lord Heatherington, tal vez podáis buscar un poco de agua.

—Oh, no —protestó Nerissa—. Sólo necesito un momento de descanso lejos del olor a pescado.

La atmósfera de la habitación de pronto le recordó a Portia la incomodidad que había experimentado antes con estos dos aquel mismo día. Sus sospechas debían de ser absurdas, pero incluso así, decidió no dejarles a solas.

Lord Heatherington tomó un pellizco de rapé y se sacudió el polvo de los dedos.

—Tenéis un hermano poco afortunado, señorita St. Claire. Portia sabía que aquel comentario no era una simple conversación vanal.

—No tiene suerte —admitió ella alerta. De repente, Nerissa le habló al vizconde.

—Bryght Malloren se acercó a nosotros y empezó a hablar de amazonas. ¿No dijiste que esa era la clave, Heather?

Portia observó a uno y a otro con mirada penetrante, había sonado la alarma.

Lord Heatherington sonrió.

—Era Hipólita. Eso creía yo.

A Portia le temblaron las rodillas y se desplomó en una silla.

—No os preocupéis —le dijo lord Heatherington con bastante amabilidad—. No pretendemos ningún daño. Simplemente nos conviene teneros de nuestra parte.

—¿Vuestra parte?

—Que no vayáis con chismes a Trelyn cada vez que nos veamos. Portia miró a Nerissa.

—¿Qué has hecho para librarte de tu marido, prima? ¿Enviarle una nota falsa?

Fue lord Heatherington quien contestó.

—En absoluto. Sabemos aprovechar las oportunidades, señorita St. Claire, y lord Trelyn es un hombre muy ajetreado. Sin duda, las cosas serán aún más fáciles ahora que nos apoyáis.

—Yo no apoyo el adulterio, milord.

—Pero sois Hipólita, reina virgen del burdel, cuyos servicios pagó Bryght Malloren en un asunto que es la comidilla de los clubes. Portia estaba aterrorizada, pero intentó no demostrarlo.

—¿Qué interés tendríais en revelar eso?

—Ninguno —dijo—. Pero es nuestra arma.

Antes de que Portia pudiera responder, Nerissa dijo:

—¡Estamos perdiendo el tiempo! Portia, no te queda otra opción que bailar al ritmo de nuestra batuta. Si no te importa esperar en la habitación contigua...

—Nerissa, no puedes...

—O —añadió lord Heatherington— el mundo se enterará de todo.

Portia se puso de pie de un salto.

—¡Esto es perverso!

—Ahórrate las lecciones de moral —replicó de súbito Nerissa, y

se incorporó con destacable energía. Cruzó la habitación y abrió la puerta de la habitación conjunta.

—Qué apropiado. Es una biblioteca. Puedes estudiar tu Biblia.

Quédate aquí, y avísanos si alguien viene.

Portia quiso ser una santa mártir, pero sabía que no era una buena idea en aquella situación. Este par destruiría su reputación, y luego encontrarían otra fórmula para facilitar sus encuentros. Entró en la biblioteca y Nerissa cerró la puerta tras ella con un golpecito firme.

Portia se volvió a mirar, y se sintió agradecida de que se tratara de una puerta sólida. No quería saber nada de lo que sucediera allí.

Se dio la vuelta otra vez para estudiar la biblioteca, que difícilmente se mere-
cía aquel nombre. Sólo una de las paredes estaba cubierta por estanterías con puertas de vidrio. Una gran mesa de biblioteca sostenía dos facistoles, pero había pocas señales de actividad de estudio aquí.

El sofá y las dos sillas probablemente se habían usado más que los libros.

La habitación sólo estaba iluminada por un fuego débil y una vela,

pero la penumbra se amoldaba al abatimiento de los pensamientos de
Portia. Londres ofrecía placeres —música y personas fascinantes—

pero ella no quería nada más de sus peligros y perversiones. Ojalá Oliver la hubiera llevado de regreso a Dorset.

Oyó el chasquido de la puerta y se giró en redondo. Si se trataba de lord Trelyn, ¿daría la alarma o permitiría que pillara a su esposa in fraganti?

Era Bryght. Echó una ojeada a la habitación.

—Pensaba que estabais con Nerissa. No deberíais deambular a solas...

—Eso no es de vuestra incumbencia, milord. ¡Por favor, dejadme en paz!

Pero, en vez de ello, cerró la puerta tras él.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Nada!

—Así que sólo estábamos merodeando por la biblioteca, ¿verdad? ¿Cotejando diferentes Biblias?

Portia tardó un momento en seguir el hilo del pensamiento de él. La tonta apuesta.

El se rió.

—Milord, desistid. Quisisteis engañarme y no lo conseguisteis. ¡Si tuvierais el honor de un tritón, me dejaríais en paz!

—¿Seres repelentes, culebras y ahora tritones? ¿Qué sabéis del honor de los tritones? Es posible que tengan un estricto código ético.

—Entonces, ¿qué, por favor, sabéis vos de tritones? Él suspiró.

—Sois una mujer osada.

Portia quería desesperadamente huir de él, pero, por cobardía, no se atrevía a dejar su sitio. Si lord Trelyn llegaba y descubría a su esposa con su amante, no tenía ninguna duda de que su propio deshonor recorrería todo Londres a la mañana siguiente.

Por consiguiente, esperó, con los sentidos en guardia, a que Bryght diera el próximo paso. No se le acercó. En vez de ello, encendió la vela de la mesa.

—¿Qué estáis haciendo? —quiso saber llena de nerviosismo. El no dijo nada, pero sacó un libro. Con una sacudida de inquietud, Portia vio que se trataba de una Biblia. La dejó abierta en uno de los atriles y pasó rápidamente las páginas hasta que llegó a un lugar. Luego se apartó e hizo un ademán.

—Venid, señorita St. Claire, y preparaos para admitir vuestro error. A Portia le habría encantado negarse, pero el orgullo y el honor no se lo permitían. Se adelantó.

El Cantar de los Cantares. ¿Qué demonios era aquello? Y estaban las palabras que él había citado. ¡Y otras por el estilo! Comprobó desconfiada el título del libro, las demás secciones, e incluso lo inspeccionó para comprobar que no hubieran insertado estas páginas. Luego, con sensación de hundimiento, se volvió a encararse a él.

—Mi Biblia no tiene esto.

—Creo que descubriréis que las páginas se han eliminado de vuestra Biblia con gran limpieza. He oído antes de esas prácticas bárbaras.

—Estas palabras parecen inapropiadas para un Libro Sagrado. La sonrisa de él era sospechosamente inocente.

—Todo es una alegoría del alma y de Dios. Echó una ojeada al atril.

—A mí no me parece así.

—Pues a mí sí. Es una representación preciosa del regalo de Dios a la humanidad. —Con voz suave y amable, preguntó—: ¿Admitís vuestro error, Portia?

Nunca antes había usado su nombre de pila, y en vez de sentir pura indignación, Portia notó el impacto de aquella familiaridad. Cerró los ojos. Su cabeza le decía que él no era más que un jugador depravado y un mujeriego, pero aun así podía entretejer su hechizo en torno a su corazón.

Una mano le tocó la mejilla. Portia abrió los ojos de súbito y se apartó con un sobresalto.
Él la cogió en sus brazos.

—No aprendéis fácilmente, Hipólita. Una vez más habéis tentado a la Dama Fortuna y habéis perdido. Es hora de que paguéis vuestra prenda. —Le sonrió—. La verdad es que aquí no podéis gritar, ¿no creéis? Ni sería justo,

Tenía razón. El alboroto y la conmoción no sólo pondrían en duda su reputación, sino que también podrían poner en evidencia a Nerissa.

Eso la llevaría a la ruina.

—Por favor, no —susurró.

Bryght rodeó cuidadosamente el cuello de Portia con su mano, provocando un escalofrío en toda la columna de Portia.

—Da la impresión de que estáis a punto de ser torturada por mí. ¿Fue tan terrible nuestro encuentro anterior?
Portia consiguió dar cierta frialdad a su voz.

—Sería mejor que no mencionarais eso, milord.
Unos dedos mágicos juguetearon en su nuca.

—Admito que hubo ciertas deficiencias, pero estaba sometido a impedimentos considerables. ¿No tenéis interés en intentarlo otra vez en circunstancias más favorables?

Portia forcejeó entonces, pero él era demasiado fuerte y estaba dispuesto a emplear su fuerza. Se quedó quieta al sentir la primera señal de dolor.

—¡Me hacéis daño!

—Oponéis resistencia.

—Tengo derecho a hacerlo.

—Esta vez no. Perdisteis y debéis pagar.

—¡Sois vil!

Portia advirtió que la mandíbula de él se ponía tensa.

—¿Negáis que hicisteis una apuesta y perdisteis?
Portia le miró a los OJOS.

—Hicisteis trampa.
Él sacudió la cabeza.

—De verdad, vais a tener que aprender a tener más cautela. Primero soy un mentiroso. Cuando demuestro que he dicho la verdad, he hecho trampa. ¿Cómo habéis llegado a esa conclusión, oh señorita prudente?

—¡Sabíais que era cierto! —protestó ella—. No es honesto hacer apuestas a sabiendas de que vais a ganar.

Bryght se rió.

—Qué noción del juego tan singular tenéis. No es de extrañar que vuestro hermano pierda constantemente. —La cogió rápidamente en sus brazos y la llevó retorciéndose hasta el sofá, donde la sentó sobre su regazo.

Cuando Portia intentó escurrirse, él utilizó la fuerza otra vez y ella tuvo que detenerse.

—¡Esto es tan injusto! —siseó—. Sabéis que no tengo fuerza para librarme.

—Si tengo un as, lo saco. Si fuerais más lista, aprenderíais a no apostar contra algo seguro.

—¡Estaba segura de que conocía mi Biblia!

Portia estaba desesperada, no por su destino aquí, sino porque su resistencia se estaba fundiendo como la cera de una vela. La cercanía era más dulce que un buen vino, él iba a conseguir hacerla reír en cualquier momento. Eso sería señal de una derrota total.

—Si queréis tener éxito en el juego —le aconsejó él, acomodándose confortablemente como si se sintiera verdaderamente desahogado en este momento—, estudiad a los jugadores tan bien como las cartas. Necesitáis una mano buena de verdad si queréis apostar contra mí.

—No tengo ningún deseo de convertirme en una jugadora, con éxito o sin él. —Volvió a intentar liberarse, pero descubrió que era imposible escapar a su asimiento—. Milord, sobadme. Esto es intolerable.

—Yo lo encuentro altamente tolerable, y vos tenéis alma de jugadora.

í —¡No!

—¿Entonces por qué os lanzáis a apostar con tal entusiasmo? He hecho algunas indagaciones. Vuestro padre fue jugador en su época, y luego se pasó a la especulación industrial.

—Y se arruinó. Aprendí de eso.

—No tuvo suerte. O tal vez simplemente se precipitaba, como vos. —La obligó a descansar sobre su pecho—. ¿Sois atrevida, verdad? —susurró—. Depende de lo que queráis ganar…

Era insoportable. Era demasiado íntimo, demasiado perturbador, y se acercaba demasiado a la verdad.

—Besadme ya, milord, si es ése vuestro precio, y acabemos con esto.

—Pero nunca especifiqué los términos de la apuesta. De verdad, deberíais prestar más atención a ese tipo de cosas ¿no creéis?

Portia se giró para mirarle fijamente a los ojos.

—No pagaré un precio disparatado, milord. —Vio que él la entendía.

—Difícilmente esperaría algo así aquí, querida mía. ¿Pagaréis con un beso?

Portia desconfió de su tono, pero quería dejar esto zanjado antes de cometer aún más tonterías.

—Sí.

—¿Dais vuestra palabra?

—Sí.

La soltó.

—Entonces dadme un beso.

Portia se le quedó mirando, luego se adelantó para darle un leve beso en los labios. Quedó atrapada antes de poder escapar.

—No es un pago justo —susurró él—. Un beso adecuado. Un beso de amante.

—No especificasteis.

Los ojos de él relumbraron llenos de un divertimento exasperante.

—Pero estoy estableciendo ahora las condiciones.

—Os detesto. Quiero que lo sepáis.

—Ya veremos —dijo con una calma exasperante—. ¿Vais a besarme? Si no, tendré que pensar en alguna otra prenda...

Portia ansiaba ponerle en evidencia, pero sabía que en este caso estaba dominada.

—¿Lo prometéis? ¿Un beso y todo habrá acabado?

—Lo prometo.

—¿Me dejaréis en paz? ¿Dejaréis de acosarme? Él abrió mucho los ojos.

—¿Acosar? ¿Es eso lo que estoy haciendo? Pero sí, si es vuestro deseo, os dejaré en paz después de un beso en condiciones, un beso de amante.

Portia presintió que estaba ante otro tipo de apuesta. Él estaba apostando a que, tras el beso, ella no querría que la dejara en paz, más bien querría acabar en su cama. Portia estaba apostando a que podría resistirse. Se parecía de forma horrorosa a la apuesta de la noche anterior, la que había perdido de un modo tan horroroso.

Pero esto era diferente. No había nadie desnudo, y no era más que un beso.

Tragó saliva con nerviosismo.

—Sé poco de besos de amantes, milord. Debéis excusarme si mis esfuerzos no son convincentes.

—Si vuestros esfuerzos no son convincentes, os enseñaré hasta que lo hagáis bien.

El corazón de Portia empezó a latir con fuerza y tuvo que humedecerse sus labios resecos.

—Esto no es justo —susurró.

—Sí que lo es. Limitaos a aplicar vuestros labios sobre los míos, querida jugadora, y dejaos llevar por vuestro instinto...

Portia se inclinó hacia delante con vacilación, pero él se recostó aún más y se deslizó hacia un lado hasta quedarse apoyado en el brazo de la meridiana, con ella sobre él a lo largo en vez de sobre su regazo.

—¡Milord!

—Mucho más cómodo. Estáis encima. Tenéis el control. Yo ni siquiera os sujeto. Sólo vuestros labios sobre los míos, Portia, pero recordad que somos amantes...

No lo dijo como si fuera una fantasía, sino más bien la afirmación de un hecho. El cuerpo de ella mostró su conformidad, recordando ya otro momento y otro lugar.

—Oh, cielos.

Él le sonrió a los ojos.

—¿Podéis decir de corazón que no queréis besarme, señorita íntegra?

Portia no sólo quería besarle, quería hacerle —en cierta manera— lo que él le había hecho a ella. Recordó la venganza de la que había hablado Nerissa. ¿Podría besar a Bryght y provocar su deseo, obligán-

dole a marchar luego con la prohibición de volverla a buscar en el futuro?

—¿Un beso y me dejaréis en paz? —volvió a preguntar.

—Si aún queréis que os deje en paz.

De modo que Portia se inclinó hacia delante, pero descubrió que no podía mantener el equilibrio sin apoyarse en los hombros de él. Su casaca de terciopelo era de una suavidad exquisita al tacto de sus palmas.

Descendió un poco más y entonces la alcanzó su olor: un toque de perfume, y otro olor, su olor…

Cuando sus labios se tocaron, los de él se movieron con beneplácito pero no emprendieron ningún asalto. Portia presionó un poco más y él separó los labios de tal manera que un calor húmedo, íntimo,

le produjo un cosquilleo. Entonces ella retrocedió un poco, pero las manos de él la rodearon para mantenerla donde estaba.

—Aún no habéis acabado, espero.

—¡No sé qué hacer! De verdad, no lo sé.

—Intentad esto. —Inclinó levemente la cabeza para que sus labios se ajustaran mejor. Le deslizó las manos entre el cabello y jugueteó con delicadeza en su cuero cabelludo—. Vuestro pelo auténtico es mucho más hermoso —susurró—. Tan sedoso, tan vivo...

El cuero cabelludo era un lugar que el no había podido explorar la noche anterior, y ahora la forma en que le tocaba allí era tan dulce que Portia soltó un jadeo.

—Así —murmuró él contra los labios entreabiertos de Portia—, el beso de unos amantes es íntimo, Portia, todas las barreras se retiran, una degustación del alma. Nunca hemos tenido un verdadero beso de amantes. Relajaos ahora y besadme...

Una mano recorrió la espalda de Portia, o sea que difícilmente pudo hacer otra cosa que relajarse, pero no sabía a qué se refería con lo de una degustación del alma hasta que le degustara a él.

La noche anterior había degustado aquel olor a perfume. Había sido erótico, pero no dulce. Ahora el sabor era sólo suyo, y delicioso. El cuerpo de Portia lo reconocía y se movió como había aprendido a moverse, apretándose más pese a los aros y los corsés que provocaban un crujido enmudecido y sensual a seda.

Era vagamente consciente de que él continuaba tocándole el cuello cabelludo, la nuca, la columna vertebral. Atrayéndole más contra él...

—Dijisteis que sin manos —protestó.

Se detuvo de inmediato.

Así estaba mejor. El también sentía los efectos, lo sabía, y siempre le habían dicho que las pasiones de los hombres eran más fuertes y más desenfrenadas que las de las mujeres. Sólo un poco más, entonces, y él la necesitaría desesperadamente.

Mientras Portia volvía a besarle, se permitió explorar su piel con las manos, sólo por el contacto. Esta noche estaba mejor afeitada, casi lisa. Su pelo era menos sedoso a causa de los polvos. Los músculos de su cuello eran firmes, sintió la sangre pulsando allí,

A Portia le desalentó que él pudiera controlar su pasión tan rápidamente. Durante un momento, él había estado allí loco por ella, sabía que había sido así. Portia le cogió la cabeza y le besó otra vez.

Tras un momento de asombro, Bryght se rió y le devolvió el beso. Enseguida la estuvo besando como ella quería, como la había besado la noche anterior, con todo su cuerpo. Ella también empezó a reírse, riéndose en la boca de él incluso mientras se besaban.

Luego ambos rodaron de nuevo y se cayeron del estrecho sofá, aterrizando en una maraña de seda y terciopelo con él encima. Las carcajadas ganaron el terreno, y sus bocas vagaron por doquier, saboreando, mordisqueando...

Era una locura y Portia lo sabía, pero era la más dulce locura que había conocido el mundo. Él tenía ahora la mano debajo de sus faldas, ¡y no le importaba!

Al final le importó, pero sólo que acabara su recorrido pronosticado. La noche anterior, él no le había tocado el muslo desnudo. Hoy iba a tocarle más arriba...

—¡Prima Portia! —Era la voz horrorizada de lord Trelyn.

La mano de Bryght se quedó paralizada.

Cuando Portia alzó la vista vio que la mirada de él se enfriaba de pronto y se volvía vigilante. Luego le sonrió para tranquilizarla. Con eficiencia destacable, consiguió que ambos se pusieran en pie en buen estado para encararse a lord Trelyn.

Entonces, sólo entonces, Portia recuperó el juicio y se percató de lo que había hecho. No entendía cómo había sucedido, pero finalmente había demostrado que su madre tenía razón. Había tentado a la fortuna, se había creído más lista que los demás, y ahora lo había perdido todo.

Porque no sólo era lord Trelyn quien les había visto. La majestuosa lady Willoughby estaba con él, y desde detrás se asomaban un lacayo y una doncella con ojos como platos. La historia recorrería todo Londres en cuestión de horas.

Dios bendito, ahora entendía a Oliver, quien siempre pensaba que ganaría la próxima vez.

Portia se volvió para ocultar su rostro contra el objeto conveniente más próximo —el pecho de Bryght—, luego se apartó con aversión.

—Vamos, vamos, prima Portia —dijo lord Trelyn—. Después de

una exhibición tan repugnante, no podéis convencernos de que lord

Bryght os estaba forzando.

Portia se percató de que un lado de su corpino se había rasgado, y corría serio peligro de dejar su pecho expuesto. Se lo sujetó para mantenerlo cerrado.

—No estoy intentando convenceros de nada—dijo escuetamente. Intentó soltarse el broche de perlas con una sola mano para poder emplearlo para arreglar el vestido.

Bryght se acercó para ayudarla, pero ella se dio media vuelta furiosa. Era su culpa. Él había empezado todo esto.

—Hablaremos más tarde —dijo lord Trelyn con frialdad—. ¿Dónde está mi esposa?

Portia se volvió al oír eso, consciente de nuevo de toda aquella lamentable situación. ¿Qué debía hacer ahora? Tal vez ya no tuviera importancia, pues con toda seguridad ya había caído en desgracia.

Pero la puerta contigua se abrió y salió Nerissa por ella, en perfecto estado y mostrando una moderada curiosidad.

—¿Qué es todo este revuelo? ¿Qué sucede aquí? Lord Trelyn se fue junto a su esposa, pero consiguió también dar una rápida ojeada al interior de la pequeña antesala.

—¿Qué has estado haciendo, querida mía? —Su tono era mesurado pero desconfiado.

Nerissa se apoyó en sus brazos.

—Me sentía un poco indispuesta, Trelyn. El olor a comida me revolvió el estómago, de modo que Portia me acompañó amablemente hasta aquí. —Se volvió a su anfitriona—. Siento haber invadido vuestras habitaciones privadas, lady Willoughby, pero necesitaba unos pocos momentos de paz. Mi estado, ya me entendéis… —Luego se volvió a Portia con inocencia perpleja—. Vaya, ¿qué ha estado sucediendo?

—He venido en tu busca —dijo entonces lord Trelyn— y me he encontrado a tu prima y a lord Bryght en una situación de lo más indecente.

Nerissa abrió aún más los ojos.

—¡Prima Portia! —exclamó—. Estoy asombrada. De cualquier modo, ante algo así, no queda otra solución que el matrimonio. Portia cejó en sus intentos de soltar el broche.

—¡Desde luego que no!

—Pero es esencial —dijo Nerissa de corazón— o no te quedará ni un vestigio de reputación, ni siguiera aunque luches… «como una amazona.»

Portia soltó un resuello y miró a Bryght. Sin duda él encontraría la salida a este enredo, ya que desearía el matrimonio tan poco como la.

Pero él tomó un lento y elegante pellizco de su caja de rapé.

—Por supuesto, estoy de lo más encantado de casarme con la searita St. Claire. Nuestra pasión resulta ser a la vez abrumadora y de:iosa, de modo que una vez esté bendecida, todos podremos estar luchísimo más cómodos.

—Pero, bueno, ¡la verdad! —murmuró, lady Willoughby.

—Me alegro de que todo pueda tratarse de forma conveniente -dijo lord Trelyn con inesperado entusiasmo—. Lo organizaremos, en cosa de una semana.

Portia se sentía igual como si se hubiera quedado enredada en una id.

—¡No voy a casarme con él!

Sin embargo, al ver la mirada deliberada de Nerissa, optó por que-.arse callada. No estaba aceptando su derrota, sólo posponiendo la

liscusión. Nerissa no podía tener motivos para forzar esta unión, y ma vez tuvieran un momento de conversación, el asunto podría aclaarse.

—Nos marcharemos discretamente —dijo lord Trelyn—. Lady yilloughby, si pudierais mandar a por nuestras capas. —Se volvió a iryght—. Puesto que la señorita St. Claire es prima de mi esposa, ten-;o cierta responsabilidad. ¿ Os veré mañana para discutir los preparaivos?

Bryght hizo una inclinación.

—Estoy a vuestro servicio, Trelyn. —Se volvió a Portia y soltó el)roche. Cuando ella intentó resistirse, él murmuró—: Mostrad un poco le cordura, *mignonne.* —Su rostro era de lo más indescifrable, pero no parecía furioso ni alarmado. Ya debería entrever la salida de todo esto.

De modo que Portia se relajó mientras él le sujetaba el vestido, pero intentó no demostrar los escalofríos que los leves toques de sus dedos le producían en sus nervios sensibilizados en exceso. ' Cuando él acabó, le rozó los labios con los suyos. ? —Hablaremos después —dijo en tono suave—. Buenas noches, ¿ulce desvergonzada.

Con una inclinación irónica a los Trelyn, salió de la habitación. I Portia inspiró profundamente, aliviada de que Bryght se hubiera marchado. No podía pensar con claridad si él estaba en la habitación. Ahora su cerebro se estaba aclarando y vio que no tenía nada que te-

mer. Con la calma de la mañana, los desgraciados sucesos podrían ex-

plicarse sin problemas.

—Un Malloren —soltó lord Trelyn con desdén—. Me habéis decepcionado enormemente, prima Portia. Que una dama bajo mi protección se comporte de tal modo...

Continuó adoctrinándola largo y tendido, y Portia decidió que lo más prudente era bajar la cabeza y aceptar la regañina. Se lo merecía por permitir que su deseo impúdico superara el comedimiento y el buen juicio. Y por apostar. Como había dicho Bryght, debía de llevarlo en su sangre. Tenía suerte de que las consecuencias no fuera mucho más graves.

La charla continuó en el carruaje durante todo el recorrido de regreso a la mansión Trelyn, pero cuando la conmoción empezó a aminorar en Portia, se percató de algunas cosas inquietantes. Sospechaba que lord Trelyn estaba actuando como pensaba que debía hacer en vez de hablar por convicción profunda. En él no había un enfado real, y pudo captar con una rápida ojeada una expresión en sus ojos que podría ser regocijo.

Y aunque Nerissa aportó algunas exclamaciones de escándalo y

horror, una misma ojeada demostró que parecía tan contenta como un

gato que acaba de atiborrarse de nata. Podría ser simplemente la satisfacción procurada por su amante, pero Portia no lo creía. La manera

en que Nerissa la miraba era de lo más inquietante.

Pero, ¿por qué la desgracia de Portia iba a complacer tanto a estos dos? No había hecho nada para perjudicarles. Por otro lado, Nerissa había dado muestras de resentimiento hacia Bryght Malloren.

De regreso en la mansión Trelyn, a Portia la enviaron a la cama como a una niña traviesa, pero se sintió suficientemente complacida de poder escapar.

Mientras se preparaba para acostarse, se reprochó a sí misma por su estupidez. Había pensado que podía controlar su naturaleza desvergonzada, pero sabía que sólo la llegada de lord Trelyn la había salvado de su verdadera ruina. Nunca más volvería a ser tan alocada.

Tuvo que aceptar que su cuerpo, sensato normalmente, se volvía loco en brazos de Bryght Malloren. Incluso ahora, una pequeña parte de ella confiaba en que se produjera el horroroso matrimonio, para poder saborear la pasión en toda su plenitud.

De repente se imaginó a Bryght Malloren, desnudo, aquí en su cama, esperándola...

¡Oh, esto era ridículo!

Se acomodó en la caliente cama vacía, repitiéndose que no quería tener nada que ver en absoluto con Bryght Malloren, notorio vividor y Jugador.

«Entonces deberías haber dejado de besarle en cuanto le pagaste la deuda, ¿no es así?»

Portia se dio media vuelta *y se* arregló la almohada con unos golpes, deseando poder dar a *-su* mente también la forma que le conviniera.

«Y nunca habrías caído en esta situación delicada si no hubieras permitido que te arrastraran a hacer una apuesta.»

Y eso era cierto. Bryght la había atrapado como el halcón embaucador que era, haciéndola creer que estaba segura de ganar, tentándola luego a apostar por más de lo que podía.

—Nunca volveré a apostar —dijo en voz alta—. Nunca.

Con aquello decidido, tenía que enfrentarse a las consecuencias áe su locura. ¡Durante este breve momento estaba prometida en matrimonio a Bryghr Malloren! Reprimió un acceso de excitación y se recordó que lo que requería en un marido era que fuera digno de su confianza, y ciertamente que no fuera un jugador.

Ni siquiera un jugador guapo, capaz de volverla loca sólo con tocarla una vez.

Nadie podía obligarla a casarse. No había presión suficiente que la llevara a casarse por propia voluntad, y la ley de lord Hardwick ya hacía diez años que había perdido su vigor. En la actualidad, los matrimonios tenían que solemnizarse de forma conveniente en lugares aprobados, y todas las partes debían estar claramente conformes.

Mientras sus nervios se serenaban, Portia se rió un poco a causa de su locura. ¿De qué tenía miedo? ¿De que Bryght Malloren la narcotizara y la arrastrara hasta el altar? Debía de estar tan consternado como

ella por su situación. Una cosa era que quisiera tener una breve relación con ella, pero no tenía ningún deseo de unirse legalmente a una solterona vulgar y sin dinero.

A Portia le preocupaba un poco el regodeo de los Trelyn. Sabía que ninguno de ellos deseaba ningún bien a Bryght, pero, ¿era resultado de eso, de que simplemente les complacía verle en una situación comprometida? ¿Intentarían forzar el matrimonio para poder aumentar su desazón?

Bueno, ¿y qué si asiera?

Portia se recordó una vez más que vivían en tiempos modernos en los que los matrimonios a la fuerza ya no eran posibles.

Capitulo 16

Cuando una doncella le trajo el chocolate a la mañana siguiente, Portia no estaba bien descansada. Le había costado conciliar el sueño, alterado luego por sueños de raptos, de Trelyn sonriendo burlones y halcones rapaces. Debajo de todo estaba el reconocimiento exasperante del poder que Bryght Malloren ejercía sobre ella.

Portia era de naturaleza demasiado honesta como para negarlo y, de cualquier modo, creía que era mejor enfrentarse a un problema que pasarlo por alto.

Por consiguiente, con la cordura de la luz del día, se recordó mientras daba sorbos a su chocolate que lo que aquí estaba en juego era su vida, no una pocas noches de placer. Sería una locura unir su destino a un hombre así por el mero placer de la carne.

¿No era cierto?

Pero, oh, qué placeres…

Inclinó la mano distraídamente y el chocolate se vertió salpicando la impoluta colcha blanca.

Con una mueca, colocó la taza en un velador junto a la cama e intentó limpiar la marca con su pañuelo. Era inútil. Temió que la seda se hubiera echado a perder. Confió en que aquello no fuera una señal.

De hecho, probablemente lo era. Si no se mantenía firme, su vida estaría acabada. Lo único que tenía que hacer era mostrar resolución cuando Bryght Malloren se presentara a discutir sobre su matrimonio, y negarse rotundamente. Portia se vistió con sencillez y esperó a que la llamaran.

Tras una fastidiosa hora, empezó a sospechar que tal vez las cosas se estuvieran decidiendo sin contar con ella, de modo que se fue en busca de Nerissa. Para su sorpresa, descubrió que su prima no se hallaba en su salón privado, sino en el salón blanco, en íntima conversación con lord Trelyn.

—Oh, prima Portia —dijo el conde, esbozando incluso una sonrisa—. Venid. Estábamos planeando vuestra boda. No temáis, será un asunto discreto…

Los nervios de Portia se crisparon.

—No habrá ninguna boda.

—La celebraremos aquí…

—¡No habrá ninguna boda!

El conde la miró con leve sorpresa.

—Tiene que celebrarse una boda. No tenéis otra opción.

——¡Por supuesto que la tengo! Puedo negarme a aceptar los votos.

—No lo recomendaría. —La sonrisa astuta de Nerissa tenía la intención de recordar a Portia el control que tenía sobre ella.

Portia se la quedó mirando, transmitiendo una amenaza comparable.

—Mi reputación no corre peligro —declaró.

—Querida, no seas insensata. Tu reputación está hecha añicos. Pero se puede recomponer perfectamente mediante un rápido matrimonio. ¿A qué tanta vehemencia? El novio es un hombre apuesto y de buena cuna.

—Y además está claro que le encontráis agradable —añadió lord Trelyn.

Portia se llevó las manos a sus ardientes mejillas.

—Admito que permití que... la atracción física me llevara por el mal camino. Pero realmente no ha pasado nada. No quiero casarme con ese hombre.

—Pero, ¿por qué no? —preguntó Nerissa, aparentemente con curiosidad genuina.

—Es un jugador.

—Todo el mundo lo es —dijo Trelyn.

—¿Lo sois vos, milord?

—No. —La miró con un toque de compasión—. Prima Portia, si pensáis así, es una lástima que permitierais que vuestras pasiones vencieran a vuestro buen juicio, pero lo que está hecho, hecho está. No permito que ningún escándalo afecte a mi casa. Debéis casaros.

Portia comprendió que hablaba completamente en serio. Miró a su prima y aplicó un matiz de amenaza a sus palabras:

—¿Nerissa?

Nerissa parecía totalmente tranquila.

—Debes casarte con él, Portia. Si apostaste y perdiste, ahora debes pagar.

Al oír el eco de las palabras de Bryght, Portia sintió ganas de asesinar a alguien, preferiblemente a ella misma. ¿Por qué diantres había permitido que la incitaran a apostar?

¡Dos veces!

Nerissa era también una jugadora, y ahora estaba desenmascarando el farol de Portia. Portia se dio cuenta de que no podía traicionar a su prima. No estaba segura de que hacerlo fuera a mejorar su situación, ni estaba segura de que la creyeran. Si se decidía a hacerlo, lord Trelyn podría creer que la historia respondía al mero despecho.

Portia cambió de táctica.

—Lord Trelyn, siento mucho haber traído la vergüenza a vuestra casa. Por supuesto, me marcharé de inmediato.
Los labios del conde hicieron una mueca.

—De ninguna manera puedo permitir que vaguéis por Londres sin un céntimo, prima.

—Sois extremadamente amable, milord, pero no estoy sin un céntimo.

El alzó sus delgadas cejas.

—¿Os referís tal vez a cierto dinero que teníais en un monedero en vuestro cajón? Es una insensatez mantener una suma así donde sea una tentación para los criados.

Lo he puesto en mi caja fuerte.

Portia empezó a sentir una palpitación de pánico en su pecho.

—Entonces os pido que me lo devolváis, milord.

—Creo que sería más prudente que lo pusierais al cargo de vuestro marido dentro de unos pocos días.

—¡Eso es un robo!

La mejillas del conde se ruborizaron.

—¡No sabéis comportaros! Mi deber es ocuparme de tales asuntos por vos.

—¡No tenéis ningún deber para conmigo, milord! Regresaré a mis habitaciones en Dresden Street. Hemos pagado la comida y el carbón, de modo que podré sobrevivir allí hasta que regrese mi hermano. El es el cabeza de familia y hablará con vos de este asunto.

—¡Portia, estás siendo muy desagradecida! —reprendió Nerissa—. Trelyn se limita a disponer las cosas en tu provecho, y le respondes con reproches. Si te vas de esta casa, la gente dirá que te hemos puesto en la calle por tu conducta escandalosa.

—Les explicaré otra cosa —protestó Portia. Lord Trelyn continuó:

—Me temo querida prima que en los círculos en los que os movéis, vuestras palabras no puedan ser tomadas en serio, prima Portia. No puedo permitir tonterías de este tipo. Hasta que regrese vuestro hermano, tendréis que permanecer bajo mi protección. Enviaré un mensaje a vuestra patrona para pedirle que nos informe en cuanto sir Oliver regrese a Londres, y para asegurarnos de que no os apoya en esta locura.

Portia podría haber protestado más, podría haberles amenazado con la ley, pero intuía la soga del poder y de la influencia apretándose en torno a ella.

—Me retenéis como prisionera —afirmó con la boca seca.

—¡Prima! —exclamó lord Trelyn con furia—. ¿Cómo podéis pensar algo así? Mi obligación es garantizar vuestra seguridad, eso es todo. No lleváis suficiente tiempo en Londres como para comprender que es una ciudad llena de peligros.

Considerando los pocos días que llevaba en Londres, a Portia aquello le pareció divertidísimo.

—Persitid en esta actitud —añadió con severidad— y empezaré a pensar que la conmoción por vuestra situación os ha hecho perder el juicio.

Cualquier tentación de encontrar aquello gracioso se esfumó. Trelyn la estaba amenazando con el manicomio.

—Vamos, vamos —dijo con tono más moderado—. Si lo pensáis un poco, descubriréis que no es un asunto tan malo. Tendréis una boda, todo lo encantadora que podamos organizar en tan breve plazo. Lady Trelyn me asegura que habrá un bonito vestido listo a tiempo. Y pronto formaréis parte de una de nuestras grandes familias. Podéis salir de la casa cuando deseéis. Sólo insisto en que lo hagáis debidamente acompañada por vuestra propia seguridad.

Portia miró a uno y otro de sus dos perseguidores, luego giró sobre sus talones y se marchó. Se detuvo en el pasillo y tomó una bocanada de aire, esforzándose por contener el pánico. Debía mantener las ideas claras.

No podían obligarla a casarse, no con los tiempos que corren. ¡No podían!

Al ver a un lacayo que la observaba con curiosidad, se apresuró a subir al santuario de su habitación. Por si acaso, revisó los cajones, pero lord Trelyn le había dicho la verdad. El dinero ya no estaba allí

De modo que no podía regresar a Dresden Street, y no podía pagarse un asiento en la diligencia a Dorset. No permitiría que el pánico se apoderara de ella. Oliver regresaría pronto, y si fuera necesario, escaparía y huiría al lado de Fort. Él pondría fin a toda esta locura.

Empezó a calmarse y se concentró en intentar entender los motivos de los Trelyn. Lord Trelyn era capaz de parecer tan noble y virtuoso que ella casi se creía que lo que le movía era el bienestar de Portia. No podía creer eso de Nerissa. ¿Le seguía la corriente a su marido, o tenía motivos más oscuros?

Con un brevísimo golpe en la puerta, Nerissa entró sonriente.

—Qué inteligente por tu parte atrapar a Bryght, querida. Portia se contuvo.

—No he atrapado a Bryght. No quiero tener a Bryght. Nerissa soltó una risita coqueta.

—¡Tus feroces protestas lo demuestran! Portia, todo el mundo quiere tener a Bryght Malloren.

—¿Incluida tú? —replicó con rudeza Portia—. Si es tu amante ideal, Nerissa, ponle en el lugar de lord Heatherington. El ataque dejó a Nerissa desconcertada.

—Oh, en algún momento esperé tener a ambos —admitió— pero Heather se amolda muy bien a mí. La boda será el miércoles a las...

—No estaré allí.

La sonrisa de Nerissa dejó de ser tan afable.

—A mí me parece que sí.

La creencia de Portia en la imposibilidad de que la obligaran a ir al altar empezaba a debilitarse.

—¿Por qué? ¿Por qué tú y lord Trelyn os mostráis tan inflexibles respecto a una boda que no conviene a ninguna de las partes?

Nerissa se instaló en un sofá en una nube de seda perfumada.

Aquel perfume.

Lord Heatherington.

Portia comprendió que Nerissa había sido la autora de aquella carta desagradable, y que lord Heatherington probablemente era Hércules. No parecía tener mucha importancia en aquellos momentos, aparte de que confirmaba la vileza de su prima.

Y de que a Bryght le había importado. Había amado a Nerissa...

—¿Por qué? —musitó Nerissa—. ¿De veras lo quieres saber?

—Sí.

Nerissa se encogió de hombros.

—No te servirá de ayuda. A Trelyn le motiva el deseo ardiente de

ver a Bryght entretenido con alguna otra mujer que no sea yo. Se cree

esa cortina de humo a pies juntillas.

Portia se sentó también, y encontró cierto alivio en el hecho de que pareciera haber llegado el momento de sincerarse.

—¿Es eso todo lo que Bryght es para ti, una cortina de humo?

—Si no te interesa ese hombre —preguntó Nerissa—, ¿por qué estás celosa?

—¡No estoy celosa!

Nerissa se reclinó hacia atrás con aire lánguido.

—Entonces no te importará que quisiera casarse conmigo...

—¡Y tú preferiste a un hombre más rico!

—... ni que él y yo fuéramos amantes.

Portia apartó la vista de aquellos ojos gatunos tan perspicaces, consciente de un dolor próximo al corazón. No sabía qué era peor, que Bryght hubiera querido casarse con Nerissa o que tal vez él le hubiera aplicado aceite perfumado en los pies. ¿Le habría hablado de su belleza, y habría jugueteado sobre su piel con la lengua y los dientes...?

Consiguió adoptar un tono despreocupado para decir:

—Si Bryght y yo nos vemos obligados a casarnos, ¿no acabaría eso con tu cortina de humo?

—Ay, sí, pero las compensaciones me resarcirían. Portia se volvió a ella abruptamente.

—¿Qué compensaciones?

—No podrá casarse con Jenny Findiayson. El dolor de Portia se intensificó.

—¿Crees que la quiere? Nerissa estalló en carcajadas.

—¡Quererla! Oh, serás simplona. Eres tan divertida. Bryght quiere su dinero. Necesita su dinero. Me he molestado en enterarme de los asuntos financieros de Bryght Malloren, y en la actualidad está prácticamente sin un penique. Dios sabe dónde irá a parar el dinero, ya que tenía una fortuna modesta cuando me cortejaba... de otro modo, no le habría tenido en cuenta. Supongo que finalmente le habrá abandonado la suerte en las mesas de juego, aunque también he oído rumores que apuntan a que ha metido dinero en la loca aventura de Bridgewater.

—¿O sea que quieres que me case con un jugador arruinado? ¿De eso se trata?

—¿Arruinado? En cierto modo, no veo a Bryght arruinado. Y sigue siendo un Malloren, lo cual vale mucho. Pero sólo es el segundo

hijo de los Malloren, y por lo tanto depende de la generosidad de Rothgar. Puedes imaginar cómo le irrita eso. Una vez perdida la fortuna que tenía, la única puerta que le queda para la libertad es un matrimonio con una fortuna. Una buena fortuna. Casarse contigo le haría depender de Rothgar para siempre. ¿Iba a ser ella la prisión de Bryght?

—¿Por qué le odias tanto? —susurró Portia. El rostro de Nerissa casi se contrae.

—Tengo mis razones, y esto me lleva a mi otro motivo. Obra en su poder una carta mía.

—Lo sé, y deberías sentirte avergonzada.

Por una vez, había dejado a Nerissa sin palabras.

—¿Lo sabías? ¡Y yo que te tenía por tan inocente!

—Si te refieres a mi integridad, es cierto.

—¿Cómo entonces estás tan familiarizada con una cana que Bryght guarda en su mesilla?
Portia se ruborizó.

—No sé nada de su dormitorio. Me enteré en otro lugar. ¿ Qué tiene que ver esta carta con mi matrimonio?

—¿ Quién mejor para encontrar una carta que se guarda en un dormitorio que una esposa?
Portia la miró fijamente.

—¿Vas a obligarme con tus trampas a una boda repugnante sólo para que robe una carta?

—Pues, por supuesto. Y llamar repugnante a una boda con Bryght sólo puede calificarse de ridículo.

—¡Pues entonces soy ridicula! No puedes obligarme a casarme con él, Nerissa. Me iré andando a Dorset si hace falta.

Por primera vez, Nerissa no pareció tan satisfecha consigo misma.

—Si te niegas, el mundo entero se enterará de la identidad de Hipólita.

Portia sintió un estremecimiento pero confió en disimularlo.

—Que sea lo que tú quieras. Mi destino es una vida de oscuridad en la que eso no importará mucho.

—Sobrevaloras la tolerancia provinciana. —No obstante, Nerissa ya no parecía tan segura de sí misma—. ¿ Y qué me dices de tu hermano?

—¿Qué sucede con él?

—Si el mundo explica tu vergüenza, sir Oliver tendrá que defender tu honor.

Portia se resistía a este nuevo lazo que formaba la cuerda.

—¿Y desafiar a Bryght? ¿Por pagar mis servicios en un burdel? Difícilmente.

—¿Sería una novedad, verdad? No, creo que él encubriría tus aventuras más desvergonzadas. Pero oiría calumnias sobre tu comportamiento en casa de los Willoughby, y se enteraría en tales circunstancias que no tendría otra opción que desafiar al difamador. Por supuesto, nos aseguraríamos de que su oponente fuera más diestro con la espada. —Nerissa se inclinó hacia delante, con mirada dura y fría—. Vas a casarte con Bryght Malloren y recuperar mi carta, Portia, porque si te niegas, condenarás a tu hermano a muerte.

Portia empezó a temblar.

—¡No puedes hacer esto!

—Te lo aseguro, sí que puedo. Siempre hay espadas en alquiler.

—Intuyendo la victoria, Nerissa se repantigó en el sofá, una vez más como la predadora complacida—. Y Bryght podría verse forzado también a un duelo. No te cae bien, pero, ¿quieres llevar el peso de su muerte sobre tu conciencia?

—Si consigo la carta de alguna otra manera —preguntó Portia con desesperación—, ¿renunciarás a este plan?

—Oh, no —dijo Nerissa—. Es una venganza demasiado perfecta.

—Se levantó y se sacudió las faldas, provocando una oleada de esencia
de Attar de Rosas que provocó náuseas en Portia—. Te casarás con Bryght el miércoles, Hipólita. No te dejaré tiempo para escapar. Ahora debo irme. Hay tanto que hacer si queremos preparar un boda apresurada digna de todos nosotros.

La puerta se cerró con un chasquido detrás de ella y Portia permaneció sentada inmóvil como una estatua de piedra. Era demasiado. Podría soportar casi cualquier cosa en sus propias carnes, pero no podía condenar a Oliver y a Bryght a muerte. El lazo finalmente se había estrechado sin dejar esperanzas de escapatoria.

Bryght almorzaba poco convencido de si las cosas iban resolviéndose
bien o mal. Había decidido que quería conquistar el corazón y la mano de Portia St. Claire y ahora parecía que tendrían que casarse.

No obstante, no era la misma cosa.

No estaba en absoluto seguro de que un matrimonio así le ganara el corazón de ella, pues se había mostrado completamente alarmada ante la perspectiva. Si ella hubiera tenido a mano una pistola, sin duda le habría disparado, y delante de testigos, además.

Volvió a llenarse la taza de café, sonriendo al pensar en su desaforada amazona. La noche anterior había reafirmado ser tan ardiente en el amor como de carácter, y se moría de ganas de que le redujera a él a cenizas.

Rothgar entró y *Boudicca* fue a reunirse con *Zeno* junto al fuego.

—¿Te divierte la cafetera?

Bryght intentó recuperar la seriedad en su rostro.

—Me divierte el destino. Puedes felicitarme. Bey. Voy a casarme. Rothgar se estaba sirviendo él mismo de los escalfadores, pues no

permitían que los sirvientes rondaran durante el desayuno. Su mano

se quedó paralizada mientras cogía una cuchara.

—Tal vez no lo haga. ¿Con quién?

A Bryght le sorprendió que su hermano mostrara una oposición tan manifiesta.

—Dudo que la conozcas. La señorita Portia St. Claire de Overstead, Dorset.

Los ojos oscuros de Rothgar le estudiaron durante un momento y luego continuó llenándose el plato.

—La prima de Nerissa Trelyn.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Me la presentaron anoche. Baja, delgada, pelo rojo. No es de tu estilo habitual. —Fue a sentarse a la mesa.

—Eso debería complacerte. No mirabas con buenos ojos a las demás aspirantes.

—Dependería de tus motivos. Ahora me he convertido en defensor del matrimonio por amor.
Bryght se rió.

—¿Tengo que expresarte mis buenos deseos?

—Un converso sólo filosófico. ¿Por qué te casas con ella?

—Eso no es de tu incumbencia —contestó Bryght en tono amistoso.

Durante un momento dio la impresión de que Rothgar fuera a insistir, pero luego dijo:

—Cierto. ¿Cuándo te casas con ella? Tal vez tenga algún interés práctico en eso.

—No estoy seguro, pero pronto.

—Ah. —Había abundantes significados en aquella palabra y el gesto con las cejas alzadas que la acompañaron.

Bryght se sintió como un maldito colegial culpable.

—Su virginidad continúa intacta, Bey. O al menos prácticamente.

—Pero no lo suficiente, deduzco. Bien, que sea como tú quieras. El honor por encima de todo. Supongo que Elf debería venir para añadir reconocimiento a la muchacha.

—La «muchacha» tiene veinticinco años. Rothgar alzó las dejas.

—¿De veras? Parece más joven. Aun así necesitará reconocimiento y apoyo, y dudo que los Trelyn sean un baluarte a toda prueba. ¿No quieres que tu hermana vaya a tu boda?

La aceptación de Rothgar le resultaba a Bryght más dura de encajar que su oposición.

—Estaría encantado, por supuesto. ¿Por qué no todo el clan? Brand, Cyn y Chastity, Hilda y Steen y su familia...

—Cyn y Chastity aún están recién casados —dijo Rothgar con tono imperturbable—. Y a Hilda y su prole les pilla un poco lejos. Brand, Elf y yo, junto con unos pocos parientes lejanos que estén en la ciudad, formamos una presencia familiar suficiente. Un aura de respetabilidad.

—Una concentración de Malloren difícilmente podrá transmitir respetabilidad.

—Al menos silenciará las lenguas más fastidiosas. ¿Qué hay de Candieford?

—No, gracias. —Bryght sintió que su mandíbula se tensaba.

—Necesitarás un hogar. —La mirada oscura de Rothgar era indagadora, lo cual significaba que Bryght no podía apartar la vista.

—¿No seremos bien recibidos aquí y en la Abadía?

—Por supuesto que sí.

—Entonces es ahí donde viviremos hasta que pueda permitirme comprar un lugar propio.

—Cuan burgués —comentó Rothgar arrastrando las palabras.

Bryght se levantó y salió sin decir palabra, con *2,eno* apresurándose detrás para alcanzarle.

Bryght lamentó en cuestión de momentos haber permitido que Rothgar le hiriera en lo más vivo. No era razonable no permitir que su hermano comprara una propiedad y le cediera a él su uso. No recibía ninguna remuneración especial por su trabajo, que había incrementado terriblemente la fortuna de la familia, sólo percibía la parte normal asignada a todo los varones Malloren más jóvenes.

Por derecho, casi toda la propiedad Malloren pertenecía a Rothgar únicamente. Su padre había dejado dotes a las chicas, y la dote de la marquesa había ido a sus tres hijos: Bryght, Brand y Cyn. Su tempra-

na muerte había demostrado que era suficiente para proporcionarles

un comienzo en la profesión que escogieran seguir. No era suficiente, no obstante, para mantener la ociosidad de éstos durante el resto de sus vidas.

El grueso de la propiedad había ido, por supuesto, al nuevo marqués de Rothgar.

Rothgar, sin embargo, había decidido que su uso no fuera exclusivo para sus propios intereses. Había decidido que los negocios del marquesado proporcionaran empleo a todos los varones Malloren, y que todos recibieran unos generosos ingresos por ello.

Rothgar había ideado esta estructura de acuerdo con el talento de cada uno de sus hermanos. Bryght había sido introducido a los deleites de las finanzas y las inversiones. Brand, cuyos gustos eran más prácticos, estaba al cargo de las veinte o más fincas que componían el marquesado. Cyn, el más joven, había sido destinado a los asuntos legales.

Cyn, no obstante, había rechazado aquel plan y se había unido al ejército. Era el único fracaso de Rothgar. Aquello también había enseñado algo al marqués acerca de la gente: que, gracias a Dios, no siempre puede modelarse a voluntad de uno.

Cyn había aceptado su parte de la dote materna, pero se había negado a otras ayudas financieras. De todos modos, Rothgar le reservaba su parte de los beneficios familiares. Si él no la tocaba nunca, un día pasaría a sus hijos.

Hilda y Elf también recibían pequeños ingresos.

En términos generales, Bryght estaba de acuerdo con estos arreglos, pero no le gustaba sentir dependencia de Rothgar. Era su propia falta, qué puñetas, no tener suficientes fondos en efectivo para comprar Candieford, y tendría que vivir con aquello. Difícilmente podría esperar que todos sus sueños se hicieran realidad. Tener a Portia como esposa sería suficiente.

Bryght subió a cambiarse a su habitación para acudir a su cita con Trelyn. ¿Por qué no iba a hacer aquello con todos los honores? Mientras su asistente le empolvaba, consideró un problema adicional en su situación presente.

Como representante de Portia, Trelyn podría sentirse autorizado a preguntar por la situación financiera de Bryght. Puesto que se trataba de una boda por imposición, decidió Bryght, Trelyn no podría insistir. Bryght podría avenirse a un acuerdo respetable para Portia, y eso tendría que satisfacer a todo el mundo.

Cuando Bryght se presentó en la mansión Trelyn con toda la elegancia de la seda y los polvos, las cosas transcurrieron en gran medida como había esperado. Una vez Trelyn se percató de que Bryght no iba a permitirle indagar en sus circunstancias financieras, establecieron el asunto con suficiente rapidez.

Cuando todo se acordó, Trelyn ofreció un burdeos y Bryght se sintió obligado a aceptarlo. No tenía nada contra el marido de Nerissa aparte de la patente antipatía que éste demostraba hacia él.

El conde alzó la copa.

—Recibid mis felicitaciones, Malloren. La señorita St. Claire es a casi todos los respectos una mujer admirable y sensata.

Bryght reflexionó que una mujer sensata no se metería en tales líos, pero se limitó a decir:

—Eso creo.

Trelyn se aclaró la garganta.

—Confío... eh... confío en que tengáis buenas intenciones para con ella.

Bryght alzó una ceja. El muy carca estaba de veras preocupado. Se le veía ansioso como a nadie por ver esta boda celebrada —y Bryght podía entender bien por qué, el pobre necio— pero le remordía la conciencia.

—¿Por qué no iba a ser así? —preguntó Bryght con tono imperturbable.

—Bien, hay un... eh... elemento de imposición...

—Pero estoy encantado de casarme con la señorita St. Claire. Trelyn se le quedó mirando con el ceño fruncido, sin creerse claramente una palabra de todo aquello.

—¿ O queréis decir más bien que la señorita St. Claire se halla sometida a alguna coacción? —inquirió Bryght.

El rubor que subió a las mejillas de Trelyn fue suficiente respuesta.

—Debo asegurarme de que la dama está dispuesta —dijo Bryght.

—¿Dispuesta? Por supuesto que lo está. Creo que demostró su parcialidad con su comportamiento. ¿Y por qué una simple señorita de campo no iba a estar encantada de hacer una boda tan buena?

—¿Por qué ciertamente? La manera más sencilla de despejar mis preocupaciones es que hable con la señorita St. Claire.

Bryght se quedó mirando pensativo la puerta que el conde cerró tras él. El hecho de que no hubiera llamado a un lacayo simplemente era muy revelador. ¿ Qué demonios estaba sucediendo ?

Sintió la tentación de seguirle, de registrar la casa hasta encontrar a Portia y convencerse de que estaba a salvo, pero supuso que tendría que ser Trelyn quien la enseñara. Entonces tendrían la verdad.

Dio un sorbo al excelente burdeos y reflexionó sobre el hecho de que probablemente su amada no querría ni mucho menos casarse con él. No importaba. No se atrevía a permitirle escapar ahora de esta red. Una vez se casaran, le demostraría que no era tan mal negocio. Y pronto ella misma podría juzgarle por sus acciones. Unas palabras con Heatherington habían descartado cualquier peligro que pudiera presentar esa parte, aunque Heather no era fácil de controlar. No obstante, no daría problemas, a menos que Portia revelara la relación entre él y Nerissa.

En cuanto al dinero, después de un par de noches en las mesas de juego, Bryght confiaba en ser capaz de garantizar a Portia que su hogar estaba seguro. Aparte de su intención de cubrir la deuda de Upcott, tenía un fuerte deseo de exprimir a Prestonly hasta dejarlo seco. Se libraría de Cuthbertson.

La puerta se abrió con un chasquido y Bryght se volvió sintiendo que su corazón se aceleraba un poco. De todos modos, no era Portia, sino lord Trelyn.

—La señorita St. Claire os espera en la sala Laoconte, lord Arcenbryght.

Bryght se levantó y le siguió por el vestíbulo clásico hasta una pequeña sala, en realidad una sección del mismo vestíbulo, en la que esperaba Portia con Nerissa cerca de ella. Lord Trelyn se marchó, y Bryght consideró la situación.

¿Habían elegido esta ubicación de manera premeditada? La estancia era pequeña, pero estaba adornada con tres largas ventanas. Era obvio que el lugar se había diseñado para mostrar una serie magnífica de mármoles griegos que trataban todos el tema de Laoconte, el sacerdote troyano muerto, junto con sus hijos, por una serpiente marina. La visión de tanta gente retorciéndose en las redes monstruosas no era sólo simbólica. Casi producía risa por lo opresiva. Detectó la mano de Nerissa. Bryght echó una rápida mirada a Portia,

confiando en compartir la diversión, pero ella ni siquiera le miraba.

Estaba pálida y casi demacrada.

Maldición.

Bryght se volvió a Nerissa, quien decididamente rebosaba satisfacción.

—Me cuesta creer que necesitemos una chaperona, milady.

—¿Ah, no? Pero ambos parecéis tan dominados por vuestras pasiones. Lord Trelyn piensa que es mejor que permanezcáis acompañados. Insiste mucho en la corrección.

—Desde luego que sí. —Lo dijo con cierto toque de amenaza tras sus palabras y vio que Nerissa tomaba nota con un leve ceño. Sin embargo, no hizo amago de marcharse. Bryght decidió que la carta sería un arma muy bien guardada para una batalla más seria que ésta.

Cruzó la estancia y se sentó al lado de Portia en un frío banco de mármol.

—Me temo que habéis pasado una noche desasosegada, pero todo está en orden. No debéis angustiaros.

Entonces ella alzó la vista para mirarle, pero sin expresión. Sus ojeras eran profundas como magulladuras bajo los ojos.

—No estoy angustiada, milord.

—¿No lo estáis? Entonces vuestros nervios son más fuertes que los míos. No es que la idea de casarme con vos me consterne en absoluto, querida, pero la manera de hacerlo no puede satisfacerme.

—Sois muy amable, milord.

Bryght quería recuperar desesperadamente a su amazona, no a esta mustia muñeca.

—No soy amable en absoluto —dijo con vigor—. Mi egoísmo es intolerable. —Al ver que ella no reaccionaba, supo que no podía obligar a Portia a seguir con esto.

Tomó su helada mano.

—Señorita St. Claire, no soy tan monstruo como para pretender celebrar nuestro matrimonio en contra de vuestros deseos. No ha ocurrido ninguna desgracia seria y, si se produjera algún escándalo, de todos modos no tardaría en desvanecerse. Si no queréis casaros conmigo, debéis decírmelo. Me aseguraré de que no se hable más de este asunto.

Por el rabillo del ojo, vio que Nerissa se agitaba como si estuviera a punto de expresar alguna objeción. Podía entender los deseos de Trelyn para celebrar aquella boda: aquel hombre tenía una obsesión

germina por la corrección, y además le encantaría ver casado a Bryght.

No estaba seguro de los motivos de que Nerissa quisiera ver a su prima casada con él.

Pero, una vez más, Portia le sorprendió.

—Estoy completamente deseosa de casarme con vos, milord. —Lo dijo con tono inexpresivo, poco convincente, pero lo dijo.

¿Qué diantres?

Bryght expresó sus comentarios de deleite y satisfacción apropiados al momento, al tiempo que se preguntaba qué tendría Portia en la cabeza. No obstante, no tenía sentido demorar las cosas, ya que estaba claro que Nerissa no tenía intención de facilitarles un momento en privado. Sacó el anillo que había traído con él y se lo puso en el helado dedo.

Cuando se fue, Portia lo estaba mirando con un leve ceño.

Portia estudió el hermoso anillo —una piedra amarilla rodeada de dia-

mantes— y deseó que simbolizara algo más que una trampa. Se preguntó de dónde lo habría sacado con tal rapidez.

En el aire había quedado el débil rastro de un perfume familiar que oprimió los sentidos de Portia. Contra su voluntad, deslizó su mano sobre el banco y encontró el lugar aún caliente que había dejado él.

—¿Ves? —dijo Nerissa con satisfacción—. ¿A que no ha sido tan duro? Y, la verdad, casi podría envidiarte. Es de un apuesto realmente delicioso, y puedo testimoniar sus habilidades en la cama. Pero, claro que, tú también. ¿No estás ansiosa por completar tu educación... ?

—¡Oh, cállate! —Portia se levantó bruscamente y huyó a su habitación.

Lo peor de todo era que Nerissa tenía razón. Su cuerpo había aprendido las primeras lecciones y ahora ansiaba más. A Portia le atormentaba la idea de que tal vez hubiera una manera de escapar, pero ella permanecía ciega.

Le atormentaba la posibilidad de estar dominada por su deseo por, Bryght Malloren.

Capitulo 17

Bryght caminaba pensativo mientras volvía de regreso a Mariborough Square.

Todo había sido una conmoción, eso lo comprendía, pero aquello no explicaba el estado de Portia. Le había ofrecido la oportunidad de escapar y ella se había negado a aprovecharla. Le había mirado a los ojos y había visto que hablaba en serio cuando decía aquellas palabras, pero estaba profundamente angustiada.

No lo entendía, pero no podía casarse con ninguna mujer en contra de su voluntad.

Cuando llegó a la mansión Malloren se dirigió a las oficinas, con la esperanza de ahogar sus preocupaciones en el duro trabajo. De todos modos, no era capaz de concentrarse. Después de escuchar las explicaciones de un administrativo sobre importaciones de vino y sus precios y tras darse cuenta de que no se había enterado ni de la décima parte, cejó en su esfuerzos.

Cuando llegó al vestíbulo, se encontró con Rothgar que regresaba de la corte vestido en todo su esplendor, distinciones militares incluidas.

—¿Y cómo están nuestros queridos monarcas?

—Aburridos como siempre —dijo Rothgar—. Mi intención es relajarme un poco y tomar un fuerte café. ¿Te apetece unirte a mí?

Bryght sintió la tentación de encontrar un agujero donde esconderse, pero se negó a sucumbir.

Pasaron a la biblioteca, el refugio favorito de Rothgar, una sala con paneles de roble y una colección desordenada de libros bien leídos. Mientras esperaban el café, Bryght preguntó: —¿Crees que el Cantar de los Cantares es alegórico o simplemente una historia de amor?

—¿No podría ser ambas cosas? —Rothgar ocupó un asiento cerca del fuego, se retiró hacia atrás los faldones con brocados incrustados de su casaca y ajustó su estoque para acomodarlo confortablemente a un lado. Al igual que Bryght, llevaba el cabello empolvado, pero era evidente que en esta ocasión Rothgar había pretendido causar cierta impresión en la corte. Sus botones eran rubíes, el mango de la espada tenía diamantes montados, y llevaba tres voluminosos anillos en sus manos elegantes y pálidas.

—Creo que no estoy vestido para la ocasión —comentó Bryght ocupando el asiento de enfrente—. ¿Intentamos conseguir algo?

—Más bien lo contrario. Cuando acudes como peticionario, tu aspecto ha de ser el de un caballero, pero sin ostentación. Meramente quiero crear cierta impresión de que todo va bien, algo necesario en este momento. Aún hay personas que contemplan con ansia el régimen anterior, y prestan una gran atención a la madre del rey y a lord Bute. Yo miro al futuro.

—¿Conseguirá alguna vez el rey librarse de su madre y de Bute?

—Sin duda. Especialmente con mi ayuda.

—¡Cáspita! ¿Acabarás siendo una persona influyente? Rothgar sonrió.

—Difícilmente. Pero sí es cierto que su majestad siente cierto respeto reverente hacia mí, y soy una de las pocas personas a su alrededor que no le pide favores constantemente. Tampoco perjudicó nada una pequeña charla íntima que mantuvimos en la abadía tras la boda de Cyn.

Bryght no pudo evitar hacer una mueca.

—¿Sobre política?

—Qué diantres. Sobre el lecho matrimonial. Él y la reina están sumamente agradecidos, aunque, por supuesto, ella desconoce de dónde provienen las bendiciones.

Bryght se deshizo en risas.

—Caramba, Bey. ¡No sé cómo lo consigues! Rothgar se mostró levemente dolido.

—Simplemente tengo presente el interés de cuantos me rodean. Y bien, en cuanto a tu vida amorosa...

La llegada del café fue fortuita. Para cuando el lacayo sirvió el brebaje, pasó las tazas y fue despedido, Bryght había recuperado la compostura.

—Mi vida amorosa sigue adelante sin complicaciones y sin tu ayuda. La boda será el miércoles.

—Entonces tengo que mandar llamar a Elf y a Brand de inmediato. Tal vez tu novia quiera venir a cenar esta noche. Con los Trelyn,por supuesto.

—No estoy seguro.

—Si no les va bien, tendré que hacerle una visita. —Al ver que Bryght permanecía en silencio, añadió—: No hacerlo sería descortés.

—Sí, supongo que sí.

—Bryght, si va a suceder algún desastre en la familia, me gustaría saberlo.

Bryght bajó la taza vacía. Siempre había salvaguardado de Rothgar sus asuntos personales, pero su hermano tenía razón. Esto podía ir más allá de lo personal.

—No lo entiendas mal —dijo—, quiero casarme con Portia St. Claire. No es un matrimonio especialmente prudente, pero es lo que quiero.

—Me preocuparía seriamente que mi familia empezara a ser prudente.

Bryght se rió al oír eso.

—Tu respetabilidad está a salvo, te lo garantizo. Me atraparon anoche besando a Portia en la *soirée* de lady Willoughby. Besándola con considerable entusiasmo.

—¿Te devolvía ella el beso?

—Con igual entusiasmo.

—Entonces, ¿cuál es el problema en este asunto?

—No estoy seguro. Trelyn predica compostura e insiste en eí matrimonio. Creo que es sincero en tres cuartas partes. La otra parte es un deseo de verme casado y, por consiguiente, con menos probabilidades de enredarme con su esposa.

—Qué visión tan optimista del matrimonio, hay que ver. Aquello hizo reír de nuevo a Bryght.

—Creo que su visión optimista del matrimonio está un poco trastocada, pero aún no conoce toda la verdad. No es asunto mío aclararle las ideas.

—Ciertamente, no. De modo que, él insiste en el matrimonio. Tú quieres casarte. La dama muestra entusiasmo. ¿Dónde está el dilema?

—La dama no muestra entusiasmo. No es que mostrara exactamente entusiasmo por casarse anoche, y ahora tiene tanto interés como alguien invitado a dormir en una casa con la peste.

Rothgar se reclinó hacia atrás.

—Bryght, no te ayudaré a conseguir a una novia no deseosa.

—Ni lo esperaría de ti. Le he ofrecido eludirlo, y ella se ha negado. No sé qué diantres está sucediendo. —Se levantó para recorrer la habitación—. Anoche recurrí a un ardid para que me besara. Bey, pero nada me convencerá de que no disfrutaba de ello.

—Tal vez debieras contarme toda la historia de tu futura novia. Era lo que Bryght menos deseaba, aparte de hacer daño a Portia

Se sentó y accedió, pero dejó fuera todo lo relacionado con el burdel.

—Bien —dijo Rothgar cuando Bryght concluyó—, su hermano está arruinado y posiblemente ha huido al extranjero, pero ella sin duda te echa las culpas a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

Rothgar sacudió la cabeza.

—Le dejaste ganar. Eso fue terriblemente insensato. Deberías haberle desplumado del todo, dejarle sudar durante unos días y luego romper sus pagarés.

Bryght echó hacia atrás la cabeza.

—Maldición, eso tendría que haber hecho. No sabía entonces hasta dónde estaba él metido.

—Y, por supuesto, después de dos experiencias de juego tan desgraciadas, tanto su padre como su hermano, la señorita St. Claire no puede ver con buenos ojos la perspectiva de unir su vida a un jugador empedernido.

—¿Yo? No soy eso.

—Para ella, sin duda lo eres. Mi sugerencia es que expliques la verdad: que no eres esclavo del azar y que estás dispuesto a abandonar las mesas de juego para siempre.

—Estoy seguro de que su hermano también prometió eso —dijo Bryght, pues estaba tratando de eludirlo.

—Si le explicas algunas cosas de tu historia reciente podrías convencerla. Dudo que durante los últimos años hayas jugado mucho más que alguna partida social al whist, hasta que te has visto envuelto en los negocios de Bridgewater.

Pero Bryght no podía renunciar a las mesas de juego justo entonces; no si quería mantener a Bridgewater a flote y pagar la deuda de Upcott. De cualquier modo, no tenía intención de explicar eso a Rothgar, pues entonces el marqués ofrecería fondos de su propia fortuna.

—Dudo que se la pueda convencer con tal facilidad —dijo—. No

es demasiado racional en lo que a ese tema se refiere. No, creo que debería retirar mi oferta. Si los Trelyn la están obligando, eso trastocará sus planes. Si conseguimos convencerla de que soy un ángel, podremos lograr un nuevo acuerdo de aquí a un tiempo

—Eso resultaría peculiar.

—Al diablo lo que parezca. Incluso en la peor de las interpretaciones, no hay necesidad de una boda tan precipitada, y lady Willoughby puede corroborarlo. Si los Trelyn crean problemas, tengo los medios para ocuparme de ellos. No quiero ver a

.

—Muy pocos hombres tienen desenvoltura para estos asuntos.
—Cuan cierto. Pero pagar seiscientas guineas por el honor de demostrar ese arte parece como mínimo quijotesco.

Bryght dio un golpe con un dedo en el brazo del sillón.

—Era una apuesta y la gané.
Rothgar se limitó a mirarle.
Bryght sonrió.

—La tierna virgen era Portia.

—Ah. Eso ya lo sospechaba. Que ella tenga por hermano a un jugador imprudente indica ciertamente en esa dirección.

—Confío en que no con tal claridad.

—La verdad es que nadie lo dice. Nadie pone en duda la juventud extrema de Hipólita, y Cuthbertson se nutre normalmente de presas provenientes de las clases inferiores. La apuesta fue una salida ingeniosa, también. ¿Por qué poner en duda una apuesta?

—Exactamente. Y tuve la posibilidad de establecer los términos.

—Me complace que aún no te haya abandonado del todo el ingenio. También fue muy inteligente establecer la relación con los Trelyn. Prácticamente intocables. Te felicito.

Bryght se rió.

—Más bien di que la casualidad me sonrió. Eso no estuvo planeado.

—¿Y el escándalo de los Willoughby también fue más suerte? ¡Estaba absolutamente impresionado por tu talento! Si a alguien se le ocurriera preguntarse el motivo de tu boda con alguien de posición inferior a la que podrías aspirar, tendrán un motivo. Te atraparon en plena acción y decidiste actuar de forma honorable.

—En eso sí que tienes algo de razón —admitió Bryght—. Quería tenerla amarrada.

—Pero, en vista de todo esto —preguntó Rothgar—, ¿puedes retractarte de tu oferta de matrimonio con honor?

—¿Puedo cumplirla con honor? Aún es virgen. Bey.
Rothgar alzó las cejas.

—Supongo que tienes razón, pero ya que la historia ha entrado en el reino de la fantasía, no estaba seguro de ello.
Bryht de pronto se rió.

—De ahí las cartas. Ahora soy un amante de proporciones míticas y me espera la persecución constante de ardientes damas lujuriosas. ¡Mejor que me case, y pronto!

—No te olvides de los mozos lujuriosos —recalcó Rothgar—. Alcancé a oír a Ramage componer una oda en honor a tu torso. Le insinué que abordaría estos asuntos como si se trataran de ofensas a una de mis hermanas. Quedó aleccionado pero muy confundido.

Bryght se desplomó sin poder contener la risa.

—¡Ojalá pudiera verte defendiendo mi honor! Cáspita, yo llevaba una vida sencilla antes de que cierta amazona decidiera dispararme.

—Pues tal vez ella pueda defender tu honor —dijo Rothgar—. Si tiene tal temple, sin duda debes casarte. Parece que los matrimonios que comienzan con pistolas funcionan muy bien.

Bryght se puso en pie, todavía riéndose.

—Mi intención es casarme con ella, pero no el miércoles bajo coacción. Mejor organizo las cosas.

Rothgar hizo un ademán negligente con la mano.

—Yo me encargaré de enviar estas novedades a la mansión Trelyn.

—No hace falta...

—Será lo mejor. ¿Aún tienes la carta de Nerissa?

—Sí.

—¿Tienes medios para comunicarte con ella en secreto?

—Sé la manera. No es que la utilice.

—Prefiero confiar en que no. Muy bien. Envíale un mensaje para comunicarle que apoye la liberación de su prima. Yo me ocuparé de Trelyn. Sé que le gustaría contar con mi apoyo en algunos asuntos relacionados con el Cinque Ports. Tal vez sea interesante lo que haga la señorita St. Claire.

Se levantó lánguidamente y se estudió en un gran espejo dorado de pared.

—¿Debería disimular mi gloria? Las condecoraciones, tal vez. —Se retiró una banda y un par de joyas ostentosas y se las tendió a Bryght—. ¿Tienes algún mensaje para la señorita St. Claire, si es que la veo?

Bryght se quedó estudiando los relucientes adornos que le había dejado en sus manos.

—Sólo que le deseo lo mejor.

Rothgar se fue, y Bryght se sintió despojado de algo. Era lo único que se podía hacer y no obstante dejaba cierta incertidumbre respecto al futuro.

No quería engañarse a sí mismo pensando que iba a ser fácil camelar a Portia para que siguiera a su lado después de liberarla. Ella no se dejaría engañar otra vez, ni se dejaría dominar por sus pasiones. Levantaría sólidas defensas, decidida a no tener nada que ver con un jugador tarambana. Sin duda prepararía su regreso al campo de inmediato, y él difícilmente podría ir a Dorset a suspirar ante su puerta.

Mientras iba a guardar las joyas en la caja fuerte, Bryght reflexionó sobre el hecho de que nunca había considerado cómo se habría tomado ella la insensata benevolencia en el juego de Bryght para con su hermano. No era de extrañar que se irritara llena de hostilidad cada vez que se veían.

Era una evidencia más de que aquella mujer tenía una habilidad única para enredarle las ideas.

Tal vez fuera más prudente y beneficioso para ambos dejarla marchar.

Sin embargo, mientras cerraba la caja fuerte, supo que aquel gesto se-
ría superior a él. Quería a Portia. Quería protegerla de sus propias ideas disparatadas, y cuidarla como se merecía. Quería a su fiera amazona en su cama, y quería verla correr bajo el sol, persiguiendo a un niño feliz.

Un hijo suyo.

Fue a quitarse las galas cortesanas. Cuando salió, recibió las noticias de que Rothgar había regresado a casa. Bryght fue en busca de su hermano y le encontró en sus alojamientos, en el vestuario, con dos asistentes que le desvestían de su gloria. En cuanto se encontró en pantalones y camisa, hizo un ademán a los dos subalternos.

—Ahora estás des-comprometido —dijo al tiempo que le pasaba el anillo de topacio y diamantes—. No sé si las felicitaciones son lo indicado o no.

Bryght toqueteó el anillo.

—¿Hablaste con Portia?

—No cabe duda. Ella me lo dio, aunque Nerissa protestó diciendo que debería conservarlo. Lo cierto es que resultó endiabladamente difícil entresacarle algo. Parecía a la vez aliviada y alarmada.

Bryght se guardó el anillo en el bolsillo y se fue a mirar por la ventana.

—Me temo que la están presionando, pero no estoy seguro cómo. No hay motivos para que estén al corriente del asunto del burdel. ¿Qué más podrían utilizar para manipularla?

—Sólo nos queda esperar que tengas la oportunidad de preguntárselo algún día. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Lo primero es descubrir quién es el titular de la deuda ahora y pagarla.

—Un plan excelente. Una vez aliviada de esa presión, la dama presumiblemente será capaz de pensar con más claridad en otros asuntos.

Pensar con claridad parecía una idea excelente para todos los implicados, especialmente teniendo en cuenta que Bryght tenía que ganar algo de dinero si quería pagar la deuda.

Salió de la habitación de Rothgar para lanzarse a la caza de pichones, ya que las salas de juego y los clubes no esperaban a que se hiciera de noche.

Bryght confiaba especialmente en encontrar al repugnante señor Prestonly, pero también le servirían otros de la misma calaña. En los últimos tiempos a Bryght le resultaba imposible sacar algo más de un puñado de guineas a los jugadores normales; incluso a aquellos que, como a Upcott, parecían empeñados en perderlo todo. No, necesitaba víctimas que merecieran su destino, y preferiblemente que también estuvieran a la altura como rivales.

El señor Prestonly cubriría ese perfil a la perfección, pero Bryght no se topó con él. Se unió a una partida de macao en White pero, puesto que se trataba de una partida amistosa con apuestas discretas, se levantó una hora después con tan sólo cien guineas aproximadamente. Se fue al Cocoa Tree y allí encontró mucho dinero en movimiento.

No obstante, no encontró a nadie a quien se sintiera capaz de desplumar, de modo que se limitó a observar durante un rato y luego siguió su camino.

Descendiendo por el escalafón.

En Harker reunió casi quinientas guineas sin que resultara muy obvio. Le hubiera ido mejor a no ser por un hombre desesperado. Las pérdidas de Norton eran evidentemente mucho más serias de lo que podía permitirse e intentaba recuperarse. Bryght deseó poderle ayudar, pero como había dicho Andover, intentar ayudar a todas las almas en apuros en Londres era imposible.

Bryght jugó un par de manos intentando no prestar atención al hombre pero sin conseguirlo. Bien, si tenía que hacer algo, lo más prudente sería seguir la receta de Rothgar y desplumarle en primer lugar, luego romper sus pagarés. Pero Norton era un hombre de mayor edad que tal vez no aceptara ese tipo de caridad.

Bryght cedió a la insensatez y le dejó ganar cincuenta guineas, luego se marchó, rezando para que aquello no le incitara a jugar más.

En la siguiente sala de juego —Mrs. Marlowe—, Bryght tuvo un encuentro sumamente deleitable con un francés. Parecía un verdadero presumido, literalmente colmado de cintas, flores y perfume, y no podía decirse que tuviera mucho cerebro. Jugaba a cartas como si casi no entendiera ni los palos.

Obviamente era un embaucador profesional.

Bryght disfrutó enfrentándose a él ya que era extremadamente habilidoso, pero tras un rato con el dinero aún igualado, el francés alzó la vista e hizo una mueca.

—Pues vaya, monsieur.

—Vaya, vaya. ¿Sois nuevo en Londres?

—*Vraiment.* ¿Sois conocido aquí?

—Soy conocido por mi suerte. Lord Arcenbryght Malloren. El francés arqueó una ceja pintada.

—*Enchanté,* milord. Pero hay un poco más que la suerte en esto, *¡hein?*

Bryght recogió la baraja y se levantó.

—Tal vez. *Bon chance, monsieur.*

Bryght salió del discreto establecimiento de la señora Marlowe y vio que empezaba oscurecer, y también se extinguía su limitado entusiasmo por esta empresa. Se puso de nuevo en marcha hacia Mariborough Square, aunque sabía que había un garito más en el camino. Lo que le apetecía era irse directamente a casa. El deber le llevó a Dante.

El propietario afirmaba que Dante era su verdadero nombre, pero Bryght lo dudaba. Estaba seguro de que disfrutaba del hecho de que su establecimiento se apodara «El Infierno». Era un lugar para jugar fuerte y no amedrentarse ante las apuestas elevadas.

La higiene no era una prioridad del signor Dante, y el lugar apestaba a moho, podredumbre y orines rancios. Las persianas estaban echadas y las velas eran insuficientes: especialmente propicio para los fulleros y demás tramposos. Bryght tuvo que preguntarse por qué alguien, incluso el jugador más ansioso, iba a decidirse a jugar en un an-

tro tan horrible. No obstante, estaba de moda entre cierto tipo de clientela joven.

Era un nido de tahúres, y Bryght estaba buscando a uno en concreto. En cuanto lo detectó, se abrió camino entre la sala abarrotada, saludando fríamente con la cabeza a algunos conocidos. Acercó una silla a una pequeña mesa redonda.

—Mis saludos, Cuthbertson.

El hombre de tez morena alzó la vista sorprendido.

—¿Lord Arcenbryght? Me siento honrado.

A Bryght se le había pasado por alto que Cuthbertson no sabía nada de su conexión con Portia, y por lo tanto no era consciente de su profundo desprecio.

—He oído de vuestras habilidades con las cartas, señor. Espero ponerlas a prueba.

El hombre entornó los ojos, pero en Dante uno no se negaba a jugar.

—Estoy a vuestro servicio, milord.

—¿Piquet? —Bryght escogió intencionadamente un juego que requería considerable habilidad. No quería dejar esto a la suerte.

Cuthbertson se mordisqueó el labio con nerviosismo, pero accedió. Se habían juntado unos cuantos mirones, o sea que no podía permitirse dar ninguna muestra de debilidad. Como un grupo de ratas, estas criaturas se cebarían en el más vulnerable.

El propio signor Dante les trajo una baraja nueva de cartas y se quedó a mirar.

Bryght había coincidido con Cuthbertson aquí y allí, pero nunca

había jugado contra él. Bryght decididamente no era el tipo de presa

que buscaba este fullero. Durante las primeras manos le puso a prueba y evaluó sus habilidades.

Determinó que era un tramposo.

No es que Cuthbertson intentara hacer trampas ahora —eso sería verdaderamente insensato—, pero no tenía el grado de habilidad suficiente para ganar sistemáticamente gracias a su cerebro.

Bryght empezó a recoger dinero. Siguiendo la propia estrategia del embaucador, le permitió pequeñas ganancias para animarle, y para impedir que dejara de jugar. Quedaría mal que Cuthbertson intentara dejarlo cuando acababa de ganar.

Pronto Bryght había reunido las trescientas guineas que Cuthbertson había conseguido de Portia y su hermano. Ganó otras cien antes de que el sudoroso fullero dejara el juego.

—Milord, lo confieso, hoy no tengo suerte, y vos mucha. Tengo que admitirlo.

—¿Ya? Estoy dispuesto a aceptar vuestros pagarés, señor. Cuthbertson se puso en pie.

—Ay, tengo una cita para cenar, milord. Bryght también se levantó y dedicó a su oponente una inclinación irónica.

—Estoy desolado. Ha sido un verdadero deleite.

—Desde luego, milord. —Pero estaba claro que el tahúr quería escapar al menos con unas pocas plumas.

No obstante, mientras se disponía a salir de la casa, Bryght le abordó.

—Quizá vayamos en la misma dirección, Cuthbertson.
El jugador se volvió, con expresión de desagrado.

—Tal vez eso no sea prudente, milord.

—No sería prudente —dijo Bryght en tono tranquilo— atreverse a amenazarme.

Pese al hecho de que uno de los secuaces de Cuthbertson había aparecido a su lado, el fullero palideció.

—No era mi intención...

—Bien. Os apropiasteis de dinero de un conocido mío: sir Oliver Upcott. Estoy contrariado.
El dio un paso hacia atrás.

—No lo sabía, milord.

—Estoy convencido. He enmendado vuestro error. Estoy seguro de que eso os complace.

—Tiemblo de placer —ladró Cuthbertson.

—Eso pensaba. Conocí a un hombre encantador en Mrs. Marlowe...

—¿Y?

—Un francés. Me habló con tal entusiasmo de los deleites de los clubes de París, que siento la tentación de probarlos yo mismo.

—¿Y por qué no lo hacéis, entonces?

—Ay, tengo compromisos en este momento. Vos, no obstante, estáis libre para viajar.

Cuthbertson entornó los ojos.

—No tengo ningún deseo de viajar.

—Creo que si consideraseis las ventajas y las alternativas, os parecería la perspectiva más apetecible.

Con aquello, Bryght se dio media vuelta y se alejó andando, preguntándose si oiría pasos apresurados y tendría que volverse para pelear por su vida. La calle, no obstante, no estaba del todo desierta y no se produjo ningún ataque.

Emprendió el camino de regreso a la mansión Malloren, pensando en que vivir a expensas de Rothgar —la opción que le quedaba como último resorte— empezaba a parecerle rematadamente atractiva.

Portia estaba sentada en su habitación en la mansión Trelyn, contem-
plando las formas y sombras en el fuego danzante. Aunque las últimas veinticuatro horas bastaban para hacer perder el juicio a cualquiera, estaba empezando a sentirse casi calmada.

El anuncio del marqués de que su hermano retiraba la oferta de matrimonio había caído como una bomba. Lord Trelyn se puso lívido de furia. Nerissa había fingido desmayarse a causa del horror, pero era evidente que estaba furiosa.

Porfía no había sido capaz de contener su regocijo al detectar estas reacciones, pero sobre todo la invadió una inquietud mortal por las consecuencias de todo esto.

—Según la opinión meditada de mi hermano —dijo el marqués con calma pese a la indignación—, y es una opinión que comparto, esta conducta no ha sido suficientemente extrema como para hacer necesario un matrimonio apresurado. Tal matrimonio podría ensombrecer en cierto modo la reputación de la señorita St. Claire. Él espera poder cortejarla de un modo más normal.

—¡Nunca volverá a mancillar mi puerta! —declaró lord Trelyn, casi temblando de furia.

—Puesto que estoy seguro de que la señorita St. Claire querrá reunirse con su familia en Dorset, no sufriréis esa inconveniencia, lord Trelyn.

—Nosotros no pagaremos su regreso allí —soltó Nerissa con desdén.

—¡Tenéis mi dinero! —declaró Portia.
El marqués miró a los Trelyn con tal asombro que los dos enrojecieron de culpabilidad.

—Está a buen recaudo, tonta criatura —replicó bruscamente lord Trelyn—. ¿Me estáis acusando de ladrón?
Portia sonrió con dulzura.

—No, primo, por supuesto que no. Estoy refiriéndome a que tengo medios para regresar a casa mañana.

—Entonces, marchaos —soltó Nerissa—. ¡Os procuramos un matrimonio sumamente ventajoso, y nos tratáis como a villanos! Espero que acabéis amargada en el aburrido y sucio Dorset.

—-Lady Trelyn —dijo su marido con severidad—, olvidáis la caridad cristiana. Y olvidáis quién tiene la culpa. En mi opinión, lord Arcenbryght se ha comportado del modo más deplorable, y no lo olvidaré. Entretanto, la prima Portia necesitará vuestros cuidados amorosos no vuestra crueldad.

La prima Portia no quería nada por el estilo, pero se dejó rescatar por una Nerissa aleccionada superficialmente. Esperaba más ataques en cuanto no estuvieran al alcance del oído de lord Trelyn, pero una vez en las habitaciones de Nerissa, su doncella le pasó una nota.

—La modista, milady.

Nerissa casi da un brinco. Leyó la nota con recelo y apretó los labios.

—Otro retraso. Últimamente esta gente me tiene harta. —Arrojó la nota al fuego y Portia vio cómo ardía. ¿Por qué la nota de una modista iba a sacar de nuevo colores de furia en sus mejillas?

Pero Nerissa se volvió a ella con una sonrisa.

—Queridísima, ¿me perdonas? Estaba tan enfadada por el modo en que ese miserable te ha tratado...

Portia supuso que la furia de Nerissa respondería ahora a la imposibilidad de recuperar su carta, pero le siguió el juego.

—Es lo que uno esperaría de un Malloren.

—¡Desde luego que sí! ¡El muy miserable! ¡Taimado! Todo el mundo debe enterarse para que le rehuyan como se merece.

—¡No! Por favor, Nerissa. ¡Con eso me hundirías a mí!

Nerissa se sentó con un aspaviento.

—Pero debe sufrir las consecuencias.

—Prefiero olvidarlo y volver a casa.

—Eres una pobre mosquita muerta, ¿no es así? Yo me las ingeniaré para vengarte...

—¡No, por favor!

Nerissa no le hizo caso.

—Tiene que correr la voz...

Portia se había largado, con la esperanza de que los planes de Nerissa sencillamente se quedaran en nada. Ahora, sentada en su habitación, combatía una necesidad imperiosa y disparatada de ir a buscar a Bryght Malloren y advertirle de que Nerissa continuaba con sus conspiraciones. ¡Oh, Dios bendito, cuánto deseaba no haberle conocido nunca!

Ojalá Oliver no hubiera venido nunca a Londres, no hubiera empezado a jugar. Qué felices serían. Ahora él acabaría en el ejército y moriría probablemente muy lejos en tierra extranjera. Overstead pasaría apuros bajo una carga de deudas. Y Portia pasaría apuros con su corazón roto.

No era una persona dada a negar la verdad. La verdad pura y dura era que Bryght Malloren había conseguido colarse en su corazón y empezaba a dejar un poso allí que probablemente acabaría por consumirla, aunque no volvieran a verse jamás.

Capitulo 18

Aquella noche, Bryght salió de nuevo de caza, pero en esta ocasión encontró la presa adecuada. Sir William y Prestonly se hallaban en White y se mostraron encantados de jugar con él. Prestonly escribió su destino al regodearse de las ganancias anteriores y añadir ciertos comentarios inmundos sobre Hipólita.

Andover también se hallaba allí, y entendió rápidamente el ánimo y los motivos de Bryght. Se sentaron a jugar al besigue —Andover contra sir William, y Bryght contra Prestonly— y esta vez Bryght constató que tenía un contrincante que entendía las sutilezas del juego. Se alegró de ello ya que serenaba su conciencia.

Una vez claro su propósito, fue cuidadoso y no dio motivos al azucarero para que comprendiera que le aventajaba. El hombre no era estúpido. Si Bryght quería sacarle una buena cantidad de dinero, pongamos que cuatro mil, tendría que pescarlo lentamente y con habilidad.

Puesto que Prestonly era un jugador astuto, a Bryght le resultó fácil mantener el juego igualado. Después de tres horas de juego, sólo había ganado unos pocos cientos.

Prestonly pidió más vino.

—¡Esto es muy aburrido, milord! —declaró—. ¡Una guinea aquí, otra guinea allá! Subamos las apuestas, propongo. —Estaban jugando a guinea el punto, cien la partida, y la diferencia de puntos nunca había superado los doscientos,

—Cómo no —contestó Bryght arrastrando las palabras, como si el asunto no le provocara demasiado interés—. ¿Diez guineas el punto, y mil la partida?

La mano de Prestonly se detuvo mientras se llevaba la copa hasta sus labios.

—Así uno se puede arruinar...

Bryght pensó que tal vez no había juzgado bien la situación, pero en ese momento sir William se acercó hasta ellos e intervino en la conversación.

—Lord Bryght está bromeando, Prestonly. Es un jugador muy bueno, el condenado...

—Que sean diez y mil —soltó bruscamente Prestonly y vació la copa—. Espero que lo merezcáis, milord.

Varios hombres observaban y ante esta contravención de los buenos modales, se produjo un murmullo de disgusto.

Esto se adaptaba a la estrategia de Bryght ya que no quería simpatía para su presa. Ahora sólo era cuestión de ganarle, confiar en que su habilidad y su suerte le duraran. La habilidad por sí sola podía impedir el desastre, pero como sucede con la mayoría de cosas en la vida, sólo esas gotas adicionales de suerte procurarían el pleno éxito.

Contuvo una sonrisa, preguntándose qué pensaría Prestonly si supiera que formaba parte de la batalla de un noble caballero por la mano y el corazón de su dama. Le tocó cortar y dar cartas, luego sacó

la jota de diamantes como palo de triunfo, y una posibilidad de besigue.

Parecía que la suerte estaba con él. Sólo podía esperar que no fuera un mal presagio para sus asuntos del corazón.

Dos horas más tarde, Bryght jugaba las últimas cartas de una mano y lograba la puntuación de mil un poco por delante de su contrincante.

—Ochocientas veinte guineas en puntos y mil por la partida, sir. Sumo algo más de cuatro mil. Tal vez sea hora de dejarlo.

Bryght estaba listo. Ya no le daba gusto desplumar ni tan siquiera a un hombre como Prestonly, y había conseguido su propósito. Una vez supiera quién poseía el pagaré de la finca de Upcott, podría recuperarla.

—La noche es aún joven, milord —gruñó Prestonly, mientras se secaba su rostro enrojecido—. Habéis tenido las cartas de vuestra parte y es hora de que cambie la suerte. Pido una ocasión de obtener mi venganza.

Sir William, que ahora se había sumado a los espectadores, intervino:

—Prestonly, estoy seguro de que lord Bryght jugará con vos otra noche...

—Digo que juguemos ahora. Sólo es la una.

Bryght sintió un extraño impulso a ser cauto, a recoger lo que había ganado y arriesgarlo. Era una reacción tan poco natural en él que la pasó por alto y dio el capricho al azucarero.

—Cómo no.

De todos modos, el enfado había vuelto irreflexivo a Prestonly, y también había bebido bastante. Sin intentarlo en serio, para las tres de la mañana, Bryght había ganado más de doce mil guineas: suficiente para pagar la deuda de Portia, y para pagar casi todo el precio de una finca propia.

Una finca como Candieford si aún seguía en el mercado.

Se vio en apuros para no sonreír abiertamente como un muchacho encantado. Fingió un bostezo.

—De veras tengo que declinar otra mano, señor Prestonly, por mucho que haya disfrutado. Me voy a la cama.

—¿Alguien os espera? —replicó con sorna el hombre, pero parecía agitado.

Bryght pasó por alto el comentario y se puso en pie. Prestonly le cogió del brazo.

—¡No podéis dejarlo ahora, milord!

Bryght se quedó mirando la mano del hombre, que arrugaba la seda de su manga, hasta que éste la retiró.

—Señor Prestonly, me gusta jugar, pero no me gusta arrumar a la gente. Está claro que hoy no tenéis suerte.

—¿Arruinar? —se rió Prestonly—. ¿Doce mil? Yo eso casi ni lo noto.

Bryght inclinó la cabeza.

—Entonces dormiré con la conciencia tranquila. Solo, por supuesto. —Luego salió antes de que el repugnante individuo soltara alguno de los insultos que evidentemente le rondaban por la cabeza. Sería una farsa desafiar a un hombre así, pero no podría tolerarle mucho más.

No obstante, se sentía alegre. Con un poco áe suerte, no le haría falta volver a meterse en partidas serias.

El y Andover estaban saliendo del club y Bryght disfrutaba de una profunda bocanada del limpio y vigorizante aire cuando se encontraron con lord Walgrave y un par de amigos de éste.

—Ah, lord Arcenbryght —dijo Fort, con una clara mueca despreciativa en su labio—. Os estaba buscando.
El instinto de Bryght dio la alarma.

—¿Sí?

—Nombrad a vuestros padrinos.

La consternación dejó a Bryght helado durante un momento.

—Barclay y Andover —dijo desapasionadamente—. Pero me interesaría saber por qué voy a mataros.
Fort sonrió con frialdad.

—No será tan fácil, os lo aseguro. ¿El motivo? Digamos que no me gusta vuestra gestión de nuestros asuntos brasileños.

Asuntos amazónicos, en otras palabras. Hipólita. ¿Qué diablos...?

—No era consciente de que tuvierais un interés tan apasionado en esa parte del mundo, Walgrave.

—Me interesa el juego limpio, Malloren. He oído que os comprometisteis al respecto y no fuisteis capaz de cumplir lo estipulado. ¿Dónde y cuándo?

—Milord —protestó Andover—, el deber de los padrinos es procurar una reconciliación. ¿Cómo podemos hacerlo si desconocemos la causa?

—Pero sí que la sabemos —apuntó Bryght rotundamente—. Lord Walgrave quiere vengar él mismo Sudamérica.

Las manos de Fort formaron puños y dio un paso hacia delante, pero uno de sus amigos le cogió por el brazo y le apartó.

—Lord Andover —se apresuró a decir el hombre—, ¿podemos reunimos en vuestros alojamientos por la mañana?

—Sí.

Andover y Bryght observaron a los amigos de Fort mientras le
persuadían de que entrara en el club.

—Siempre ha sido un exaltado —dijo Andover—. Debe de haber algún error...

—Ciertamente, puesto que estoy tan limpio como la nieve caída del cielo.

—¿Bryght...?

Bryght salió de su estado casi de trance.

—Andover, ¿me harías el favor de demorarte un poco por aquí? Intenta descubrir qué diablos está sucediendo. Me voy a casa a contar a Rothgar que es probable que tengamos una muerte en la familia.

—Puedes superarle…

—Olvidas que es mi cuñado. —Con eso, Bryght se puso a andar a buen paso en la oscuridad.

Sin embargo, Rothgar no estaba en casa. *Boudicca y Zeno* no le facilitaron ninguna información, y Bryght no iba a rebajarse a preguntar al personal. De cualquier modo, era altamente improbable que tuvieran algo que decir.

Bryght podía imaginárselo. Era posible que su hermano se hallara en alguna fiesta, pero había pocos actos en esta época del año, e incluso menos que fueran lo suficientemente fascinantes como para retener al marqués hasta altas horas de la mañana.

Podría estar con amigos.

Probablemente estaría con Safo.

Llamar a Safo la querida de Rothgar era como llamar a Bryght el empleado de Rothgar. Por lo visto tenían una amistad sexual íntima que, paradójicamente, era mayormente intelectual.

Safo —quien nunca se hacía llamar por otro nombre— tenía una sangre tan mezclada que nadie podría especificar su raza. Su madre, decía ella, había sido una tunecina de piel pálida, y su padre un marino ruso con sangre mongola. Ella medía metro ochenta y su piel era color café, amplios pómulos, facciones delicadas, ojos rasgados y un espeso pelo negro liso que le caía hasta las rodillas.

Era una poeta de considerable talento capaz de escribir en tres lenguas, y no guardaba en secreto el hecho de que era amante de mujeres. Rothgar era el único hombre del que se sabía que mantenía relaciones íntimas con ella, si es que las mantenía.

Bryght se entretenía en algunos momentos de ocio preguntándose sobre esa relación. Rothgar contaba con varios recursos sexuales, pero Safo era la única mujer con la que pasaba la noche alguna vez.

No obstante, éste no era precisamente un momento ocioso. No eran horas.

Bryght subió a su habitación escoltado tanto por *Zeno* como por *Boudicca y se* desnudó sin despertar a su asistente. Merodeó desnudo por la habitación, preguntándose qué demonios habría sucedido. Estaba claro que Fort se había enterado de que había retirado su oferta de matrimonio a Portia. Después de haber provocado a Bryght para que jurara casarse con Portia, ahora estaba molesto.

Pero ni siquiera a Fort le pegaba precipitarse tanto. Tenía que saber que existía el peligro de dañar la reputación de Portia, e incluso de atraer la atención al asunto del burdel e Hipólita.

Bryght detectó la mano resentida de Nerissa y toqueteó el libro de sermones que contema la carta. Si moría como resultado de este asunto, se aseguraría muy bien de que la carta llegara a manos de Trelyn.

La principal pregunta era, ¿por qué estaba Fon tan indignado? El asunto de la casa de lady Willoughby no había sido el escándalo que ellos pretendían. Un azoramiento, sí, pero lo habían pintado como una situación desesperada en connivencia entre Bryght y los Trelyn.

Para tener a Portia atrapada.

¿Se habría quejado Portia a Fort de que la había dejado plantada?

La idea era ridicula.

Bryght presentía una confabulación y necesitaba una charla racional con Fort. De todos modos, cuando el conde se exaltaba, le costaba calmarse, y era posible que no dispusieran de tiempo.

Bryght se echó en la cama para intentar dormir. Necesitaba su cabeza en buen estado por la mañana.

Rothgar no apareció a desayunar a la mañana siguiente, pero Andover sí lo hizo.

Cuando el lacayo que le había dejado entrar desapareció,dijo:

—No te va a gustar.

—Me sorprendes —contestó Bryght, quien desayunaba sólo café.

—Walgrave sostiene que se trata de un asunto personal relacionado con el comercio sudamericano. Nadie se lo cree más que si te hubiera cogido el sombrero y lo hubiera pisoteado, alegando que le ofendía.

—Entonces, ¿qué es lo que se cree la gente?

Andover jugueteó con un bollo de pan.

—Que violaste o prácticamente violaste a Portia St. Claire en casa de lady Willoughby.

—¿Qué?

Andover hizo una mueca.

—Son sólo rumores e insinuaciones, para proteger la reputación de la dama, dicen, pero el mensaje está claro. Intentabas demostrar tus habilidades con otra virgen, pero ésta no quería participar. Tú insististe. Te interrumpieron lady Willoughby y lord y lady Trelyn, todos en busca de la señorita St. Claire. La dama estaba desaliñada, angustiada y con el vestido, medio arrancado.

—Cáspita.

—Lady Trelyn niega toda la historia, con fervor suficiente como para convencer a los recelosos de que todo es cierto. Se sabe que había una boda planeada, pero que el novio ha declinado presentarse posteriormente. La dama está postrada por la conmoción y la humillación,

y posiblemente recuperándose de las lesiones. Por lo visto, Walgrave es un vecino próximo al hogar de la señorita St. Claire y casi un hermano para ella...

—¿Me atrevo a sacar la cara por la puerta?

—No está tan mal la cosa, Bryght. Sólo son rumores, y nadie sabe la verdad. Si la señorita St. Claire apareciera en público serena y sin heridas, se extinguirían casi todas las voces. Los Trelyn afirman que padece un leve resfriado, pero también en este caso, la manera en que lo afirman... que Fort te desafiara, todo ello alimenta las suspicacias.

—Valiente necio. Entonces supongo que la única opción que me queda es aparecer sereno y sm lesiones.

—Hablando de lesiones, Barclay y yo nos hemos reunido con los hombres de Walgrave…

—¿Ha entrado en razón?

—Tal vez. —Andover frunció el ceño—. Todo esto es demasiado extraño, puñeta. Él admite en privado que la causa es la señorita St. Claire y dice que se retractará de su desafío si te casas con ella. Tal vez se crea las historias que cuentan., Bryght miró a su amigo.

—Suena como si tú empezaras a creerlas. Andover se ruborizó ligeramente.

—Por supuesto que no. Pero, ¿por qué Walgrave iba a tomarse tan en serio lo de obligarte a casarte?

—Obviamente él considera que la dama sería una carga mortificante para mí. —Bryght se sirvió más café.

—¿Y? —instó Andover—. Si está dispuesto a deJar el asunto si el matrimonio se lleva a cabo, ¿por qué no apaciguarle? ¿No deseas casarte con ella?

—Sí, pero no en contra de su voluntad.—Maldición, Bryght, esto podría ser serio. ¡No es cuestión de ir siguiendo la corriente a cualquier mozuela!

Una mirada de Bryght dejó pálido a Andover, pero el hombre dijo:

—No puedo entenderla. Eres un partido bastante infrecuente para una mujer así.

—Se valora más que todo eso.

—¿Quieres enfrentarte a Walgrave? Hará todo lo que pueda para matarte y he oído rumores de que ha estado entrenando duro con Angeli. Incluso consiguió que se marchara al campo con él para entrenarle.

—Bien, entonces sí que habrá un poco de enfrentamiento. Vayamos a plantar casa a los leones.

Andover intentó razonar un poco más, pero luego lo dejó por imposible. De todos modos, no abandonó a Bryght, se quedó con él para dar una vuelta por las zonas más elegantes de Londres.

Lentamente, Portia acabó por convencerse de que era una prisionera.

Después de que Bryght retirara su oferta, había exigido que le devolvieran su dinero, y no le habían hecho caso.

A continuación, envió un mensaje a Fort. Al ver que no recibía respuesta, empezó a sospechar que éste no habría ido más allá de la chimenea más próxima.

A la mañana siguiente, pidió a lord Trelyn que se ocupara de la compra de un billete para la diligencia a Shaftesbury. Él protestó alegando que ninguna dama de su familia viajaba en la diligencia pública y prometió organizarle el viaje en su propio carruaje y con una escolta conveniente.

—¡Quiero marcharme hoy mismo, lord Trelyn!

—Eso no sería prudente, prima Portia. Al fin y al cabo, lord Arcenbryght tal vez recupere el juicio y se avenga a casarse. Sería una desgracia que no os encontrarais aquí.

Intentando una maniobra sutil, Portia decidió aceptar la promesa de lord Trelyn de que podría abandonar la casa con una escolta conveniente. Resultó que la escolta conveniente no estaba disponible.

Después de batallar contra esta extraña falta de criados, Portia se puso la capa y se dispuso a dejar la casa ella sola. Dos lacayos la obligaron a entrar de nuevo en su habitación y le cerraron la puerta.

Golpeó la puerta y gritó, pero nadie vino en su ayuda. ¿Cómo podía esperar que alguien lo hiciera? Lo dejó por cansancio y porque temía que lord Trelyn en serio pudiera intentar meterla en un manicomio.

Entonces intentó encontrar el sentido a todo esto.

El plan de unirlos a ella y a Bryght Malloren de por vida había fracasado. Era posible que Nerissa necesitara llevar a término su despechada venganza e intentara matar a Oliver, pero que Portia se quedara o se marchara tenía poco que interés.

Portia recorrió su lujosa prisión consciente de que se estaba preparando algo y que no querían que ella se enterara.

¿Había regresado Oliver? ¡Sí, tal vez fuera eso!

Si era cierto, debía escapar y advertirle del peligro.

Evaluó la prisión.

La puerta entre las dos habitaciones no estaba cerrada, pero las puertas que daban al pasillo sí. Las llaves no estaban en las cerraduras, o sea que cualquier plan que dependiera de éstas era inútil. Supuso que alguien vendría —algún criado con comida o los Trelyn a regocijarse—, pero Portia no tenía una constitución física para vencerles sólo por la fuerza.

Volvió su atención a las ventanas.

Las ventanas de ambas habitaciones eran grandes y se abrían sin problemas. Daban al jardín trasero, con lo cual no sería fácil que alguien presenciara su huida, pero estaban casi a seis metros del suelo. ¿Cómo podría escapar por aquí?

¿Sábanas anudadas?

Portia había sido una machota de jovencita, y le pareció que si dispusiera de una cuerda podría descender por ella. Sin embargo, dudaba de que alguien fuera capaz de crear una cuerda resistente con sábanas y colchas de seda.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una llave en la cerradura y se apresuró a cerrar la ventana.

Entró Nerissa, con leve gesto de reproche.

—Portia, querida prima, los criados dicen que te comportas de un modo sumamente extraño.

—No es nada extraño querer salir de la casa.

—¿Pero adonde quieres ir, sola?

—Nerissa, basta ya de esto. ¡Si soy libre para marcharme, déjame marchar ahora!

—Lo único que pretendemos es mantenerte a salvo…

—No me vengas con eso. Dime cuál es la verdadera razón de este encierro.

Nerissa alzó la cabeza y luego se sentó. Los nervios de Portia se crisparon. Su prima parecía sumamente complacida consigo misma.

—No puedes marcharte por el momento, Portia, porque estás postrada por la conmoción y las lesiones.

—¿Qué?

—Después de la manera depravada en que Bryght Malloren te trató, la manera en que casi te viola... y tal vez lo hizo. Las historias son tan confusas...

—¡Nerissa! No puedes...

Los ojos de su prima relucían de satisfacción.

—¡Oh, pero sí que puedo! Toda la ciudad murmura sobre ello. Y,

por supuesto, ahora que él se ha negado a casarse contigo, el asunto
parece mucho más grave.
Portia sacudió la cabeza.

—No, no puedes. ¡Esto es perverso! ¡Su reputación!
Nerissa se rió.

—¿Reputación? ¿Un Malloren perdiendo la reputación por la violación de una criatura como tú? ¡Cielos! No, con un poco de suerte, perderá la vida.

La respiración de Portia se entrecortó.

—¿Qué?

—Yo sólo pretendía ensuciar su nombre, pero ha funcionado mejor de lo que había pensado. Tu vecino, lord Walgrave, le ha desafiado. Mañana se baten.

—¡No pueden hacer eso!

—Oh, pero deben hacerlo.

—Pero, ¿y si Fort muere? ¡Él es completamente inocente!

—¿Fort Ware? No ha sido inocente desde el día que le pusieron calzones. Si muere, también nos servirá. El nombre de Bryght quedará marcado para siempre. ¿No sientes ganas de presenciar el acontecimiento? Ver correr la sangre, ver el rostro desfigurado del que muere...

—Nerissa, eres verdaderamente maligna. ¡Lo contaré todo al mundo entero!

—¿Ah sí? ¿Incluido que tú eras Hipólita?

—Sí.

—¿De qué serviría, una vez Bryght esté muerto?

—Venganza —dijo Portia con frialdad.
Nerissa se limitó a sonreír.

—Ah, al final te das cuenta. La venganza es dulce. Y por fin yo me doy cuenta. Pobre imbécil. No le odias. Le amas. —Se puso en pie—. En tal caso, es bastante agradable convertirte en el medio para esta destrucción. Heather me ha dicho que lord Walgrave ha estado entrenándose duro con la espada, aprendiendo formas ingeniosas de matar y lisiar.

Tras decir aquello se marchó y Portia se quedó mirando la puerta con aversión.

Nunca. Nunca concedería a Nerissa la victoria en esto. Abrió de nuevo la ventana de par en par y estudió las sábanas. Luego vio los

cordones plateados que recogían las cortinas y que adornaban los cortinajes de la cama formando nudos. No eran muy gruesos pero al menos había muchos.

Portia sacó las tijeras de su estuche de costura y empezó a retirar las puntadas de sujeción que mantenían el cordón en su posición ornamental. No tardó en tener una pila voluminosa sobre la alfombra. Pero, ¿ era lo suficientemente fuerte como para aguantar a una persona como ella por muy ligera que fuera?

Tiró, y le pareció resistente.

Encogiéndose de hombros, anudó un extremo con firmeza alrededor de una pata de un armario cercano a la ventana. Luego tiró de él con toda su energía. El armario no se movió y la cuerda no dio muestras de debilidad.

El corazón le latía fuertemente a causa del nerviosismo y notaba sus manos peligrosamente escurridizas, pero saldría adelante con esto. Se había acabado lo de ser una víctima, movida al antojo de todos los demás. Y nunca formaría parte de la perversa venganza de Nerissa. Para ayudarse en el descenso, hizo media docena de nudos en el cordón, con la esperanza de que sus pies encontraran fijación en el material sedoso.

Volvió a mirar por la ventana. El jardín estaba desierto, desde luego, ¿quién saldría por placer a en un día tan gélido?

¿Qué más hacía falta hacer?

Llevaba puestos unos aros ligeros bajo el vestido y tendría que desprenderse de ellos. Una vez se los quitó, las faldas le quedaron demasiado largas. Se las sujetó hacia arriba para que sus pantorrillas que-
daran al aire, como las de una mujer trabajadora. No era muy apropiado, pero las formas eran lo último en que pensar en aquellos instantes.

Portia se dio cuenta de que estaba recuperando el ánimo. Las cosas seguían estando difíciles, pero era el hecho de sentirse indefensa y prisionera lo que la tenía más abatida.

Adelante.

Echó su capa, zapatos y manguito, a continuación tiró el extremo suelto de la cuerda. Cayó a escasos pies del suelo. Por el momento, iba bien. Cogió una toalla y rodeó el cordón con ella en el punto en que podría rozar con el alféizar. Luego se encaramó a la repisa y sacó las piernas hacia fuera sin dejar de agarrarse a la cuerda. Deslizó los pies hacia abajo hasta que sintió el primer nudo. Sujetándose con fuerza, dejó que la cuerda sostuviera su peso.

Osciló y se estiró de un modo alarmante, pero luego pareció estabilizarse. No obstante, podía imaginarse demasiado bien un punto débil en la seda, que empezaba a desgarrarse...

Con el corazón latiendo ruidosamente, Portia empezó a iniciar el descenso lo más rápido que pudo. Era difícil agarrarse a la seda, y había dejado demasiada separación entre los nudos. En un punto patinó y sintió que le quemaban las manos. Estaba segura de que la cuerda se estiraba cada vez más y más.

A qué altura podía uno matarse o lisiarse por una caída...

Continuó a duras penas y descendió los últimos metros.

En cuanto sus pies tocaron suelo firme, Portia se desplomó contra la pared para dejar que su corazón se calmara. ¡Era demasiado mayor para este tipo de cosas!

Alzó la vista, asombrada de lo alta que estaba la ventana.

¡Pero lo había conseguido!

Al menos había hecho algo para cambiar el destino.

A toda prisa, tambaleante, se metió los zapatos, recogió la capa y el manguito, y se lanzó a través del jardín en dirección a la puerta trasera. Cerca de allí, tras unos arbustos, se bajó la falda, se puso el manto y el manguito, y se echó la capucha.

Luego retiró el pestillo de la entrada y salió con sigilo a la callejuela de las caballerizas.

A la libertad.

Tal vez al peligro.

Pero era la primera hora de la tarde y aún quedaba luz del día, aunque una luz apagada por nubes sombrías.

En las proximidades había un mercado callejero, entre esa multitud pronto podría sentirse a salvo. Su mente se serenó un poco y se dispuso a alcanzar su objetivo. Tenía que llegar hasta Fort y detener el duelo.

Ya no llevaba consigo su mapa, pero podía recordar algunas de las calles principales. Sólo cometió unos pocos errores antes de llegar a Abingdon Street a la altura de la mansión Ware.

Aunque, una vez más, se presentaba desaliñada y sin escolta. Rogó para que no saliera a abrir la puerta el mismo lacayo de siempre.

Era el mismo. Le miró con indignación y empezó a cerrar la puerta.

—¡No os atreváis! —dijo Portia con tal fuerza que él se detuvo boquiabierto.

—Deseo ver al conde, y el conde desea verme a mí. ¡Dejadme entrar!

—No tiene sentido que te deje entrar porque no se encuentra aquí.

—Esperaré...

Pero la puerta se cerró con un firme chasquido. Portia podría haber empezado a gritar, y sintió la tentación de escabullirse por la parte posterior y entrar en la casa de cualquier manera. Pero sospechó que el criado había dicho la verdad y que Fort no estaba en casa. Tal vez no regresara en toda la noche. No tenía idea de qué rituales seguían los hombres la noche anterior a batirse y matar a alguien.

En este día tan corto del año, se estaba haciendo de noche muy deprisa. Los sirvientes de las casas próximas estaban encendiendo los pebeteros junto a las puertas: para dar la bienvenida a sus amos cuando llegaran a casa, y para ofrecer un poco de seguridad en las oscuras calles. Se estaba levantando un viento helador e incluso empezaba a notarse una gélida lluvia en el aire.

Portia sintió un escalofrío y se estrechó el manto un poco más en torno al cuerpo.

Pensó en acudir a Dresden Street, pero había una distancia considerable, y no había motivos para creer que Oliver estuviera allí. Era demasiado pronto para esperar su regreso de Dorset.

Además, era uno de los primeros lugares donde mirarían los Trelyn. La mansión de Fort era otro. Se apresuró a abandonar el lugar, con la capucha bien echada.

Sólo había un lugar en Londres adonde podía acudir en busca de ayuda, e incluso allí le habían negado la entrada la última vez que se había acercado.

Pero se dio media vuelta y empezó a andar a buen paso en dirección a Mariborough Square.

También aquí había pebeteros al lado de la puerta, y el portero de noche estaba en su caseta. Portia vaciló entre las sombras próximas. Sospechó que presentarse en la mansión Malloren sería como cruzar el Rubicón. Pero tenía que hacerlo. No podía permitir que alguien matara o muriera por un complot tan perverso sin tan siquiera mover un dedo para impedirlo.

No obstante, la experiencia anterior en la mansión Ware la hizo ser cautelosa. Lo principal en este caso era entrar en la casa. Presumiblemente, Bryght o su hermano estarían allí o regresarían a casa en algún momento, y no podía quedarse en las calles toda la noche,

Envolviéndose con el oscuro manto, Portia se deslizó entre las sombras, a través la separación entre la mansión Malloren y la casa vecina. Era amplia, lo suficiente para permitir el paso a una carreta, y sospechó que era utilizada para repartos.

Había una verja, una espléndida entrada ornamental de hierro forjado, que constituía una barrera de unos tres metros de altura. Detrás, podía distinguir la calle que parecía dar toda la vuelta a la casa hasta las caballerizas y a la calzada que llegaba hasta éstas. En el muro de la casa, vio sombras que sin duda serían puertas.

Probó la verja, pero estaba cerrada. Por otro lado, también era muy resistente y no vibraba.

Portia se encogió de hombros. Había descendido desde la ventana, ahora se encaramaría por la verja. Se quitó la capa y la tiró para colgarla en lo alto de la verja. Se sujetó las faldas hacia arriba todo lo mejor que pudo en aquellas circunstancias, metiéndoselas por la cinturilla y el corpino, dejando sólo que la camisola le llegara a la altura de la rodilla para mantener el recato. Luego, mientras daba las gracias por haber perdido tanto tiempo de su juventud trepando árboles, verjas y muros, inició el ascenso para encaramarse sobre la verja,

El hierro ornado hizo que le resultara bastante fácil trepar, pero los músculos necesarios para este tipo de cosas se habían debilitado con tantos años de actuar como dama pudorosa. Cuando se puso a horcajadas en lo alto, respiraba con dificultad.

Se detuvo un momento, allí sentada medio desnuda, con el pelo medio suelto sobre la espalda, y se preguntó qué demonios pensaría su madre si la viera en aquellos momentos.

¡Rogó al cielo para que Hannah no se enterara jamás de los detalles de las hazañas de su hija en Londres! Portia tiró el manto al suelo, pasó la otra pierna y descendió sin problemas por el otro lado. Se hallaba dentro de la propiedad Malloren.

Por lo tanto, estaba relativamente a salvo. Podría acurrucarse aquí hasta que supiera que Bryght estaba en casa.

Pero, por lo que ella sabía, él ahora estaba en casa, y la noche se le presentaría bastante amarga. Reprimió un impulso cobarde a demorarse y se puso el manto para acercarse a investigar la primera puerta. Bajó el pasador con suma cautela y empujó. Nada. Empujó con más fuerza, pero tuvo que aceptar que esta puerta estaba cerrada.

Pasó a la siguiente. Ésta también estaba firmemente cerrada.

¿Por qué había pensado que sería de otro modo? Aquella verja era meramente ornamental, como había comprobado ella misma, y la casa de un noble no estaba abierta a cualquiera que tuviera ganas de entrar.

Sólo quedaba una puerta más antes de llegar a la esquina. Portia la probó sin mucha esperanza, y casi se cae hacia dentro cuando la puerta se abrió. Gracias al cielo, estaba en buen estado de conservación y no hizo ningún ruido.

La luz sombría del exterior no le permitía ver nada, pero la irrupción

de aire frío sí que *podría* delatarla a eJJa. Se apresuró a cerrar la puerta y permaneció de pie en la oscuridad, intentando intuir dónde se encontraba.

Detectó los olores generales de las cocinas y despensas, pero nada en concreto. Estiró la mano y tocó una pared a su derecha. Unos pasos más a la derecha encontró otra. Sospechó que se hallaba en un pasillo, posiblemente uno con despensas a los lados.

No obstante, no era lo que buscaba, de modo que continuó a tientas hacia delante, buscando el acceso al resto de la casa. Se topó con una barrera, y sus dedos le dijeron que se trataba de una puerta.

Era posible que se abriera directamente al vestíbulo de los criados o a la cocina.

Pegó la *oreja a* la puerta y oyó unos sonidos, pero muy distantes.

Respiró a fondo para tomar valor y la abrió.

Luz.

No era intensa, ya que llegaba desde una puerta próxima, pero la agradeció después de tanta oscuridad. Y la puerta daba a otro pasillo.

Se oían voces en la habitación próxima, una charla entre amigos y coqueteo. Un delicioso aroma a carne cocinándose y a especias empezó a llegar a su nariz y el estómago de Portia hizo ruido. Había comido poco hoy y, pese a su pequeño tamaño, tenía buen apetito.

Bien, una vez contactara con algún miembro de la familia, tal vez le dieran de comer.

A su izquierda, Portia vio unas escaleras que ascendían y se deslizó silenciosamente hacia ellas.

Se le ocurrió pensar que invadir una propiedad privada estaba penado probablemente con la horca o la deportación. Por supuesto que no llegarían a tanto, pero si un criado la descubría podría acabar ence-

rrada en prisión antes de que algún Malloren fuera informado de algo. Presumiblemente solventarían las cosas en cuanto se enteraran, pero acabar en Newgate sería el remate final, degradante, a sus aventuras en Londres.

Las escaleras eran lo bastante amplias, pero, puesto que se trataban de escaleras de servicio, los peldaños eran de madera sencilla. Sus zapatos sonaban demasiado ruidosos sobre ellos, de modo que se los sacó.

Hizo una pausa al llegar a la primera puerta, pero sin duda daría a la planta principal con salas públicas y habitaciones del tipo del comedor y la biblioteca. Había muchas posibilidades de que hubiera un gran ajetreo de criados por ahí. Continuó hasta el siguiente piso.

Se detuvo ante la primera puerta, sorprendiéndose del reparo que sentía a atravesarla, pues nada de la sencilla madera le revelaba qué había al otro lado. Si cruzaba la puerta, podía toparse directamente con un criado o un Malloren.

Esto último, se recordó a sí misma, era exactamente lo que quería, y no obstante sentía tal culpabilidad por esta irrupción que apenas tenía el valor necesario.

¡Intrusión!

Portia se reclinó durante un momento contra la pared. Su vida no dejaba de girar en círculos. Todo esto había empezado con un asalto a una casa. ¿Qué traería la próxima espiral?

Ya bastaba de esto. Giró la manilla y abrió la puerta.

Y entró en el lujo.

Debía haberlo esperado, pero tras la oscura y sencilla escalera, sorprendía entrar en la cálida luz, los paneles de roble reluciente y los selectos muebles y obras de arte. Bajo sus pies había una lujosa alfombrilla persa, y se imaginó que la ventana próxima tenía cortinas de terciopelo rojo.

Era tan elegante como la casa de lord Trelyn, pero de tonos más cálidos.

¿Y ahora qué?

Portia escuchó, pero no consiguió oír nada aparte del tictac de los relojes. El pasillo tenía puertas a un lado y el extremo del corredor daba a pasillos a ambos lados. ¿Debería entrar sin más en la primera habitación y quedarse a esperar?

¿Para qué?

Se reprendió por su redomada cobardía.

¿Debería mirar en cada habitación?

Pero la posibilidad de encontrarse con un sirviente era grande y no quería que sucediera eso sin encontrar primero a un Malloren.

Por otro lado, si alguien salía de uno de los recodos, no tenía ningún sitio donde esconderse...

Portia dejó a un lado temores inútiles y continuó adelante, escuchando en cada una de las puertas.

Silencio.

Era como si la casa estuviera desierta. ¿Qué iba a hacer si los Malloren también habían salido toda la noche?

Se detuvo en el recodo. La pared del fondo tenía cuatro magníficas ventanas que se hallaban en lo alto de la escalera. Un vistazo le mostró unas amplias escaleras que descendían en espiral hacia el vestíbulo, que un lacayo cruzaba en esos momentos.

¿dónde iba el sirviente?¿a atender la llamada de algún Malloren? No estaba del todo segura si bajar y anunciar su presencia. Se volvio para evitar cruzar el espacio abierto en lo alto de las escaleras y comprobo cada una de las puerta del otro pasillo.

Se hallaba en mitad del recorrido, con la oreja pegada a un panel, intentando decidir si los ruidos que oia los producia un apersona y, si asi fuera, quien, cuando una voz dijo:

- ¿tal vez pueda ayudarla?

Portia se giró en redondo.

Se encontró cara a cara con el marques de Rothgar vestido de un esplendoroso y sereno azul oscuro. Alzo las cejas.

- Señorita St. Claire. Qué sorpresa tan deliciosa.

Capitulo 19

Portia notó que su rostro *enrojecía.. Era* una situación verdaderamente extraordinaria en la que encontrarse.

—Yo... necesito hablar con Bryght, miJord.

—¿Ah sí? ¿Se negó a recibiros? Portia se puso aún más roJa.

—No. No... no intenté entrar por la entrada principal. Él sonrió.

—¡Demuestra iniciativa! Estoy encantado. —Se acercó a ella para abrir la puerta que había estado inspeccionando—. Por favor, entremos donde podamos estar más cómodos.

La invitó a entrar sin darle tiempo a reordenar sus ideas. Entonces se quedó paralizada al descubrir que se hallaba en la habitación del marqués.

Él la miraba con bastante socarronería.

—Vuestra virtud no corre peligro. Mis habitaciones privadas están en el piso inferior. Aquí arriba sólo tengo esta habitación y mi vestuario. Portia se quedó donde estaba, cerca de la puerta.

—He venido a ver a lord Bryght.

—¿Por qué? ¿Y por qué de este modo? Perdonadme que lo mencione, pero vuestra implicación con mi hermano le ha ocasionado ya ciertas complicaciones.

—;Mi implicación con él.' —soltó Portia con un *jadeo—.* ¡Él ha puesto mi vida patas arriba[r]

—¿Ah sí? Entonces tal vez sea preferible que os libréis de él. ¿Cuál es vuestro propósito aquí?

Portia comprendió con un estremecimiento que, pese a la actitud cortés, el marqués no estaba excesivamente complacido con ella. No era de sorprender, si ella era el motivo de un duelo.

—No es culpa mía —dijo ella—. Acabo de enterarme de lo del duelo y...

—¿Qué duelo?

Portia dio un paso atrás.

—El duelo entre lord Bryght y el conde de Walgrave. De cualquier modo, todo es un error, o más bien...

—Lo es con toda certeza —dijo con voz glacial—. ¿Cuál es el motivo?

Portia tragó saliva. La lógica le decía que este hombre no le haría daño en serio, pero sus nervios le transmitían otro mensaje.

—Yo —susurró. Él alzó una ceja.

—¿El conde también está interesado en vos? Qué mujer tan destacable parecéis ser.

Portia volvió a ponerse colorada, pero esta vez el motivo era la mortificación.

—Sé que no soy ninguna belleza, milord. El conde me considera una hermana para él.

—¿Y cree necesario defender a su hermana? ¿Qué le habéis estado contando?

—¡Nada! No he tenido ocasión de hablar con él. ¡Los Trelyn me han retenido prisionera y han propagado las mentiras más maliciosas!

—Ah —dijo él con suavidad—. ¿Detecto la mano de la beata Nerissa?

—Por lo visto odia a Bryght. Le quiere muerto.

—Entonces debería haber elegido otro oponente que no fuera Walgrave.

—No creo que ella le haya escogido —admitió Portia—. Creo que Fort se escogió a sí mismo. Es un poco exaltado.

—Mi querida señorita St. Claire, sois tal para cual. —Pero el gélido desdén se había fundido—. Vamos, explicadme qué cuentos han estado recorriendo la ciudad. Siento curiosidad.

Portia se relajó lo suficiente para acercarse un poco más al fuego. No obstante, dio un respingo cuando se movió una pálida sombra que había allí. Entonces vio que se trataba de un perro.

—Es *Boudicca.* —El perro movió la cola holgazanamente—.

¿Bien, señorita St. Claire? Toda la historia, por favor. No permitiré este tipo de debacle en mi familia.

—Un duelo no es tan inusual, diría yo —dijo ella, intentando adoptar un tono similar al de él.

—Pero sería entre familia. ¿No habéis caído en la cuenta de que lord Walgrave es nuestro cuñado ?
Portia sacudió la cabeza.

—Lo había olvidado. El no da muestras de sentir demasiado afecto por vos.

—Eso no tiene nada que ver. El motivo del duelo, señorita St. Claire. ¿El burdel?

Se lo dijo a la cara como una acusación, y la mirada de Portia se trasladó a él.

—¿Cómo sabíais...?

—Bryght me lo contó. Señorita St. Claire, ¿podemos ir al grano?

—Sí... No, no se trata del burdel... —Portia recuperó la compostura—. Alguien ha propagado historias sobre lo sucedido en casa de lady Willoughby. Historias falsas, pero que se ajustan un poco a la realidad, supongo, tanto que ni siquiera lady Willoughby las niega...

—¿Y qué dicen estas historias?

Portia tragó saliva, pues aunque no estaba en falta respecto a esto,

tal vez él no lo creyera.

—Que Bryght intentó seducirme —susurró— y cuando yo me negué, intentó violarme.

Portia alzó la vista al marqués, y lo que vio allí la hizo temblar.

—Ya veo. Presumiblemente no os descubrieron simplemente despeinada por la diversión sino angustiada, medio vestida, magullada... Portia asintió.

—Quise salir de la casa para que todo el mundo pudiera ver que me encuentro perfectamente bien, pero ellos me encerraron.

El marqués estaba de pie junto a una silla y daba golpecitos en el respaldo con el dedo.

—Me da la impresión de que tendríais que haber acudido a la mansión Walgrave con esta historia.

—¡Lo intenté! No me dejaron entrar. Éste es el motivo de que irrumpiera aquí. Y porque me asustaba quedarme fuera, en la oscuridad...

—¿Cómo habéis entrado? Como propietario de la casa, siento curiosidad.

Portia se preguntó cómo se tomaría sus hazañas tan poco femeninas. —Trepé por la verja para saltar a la callejuela, y encontré una puerta que no estaba cerrada.

El marqués sonrió de pronto.

—Me deleitan las mujeres con recursos. Tenéis razón. Deberíais discutir esto con Bryght. —Fue a abrir la puerta. Portia quiso retenerle.

—¿No podéis ocuparos vos de esto, milord?

—Por supuesto que sí, pero si no os llevo hasta mi hermano, me temo que tendremos otro duelo dentro de la familia. Venid. ¿De qué tenéis miedo?

De Bryght. De ella misma. De acabar arrastrando a un hombre a un matrimonio que él no quería.

No obstante, estaba claro que no era un destino peor que la muerte.

Permitió que el marqués la guiara de regreso a la parte de la casa que había explorado en primer lugar. Tras un breve golpecito, abrió una puerta que lastró a Bryght en mangas de camisa sentado a un escritorio con pilas de documentos.

—¿Se trata tie tu última voluntad y testamento? —preguntó Rothgar mordazmente.

Bryght se puso de pie y se quedó mirando a Portia. Luego miró a su hermano.

—No te he encontrado por ningún lado.

—Cierto. No puedes batirte con Fort.

—Díselo a él.

—Es lo que pretendo. Aparentemente no hay ningún motivo, pero creo que tú y la señorita St. Claire tenéis asuntos que discutir.

Portia era consciente de que Bryght la miraba fijamente, pese a que ella tenía los ojos fijos en el fuego.

—¡Señortia St. Claire!

Al oír el tono brusco del marqués, ella volvió a alzar la mirada.

—¿Sí, milord?

—Supongo que vuestras ropas están en casa de los Trelyn.

—Sí, milord.

Miró a Bryght.

—Me llevaré a *Zeno.*

Tras una orden de Bryght, el perro se levantó y se fue al lado del marqués.

—Hablad el uno con el otro —dijo Rothgar, y luego se marchó. Al oír un chasquido, Portia se volvió a la puerta.

—La ha cerrado —confirmó Bryght—. No está demasiado com-

placido con nosotros, me temo. Mejor hacemos lo que nos *dice y ha-*

blamos el uno con el otro.

Portia se volvió. Él se le estaba acercando, sonriente.

—No —exclamó Portia, retrocediendo un poco.

Bryght se detuvo.

—¿Qué suceded

—¡No me toquéis! —Lo dijo tanto como advertencia como protesta, pues sabía que era vulnerable al más leve contacto con él, y no quería enredarse más de lo que ya estaba. Vio que él lo tomaba como un rechazo categórico.

—¿Tenéis alguna objeción a que nos sentemos junto al fuego, donde estaremos más calientes? —preguntó con cortesía distante—. ¿Puedo serviros un poco de vino? Me temo que aquí no tengo comida.

Portia se quedó mirándole.

—Por supuesto que no quiero vino. El marqués nos ha encerrado con llave, el tiempo va pasando, y por la mañana habrá un duelo. ¡Tenemos que hacer algo!

—Dudo en verdad que haya algún duelo, Portia. relajaos un poco y hablad conmigo. ¿Sois consciente de lo poco que-rie hecho hemos hablado?

Portia se había quedado clavada mirando la puerta, como si la hubieran pegado allí.

—Por supuesto que sí. Ese es el motivo de que todo esto sea tan absurdo. ¡Nadie se casa con una persona con la que sólo se ha visto unas cuantas veces!

—Pero qué encuentros tan interesantes. —Sirvió un poco de vino y se acercó para ofrecer una copa. Tras un momento, Portia la cogió y bebió, confiando en que le calmara los nervios. Aquí estaba, atrapada con Bryght, pero al menos era un estudio, no una habitación. Los únicos muebles eran dos sillas tapizadas junto al fuego, unas mesas pequeñas y un escritorio, y muchas estanterías. Los estantes, no obstante, no estaban llenos de textos de filósofos encuadernados en elegante cuero, sino de libros de cuentas, fajos de papeles y anuarios.

Parecía un lugar ordenado y algo en lo que concentrarse, algo que mirar más seguro que el atuendo informal de *Bryght, su* sonrisa y su abrumadora presencia. ¿ Cómo podía su caprichoso cuerpo estremecerse de excitación sólo de hallarse en la misma habitación que este hombre?

Buscando un tema banal de conversación, se acercó hasta el escritorio.

—¿Qué estabais haciendo aquí?

—Ordenando mis asuntos.

La mano de Portia tembló mientras tocaba un papel.

—Esto no parece un testamento.

—No. De hecho son los detalles de algunas investigaciones relacionadas con el guano. Abono de excremento de pájaros. Portia se apartó bruscamente.

—No es necesario que os burléis de mí, milord. Me disculpo por mi curiosidad tan vulgar.

—No me estoy burlando. —En ese momento se hallaba detrás de ella quitándole la capa. Portia se dio media vuelta, pero él ya se la había retirado, y la verdad era la que hacía demasiado calor para llevarla en esta habitación.

—Portia —dijo él con amabilidad—, necesitamos hablar. Venid a sentaros junto al fuego. Lo prometo, mis intenciones son absolutamente nobles.

Ella permitió que la colocaran en una silla junto al fuego y sorbió el vino. El toque más leve de la mano de él en su brazo había sido como el fuego, pero tenía que recordar que Bryght no quería casarse con ella. Había retirado su oferta matrimonial, poniendo su vida en peligro incluso.

—Tal vez debiera disculparme —dijo ella—. Vuestro hermano insinuó que soy la causa de vuestros problemas, milord, y tiene razón. —Le miró entonces con semblante serio—. Por eso tenía que hacer algo. Ni vos ni Fort tenéis culpa en esto. No sería justo que os enfrentarais.

Bryght había ocupado la silla de enfrente y se acomodó allí, demasiado atractivo a la luz del fuego como para que ella pudiera seguir manteniendo la compostura.

—Vos no tenéis la culpa. Es vuestro hermano el que tiene más responsabilidad en todo esto. Si Fort y yo nos enfrentamos, poco tendrá que ver con vos. La disputa tiene motivos más profundos que esos.

—¿Qué pelea?

—Nuestras familias llevan años enfrentadas. El viejo conde odiaba a Rothgar. Por supuesto, Rothgar es el tipo de hombre que el viejo conde despreciaba, pese a todo, era un genuino mojigato, pero se enfrentaron por otros temas. Rothgar era uno de los pocos hombres dispuestos a enfrentarse a Walgrave, el Incorruptible.

Portia dio un sorbo al vino, el hecho de mantener una conversación normal la estaba serenando.

—Pero Fort no es como su padre. No es que sea un mojigato y

dudo que ni siquiera comparta sus ideas políticas. ¿Por qué iba a con-

tinuar la rivalidad?

—Tal vez sea solamente la tendencia a reverenciar a los muertos secundando sus causas... —Tras un momento, añadió—: El problema se vio exacerbado por cuestiones relacionados con mi hermano menor y su novia, lady Chastity Ware. Seguro que conocéis a Chastity.

—Sí, un poco. Pero el conde protegía mucho a sus hijas, no les permitía mezclarse con mortales inferiore. ¿Fort no queria que vuestro hermano se casara con su hermana?

—No especialmente, pero seguramente habréis oído hablar del escándalo que envolvió a Chastity. Que la cogieron con un hombre en la cama.

—Sí, pero todo fue un error, entiendo yo.

—Por supuesto que lo fue, pero fueron necesarias muchas estratagemas para demostrarlo. Particularmente teniendo en cuenta que su propio padre había propagado la mentira, para empezar.

—¡El conde! ¿Por qué iba a nacer algo así?

—Es complejo, pero el hecho de aclarar el ervgano provocó su muerte. Fort nos culpa de eso.

Portia de pronto comprendió algo.

—Y aclarar todo esto implicaba recuperar la carta, ¿no es así? Ése es el motivo de que os encontrarais en la casa dei conde en Maidenhead.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Exactamente. A Fort le encantaría jugarle una mala pasada a cualquier Malloren, aunque dudo que en realidad quiera matarme. Es más sutil que todo eso. Lo que quiere, creo, es que nos casemos.

Portia bajó la vista a la copa.

—Una mala pasada —repitió, intentando no demostrar lo mucho que aquello dolía—. Los Trelyn también desean castigaros con esta boda.

—Qué torpe por parte de ellos.

Portia alzó la vista y vio que la estaba mirando, la estaba mirando como un halcón. Eso le recordó lo que él era aparte de un ser maravilloso, y se levantó de un salto para poner espacio de por medio.

—No hay por qué ser amable, milord. He tenido tiempo para pensar y creo que entiendo la situación muy bien. —Portia se quedó mirando un hermoso cuadro de una tierra extranjera, una tierra exuberante bañada por el sol—. La gallardía os impulsó a pujar por mí en Mirabelle. Ahora comprendo que nadie desearía hacer algo así. Yo estaba disfrazada, pero a vos sí os conocían. Siento haberos acusado de

deseos egoístas.

—Estáis perdonada.

Sonaba casi divertido, pero ella no se atrevió a mirarle.

—Y estoy segura de que nunca pretendisteis que vuestras insinuaciones fueran deshonestas aquel día en la plaza. Fue por completo imaginación mía...

—También es cierto.

Portia se mordió sus labios temblorosos.

—Y nunca debería haber insinuado que mentíais respecto a aquella cita bíblica.

—Estoy asombrado —comentó él—. No tenía idea de ser tan completamente inocente. ¿Podéis justificar también mi conducta en casa de lady Willoughby?

Portia se volvió con cautela.

—Bromeáis, milord, pero es cierto. Fue mi propia insensatez y la de mi hermano las que provocaron todos estos problemas. Sería una injusticia terrible que vos os vierais perjudicado por ello.

—Sin duda. Entonces, ¿lo de casa de lady Willoughby? Vamos, al menos intentadlo.

Ella no podía entenderle.

—Me da la impresión de que no os tomáis esto lo suficientemente en serio, milord. Es vuestra vida la que está en juego.

—Soy consciente de ello, pero, de todos modos, siento una gran curiosidad sobre la interpretación que dais al asunto Willoughby. Portia frunció el ceño ante la frivolidad de él.

—Bien, creo que sí se os puede atribuir un poco de culpa en este caso. No deberíais haberme involucrado en una apuesta y tampoco deberíais haber establecido que el pago fuera algo tan íntimo.

Aquello recordaba otra apuesta íntima y Portia se sonrojó, rogando que él no hiciera referencia a la misma. Aquí, en un entorno civilizado, con un caballero vestido bastante decentemente, era posible intentar olvidar aquella otra ocasión. Posible, pero no fácil, una vez removido aquel recuerdo.

Él tenía los párpados semicerrados de un modo que ocultaban sus pensamientos e incrementaban todavía más su misterio.

—¿Qué otro precio podríais haber pagado, Hipólita?

—¡No me llaméis así!

—Pero me gusta. No temáis, no os llamaré así en público. En la cama, eso...

Se estremeció de alarma.

—¡No existe esa posibilidad entre nosotros, milord!

—No, probablemente no. O al menos, no en el futuro más próximo. Entonces —continuó él con calma—, ¿cómo hubierais preferido pagarme en casa de lady Willoughby?

—¡No sé! Con una moneda de seis peniques. Un par de pantuflas bordadas. Un pastel de manzana...

—Qué cosas tan maravillosas lleváis en los bolsillos de vuestros vestidos de noche.

Portia le miró con gesto desafiante.

—Sabéis a qué me refiero.

—Sí, pero no necesito dinero, ni pasteles, ni pantuflas bordadas, y •quería que me besarais. Tanto como vos queríais besarme. Tanto como ahora deseáis besarme.Portia entró en tensión.

—No, no es cierto.

—Una dama no debería mentir, ya lo sabéis—¿Queréis decir que vos deseáis besarme ahora?

—Ah, sí. Desde luego.

Al oír su tono de voz, Portia se estremeció.

—¿Por qué? —expresó débilmente.

—¿Seguís igual de inocente? Por el deseo natural que se satisface igual que la otra noche, y Rothgar no regresará durante una hora más o menos. ¿Por qué si no?

Ella se llevó una mano a su agitado pecho.

—¿Aún pretendéis arruinar mi reputación?

Bryght abrió los ojos de forma repentina, centelleantes de furia.

—Parece que todavía intentéis insultarme. —Luego suavizó su tono—. Tengo puestas todas mis esperanzas en casarme con vos, Portia, y no pongo ninguna objeción a anticipar la ceremonia.

—¡Pero no tenéis ninguna obligación de casaros conmigo! —protestó ella, sintiéndose como si estuviera intentando explicar las cosas a un simplón—. Habéis dicho que no habrá ningún duelo, y ahora me doy cuenta de que lo que ocurrió en casa de lady Willoughby no fue tan terrible. Aunque mi reputación haya salido maltrecha, mi destino se limita a una vida oscura donde todo esto no le importará un bledo a nadie.

Él se puso en pie y se acercó a Portia.

—De todos modos, no es mi caso. Debo continuar viviendo en sociedad. No tengo intención de verme perseguido por rumores de haber violado a una mujer a la que dejé abandonada, condenada a una

deprimente vida de vergüenza en provincias. Portia retrocedió.

—Contaré a todo el mundo que no es verdad.

—¿Desde Dorset? Y la mitad del mundo no os creerá, digáis lo que digáis.

Ahora él se hallaba a tan sólo unos centímetros. Portia recordó Maidenhead donde la altura y determinación de él habían vencido la oposición de Portia.

—¿Estáis diciendo que debo casarme con vos para salvar vuestra reputación? —preguntó débilmente.

Los ojos de él brillaron.

—Exactamente. Y nuestro deleite y felicidad subsiguientes acabarán con cualquier resto de duda. —La cogió en sus brazos. Portia apoyó las manos contra el pecho de él.

—¡Tiene que haber otra manera!

—¿Veis alguna?

Los brazos de ella perdieron fuerza y Portia se encontró pegada a Btyght.

—No.

Bryght introdujo sus dedos entre el pelo de ella.

—¿Qué...?

—Estoy completando la desintegración de vuestro peinado. He sentido un deseo incontenible de verlo largo y suelto desde nuestro primer encuentro.

Las horquillas habían desaparecido y los dedos de él se ensortijaban con delicadeza entre su pelo para extendérselo.

—Es fuego a la luz del fuego...

—Milord —dijo Portia débilmente—, esto es una locura...

—Entonces volvámonos locos. —Y la besó. El poder de aquel beso casi hace que se le doblen las rodillas, pero se esforzó por mantener la cordura y zafarse de su boca.

—¡Milord, esto está mal!

Él le cogió el pelo y le miró a los ojos.

—Nos casaremos el miércoles. No me rechacéis ahora. Portia vio algo ahí —una necesidad, un anhelo— que casi funde su resistencia, pero lo intentó una vez más.

—No hace falta que nos casemos. No es necesario. Tiene que haber una solución.

——No la hay. Sois mi esposa. Rendios a mí.

E

El deseo —la pura necesidad que este hombre creaba en ella— la rondaba, listo para atacar, pero Portia se resistió aún una vez más.

—Nos ataría para...

—Ya estamos atados. —La cogió en sus brazos y la llevó hacía el fuego para dejarla sobre la alfombra que había allí. Portia sintió un ca-

lor repentino a lo largo de su cuerpo, pero no era más intenso que el

calor que sentía dentro, donde vibraba la pasión desenfrenada. Era una impúdica. La decente, pudorosa, Portia St. Claire se había

desprendido como una concha, revelando la criatura que había debajo,

una criatura llena de deseos, una amante de las sensaciones, una mujer que quería a este hombre y el placer que podía representar.

Bryght se quitó la camisa y se sacó la cinta del pelo, o sea que su aspecto fue el mismo que en Mirabelle. Portia se limitaba a permanecer allí tendida, con el pelo suelto, las faldas revueltas, embebiéndose de la imagen de él.

Bryght se arrodilló a su lado y le cubrió la mejilla con la mano.

—La luz del fuego se convierte en ti. Sois una criatura del fuego, Hipólita, y muy hermosa.

Y Portia, en el espejo de sus ojos, era hermosa.

—Soy atrevida —murmuró, aún persistía una protesta de su otra identidad.

—Me encanta vuestro atrevimiento. ¿Puedo ver un poco más de vos?

Al ver que no protestaba, Bryght la levantó un poco y le soltó la parte posterior del vestido. Ella sabía que debería detenerle, pero no lo hizo, aunque los últimos restos de su pudor hicieron que se sujetara el vestido a sus pechos por delante.

La mano de él, pegada a la espalda de Portia descubierta ahora por encima del corsé, propagaba el calor. Cuando él llevó allí sus labios y la besó, ella se quedó mirando fijamente la pared, indefensa, pero luego el calor danzante provocado por aquello la obligó a arquearse hacia atrás, hacia él. Bryght la rodeó con su brazo para sostenerla, comprimiendo sus pechos ya sensibles.

—Te toco y suenas como un arpa —dijo él contra su nuca—. Hagamos música...

Portia agarró el brazo de él, pegado a ella.

—Bryght, de verdad, no deberíamos. Esto está mal. Es una locura...

—Es como si estuviéramos casados. —Él la levantó y con naturalidad retiró la mano de Portia que asía el corpino, de tal manera que

el vestido cayó. Cuando él la puso de pie, ella sólo llevaba la camisola y

el corsé, e intentó taparse.

Bryght le bajó las manos.

—Déjame verte, cariño.

Bajo el ardor apasionado de la mirada de él, se fundieron los últimos cristales de resistencia de Portia. Se sonrojó y rió temblorosa.

—Si lo hubiera sabido, me habría puesto mi mejor ropa interior. Él siguió el algodón sobre la estructura del corsé.

—Te regalaré prendas exquisitas de seda y encaje, y te amaré con ellas y sin ellas, pero en este momento, éstas son perfectas.

Soltó con destreza las cintas y tiró de los cordones del corsé, que también cayó a la alfombra. La conciencia frenética de Portia intentó recordarse a sí misma que tanta destreza demostraba que no era un hombre decente, pero quedó ahogada por el clamor de sus sentidos.

Le deseaba. Le deseaba tanto que sentía un dolor físico.

Las manos de Bryght apreciaban el busto de Portia liberado por encima del algodón de la camisola, algo que provocó un empeoramiento del dolor.

—Ahora te pareces un poco a mi Hipólita, pero mucho más guapa.

—No soy guapa —protestó ella, agarrándole las muñecas—. ¡De verdad, no lo soy!

—¿Estoy entonces hechizado? No importa, ya que yo estoy contento así. —Él se liberó, le cogió la mano derecha y se la apretó contra la parte delantera de los pantalones—. Mira.

Ella intentó apartar la mano, pero él la retuvo allí.

—Los hombres son criaturas lujuriosas —dijo ella con debilidad—. Se excitan con facilidad.

—Algunos de nosotros discriminamos más que otros. Mi amigo, aquí, no baila con cualquiera, ¿sabes?

Sí, mi preciosidad. Bailad para mí, demostradme que queréis el regalo de Venus...

Portia sintió el movimiento bajo su mano y se puso colorada. Pero a ella, mujer pecadora, le encantó. Movió la mano arriba y abajo sobre toda la erección.

—Mira lo que me haces. Puesto que, pronto, también éste será amigo tuyo, tal vez quieras bautizarlo.

Portia apartó la mano con una sacudida.

—¿Bautizarlo?

—¿Y cómo, si no, vamos a hablar de él en público? Portia dio un paso atrás.

—¿Por qué íbamos a querer hablar de tal cosa en público?

—¿Para prepararnos para lo que tengamos pensado hacer en cuanto lleguemos a casa? —sugirió él con una mueca—. O tal vez para lo que vamos a hacer en algún rincón tranquilo de la casa del anfitrión. —Le cogió la mano y la atrajo con fuerza—. Te estoy invitando a compartir una vida muy perversa, mi amazona. ¿Aceptas?

—¡Te sentirás decepcionado! —protestó ella—. No soy tan perversa. ¡Oh, Bryght, para y piensa!

—Eres lo bastante perversa, y lo bastante atrevida para mí, también. —La dejó, pero sólo para soltarse los botones, dejando la bragueta abierta. Volvió a cogerle la mano y la apretó contra él, pero esta vez contra la carne caliente—. Dale un nombre —susurró, y ella sintió el estremecimiento que recorrió todo el cuerpo de él.

La conquistó. No era ningún artificio. Tal vez él mintiera, tal vez bailara con cualquiera, pero en este momento bailaba para ella.

—El Támesis —susurró ella.
Bryght la miró con desconcierto.

—Espero que no pienses que su corriente puede igualar la del río más importante de Inglaterra.

—No. —No podía creer que ella misma estuviera diciendo esto—. Pero creo que atraviesa Maidenhead.

Él se rió y la alzó para darle vueltas y más vueltas en el aire hasta dejarla mareada. Luego los dos se derrumbaron sobre la alfombra para placer de ella.

Era como en Mirabelle y no obstante era muy diferente, ya que en esta ocasión, Portia también deseaba aquello. Más que desearlo, se moría de ganas.

No protestó cuando Bryght le sacó la camisola, la última barrera ante él. La acarició con su mano, en una tierna exploración.

—Huesos delicados, piel de finísima seda que muestra las venas que hay debajo... tengo miedo de hacerte daño.
Y, de hecho, le temblaba la mano.

—Eres tan pequeña —dijo—. Sé que no eres frágil, pero eres pequeña. ¿Te magullé la última vez?

—No, por supuesto que no. —Pero él insistió en inspeccionar cada centímetro de ella con risas y besos.

Portia descubrió que estar desnuda con Bryght parecía natural, la cosa más natural del mundo. Y le quería a él también desnudo. Con más juegos bromistas, le desnudó y ella admiró su esplendor.

—Huesos fuertes —dijo Portia, deslizando una mano exploradora

muslo arriba, hasta encima de la cadera—. Piel de terciopelo sobre acero. Podrías hacer de modelo para David. .

Él sacudió la cabeza,

—¡Dios no lo quiera! Pero, si te agrado a ti, eso me gusta, Y me gusta cómo me tocas, Portia. Tócame donde más te guste...

Sonrojada, Portia continuó con su exploración, pasó la mano sobre su pecho, hombros, y bajó por su musculoso abdomen. Allí se detuvo, no obstante, azorada ante la idea de seguir, aunque lo deseaba, quería sentir el calor y la dureza otra vez...

Al mismo tiempo, las manos de él también la exploraban; casi sin pensamiento consciente, eso parecía, pero aumentando el deseo.

—Tu contacto tiene tal poder sobre mí, me temo. Quiero ser tierno, Portia, pero no estoy seguro de que pueda. Dime si te hago daño.
Ella le besó el pecho.

—Cuento con que duela un poco.

Él le levantó la barbilla y le besó los labios.

—Tal vez podamos superar tus expectativas...

Portia, de todos modos, vaciló por un momento. Hablar de perder su virginidad la obligó a enfrentarse al hecho de que no habría marcha atrás si se rendía...

Él le cogió el pelo y la besó, la besó como si percibiera sus dudas y deseara ahuyentarlas. Bajo el calor de aquellas manos, de aquella boca

y aquel cuerpo, Portia no podía pensar. Sólo podía desear. Portia pellizcaba y acariciaba, besaba y mordisqueaba cada trozo disponible de aquel cuerpo lleno de movilidad, deseando siempre más y más.

Cuando los movimientos sinuosos de él le pusieron delante la tentación final, ella la cogió y llevó los labios sobre la cabeza del río Támesis. Él se quedó rígido y torció la cabeza para mirarla.

Portia recuperó un poco la cordura en aquel momento. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Sin embargo, algo en la expresión de él la llenó de una sensación de poder regocijado. Mirándole atentamente, frotó su lengua contra él.

Bryght se estremeció y murmuró «Diablos» como un hombre moribundo,

Portia lo acarició con la lengua y le vio sonrojarse. Lamió un poco y él soltó un jadeo. Luego se desplomó hacia atrás sobre la alfombra.

—Continúa, así, o doncella precoz. Sé todo lo atrevida que quieras conmigo.

Había un brillo de sudor en el rostro de Bryght, y Portia prefirió no pensar que se debía a la chimenea. Ella también sentía un calor extremo.

Su naturaleza impulsiva y osada la había metido en otra situación que iba por completo más allá de su competencia, pero presentía que ésta sólo deparaba deleite.

Se dispuso a lamer y succionar el novedoso objeto, disfrutando de la nueva sensación y el dulce sabor almizcleño que encontró allí. Para ser tan duro, el río Támesis tendría que estar completamente helado, pero éste estaba ardiendo y casi fluido por la manera en que bailaba bajo su contacto.

Portia deslizó una mano bajo el rígido torso, y con la otra le rodeó, extendiéndola luego hacia abajo para explorar las blandas bolsas que había allí. Cuan extraño, cuan maravilloso, cuan interesante era un hombre…

Desde este ángulo no podía ver su rostro, pero sí veía la mano de él en el muslo, la mano izquierda con el gran sello de esmeraldas. De repente la mano formó un puño, y Portia la cubrió con su propia mano más pálida, calmándola mientras continuaba con aquel tormento. Él le apretó la mano casi hasta el punto de magullarla, Portia podía oír cada respiración de él.

¿Y ahora qué?

Se hallaba atrapada en una espiral de calor y poder. Era fascinante,
pero sentía que algo estaba a punto de estallar…

De repente él se movió. Liberó el río de la cautividad y tiró de ella para que se quedara de cara a él.

—Si juegas con fuego, Hipólita, te quemarás.

No sonó amable. La arrastró como una cuadriga hasta la pasión y la penetró de repente, con violencia, luego se quedó paralizado, sosteniéndola ahí a ella con las rodillas enlazadas arriba por encima de los brazos de él.

Portia miraba fijamente aquellos ojos oscuros, embebiéndose de la intensa sensación, conmocionada por la posición en que se hallaba, pero con la satisfacción inmensa de que él por fin la hubiera llenado. Bryght se dio cuenta, le liberó las piernas y descendió para besarla. Portia se unió al beso con ardor, rodeándole de nuevo con las piernas mientras él continuaba impulsándola hacia la destrucción.

Portia intentó mantener los ojos abiertos, verle en su pasión, pero la potencia se volvió demasiado fuerte. Negaba todas las sensaciones excepto una, la nueva, la que apenas podía creer que formara parte de su cuerpo, aquel cuerpo que había habitado durante veinticinco años.

Capitulo 20

Portia volvió a la realidad tendida en los brazos de Bryght, sudorosa y pegajosa, sus nervios aún palpitantes, convulsos tras el embate de él. Se sentía dolorida en algunos sitios, un poco irritada entre las piernas y, de pronto, todo su cuerpo se estremeció con el temblor posterior a esa pasión.

Bryght enredó su mano entre su pelo y la volvió hacia él.

—¿Demasiado para ti? —Su expresión le recordó a Portia la primera vez, cuando la sujetó contra el suelo en Maidenhead y se mostró tan preocupado. En este instante comprendió que durante todo aquel tiempo, incluso en los peores momentos, aquel gesto se había convertido en un detalle tranquilizador que había sosegado su mente.

Portia sacudió la cabeza.

—Pero yo no pensaba que...

Él sonrió con cara de arrepentimiento.

—Me habría contenido un poco más si no hubieras intentado vaciar el río Támesis.

Portia sintió que se ponía colorada.

—No sé qué me ha sucedido.

—Yo sí, y no me importa —dijo acariciándola con ternura—. Me ha gustado. Pero me ha hecho perder el control. Si juegas con fuego, te quemarás. O al menos te chamuscarás un poco. Tendrías que entenderlo.

Portia se acurrucó contra él, le necesitaba de tantas maneras que se sentía apabullada. Y ahora tendrían que casarse. No quedaba otra escapatoria. Al menos, era un alivio para su conciencia saber que aquello era la voluntad de él, ella había intentado salvarle de sí mismo.

No podía hacer nada. Sonrió con deleite.

Y los que juegan con fuego, acaban quemándose. De todos modos, no tendrían que encontrar tan deleitables las llamas. Portia se acurrucó un poco más cerca del cuerpo empapado en sudor de él, y jugó con fuego. Él le cogió la mano.

—Te gusta vivir peligrosamente, desde luego que sí.

—Ay —murmuró contra el pecho de él—. Me temo que así es. Él se rió entre dientes.

—Contemplo el futuro con gran ilusión, pero por el momento, amor, voy a protegerte de ti misma. —Desenredó sus cuerpos y la ayudó a ponerse en pie—. Busca magulladuras y sé precavida.

Portia lo hizo y dio un respingo.

—Algunos músculos están más afectados que tras el ataque de Maidenhead. —Echó un vistazo a Bryght con malicia—. Bien, milord, ¿ha valido seiscientas guineas?

Él la levantó de inmediato por el aire, se sentó en la silla y la echó sobre sus rodillas para propinarle unos azotes. Conmocionada, ella culebreó frenéticamente.

—¡No te atrevas! -

Él tenía la mano sobre sus nalgas.

—Entonces deja de llamarme milord.
Portia se retorció para lanzarle una mirada iracunda. El alzó las cejas y la mano. El muy miserable era capaz.

—Bien, Bryght —preguntó con furia—, ¿ha valido seiscientas guineas?

—Cada penique —contestó, y entonces la volvió para dejarla sentada sobre su regazo.

Portia le miró con resentimiento.

—Si alguna vez me azotas, te ataré y te zurraré.

—Eso suena divertido —dijo él con una mueca.
Ella soltó un resuello y se apartó.

—Dije que llevaríamos una vida llena de perversiones —le recordó él.

—¡Pero yo no dejaré que me peguen! —protestó ella.
Bryght sacudió la cabeza.

—Calla, amor, estoy jugando. Si alguna vez hacemos algo así será en broma. Y podrás dejarlo cuando quieras.

—¡En broma!
Él movió las cejas.

—Confiesa. Antes de hoy, ¿habías pensado alguna vez en divefl,irte tanto jugando con el río Támesis? • olí

Y Portia ocultó su rostro ardiente contra el pecho de él.
Bryght se rió, pero volvió a separarla.

—Es bastante posible que Rothgar regrese pronto, quizás incluso con Fort a la zaga. No quiero ponerme pesado, pero creo que tal vez debiéramos ponernos alguna ropa.

Portia saltó de sus brazos y empezó a remover entre sus prendas, con un ojo en la puerta. Bryght la observó con una sonrisa, pero ante los ruegos de ella, también empezó a vestirse.

Portia batallaba con los cierres de la parte posterior del vestido cuando detectó unas pisadas.

—¡Alguien viene! —siseó.

Bryght volvió a reírse y se acercó para abrocharle los dos corchetes del vestido.

—¡Tu camisa! —Portia la cogió y se la entregó. Le estaba ajustando los botones del cuello cuando giraron la cerradura. Bryght le apartó los dedos, y cuando la puerta se abrió estaban de cara a la misma.

Rothgar entró, cerró la puerta tras él y echó un vistazo a su alrededor. Portia vio entonces sus medias y ligas esparcidas por el suelo y estuvo a punto de morirse. Miró con desesperación a Bryght y él la rodeó con el brazo para aproximarla a su lado.

—Sospeché que sería mejor dejar a Walgrave esperando abajo— se limitó a decir el marqués—. Tan sólo desea saber si la boda seguirá adelante como estaba planeado. Supongo que éste es el caso.

—Por supuesto —dijo Bryght—, aunque no me agrada casarme bajo los auspicios de los Trelyn.

—De todos modos, silenciará los chismorreos.

—¡Pero la gente continuará creyendo esas horribles mentiras! —exclamó Portia—. No es justo.

—La vida rara vez es justa —dijo Rothgar—, aunque a veces eso se puede remediar un poco. Después de esta noche, la mayor parte de la voces quedarán acalladas.

Portia se preguntaba cómo sus apasionadas relaciones podían acallar los murmullos.

Por lo visto el marqués era capaz de leerla como un libro, ya que dijo:

—Estaba pensando más en vuestras aventuras públicas, señorita St. Claire. Vamos a cenar dentro de veinte minutos, luego iremos a casa de los Willoughby, donde la dama ya está celebrando otro de sus deliciosos eventos…

—Pero…

El marqués hizo caso omiso.

—Bryght estará a vuestro lado. Walgrave y los Trelyn también nos acompañarán. Lady Willoughby se deshará en atenciones con vos.

Todo el mundo comprenderá que ha sido víctima como mínimo de un error.

Sonaba como una sesión de tortura. Portia se aferró a una excusa.

—No tengo nada apropiado que ponerme.

—Lady Trelyn ha enviado uno de vuestros vestidos. Creo que las habitaciones de mi hermana facilitarán cualquier otra cosa que necesitéis, y sería bastante correcto que llevarais alguna de las joyas sencillas de la familia.

La mirada de Portia se desplazó de Bryght a su hermano.

Parecía indecente pasar de tal pasión a una aparición pública, y odiaba la idea de ser el centro de especulaciones.

Bryght la besó.

—Cuando Rothgar toma las riendas, no queda otra opción que seguir sus indicaciones. Nada ni nadie te hará daño. Te llevaré a las habitaciones de Elf.

La guió por la casa y entraron en otro pasillo. El frescor de la casa templó también un poco su cabeza. Comprendió con consternación que había quemado ciertamente la posibilidad de una retirada. Iba a casarse con Bryght y, aunque él era maravilloso en muchos aspectos, aún era un jugador.

La llevó a un dormitorio decorado con tapicería de seda verde clara. Tendido sobre la cama, Portia vio su segundo mejor vestido, uno de seda cremosa con un corpino guateado.

¿Compensaría la pasión en la cama la preocupación constante y las crisis inevitables? Portia empezó a intentar tender puentes para una escapada.

—Seguro que si todo el mundo está dispuesto a retirar sus chismes, no hace falta que yo esté allí.

—Por supuesto que tienes que estar. Necesitarán alguna prueba de que estás sana y salva. Más o menos —añadió con un guiño que volvió a excitarla otra vez.

Bryght estaba investigando en diversos cajones y cajas, pero parecía que todos estaban más llenos de lo que uno esperaría cuando el propietario estaba ausente.

—Elf debería dejar de comprar todo artículo al que echa el ojo —comentó mientras sacaba una faja negra ribeteada de rojo y oro. Sacudió la cabeza y la devolvió a su sitio. —¡Oh, no deberíamos estar mirando sus cosas! —protestó Portia.

—A Elf no le importará. —Echó un fichú de encaje sobre la cama—. Tiene tu edad, por cierto. Te acogerá con alegría en el seno de la familia.

Portia cogió el pañuelo y vio que era de una vaporosa seda ribeteada con el encaje de seda más hermoso que ella había visto jamás. El encaje incluía una tela de araña de excelente hilo de oro que lo hacía relumbrar mágicamente a la luz de la vela.

—Es demasiado precioso —protestó.

—Tonterías. —Repasó rápidamente un pequeño cofre que parecía estar lleno de medias—. Elfled —continuó él como si la desconcertada Portia le hubiera preguntado—. Todos tenemos nombres de gobernantes y héroes anglosajones. Ah. Sacó un par de medias que parecían confeccionadas por entero en encaje y un par de ligas con volantes ornados. Se quedó mirándolas.

—Tenemos que buscar un marido a Elf, en serio.

—¿Por qué?

Dejó las medias y ligas junto al vestido.

—Ninguna mujer compra estas cosas a no ser que tenga intención de que un hombre las vea.

Portia sospechó que tenía razón.

—Tal vez no le guste que tú sepas que las tiene. Asintió.

—La prudente Portia. —Devolvió los artículos al fondo del cofre y sacó un bonito pero sencillo par de medias marcadas con rosas y unas ligas sencillas para sostenerlas. Las dejó sobre la cama y luego se acercó a ella para besarla—. Ya ves, te necesitamos. A Elf le gustaría tener una hermana, y tú puedes hacer de casamentera con ella.

—No conozco a nadie adecuado para casarse con la hija de un marqués.

—Pronto sí que conocerás a más de uno. Serás lady Bryght, una estrella de la sociedad...

—No puedo...

Él volvió a besarla.

—Eres capaz de cualquier cosa. A Elf le sentará bien tenerte cerca. Es tan impetuosa como tú por dentro... Dios, tenías que haber visto algunas de las cosas que Cyn y ella llegaron a hacer de niños. Nos hacían perder la respiración. Pero ella tiene la delicadeza de no exponerse a peligros ahora que se ha convertido en una mujer temerosa de lo que Rothgar pueda hacer. Como la mayoría de libertinos, nuestro

hermano no es nada razonable en cuanto al tema de sus hermanas y

los hombres.

A Portia le pareció turbadora esta precipitada introducción a la vida familiar.

—Bryght, no estoy segura de...

Él selló sus labios con los dedos.

—Ahora no hay marcha atrás.

Fue el relumbre de triunfo en sus ojos lo que la heló.

—¡Me sedujiste intencionadamente!

Él se ruborizó levemente.

—No protestaste demasiado, Hipólita.

—¡Sí que lo hice, e hiciste caso omiso!

—¿Vas a acusarme de verdad de violación?

Portia se apartó y se dio media vuelta, llevándose las manos a las mejillas.

—No, pero me besaste hasta hacerme perder el juicio. —Se volvió de nuevo para plantarle cara—. Querías este matrimonio y yo no, de modo que te aseguraste de que diera mi consentimiento.

—No creo que tengas mucho de que quejarte.

Ante su autocomplacencia, su suficiencia, Portia sintió la furia encendiéndose en ella como un pilar de llamas.

—¿Ah, no? Bien, esto es lo que te digo, Bryght Malloren. Tu plan ha fallado. Nunca me casaré contigo.

—¿Ni siquiera aunque estés embarazada?

La gélida conmoción sofocó las llamas.

—¡No puede ser! No después de tan sólo una...

—Es perfectamente posible.

—¡Entonces lo criaré como un bastardo!

—¡No! ¡Por tu bien no lo harás!

—¡No puedes detenerme! ¡Hoy en día no es posible arrastrar a una novia hasta el altar atada y amordazada!

El aspecto de Bryght era tan sombrío y peligroso como en su primer encuentro, lo cual le recordó los muchos motivos por los que no debía unir su vida a la de él.

—Te casarás conmigo, Portia. No tienes otra opción.

Entonces ella cogió la jarra de agua y arrojó su contenido sobre él. Bryght esquivó la mayor parte del contenido y recuperó la jarra antes de que también se la lanzara. La tiró sobre la cama, y entonces ella cogió la palangana de porcelana, con intención de rompérsela en la cabeza. El la atenazó sobre la cama y le arrebató la palangana. —Admítelo, Portia. Querías hacer el amor, y me quieres a mí. - Ella se opuso a él con toda su fuerza.

—¡Quiero elegir y me has arrebatado eso!

Él la retuvo con facilidad.

—Lucho por lo que quiero, y te quiero a ti.

—Lo único que quieres es poner fin a este escándalo —soltó ella bruscamente.

Antes de que Bryght pudiera responder, alguien llamó a la puerta. Vaciló un momento y luego se apartó de ella para ir a abrir.

Una doncella de mediana edad y rostro inexpresivo entró e hizo una reverencia.

—Mi futura esposa necesita prepararse para la velada —le dijo Bryght—. Pero no saldrá de esta habitación sin la escolta de alguien de la familia.

Volvía a estar prisionera. Portia cerró los ojos e intentó controlar un acceso de rabia y malestar. ¿Cómo podía pasar tan deprisa de aquel amor deslumbrante a la desesperación más tétrica?

Entonces se percató de que estaba echada con gran descompostura sobre una cama en una habitación sumamente desordenada. Se puso en
pie con dificultad, preguntándose qué estaría pensando la doncella.

—Llamaré para que traigan más agua, señora —se limitó a decir la doncella.

Apareció un lacayo y fue enviado con aquel encargo mientras la doncella retiraba eficientemente los restos de la batalla.

Portia siguió de pie allí preguntándose frenéticamente sobre las probabilidades de que ya estuviera embarazada. Disipó su pánico. Esas cosas se hacían evidentes al cabo de un tiempo. Lo principal ahora era ganar tiempo precisamente, y no casarse el miércoles.

No podían obligarla a hacerlo. No podían.

De todos modos continuaría con lo de aquella noche, ya que debía aquello a Bryght. No sería justo dejarle con tal lacra sobre su reputación.

El lacayo regresó con agua fresca, y la doncella ayudó a Portia a sacarse la ropa arrugada. Vaya aventuras había vivido desde que se había vestido por la mañana.

Portia se lavó, luego se vistió con la ropa interior que Bryght había escogido para ella, y sintió cada artículo como si fuera la mano de él contra su piel. «Te regalaré prendas exquisitas de seda y encaje, y te amaré con ellas y sin ellas…»

Aquel recuerdo susurró sobre los nervios de Portia como un toque sedoso, anhelado y odiado al mismo tiempo. Le había dado su virginidad, y por honor ella debía casarse con él. Pero se recordó de forma implacable que él no se había casado con la primera mujer a la que había hecho el amor.

Cuando ya estaba vestida, con el toque elegante del hermoso fichú, volvieron a llamar a la puerta.

Portia dio un respingo, pensando que sería Bryght. Pero era el marqués vestido de magnífico satén rubí. Un tranquilo sirviente le seguía con una caja en las manos. Lord Rothgar estudió a Portia de forma desapasionada. Ella se sonrojó y alzó la barbilla.

—No tengo pretensiones de ser más de lo que soy, milord.

—Sería estúpido tenerlas —contestó él, haciendo que se sintiera estúpida por emplear una frase trillada.

—Me refiero a que no soy una belleza, milord, ni una gran dama de la sociedad. No tengo deseos de pretenderlo.

—Tenéis suficientes encantos como para atrapar a mi hermano, y estáis a punto de convertiros en una Malloren. Hay pocos por encima. —Alzó un dedo y el criado se adelantó un paso para dejar la caja so-

bre la mesa. El hombre dio la vuelta a la llave y abrió suavemente varios cajones. Era un joyero, cada cajón relucía con piedras preciosas.

Portia no pudo evitar soltar un resuello.

—Venid aquí —dijo el marqués.

—No. ¡No necesito joyas así!

—No me malinterpretéis, no ha sido un ruego. —Los ojos de lord Rothgar eran fríos, y Portia recordó su anterior enfado antes de dejarla encerrada con Bryght—. Habéis estado a punto de provocar un desastre en esta familia, Portia. Esta noche lo enmendaremos y dispondremos el escenario para un futuro armonioso. Interpretaréis vuestro papel.

Y Portia se encontró a sí misma adelantándose para aceptar los adornos. Se dijo a sí misma que sería sólo una pequeña concesión, que aquello no significaba que fuera a aceptarlo todo. Pero su corazón latía acelerado por el pánico mientras él le colocaba un collar alrededor de la garganta y pendientes en sus orejas. Le pusieron también un tocado sobre los rizos.

Cuando sintió los dedos de él sobre su corpino, sufrió una sacudida de alarma, pero vio que él sólo pretendía sujetarle un broche ornado para unir el fichú. Estaba compuesto por centelleantes piedras amarillas rodeadas de pequeños diamantes brillantes. Unas sartas que salían de las piedras caían oscilantes sobre su corpino hasta la cintura.

Estas joyas iban a juego con el anillo de compromiso que había

devuelto a Bryght. Supuso que volvería a recibirlo, y deseó poder im-
pedirlo.

Rothgar la volvió al espejo. El diseño de las joyas creaba la impresión de cintas doradas entrelazadas y ribeteadas de luz, que relumbraban sobre todo su cuerpo: sobre su corpino, sus orejas y en torno al cuello. El adorno en el pelo era una delicada diadema que parecía fundirse con el color de su pelo, resaltando ambos.

En cierto modo, el fichú de encaje y las exquisitas joyas convertían a Portia St. Claire en algo por entero diferente, algo más hermoso, especial. Sería estúpido negarlo, pero igual de estúpido sería asumir el mérito de aquello.

—Son muy hermosas —dijo sin énfasis.

—Eso creo. No obstante, no forman parte del patrimonio familiar, de modo que no es preciso en absoluto que os sintáis inquieta por llevarlas. ¿Estáis lista? —Tendió una elegante mano blanca.

Portia se recordó que sólo estaba obedeciendo órdenes para limpiar *el* nombre de Bryght. No accedía a nada más. Dejó su mano sofcre Ja de lord Rothgar y permitió que él la llevara hasta el pasillo y luego a las escaleras.

En lo alto de las escaleras él se detuvo y dirigió la atención de Portia a un retrato entre las largas ventanas.

—Mi padre y su segunda esposa, la madre de Bryght. Su retrato nupcial.

Portia vio a una encantadora pareja sentada en un banco bajo un árbol, mientras un par de spaniels jugueteaban a sus pies. El caballero

era moreno, pero el pelo de la dama era dorado rojizo, casi tan rojo como el de Portia. Ambos sonreían, pero Portia tuvo la impresión de que la dama estaba más acostumbrada a las sonrisas que el caballero.

Nerissa había dicho que la madre de Rothgar se había vuelto loca y había asesinado a su segunda hija. En el retrato, Portia detectó las sombras de aquel suceso en los ojos del marido. Pensó de todos modos que su nueva esposa podría ser capaz de borrar las sombras. Era un rostro hermoso, pero también un rostro bueno.

—Ojalá la hubiera conocido. Parece encantadora.

—Lo era, y muy bondadosa. También era muy alegre, y parece haber transmitido ese rasgo a la mayoría de sus vastagos. Eso supuso interminables problemas para mí.

Luego Portia vio las joyas. A excepción de la diadema, la marquesa llevaba las joyas que el marqués le había puesto. Se llevó la mano al cuello.

—Son las mismas…

—Fueron el regalo nupcial de mi padre. Portia le miró llena de alarma.

—¡Entonces no debo llevarlas!

—Siempre se reservaron para la futura esposa de Bryght. De pronto, Portia se sintió atrapada por los adornos, como si fueran cadenas, no joyas. Miró a la sonriente mujer que se había puesto al cargo de una familia bajo una oscura nube y que había traído el amor a ella.

—Sin duda ella querría algo mejor que esta boda artificial para su primogénito.

Rothgar la guió hacia las escaleras.

—Quería lo mejor, como cualquier madre. Lo importante es que esas joyas eran las piezas favoritas de Gabrielle, y bien conocidas. Que las llevéis será algo que todo el mundo entenderá.

De modo que había sido un gesto práctico, no sentimental. Aquello se ajustaba por entero al ánimo de Portia.

Rothgar la guió hasta una habitación dorada donde encontró presentes a los Trelyn. Ambos miraron con frialdad a Portia antes de sonreír amablemente, como había ensayado.

—¡Vaya, qué guapa estás! —declaró Nerissa con un grado de asombro que era insultante.

Portia contestó con un reverencia cautelosa. Fort también se hallaba presente.

—¿Cómo estás? —preguntó, y sus ojos grises la estudiaron en busca de algún daño.

—Estoy en perfecto estado de salud, Fort —contestó Portia con firmeza, pero antes de que pudiera decir más, Rothgar la hizo continuar para presentarla a los dos desconocidos allí presentes. Se percató de que eran otros Malloren.

—Mi hermana, lady Elfled, a la que generalmente llamamos Elf —pronunció el marqués. Lady Elf no era una belleza, y su pelo era más marrón que el de su madre, pero Portia pensó que seguramente tendría otras cosas de la madre, como la simpatía y el encanto.

Portia hizo una reverencia, y Elf la abrazó.

—¡Qué fantástico! ¡Hace pocas semanas que Cyn se casó y voy a tener otra nueva hermana! Y puesto que Cyn y Chastity se trasladan a Canadá en primavera, estoy encantada de tener una hermana que me haga compañía de vez en cuando.

Portia se sintió abrumada por esta simpatía aparentemente genuina.

—¡Y las joyas de nuestra madre! —exclamó Elf—. Qué bien te quedan. Necesitan un cabello luminoso como el tuyo. ¡Qué listo eres, Bryght!

Portia se volvió y vio que Bryght había entrado en la habitación. No había tenido tiempo de que le empolvaran el pelo, pero por otro lado vestía con todo el esplendor de un moaré bronce verdoso, con abundantes ribetes en oro. Su pendiente era una piedra dorada a juego *con* las joyas de Portia. Sonrió a su hermano.

—Gracias.

—Siempre se reservaron para tu esposa —dijo Rothgar—. Portia, ¿puedes apartar la mirada de mi llamativo hermano suficiente rato como para saludar a otro Malloren? Brand.

Ruborizada, Portia se apresuró a volverse. Brand Malloren llevaba el cabello empolvado, pero su grado de atractivo era tan poco alarmante como el de su hermana. Sonrió con una actitud sorprendentemente normal para un Malloren y le besó la mano y la mejilla.

—Bienvenida a la familia. Supongo que vamos a lanzarnos todos *en masse* a la conquista del mundo.

—Conquistar a los Willoughby será suficiente. —Rothgar se llevó a Brand y a Elf, dejando solos de este modo a Portia y a Bryght.

—Estás muy hermosa —dijo quedamente él.

—No me gusta esto, Bryght, no me gusta nada todo esto. Bryght le cogió la mano y la llevó a un rincón de la habitación donde un plinto coronado por una urna ofrecía incluso cierta intimidad.

—¿Qué es lo que no te gusta, amor? Ella soltó bruscamente la mano.

—Para empezar, no me gustan los engaños. ¡Y no soy tu amor!

—Estás alterada —dijo él con paciencia—. Lo entiendo. Preferiría que nos dejaran a solas para explorar nuestros sentimientos. De todos modos, yo te amo.

Portia se dio media vuelta.

—No quiero estar a solas contigo. Quiero ser libre.

—¿Qué te molesta de la idea de que nos casemos? —preguntó pacientemente Bryght.

Portia abrió y cerró su abanico.

—Que no tenemos nada en común. Que en realidad no es lo que deseamos.

—Tenemos muchísimo en común, y yo sí lo deseo. Ella volvió la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Por qué? ¿Aparte de para proteger tu frágil reputación?

—Que me zurzan si lo sé —contestó suavemente—, y ése es el argumento más convincente de todos. Si fueras una belleza despampanante envidiada por todos los hombres, como Nerissa, o si fueras rica, comoJenny Findiayson, entonces se explicaría fácilmente, ¿no crees? Simplemente te quiero, Portia.

—La pasión se desvanecerá.

Él sacudió la cabeza.

—No menosprecies lo que tenemos. Quiero disfrutar de tu compañía. Quiero tu persona. Quiero tus hijos.

Era tan dulce que resultaba peligroso.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—¿De dónde sacaste la ¡dea de que el amor es tan lógico? ¿Por qué me quieres tú?

Expresado así, era una tentación ofrecerle razones, pues ella sabía que existían sentimientos afectuosos bajo el miedo y la amargura. Pero Portia sabía que no debía flaquear.

—No es cierto.

Vio que aquello le sorprendía a él, y que, tal vez, también le dolía.

—Ah, lo siento entonces, por no haberme esforzado más por evitar esto. —Casi con melancolía, añadió—: Puedo ser una compañía bastante agradable si se me da la ocasión. ¿Qué quieres tú de este matrimonio?

—Respeto.

—Te respeto.

—Me refiero —dijo mirándole directamente— a que quiero respetar a mi esposo.

Él inspiró profundamente.

—¿En qué sentido yo no me merezco respeto?

—Eres un jugador. —Antes de que él pudiera hablar, Portia continuó—: ¡No lo niegues! Eres un jugador igual que Oliver, sólo que con más suerte, y la suerte no dura siempre. Nunca tendré la seguridad de que mi casa no va acabar ofrecida como apuesta.

—Portia —dijo él con paciencia—. Nunca haré eso.

—¡Eso es lo que siempre dicen los jugadores!

—¡No soy un jugador!

—¡Ja

Por un momento dio la impresión de que él fuera a replicar con brusquedad, pero sólo frunció el ceño.

—Otra vez, lágrimas de amazona…

Portia se dio media vuelta, tocándose levemente las lágrimas que había derramado sin ser consciente.

—A partir del día de hoy —dijo él con calma—, no participaré en juegos de azar que no sean meras apuestas insignificantes.

Portia se volvió entonces.

—¿Qué?

—Lo has oído. No miento, y cumplo mi palabra. Confía en mí.

—¿Pero…?

La cogió otra vez y la besó.

—Calla. Nunca perderás tu hogar por mi culpa.

Ella le miró fijamente, intentando creer, con ganas de confiar.

—¿Pero cómo sobreviviremos si renuncias a las mesas? Bryght hizo una mueca.

—Oh, defecaciones de pájaros y ese tipo de cosas. —Antes de que ella pudiera protestar, se explicó—: Inversiones. Mis ingresos provienen principalmente de los negocios de importaciones, exportaciones, minería y manufacturas.

Portia estaba confundida, pero aún no conseguía quedarse tranquila.

—Mi padre se arruinó con eso, y se pegó un tiro en la cabeza. Bryght habría contestado, pero en ese momento anunciaron la cena.

Suspiró.

—Puedo demostrar lo que digo, Portia, pero ahora no hay tiempo. Tendrás que fiarte de mí. —Sacó un anillo del bolsillo y se lo deslizó en el dedo.

Era la piedra cuadrada dorada rodeada de diminutos diamantes a juego con las otras joyas que llevaba puestas.

—Esto debería significar amor —dijo ella con tristeza.

—Significa compromiso. Tendrá que servir por el momento. La cena está lista. Ven.

Fue una cena de índole elegante, por toda la mesa fluía la charla ingeniosa y erudita. Nadie adivinaría que había enemigos encarnizados allí presentes. Nadie adivinaría que Portia era la víctima de un sacrificio.

¿Había sido sincero Bryght al decir que la amaba? Aquello tendría que significar muchísimo, pero se desmoronaba porque él era un jugador en todos los aspectos de la vida. El padre de Portia había amado profundamente a su madre; en otro caso, no se habría casado con alguien de rango tan inferior. Pero esto no había evitado el desastre final.

Portia estaba decidida a evadir las redes de Laoconte que la atrapaban. Dio una mirada a la mesa y evaluó a sus enemigos.

El marqués deseaba meramente la integridad de su hermano.

Nerissa quería la boda, pero principalmente lo que quería era la carta. Tal vez Portia pudiera conseguirla de alguna otra manera.

Fort era el principal problema porque quería el matrimonio en sí, lo deseaba porque sabía que sería desastroso para Bryght. ¿Cómo podía su amigo quererle tan mal?

Encontraría la oportunidad de hablar con él y hacerle ver que le estaba perjudicando a ella tanto como a Bryght. No obstante, mientras le observaba, y veía lo frío y cínico que se había vuelto desde la muerte de su padre, tuvo sus dudas.

Finalmente se hicieron los brindis y luego Elf se llevó a Portia y a Nerissa con ella para tomar el té en su saloncito.

—Los hombres no tardarán —dijo Elf— ya que tenemos que ir pronto a casa de lady Willoughby. Bueno, espero que no tarden. Lo último que nos hace falta es que se empinen tan pronto.

—No puedo imaginarme al marqués achispado —dijo Portia sorbiendo su té, preguntándose si podría reclutar a Elf para su causa.

—Oh, sucede en ocasiones —dijo Elf con una risita—. Algunas veces en la Abadía, todos ellos se relajan y empiezan a hacer el tonto.

—¿Y tú también te emborrachas? —preguntó Nerissa. '—Pues no.

—Deberías hacerlo. Es delicioso. ¿No lo es, Portia?

—Yo tampoco he bebido nunca, Nerissa. No es femenino. Nerissa se rió.

—Qué ñoña eres. Pobre Bryght. ¡Lo más probable es que se pegue un tiro de aburrimiento!

—¡Lady Trelyn! —protestó Elf.

Nerissa se echó a reír, pero enseguida cambió de tono y se deshizo en lágrimas.

—Oh, cielos. —Elf se apresuró a ir a su lado. Portia nunca había visto a Nerissa en un estado así.

—Está encinta...

—Eso podría explicarlo. Tal vez debamos dejar que se eche un rato en la habitación de al lado.

De modo que trasladaron a la consternada Nerissa, apoyada en ellas, hasta el dormitorio verde, donde la tendieron sobre la cama.

—¡Lo siento! —dijo Nerissa entre jadeos—. No sé cómo he podido... ¡Oh, cielos, Trelyn estará tan disgustado!

—No diremos nada —la tranquilizó Elf—. Es simplemente vuestro estado. Altera a algunas mujeres. ¿Queréis tomar aquí el té? Nerissa sacudió la cabeza.

—Tal vez si me quedo un rato echada tranquilamente. Tengo que descanasar para estar lista para interpretar mi papel más tarde. —Miró a Portia—. ¡Nunca te he deseado nada malo! No podía soportar la idea de verte languidecer soltera, y esta será una boda esplendorosa... —Portia casi se lo cree, hasta que añadió—: ¡Pero, oh, pobre Bryght!

Elf sacó a Portia de la habitación y regresaron a tomar el té.

—Es una completa arpía. Durante un tiempo me aterrorizó la ¡dea de que Bryght pudiera casarse con ella. Lo mismo le sucedía a Rothgar. Bien, a él más que aterrorizarle, le inquietaba.

—Supongo que si el marqués no quisiera que Bryght se casara con Nerissa, no se casarían.

—Bueno, tal vez —dijo Elf con dudas—. Lo cierto es que Bryght ya no sigue los dictados de Rothgar, y tiene suficiente dinero como para alejarse de su tutela, si quisiera hacerlo.

—¿Ah sí? —Gracias a la especulación, Portia. Recuerda eso.

—Oh, sí. Todos tenemos asignaciones generosas, aunque Bryght *las* incrementa mediante sus inversiones. Se le da muy bien.

—De todos modos, a veces perderá dinero.

—Rara vez. Hubo algo relacionado con un nuevo horno de acero que resultó ser totalmente inseguro. Y está lo del canal de Bridgewater, que en opinión de la mayoría de gente será un desastre. Por lo que yo sé, el duque ha firmado un acuerdo según el cual se compromete a vender carbón en Manchester y Liverpool a cuatro peni-

ques la tonelada durante cuarenta años. Nadie cree que consiga beneficios con eso.

La verdad es que Portia no estaba de ánimo para oír esto.

—Ojalá no hubiera necesidad de una boda tan precipitada —se arriesgó a decir para observar la respuesta de Elf.

—Pero la hay, ¿no es así?

Portia enrojeció. La hermana de Bryght tenía un rostro agradable, afable, y un aire desenfadado que casi resultaba tonto en algunos momentos. No obstante, al plantear aquella pregunta, había una perspicacia en sus ojos que a Portia le recordó a Bryght y Rothgar.

Más que nada para evitar contestar, Portia se acercó a la puerta contigua.

—Mejor voy a ver si Nerissa está bien.

Entró en la habitación vacía. Tras un momento de desconcierto, Portia recordó el trastorno simulado por Nerissa en casa de lady Willoughby.

—Esa mujer sin duda está más saludable que una rosa —soltó con brusquedad a una asombrada Elf, y salió en dirección al pasillo.

—¿Adonde vas? —exclamó Elf con un resuello desde detrás de ella—. Tal vez haya bajado.

—¿Para qué? —se dijo Ponía, y dejó que su instinto la guiara—. ¿Dónde están las habitaciones de Bryght? Lo he olvidado.

—Por aquí —dijo Elf, cogiéndose las faldas para doblar corriendo el recodo y entrar en el siguiente pasillo. Abrió una puerta e irrumpieron en el interior de la estancia donde encontraron a Nerissa observando un papel arrugándose mientras se quemaba. Ella se volvió con sonrisa resplandeciente.

—¡Demasiado tarde! ¡Por fin me he librado de los Malloren!

—¿Qué era eso? —preguntó Elf llena de confusión. Pero Portia ya lo sabía. Era la horrible carta de Maidenhead y se alegró de verla desaparecer. De todos modos le quedó la sensación de que de algún modo ella podía haber evitado la destrucción. Nerissa se apartó de la chimenea.

—¡Ahora soy libre! No tengo por qué seguir la batuta de ningún Malloren, y haré todo lo posible para asegurarme de que Trelyn desbarata sus planes cada vez que haya ocasión.

—Entonces ya no hay motivo de seguir adelante con este matrimonio —apuntó Portia, ansiosa por ver que se soltaba una red.

—¿Sigues reacia? —preguntó Nerissa sorprendida—. Ay, querida prima, el daño está hecho. Podemos limpiar tu imagen en casa de los Willoughby, pero el mundo seguirá creyendo que has arruinado tu prestigio. Si no te casas será un desastre. Si te quedas en Londres, siempre serás motivo de escándalo. Si te vas, la gente creerá que has huido para escapar de todo ello. O tal vez incluso estés embarazada. ¿No es verdad, lady Elfled?

Elf miró a Portia con compasión.

—Así es, Portia, de verdad.

—Y Bryght tampoco conseguirá hacer que se olvide. ¿No es cierto, lady Elfled?

—Me temo que sí. Tener una amante es una cosa. Buscar la ruina a
una mujer es otra.

—Entonces todo está decidido. —Nerissa se fue tranquilamente hasta la cama y pasó una mano enjoyada sobre la colcha de brocado

marrón—. Disfrutaré imaginándote aquí, prima. Estoy segura de que
Bryght será muy comprensivo con tu torpeza e ignorancia... —Con una risa gutural siguió su camino.

—Aghhh —se estremeció Elf—. Pese a su belleza, Nerissa Trelyn me hace pensar en esas cosas viscosas que encuentras debajo de las piedras. ¿Pero qué estaba haciendo aquí?

Portia se despabiló y se acercó a mirar al fuego, pero ya no quedaba ni un solo resto de ceniza como prueba.

—Bryght guardaba una carta de ella. Una carta a su amante. Creo que él la ha estado utilizando para controlar sus acciones ya que estaba desesperada por recuperarla.

Pero Portia tenía la mente en otras cosas. ¿Era posible que el matrimonio fuera el único sistema para limpiar la reputación de Bryght?

Elf se acercó y rodeó a Portia por la cintura, acompañándola para salir de la habitación.

—¡No dejes que ella te altere, querida! Arroja dardos por pura diversión. De todos modos, debemos contárselo a Bryght y a Rothgar.

—Se disgustarán. Si ella quisiera, podría hacerme daño.

—Ellos se ocuparán de todo —dijo Elf con confianza—. De verdad, tener unos hermanos tan formidables puede ser una lata en ocasiones, pero son muy útiles cuando hace falta resolver algún problema. No permiten que nada se inmiscuya en sus planes.

¿Cómo una novia reacia?

Encontraron a Nerissa tomando té con toda compostura y se fueron a unirse a los hombres, que las esperaban en el vestíbulo. Elf charló brevemente con sus hermanos y a continuación Bryght se acercó a Portia.

—No te preocupes. La carta ya no tiene más importancia.

—Debía haber recordado su truco de la otra vez.

—Ya tienes bastantes cosas en la cabeza. Es una pena que *Zeno se* hallara en las habitaciones de Rothgar. Nos habría avisado. Por otro lado, tal vez la hubiera mordido, y el pobre habría muerto envenenado.

Portia se sorprendió al oír una risa y miró a Bryght, sintiendo ganas de rendirse a su visión optimista del futuro. Pero luego vio a Fort observándoles con siniestra satisfacción, lo cual le recordó que para él y para los Trelyn, ella era una cruz para él.

El matrimonio sería una prisión para ambos. Seguro que los poderosos Malloren podían evitar el insignificante escándalo que ella había provocado.

—Todo irá bien —le aseguró él—. Sospecho que Nerissa estará contenta de vernos casados.

Tras confirmarle sus lóbregos pensamientos, Bryght la cubrió con una capa —no su resistente prenda, sino una de terciopelo azul intenso forrada de suave lana— y le dio un beso en la mejilla antes de acompañarla al exterior.

Las damas se trasladaban en palanquín, los hombres caminaban a su lado. Portia se sintió agradecida de no tener que charlar, especialmente con Nerissa. Necesitaba un poco de tiempo para serenar sus pensamientos.

La posibilidad de tener un bebé era desastrosa, pero sólo era eso.

Lo principal era evitar casarse el miércoles.

Aquello significaba hablar con Fort.

Capitulo 21

La casa de los Willoughby estaba exactamente igual que la otra vez, pero la altiva dama saludó casi con fervor al recién llegado grupo de invitados. Portia sospechó que pese a su fría dignidad, lady Willoughby estaba encantada de ser el centro de un asunto tan notorio.

Cogió a Portia por ambas manos y entonces sus ojos de párpados caídos se fijaron en el anillo de compromiso.

—¡Señorita St. Claire! Qué feliz me siento de veros tan bien. Tenéis un aspecto excelente.

Portia mantuvo alta la barbilla, con una leve sonrisa en los labios.

—Estoy perfectamente.

—Y, por supuesto —añadió Bryght a su espalda—, completamente feliz.

—No lo dudo —dijo lady Willoughby con un tono cínico que comunicó a Portia que ella también consideraba que se trataba de una boda desigual—. Y las joyas de la querida lady Rothgar. La recuerdo con estas joyas puestas. Os quedan casi tan bien como a ella, querida mía.

Les condujo al salón principal y de inmediato Portia se convirtió en el centro de observación. Se quedó paralizada.

Bryght la cogió de la mano y caminó por delante de ella.

—Habla conmigo y no prestes atención a nadie más.

—No me gusta esto —dijo ella, pero consiguió esbozar una sonrisa—. Odio Londres.

—Acabarás acostumbrándote. —También él sonreía, aunque directamente—.Cuéntame cuánto me amas.

Ella alzó la mano, con los dedos separados apenas dos centímetros.

De pronto él se rió, y el frío se esfumó.

—Ya es algo para empezar. Ven y saluda a los Chivenham. No son dados a los chismorrees infames.

Era cierto, la pareja de edad avanzada no dio indicios de estar al corriente del menor escándalo, y lady Chivenham hizo comentarios favorables acerca de las joyas. Otras personas no fueron tan discretas. Algunos aseguraron a Bryght que habían estado convencidos en todo momento de que sólo se trataba de habladurías, para luego quejarse de las historias malévolas que corrían por Londres como la pólvora.

Algunos incluso mencionaron el caso de Chastity Ware, que finalmente había resultado ser todo malicia y especulación.

—A los chismosos tendrían que darles de latigazos —proclamó un hombre con severidad—. ¡Azotarlos en una carreta y luego ponerles en el potro de castigo!

Portía echó una mirada aISSerissa y asintió en suénelo.

Enseguida dedujo que la historia que circulaba ahora era que lady Willoughby había interrumpido un beso de compromiso, y que las habladurías de los sirvientes lo habían convertido en algo más. El hecho de que la boda se realizara en tan sólo dos días se explicaba por el

ardor del novio y la proximidad de las Navidades. La mayoría de gente pronto marcharía de Londres para trasladarse a sus fincas.

Bryght no se separaba de Porfía, frustrando así la necesidad de ésta de quedarse unos momentos a solas con Fort. Pero cuando finalmente se puso a hablar con un caballero mayor, ella hizo una indicación a Fort y se apartó a un lado.

El conde se aproximó.

—Fort. Tienes que abandonar esta idea de desafiar a Bryght. Como puedes ver, todo fue un desgraciado malentendido.

—Lo de Mirabelle no lo fue.

Portia se quedó mirándole.

—Bryght no fue responsable de lo que sucedió allí.

—Pero tuvo relaciones contigo lo suficientemente íntimas como para precisar un matrimonio.

Portia sintió un escalofrío.

—No quiero casarme con él, Fort.

—Entonces no deberías haberte dejado enredar en todo esto. —Antes de que ella pudiera protestar, añadió—: No seas tan mojigata, Portia. Es un marido fenomenal para ti, y aunque no soy admirador de los Malloren, Bryght no tiene tan mal carácter. ¡El muy burro y miserable casi parecía pensar que le estaba haciendo un favor!

—Fort, voy a negarme a continuar con esto, y tú no vas a interferir. Sus ojos grises se tornaron fríos y decididos.

—Si no te casas con él en el plazo de una semana, Portia, Bryght y yo nos batiremos en duelo. Te doy mi palabra. Y haré todo lo posible para matarle.

—¡Fort, no puedes!

—Soy el poderoso conde de Walgrave. Te sorprenderá lo que puedo hacer. —Con eso, hizo una inclinación y se alejó, dejando a Portia totalmente desesperada.

Si mantenía su decisión de no casarse, no sólo corría el riesgo de tener un hijo bastardo, sino que además condenaría a Bryght o a Fort a la muerte.

El insoportable dolor que le provocaba todo aquello la obligó a ser franca consigo

misma. Quería a Fort como a un hermano, pero si tuviera que hacer una elección

tan terrible, prefería verle muerto a él que a Bryght.

Amaba a Bryght con una profundidad e intensidad próximas a la locura.

Y, por muy desastroso que prometiera ser, iba a casarse con él el miércoles.

En aquel momento, la señora Willoughby anunció que habría un poco de baile antes del recital. De algún modo —y Portia detectó la mano de lord Rothgar— se decidió que Bryght y Portia iniciaran el baile con un minuete.

—No tengo demasiada práctica en esto —le advirtió a él.

—Yo sí. Confía en mí.

Y al menos en esto sí que confió.

Empezó a sonar la música y él ejecutó una inclinación perfecta.

Portia hizo una reverencia y se concentró en recordar los pasos delicados y oscilantes que les entrelazaban.

Era un bailarín espléndido que adaptaba sus pasos a los de ella con facilidad, tocándola únicamente en la mano o en la cintura, pero logrando guiarla cuando titubeaba.

Portia se relajó enseguida y no tuvo dificultad en mantener la mirada fija en él como mandaban los cánones. Estaba encandilada por aquella leve sonrisa en sus labios y ojos, una sonrisa que parecía creada sólo para ella.

Aunque bailaban con total corrección, empezó a recordar otro baile: el baile del amor. Su piel anhelaba el contacto desnudo, su boca el sabor de él. Empezaba a hacer calor en la sala, no obstante ella notó un escalofrío, como si tuviera fiebre…

La música se detuvo. Portia recuperó el sentido con un sobresalto y miró a su alrededor, preguntándose si se habría notado. Pero ya no bailaban solos. Elf bailaba con Fort como pareja, Nerissa con su esposo, y también otras personas habían llenado la pista.

Bryght alzó la mano de Portia y la besó en la palma, lo cual era bastante impropio.

—Sabía que surgiría la ocasión de esconderse detrás de alguna cortina. Supongo que no…

Portia soltó su mano cuando Elf se acercó con Fort justo detrás, los ojos de ella brillantes de hilaridad.

—Vaya, esto se estaba volviendo tan interesante que pensé que mejor ofrecíamos alguna distracción. Arrastré al pobre Fort a bailar, claro que él prefiere quedarse a un lado con su aire sombrío y misterioso.

A Fort le hubiera gustado expresar alguna objeción a esto, pero

Portia se adelantó con su queja:

—¡Sólo estaba representando mi papel!

—Sí, pero, ¿qué papel? —quiso saber la maliciosa Elf.

—Elf —dijo Bryght—, compórtate. Estamos aquí para proyectar decencia y decoro sobre una situación escandalosa y un matrimonio apresurado.

—Al cuerno eso. Estamos aquí para proporcionarle un brillo romántico a todo ello.

—Entonces —dijo Fort con frialdad—, no deberíais aportar comentarios insinuantes, lady Elfled.

—Vaya —declaró Elf—, ¡empezáis a sonar como vuestro padre!

Y se fue a saludar a un amigo, dejando a Portia y a Bryght con un conde furioso.

—Necesita mano firme —dijo Fort entre dientes.

—Intentadlo —dijo Bryght— y aprenderéis a vivir con una sola mano.

Fort tomó un pellizco preciso de rapé.

—Ni lo soñaría, sólo me interesan las jóvenes amables y de buenos modales.

Bryght llevó la mano a su espada de ceremonia.

—Si sugerís que mi hermana no es…

—¡Bryght! —Portia puso la mano sobre la de él—. Estoy segura de que Fort no quería decir eso.

—Por supuesto que no —dijo Fort, sacudiéndose los dedos con un pañuelo de seda—. Me refería más bien a la edad. Una novia joven tiene muchas ventajas.

La mano de Bryght no dejó su espada.

—¿Estáis insultando ahora a mi novia? Tiene la misma edad que mi hermana.

Fort se puso rojo.

—¡Al diablo! No tengo ningún deseo de insultar a Portia. Hablo de mis preferencias. Portia tiene suerte de hacer un buen matrimonio a su edad.

Portia hubiera deseado atravesarle ella misma.

—Considero el matrimonio como algo más que rango, Port.

—Yo también —dijo Fort con cinismo—. Rango y dinero. Lo cual me permite confiar en que tú y Oliver convirtáis en un infierno la vida de los Malloren.

Y diciendo aquello se fue airosamente. En cuestión de minutos abandonó la velada. Portia sólo pudo alegrarse de que se hubiera marchado.

Aparte de aquel contratiempo, la noche continuó como se había planificado. Portia bailó con unos cuantos hombres, luego se sentó junto a Bryght para escuchar la excelente música y más tarde se reunió con él y los Trelyn para un refrigerio. Era imposible que alguien albergara recelos sobre su bienestar y felicidad, nadie ponía en duda que todo era armonía y que las extrañas historias que habían circulado no eran más que rumores maliciosos.

A última hora, no obstante, se enteró de que tenía que regresar a la mansión Trelyn.

—¡No! —Se volvió instintivamente a Bryght.

—No hay otro remedio —contestó él con tranquilidad—. Auspician tu boda y, por lo que sabe todo el mundo, nunca has dejado de estar bajo su protección. Nerissa no puede hacerte ningún daño.

—Es malvada y rencorosa.

—Sólo con las palabras. No le hagas caso. —Entonces él añadió una sonrisa—. Te enviaré una pistola si quieres.

Portia se negó a reírle la broma.

—Después de todo este esfuerzo, no quiero acabar como una asesina.

El le dio un beso rápido en los labios.

—Bien. Entonces ya puedo dormir más tranquilo a tu lado.

La simple idea hizo enrojecer a Portia.

Bryght la acompañó hasta su palanquín y Portia recordó otra cosa. Se volvió a él.

—Sé que debemos casarnos, Bryght, pero, ¿no podernos retrasar las cosas ? Me gustaría que mi familia estuviera presente en mi boda.

—Portia, la verdad, no sería prudente. Después de la inferencia de Nerissa y de la impetuosidad de Fort, cualquiera podría iniciar nuevas especulaciones. Podemos viajar a tu hogar para el viaje de bodas.

—Tal vez si se envía un mensajero sumamente rápido, Oliver pueda llegar aquí a tiempo.
—¿Sabes dónde está?

—Supongo que estará de viaje en la carretera, pero si un mensajero cabalga en dirección a Dorset y pregunta por el camino...

—¿Crees que ha ido a tu casa y ahora viaja de regreso?

Había algo extraño en su tono que Portia no pudo interpretar, pero los palanquines ya estaban listos y tenía que marcharse.

—Por favor —dijo ella—. Me gustaría que alguien de mi familia viniera a mi boda.

Bryght la instaló en el palanquín.

—Entonces, por supuesto, mandaré un mensajero. Buenas noches, prometida mía.

Mientras Portia se trasladaba a la mansión Trelyn, fue capaz de alcanzar un estado de resignación equilibrada. Había destruido la posibilidad de una retirada cuando se rindió a Bryght. Había perdido su virtud, podría estar embarazada de un hijo de él, pero, aún más importante, había bajado una barrera en su mente y en su alma.

Ya no podía sacarle de su mente y vida igual que no podía sacar a Oliver ni a Fort, pero sus sentimientos hacia él no eran los de una hermana.

Ahora su batalla debía ser conseguir que su matrimonio funcionara pese a la diferencia de rango, y al absurdo gusto de él por la especulación.

A la mañana siguiente, ya comprometido en matrimonio con Portia, Bryght se sintió por fin capaz de ocuparse con cierta eficiencia del trabajo. Mientras leía los informes y documentos, su conciencia no dejaba de importunarle ocasionalmente por haberle tendido una trampa a Portia, pero fue capaz de interrumpir aquellos pensamientos. Podía hacerla feliz, y además, si la hubiera dejado a su libre albedrío probablemente se habría metido en más problemas para escapar de él. No obstante, entendía sus recelos.

Hizo una pausa en medio de una carta complicada sobre transferencias de moneda para preguntarse cómo podría persuadir a su futura esposa de que sus negocios no eran el camino a la ruina. Teniendo en cuenta que su padre se había arruinado con inversiones, la labor no era fácil. Sería de ayuda que sus asuntos volvieran al estado relativamente próspero en que se hallaban antes de meterse tan a fondo en los asuntos de Bridgewater. En la actualidad, los detalles económicos más bien corroboraban los temores de Portia sobre su inevitable ruina.

Tal vez si se la llevaba al norte a ver las obras…

Regresó al trabajo. De momento se concentraría en llevarla al altar. Con el tiempo, Portia se daría cuenta de que podía confiar en él.

Llegaron informes de los sirvientes que estaban vigilando los asuntos de Portia. Cuthbertson por lo visto había huido del país. Aún

más, el tahúr había dejado detrás unos cuantos acreedores, algunos de los cuales serían tan crueles como él si le pusieran las manos encima.

Esa venganza tendría que bastar por ahora.

Frunció el ceño al leer un informe de Dorset, ya que en él le comunicaban que la madre y la hermana de Portia se habían marchado para realizar una visita a Manchester, y que sir Oliver tan sólo se había detenido en la casa durante una hora más o menos, para luego continuar su camino. Como resultado, el hombre de Bryght le había perdido la pista.

Bryght soltó una maldición. Decididamente, no quería a Oliver Upcott suelto por ahí, jugando otra vez. Confió en que su hombre hubiera encontrado algún rastro para entonces.

Con objeto de cumplir lo prometido a Portia, la noche anterior había enviado a otro mensajero, con órdenes de dirigirse a Overstead Manor a toda velocidad con una invitación de boda. Aunque Upcott se hallara, nunca llegaría a Londres a tiempo, pero al menos él había mantenido su palabra. La verdad era que Bryght sospechaba que el hermano de Portia había huido del país, dejando que se apañara ella sola.

Bien, si eso era cierto, el pago de la deuda de Upcott ya no sería tan arriesgado, y el hecho de recuperar la finca seguro que alegraba un poco el corazón de Portia. Se recostó hacia atrás para reflexionar sobre la resistencia de ella. A veces estaba convencido de que Portia sentía la misma pasión que él. En otras ocasiones, como cuando había afirmado que no le amaba, tenía sus dudas.

¿Era posible amar desesperadamente a una mujer y no ser capaz

de conquistarla? Sólo tenía que mirar a los Trelyn para ver una muestra de aquella situación miserable.

Al menos, Portia no era Nerissa. Si él no le agradara, ella se lo diría. ¡Diantres, si se diera el caso de que se echara un amante, sin duda también se lo diría!

Con una mueca en el rostro ante aquella idea, salió a visitar a su difícil amada en la mansión Trelyn, para enterarse de quién era el titular de la deuda de su hermano. Esta vez les permitieron quedarse a solas.

No estaba tan demacrada como en sus peores momentos, pero estaba claro que no era una novia radiante. Advirtió compungido que le miraba con precaución, y descartó cualquier idea de darle un beso.

—Me preguntaba si conoces el nombre del hombre que se quedó con Overstead —le preguntó.

—Vaya, sí. Era un tal mayor Barclay.

—¿Barclay…? —Bryght tuvo la sensación de hallarse metido en una trama teatral. ¿Después de todo aquello, el titular de la deuda era amigo suyo?

Portia entornó los ojos.

—¿Algún familiar tuyo?

Por una vez, Bryght no estaba seguro de qué hacer o decir. No le gustaba ser insincero, pero ahora no podía dar motivos a Portia de echarse atrás.

—Creo que tal vez le conozca —dijo calmadamente, luego desvió la charla hacia algunos detalles menores relacionados con la boda.

En cuanto fue posible, se dispuso a partir, antes de delatarse. Por todos los diablos, ¿qué sucedería cuando Portia descubriera que Barclay era uno de sus mejores amigos?

Cuando Bryght salía de la mansión Trelyn, vino a su encuentro uno de sus lacayos que le buscaba corriendo con un mensaje urgente. Cuando lo leyó, soltó una maldición en voz baja. Estaba a punto de sulfurarse,

Dirigió sus pasos a los alojamientos de Barclay y una vez allí le preguntó:

—¿Por qué cuernos no me dijiste que eras tú quien había ganado la finca de Upcott?

—¿Por qué iba a hacerlo? No soy el tipo de persona que va alardeando de esas estupideces.

Bryght respiró a fondo.

—Upcott es el hermanastro de mi futura esposa.

—Dios santo, no tenía ni idea. ¿Ha venido para la boda?

—No. Me acaban de dar el recado de que mis apestados hombres se han excedido en sus deberes. ¡Le han secuestrado y se lo han llevado a la Abadía como prisionero!

—¡El cielo nos proteja! ¿Por qué?

—Cómo quieres que lo sepa. Parece que han decidido que estaba intentando huir del país para evitar pagarme una deuda. Barclay soltó de pronto una risita.

—Creo que vas a sudar tinta, amigo mío.

—Eso creo yo también. Como es lógico, Upcott se resistió. Ha quedado un poco maltrecho y cojea un poco. Aunque ahora le devolviera a los brazos amorosos de su hermana, difícilmente estaría complacido conmigo. Mira, formaliza la venta de la deuda a mi nombre para calmar las cosas.

De pronto, el agradable rostro de Barclay se tornó grave.

—Bryght, me gustaría poder hacerlo. Walgrave me compró el pagaré ayer.

—Fort. Maldición. Ella le habrá pedido ayuda.

—No tiene importancia, ¿o sí?

Bryght se quedó mirando un jarrón muy feo.

—No me gusta. Pero, al menos él está tan decidido como yo a que este matrimonio se celebre. —Se volvió a su amigo—. No hables de esto, por favor.

—Por supuesto que no. Para mí fue una lección: no volveré a jugar con incautos aunque insistan en ello. Es una situación comprometida que un hombre se juegue su finca, pero, ¿y yo qué podía hacer? ¿Negarme a jugar con él?

—No, por supuesto que no. Con sumo gusto me mantendré al margen de ese tipo de asuntos en el futuro.

—¿No vas a volver a jugar? —repitió Barclay lleno de asombro.

—Es parte de mi voto nupcial. —Bryght cogió su copa de vino—. Vamos, brindemos por mi felicidad,

—Encantado —dijo Barclay—. Pero, perdóname por mencionarlo, ¿no crees que tener encerrado a tu cuñado puede ensombrecer un poco tu futuro ?

—Si Portia se entera, será algo más que una sombra. Lo peor es que aún no sé qué hacer para resolver el problema. No puedo permitir que él se esté jugando continuamente su propiedad.

—¿Y si le embarcas? .

—¿Fuera de nuestra vista, fuera de nuestra mente? Portia tiene una memoria muy oportuna. Quiere que él asista a la boda.

Barclay soltó una risita.

—Creo que no te había visto antes en un lío así. ¿Qué vas a hacer?

Bryght vació la copa.

—Primero casarme. El resto lo dejo para después. Pero, ¿si fueras tan amable de hacerme un favor... ?

—¿Sí?

—Podrías trasladarte a la Abadía y ver cómo están las cosas. Toda la familia está fuera, aquí en Londres o bien en casa de Steen. Mis hombres tienen órdenes, pero parece que las cumplen con demasiado entusiasmo. No quiero ni pensar que le hayan encerrado en la bodega. Podrías cerciorarte de que curan sus heridas con atenciones amorosas. Por otro lado, podrías impedir que haga como su hermana y se escape por una de las ventanas.

Barclay soltó una risita.

—Una mujer admirable, tu futura esposa.

—Eso creo yo. ¿Podrías partir ahora?

—Me perderé tu boda.

—Ésa es la idea —dijo Bryght con una sonrisa irónica—. Lo último que necesito es que Portia sea presentada al mayor Barclay, íntimo amigo de su marido. Al menos, no antes de que todo este enredo se aclare.

Al día siguiente —lo cual era demasiado pronto—, Portia se encontró preparándose para su boda.

Al menos, lo positivo de esto era que casi no había visto a Nerissa. Una vez convencida de que la boda seguía adelante, su prima se había lanzado a la organización con entusiasmo, y parecía estar disfrutando de lo lindo. Daba la impresión de que el amor de Nerissa por los actos sociales y la ostentación habían anulado su amargura. O tal vez simplemente era la destrucción de la carta lo que la tenía tan contenta.

Por otro lado, Nerissa era maliciosa. Su entusiasmo por esta boda consistía en convencer a lord Trelyn de que no tenía el menor interés por Bryght Malloren. El conde por su parte volvía a ser el esposo orgulloso e indulgente.

Portia tenía momentos en los que deseaba vivamente ir a hablar con Trelyn y contarle todo lo que sabía de su esposa. De todos modos, no estaba segura de que él la creyera, y sería un acto de puro despecho.

Portia había acabado de bañarse y se estaba secando cuando Nerissa entró en la habitación precedida por una doncella que llevaba un gran bulto de tela.

—¡Mira! —declaró Nerissa, y retiró ella misma el paño para revelar el vestido confeccionado con la seda bordada.

Portia estaba sujetándose la toalla por puro recato, pero se quedóa dmirando el precioso vestido.

—¡Es perfecto para tu boda! —declaró Nerissa.

—Es demasiado bueno. Es un vestido de noche.

—No hay nada demasiado bueno para una boda. Yo me puse una seda bordada con plata y perlas. Chastity Ware en cambio llevó el conjunto más ridículo de encaje blanco. Y pensar que... pero nada más de eso. Tienes que ponerte este vestido. El rey estará presente, ya sabes.

—¿Qué? —Portia se sujetó la toalla con más fuerza.

—Oh, sí. Vas a casarte en la Capilla Real. Ha sido obra de Rothgar. Está decidido a cubrirte de respetabilidad. Oh, y ha llegado otro paquete. Es de Bryght. —Mandó a la doncella a buscarlo y luego regresó al lado de Portia con una sonrisita—. No obstante, a juzgar por la costurera que lo trajo, no estoy del todo segura de que se trate de algo decente.

—Entonces no me lo pondré.

—¿No? Vas a jurar obediencia, prima. ¿No deberías tal vez anticiparte a la boda?

Portia intentó evitarlo, pero al oír las palabras «anticiparte a la boda» se le subió el color a las mejillas. Se dio la vuelta para secarse mejor.

—Me pregunto si sigues siendo virgen —musitó Nerissa a su espalda—. Cuentan los rumores que Bryght no desvirgó a la pequeña Hipólita en Mirabelle. Pero, ¿qué sucedió cuando acudiste corriendo a su lado la otra noche?

Portia no le hizo caso y se sentó al tocador, aún enfundada en la toalla. No iba a quitarse la toalla delante de Nerissa. Se soltó el pelo. Su prima siguió hablando:

—Tal vez yo, como matrona presente, debería prepararte para la horrorosa conmoción del lecho nupcial. —Nerissa se acercó por detrás de Portia hasta que pudo ver su hermoso y malvado rostro en el espejo, y oler su empalagoso perfume, un perfume que la llevó de regreso a Maidenhead y al diabólico intruso.

¿Cómo podía haberse imaginado que su impetuosidad iba a llevarle a esto ?

. Nerissa sonrió.

—¿Significa tu silencio que prefieres la ignorancia? ¿O que has dejado de ser ignorante?

Portia se obligó a mirar sus ávidos ojos.

—Significa que no necesito que me prestes asistencia en mi matrimonio.

—¿Has experimentado su cama?

—No, aún no —contestó Portia, fortalecida por el hecho de que era verdad—. Hasta que entré persiguiéndote a ti, nunca antes había estado en el dormitorio de Bryght.

Nerissa alzó las cejas.

—¡Pero qué maravillas revelará! Iría mejor, de todos modos, que estuvieras preparada. —Se inclinó hacia delante, de tal modo que su rostro quedó junto al de Portia, incluso deslizó su mano sobre el hombro desnudo de su prima—. La ignorancia no produce ninguna dicha. Tengo unos libros sumamente instructivos que escondo a Trelyn.

Portia encogió los hombros para librarse de su mano.

—¿Por qué esconderlos? Tal vez a tu esposo le resulten instructivos y entonces tu no necesites un amante.

Nerissa dio un respingo, como si la hubieran pegado.

—Muy bien —soltó bruscamente y se irguió—. Continúa en la ignorancia y sufre por ello. Simplemente pretendía ayudar. Tu costumbre de leer la Biblia no te servirá en la cama de Bryght Malloren

La doncella regresó entonces con una caja y la abrió. Sin pedir permiso, Nerissa removió el interior con la mano y luego se rió.

—¡Júpiter, cómo me gustaría ser una mosca en la pared! —Lanzó a Portia un beso malicioso y se marchó.

Bajo la mirada intrigada de la doncella, Portia fue a ver qué había en la caja, aunque podía adivinarlo. Ropa interior sugerente y atrevida.

Se equivocaba.

Los delicados artículos no eran en absoluto descocados. La camisola era de la seda más fina, ribeteada de un encaje precioso, pero suficientemente opaco como para resultar decente, el corsé estaba bordado con flores festoneadas con gran gusto, pero de un modo muy femenino. Las medias le hicieron sonreír un poco, pues eran idénticas a las que habían encontrado en el cofre de Elf, de encaje de seda con ligas de fantasía.

Con Bryght Malloren, nada era como se esperaba.

Oyó otra llamada a la puerta y se volvió, esperando que fuera Nerissa una vez más para seguir con sus mofas.

Sin embargo, era Elf, vestida con una magnífica seda ámbar, y ciertamente rebosante de entusiasmo.

—Me encantan las bodas. —Vio el vestido y soltó un resuello— .¡Portia! ¡Es la tela más preciosa que he visto nunca! Oh, me consumen los celos. Vamos. Veamos cómo te queda.

Portia fue arrastrada por un remolino. Primero, le ayudaron a ponerse la preciosa y discreta ropa interior. Advirtió que Elf vaciló levemente al ver las medias y las ligas, pero no dijo nada.

La doncella ató los amplios pero ligeros aros alrededor de su cintura y luego le puso un corsé. Entonces le metieron el vestido por la cabeza. El tejido era exquisito, ligero pero con gran textura. La seda cremosa era el fondo perfecto para los pájaros de color azul, amarillo y verde que recordaban a joyas. Como había dicho la modista, con un tejido tan espléndido no tenía sentido ningún ornamento.

El diseño era sencillo: amplia falda, corpino escotado y mangas hasta el codo. El encantador encaje de la camisola ondeaba casi hasta cubrir los antebrazos de Portia.

Deseó que su seno quedara mejor tapado.

El corsé estaba diseñado para realzar sus pechos y favorecer del mejor modo posible sus dimensiones modestas. El corpino del vestido

acababa una fracción por debajo, de modo que el estrecho volante de encaje del corsé quedaba visible.

¡Junto con otras cosas! Le costaba pensar que resultara decente para acudir a la iglesia, pero el corpino de Elf era igual de escotado.

Portia había entregado sus joyas a lord Trelyn para que las guardara, y en aquellos momentos el asistente del conde vino a traérselas. Portia pensaba que eran demasiado espléndidas para ponérselas en la ceremonia de día —incluso teniendo en cuenta que la realeza estaría presente— y decidió ponerse únicamente los pendientes. Dejó el resto al cuidado de Elf.

Toda esta actividad había distraído a Portia del motivo de la celebración, pero cuando llegó el momento de bajar y meterse al carruaje, sintió un ataque de pánico. Empezó a temblar.

—¿Qué sucede? —preguntó Elf, quien despidió a la doncella— .Portia, ¿qué pasa? De verdad, ahora no puedes echarte atrás. No puedes.

—Supongo que no. —Pero Portia sentía la tentación de hacerlo.Preparar una cuerda, saltar por la ventana, y marcharse.

—Bryght será un buen esposo para ti.

—¡Apenas le conozco! Yo no soy como tú. Me han educado para pensar en el matrimonio como un voto sagrado.

—Y a mí también —protestó Elf. Portia se llevó las manos a las mejillas.

—Oh, lo siento. Me refería a que la nobleza se casa por dinero, por tierras, por títulos. Mi intención siempre ha sido casarme por…

—¿Por amor?

Portia sacudió la cabeza.

—Ni siquiera eso. Por una profunda estima. Por una confianza absoluta en la integridad de mi pareja. ¡He rechazado ofertas porque no estaba segura de eso y ahora voy a casarme con un atolondrado jugador!

—No es en absoluto eso —protestó Elf.

—¡Sea lo que sea, apenas le conozco! Pero, se recordó Portia, en el sentido bíblico, le conocía demasiado bien.

—Lo siento, Elf. Son sólo los nervios de la boda.

Con aquello, alzó la barbilla y partió hacia su casamiento.

Capitulo 22

Bryght tenía auténtico miedo a que Portia no apareciera a la boda. Ciertamente aquello crearía gran revuelo ya que Rothgar se había encargado personalmente de que la ceremonia se celebrara en la Capilla Real con la asistencia del rey y la reina.

Cuando apareció ella, pequeña y reluciente con un soberbio vestido, soltó un lento suspiro de alivio. La tenía, y lo que tenía lo retenía.

Cuando Portia llegó hasta su lado, Bryght le tomó la mano e indagó en su rostro en busca de algún indicio de sus sentimientos. Estaba demasiado sosegada, pero no parecía aterrorizada ni desesperada.

Todo iría bien.

Cuando llegó el momento de pronunciar los votos, ella los dijo claramente y con firmeza, igual que Bryght. Una vez acabó el acto, la volvió hacia él y la besó suavemente: un beso, esperó, de paz.

—Serás todo lo feliz que yo pueda hacerte, Portia, lo prometo.

Ella le miró frunciendo el ceño, como si estuviera perpleja, pero luego le devolvió la sonrisa.

Firmaron el registro como era la nueva costumbre, para que todos los matrimonios quedaran bien inscritos, luego regresaron en un carruaje a la recepción que se ofrecía en la mansión Trelyn, acompañados de Elf y Brand. Como era habitual, se podía contar con que Elf llenara los silencios con un poco de charla.

Bryght era consciente de Portia y de su deseo, y consciente también de que pasarían muchas horas agotadoras antes de poder rendirse a ese deseo. Le habría gustado mirarla por lo menos, pero, como había insistido Elf, se habían sentado uno al lado del otro, con

lo cual tenía que mirarla de soslayo como un tonto perdidamente

enamorado.

Por supuesto, era un tonto de este tipo, pero esperaba ser capaz de disimularlo.

Una vez en la casa, saludaron a los monarcas, que habían llegado primero, luego Nerissa les apremió a ocupar su posición para recibir a los invitados y sus mejores deseos.

Todo transcurría tranquilamente hasta que Kinbokon, el muy condenado, dijo a Bryght:

—Supongo que Barclay está aquí. Necesitó hablar un momento con él.

—No —contestó Bryght, consciente de que Portia tenía que haberlo oído—. Ha salido de la ciudad.

—Lástima.

Kinbolton se dirigió a los demás salones de la recepción y Portia sonrió y saludó a la siguiente persona en la fila.

Bryght esperó a que explotara el cañón.

En cuanto saludaron al último invitado. Porfía apartó a Bryght a un lado.

—¿Este Barclay es muy amigo tuyo? —Estaba serena, igual que lo está una cuchilla recién desenfundada.

—Muy amigo —contestó.

—¿Un jugador?

—No exactamente eso.

—¿Pero juega?

—Todo el mundo juega.

Los ojos de Portia centellearon.

—¿No será tal vez el mismo mayor Barclay que le afanó a Oliver la finca mediante trampas?

—Shhh —dijo él, ya que la voz de ella había sonado estridente—. Los caballeros no hacen trampas cuando juegan a las cartas, Portia.

—Los fulleros sí —soltó ella con desdén. Maldición, no podía hacerle esto aquí.

—Portia, Barclay no es un fullero. Ni yo tampoco. Sí, le ganó la finca a tu hermano, pero se la ganó en una partida justa. —Cuando ella empezó a rebatir aquello, él dijo con brusquedad—: Más tarde. Podemos discutir esto más tarde.

Portia consiguió adoptar un aire de compostura, pero la expresión de sus ojos era de colora.

—Quiero discutirlo ahora.

—Somos el centro de demasiadas miradas.

—Entonces marchémonos.

Aquello demostraba lo furiosa que estaba.

—No seas absurda. No podemos marcharnos antes que el rey y la reina. Ven a hablar con la tía Carolina.

Portia respiró profundamente, pero permitió que la condujera hasta su anciana tía.

Una vez allí, él se alejó, convencido de que había muchas menos posibilidades de desastre si se mantenían separados.

Brand se le acercó y sonrió abiertamente.

—Me gusta que haya variedad dentro de una familia, ¿a ti no? Hace pocas semanas, Cyn y Chastity se paseaban por la recepción como sonámbulos, sonrojándose y sonriendo cada vez que se encontraban sus miradas.

—Tal vez, puesto que somos mayores, Portia y yo tenemos más control y discreción.

—Tal vez —dijo Brand—. Pero, cuando yo elija esposa, desde luego que será una mujer tranquila, afable. Bryght le miró.

—¿Quieres decir que hay gente que puede elegir?

Se alejó de su hermano riéndose y recorrió la estancia, hablando con

un grupo y luego con otro, con la esperanza de conseguir una buena representación de un novio feliz pero maduro, cuya mente era lo bastante disciplinada como para estar obsesionado por el lecho nupcial.

Vio que Portia intentaba atraer la atención de Fort y atravesaba la habitación directamente hasta llegar a él. No se sonrojaron ni se sonrieron, gracias a Dios, pero había algo entre ellos. Pese a que participaba en una conversación sobre auxilio a los necesitados, siguió observando a su esposa.

Por consiguiente vio cómo Fort le entregaba una carta.

Portia había intentado ser amable con los desconocidos al mismo tiempo que se esforzaba por asimilar el hecho de que el horrible Barclay era amigo de Bryght. Aquello la sacaba de quicio, o sea que cuando Fort se fijó por fin en ella, se alegró de poder hablar con él. Al menos con Fort no tenía que fingir.

—Conozco esa mirada —dijo con una mueca—. Te gustaría atravesar a alguien. Recuerda que eres una novia feliz.

—¡Feliz! En parte tú eres responsable de esto. Si no hubiera sido por ese duelo…

—Pero yo deseaba este matrimonio. Me resulta muy útil, y tú saldrás bien parada de todo esto.
Portia apretó los dientes.

—Bryght es un jugador. Cuando no es un jugador, se entrega a temerarias especulaciones monetarias. ¡Acabará en prisión por sus deudas!

—Tienes toda la razón —dijo de excelente humor—. Por lo visto se ha metido de lleno en el plan de Bridgewater, y eso probablemente acabará en desastre ya que yo estoy a punto de intervenir.

—Pero ¿y qué pasa conmigo? —exigió saber.

—Los Malloren se ocuparán de ti.

Antes de que Portia pudiera darle su opinión al respecto y sobre él, Fort se puso serio y añadió:

—Quería hablar contigo de otra cosa, aunque sea bajo la mirada fulminante de tu esposo.

Portia miró al otro lado de la habitación y vio que Bryght estaba observándoles. No parecía furioso, pero tampoco parecía que aquello le gustara. Ella se volvió intencionadamente a Fort con una sonrisa.

—¿Algo importante?

—Tal vez. No te preocupes, porque mi intención es investigarlo, pero tengo una carta aquí que deberías leer.

—¿Una carta? —Lo primero en lo que Portia pensó fue la carta de Nerissa. Se había quemado en el fuego, no había la menor duda, pero entonces, ¿qué carta era ésta? ¿Una misiva sugestivamente perfumada de una amante a su marido? Sin embargo, el papel que Fort le pasó era normal e iba dirigido a él.

La escondió en su mano.

—¿Qué es?

—Es un mensaje de mi asistente. Busca un lugar reservado para leerlo y luego dime qué quieres que haga.

Con creciente inquietud, Portia se retiró al tocador de señoras. Puesto que estaba desierto, desdobló el papel.

Se saltó los saludos y el tema general en busca de algo que tuviera que ver con ella.

«Tengo que informar de algunas actividades extrañas en Overstead, milord. La familia se ha marchado, para realizar una visita al norte, dicen, pero según los rumores se han quedado sin blanca. El joven sir Oliver lo ha perdido todo en el juego.»

¿Su madre y su hermana ya se habían ido a Manchester? Hannah debía de haber abandonado toda esperanza, pero ¿qué pensaría de la

ausencia de Portia? ¿Y qué iba a pensar cuando Portia apareciera ca-

sada?

No obstante, esto no podía haber alarmado a Fort.

Portia siguió leyendo.

«Pocos días después, regresó el joven señor, y bastante agitado, dicen, aunque tal vez fuera por ver que su madre y su hermana se habían marchado. Cogió una muda de ropa, algo de dinero y su caballo favorito, luego partió raudo en dirección a Salisbury. No se ha vuelto a tener noticias de él desde entonces. Pero un sombrero que parecía del estilo de él se encontró en la carretera.

Más o menos al mismo tiempo, unos hombres estuvieron aquí haciendo preguntas sobre sir Oliver, y uno de los mozos de la posada Baid Abbott les oyó mencionar a Rothgar. A sabiendas de que vuestro padre tenía muy mal concepto de ese hombre, pensé que sería prudente comunicaros todo esto, milord, ya que no he sido capaz de que me den noticias del joven señor por estos lares, y los hombres del marqués, si es que lo eran, desaparecieron más o menos cuando lo hizo él.

Pese a toda su simpleza, no me gustaría que sir Oliver sufriera algún daño, como ahijado del viejo conde que era, y conociéndole como le conocemos desde que nació.»

Portia se quedó mirando la carta. Seguro que el marqués no haría ningún daño a Oliver. Seguro que Bryght no estaría implicado en un plan como éste.

Pero Bryght había dicho que se ocuparía de los problemas de su familia y que se aseguraría de que su hogar estaba seguro. Tal vez pensara que deshacerse de Oliver era parte de la solución.

¡Era posible que acabara de casarse con el hombre que había matado a su hermano!

Regresó apresuradamente a la recepción, que ahora empezaba a parecer ciertamente macabra, y encontró a Fort a solas. Le devolvió con sigilo la carta.

—¿Qué deberíamos hacer?

—No puedes hacer nada. Yo me dirigiré allí mañana y estudiaré las cosas. Tal vez todo no sea más que una tontería.

Portia se agarró las manos, notando los anillos poco familiares.

—Oh, ¿por qué no dijiste nada antes de la ceremonia?

—Porque sabía que montarías un alboroto.

Portia se le quedó mirando.

—:¿Tú querías verme casada con él, pese a esta posibilidad?

—Por supuesto. No te pongas así. Tal vez Bryght acabe en la horca por ello y entonces te quedes libre.

Porfía se alegró de no tener ningún arma letal al alcance de su mano.

—Me has ocultado esto, luego me entregas la carta aquí con la esperanza de destruir cualquier posibilidad de armonía en este casamiento. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Cierto rubor alcanzó las mejillas de Fort, pero la miró a los ojos.

—Hago lo que debo.

A Portia la consternó la profundidad del odio de Fort.

—¿Por qué, Fort?

—Tengo mis motivos. No son en absoluto de tu incumbencia.

—¡Pero me están arruinando la vida! ¿No se te ha pasado por la cabeza? ¿Qué se supone que tengo que hacer esta noche? Entonces él sonrió.

—¿Vas a rechazarle? Cáspita, esto es mejor de lo que yo pensaba. Ojalá pudiera presenciarlo. —Con eso se alejó andando y dejó a Portia completamente desesperada.

Intentó convencerse de que no era posible, de que Bryght no podría haberse prestado a hacer daño a Oliver. El rencor de Fort para con los Malloren era tan manifiesto que no debería creer una palabra de lo que decía.

No obstante, creía que él no iría tan lejos como para inventarse la carta.

Y a Bryght le había parecido perfectamente correcto que un amigo suyo ganara su hogar a las cartas.

Y la había seducido de un modo deliberado para llegar a este compromiso, sin pensar en sus deseos.

Una imagen de sus cuerpos desnudos hermanados voluntariamente se deslizó en su cabeza y quiso expulsarla.

A esta imagen le siguió un recuerdo de Bryght diciendo: «Yo sí te quiero, de todos modos».

¿Podía él amarla y asesinar a su hermano? Pensó que tal vez un Malloren sí fuera capaz.

Portia sabía que no podía permanecer eternamente apocada en este rincón, pero le faltaba coraje para circular entre los invitados como si nada fuera mal. Se alejó sigilosamente hasta el pequeño recibidor azul claro: al que le habían hecho pasar la primera vez que vino a visitar a Nerissa. Estaba vacío, pues era demasiado pequeño y sencillo para abrirlo a los invitados.

Bryght había presenciado los dos encuentros entre Portia y el conde
de Walgrave. Al menos, parecieron separarse en no muy buenas relaciones, pero nada podía convencerle de que sus conversaciones fueran inocentes.

¿Qué diantres podía estar sucediendo, y qué habría en esa carta?

Aún estaba conteniendo sus sospechas y deseos —principalmente un deseo de retorcerle el cuello a Portia y desafiar a Fort— cuando Rothgar, condenado, le comentó al rey que Bryght era conocedor del comercio de té. Jorge insistió en hablar del tema, y uno no podía hablar con un monarca mirando a otro lado.

Cuando Bryght consiguió escapar finalmente, Portia no se hallaba en ningún lugar a la vista. Exploró el salón rápidamente y se sintió ali-

viado al ver a Fort hablando con algunos hombres. Pero, ¿dónde estaba Portia? Maldición, aquella mujer era muy capaz de lanzarse a alguna aventura descabellada, incluso con su atuendo nupcial aún puesto.

Se dirigía hacia la entrada para interrogar a los criados cuando Rothgar le interceptó.

—No es preciso levantar un revuelo. Está en esa habitación de ahí. Sola.

Bryght entró sin tan siquiera llamar, y encontró a Portia sentada de forma inocente en una silla junto a la chimenea. Ella se puso en pie casi con culpabilidad, pero de todos modos Bryght no encontró nada raro aquí aparte de la falta de felicidad de Portia.

Decidió afrontar directamente el problema.

—No tenía ni idea hasta hace muy poco de que el titular de la deuda de tu hermano era Barclay.

—¿Pese a ser amigos tan íntimos?

—Los hombres no hablan de todo. Él no tenía ningún deseo de divulgar la ruina de Oliver. De hecho, confiaba en que tu hermano pudiera encontrar el dinero y recuperar el lugar.

—Pero él quería el dinero.

Bryght recurrió a su paciencia cada vez más escasa.

—Ganó el dinero, Portia. Jugar y pagar. Negarse a jugar sería un insulto.

Aquello encendió finalmente la ira en ella.

—¡Mejor insultar que arruinar!

—Tal vez. Puesto que yo no voy a jugar nunca más, eso ya importa poco, ¿no crees?

—Si pudiera confiar en tu palabra.

—Portia —dijo él—, ten cuidado, no tientes la suerte conmigo.

—¿Por qué? —Portia empezó a recorrer la habitación con un frufrú de seda—. ¿Me amenazas con pegarme si te contradigo?

—Maldición, Portia, ¿qué diantres te pasa? Si al menos reflexionaras un poco, nada de todo esto es culpa mía. Tu hermano se jugó la finca. Barclay la ganó. Tu hermano te perdió a manos de Cuthbertson...

Portia se detuvo y le señaló con el dedo.

—¡Y tú me engañaste con ese beso en la biblioteca, que nos ha traído a esto!

—¿Y en toda la lista eso es lo que más cuenta? Ella se dio media vuelta.

—¡Es lo que me ha atrapado para el resto de mi vida!

—Y a mí —contestó él—. No olvides que estamos juntos en esta trampa.

—No lo olvido. —Al cabo de un momento, se volvió de nuevo a él, aparentemente calmada—. ¿Dónde está Oliver? La pregunta le cogió desprevenido.

—¿Por qué me preguntas?

La mirada de ella era fría pero perspicaz.

—Porque hace dos días prometiste encontrarle por mí, para ver si podía venir a nuestra boda.

Bryght sinceramente lo había olvidado, ya que desde entonces se había enterado exactamente de dónde se encontraba su hermano. Intentó decir parte de la verdad.

—Sí que envié a un hombre a Dorset, pero puesto que tu hermano no está aquí, no le habrán encontrado a tiempo.

—Oh, bien —dijo ella con dulzura ominosa—. Puesto que vamos a ir a Overstead de viaje de novios, entonces sin duda le veré.

Oh, no. Bryght recordó haber hablado de viajar a Dorset, pero no tenía intención de ocuparse del problema de Oliver Upcott hasta que hubiera conquistado por completo a su esposa.

—Tengo algunas noticias de Dorset —dijo él—. Por lo visto tu madre y tu hermana se han ido a visitar a unos familiares a Manchester. Mejor que vayamos a esa ciudad de viaje de novios.

Portia pareció tan afligida por estas noticias que él sintió ganas de cogerla en sus brazos y consolarla. No obstante, había unas cuantas armas peligrosas al alcance de ella, incluida una pesada estatuilla y un atizador, de modo que se lo pensó.

Entonces Portia alzó la barbilla con aquel gesto combativo tan típico de ella.

—Podemos mandar una carta a mi madre. Yo prefiero ir a Overstead por si acaso Oliver está ahí.

—Podemos mandarle una carta a él —replicó Brygth.
Portia le miró fijamente.

—Quiero ir a Overstead.
Con la misma firmeza, él dijo:

—No.

Cuando ella tomó aliento para expresar su objeción, Bryght dijo:

—¿Recuerdas esos votos de obediencia? Nos vamos al norte, esposa. Y —añadió al ver el centelleo de rebelión en los ojos de ella—, si intentas ir tú sola, te traeré de vuelta arrastrándote por el pelo.

Ella siseó de rabia e intentó pasar por su lado como si él no estuviera, pero Bryght la cogió del brazo y cuando forcejeó apretó con más fuerza.

—Enviaremos un mensaje a Dorset. No hay la menor razón para que tú vayas allá. —Podía sentir una ira peligrosa que le iba a hacer perder el control.

—Tal vez simplemente quiera ir allá, y estoy acostumbrada a hacer lo que quiero.

—El nombre para eso, señora esposa, es malcriada.
Los O)QS áe e\\a ramearon.

—¡Entonces vos, milord, sois un malcriado sin remedio!
Él la atrajo a sus brazos.

—¿Lo soy? Entonces tal vez debería tomar lo que quiero. Hemos hecho el amor en el suelo delante de una chimenea con anterioridad, ¿verdad que sí?

Durante un momento ella forcejeó, pero luego se quedó rígida.

—Supongo que piensas que ahora tienes derecho, a pesar de mis deseos,

Fue como un jarro de agua helada. Bryght tomó aliento para serenarse. Obligó a Portia a levantar la barbilla, pero con suavidad. Ella tuvo que mirarle.

—¿Por qué estamos peleándonos, Portia? ¿Qué quieres?

Bryght vio su propio dolor desconcertado reflejado en los ojos de ella. —Quiero ir a Overstead.

El dolor quedó anegado en una furiosa incomprensión. Nunca antes había visto en ella indicios de este tipo de tozudez. Sabía que Portia no siempre era sensata cuando estaba enfadada, y se recordó que no la conocía demasiado bien.

Era animosa, osada y valiente. ¿Era también irracionalmente tozuda y exigente? No podía llevarla a Overstead, donde podría enterarse de que su hermano había sido secuestrado por los Malloren.

No podía dejar marchar a Oliver hasta que hubiera decidido qué hacer sobre esta situación.

Hizo un esfuerzo consciente para relajarse y también para calmarla a ella.

—Portia, tu hermano podría estar en cualquier sitio. Es más lógico enviar un mensajero a buscarle y que nosotros vayamos al norte a ver a tu madre. Además yo tengo negocios cerca de Manchester con el duque de Bridgewater.

Ella no dio muestras de calmarse.

—Pero Fort ha prometido salvar la finca. En cuando mi madre y mi hermana se enteren de las felices noticias, regresarán a casa. Si vamos al norte, podríamos cruzarnos con ellas en el camino. Y estoy segura de que tus negocios pueden esperar.

Maldición. No le sorprendió oír lo que Fort había hecho, pero le habría gustado ser él el caballero con la deslumbrante armadura. Y el razonamiento de Portia no carecía de lógica.

—Me temo que mis negocios no pueden esperar. Pero podemos ir a Overstead inmediatamente después, de regreso al sur.

Ella tiró con brusquedad del asimiento de Bryght. El tenía que hacerle daño o dejarla marchar. La dejó marchar.

—Veo que estás decidido —dijo ella en tono gélido— y ahora tienes derecho a darme órdenes como se te antoje. Deberíamos regresar con nuestros invitados, milord. Tal vez empiecen a pensar que estamos tramando algo.

Ella se dirigió decidida hacia la puerta pero esperó a que él la abriera.

Bryght sintió la tentación de retenerla aquí e intentar que recapacitara pero, como había dicho ella, tal vez ya hubieran notado su ausencia.

Tendrían tiempo más tarde. Tiempo suficiente esta noche, y durante un viaje largo y pausado a Lancashire, tiempo para enmendar su sensación de persona maltratada, enseñarle a confiar, y hacerla suya por completo.

Abrió la puerta, y mientras ella salía majestuosamente para unirse de nuevo a la recepción, advirtió que esbozaba una sonrisa serena. Su

valiente amazona. Había veces, no obstante, en que preferiría que fuera un tímido ratoncillo.

La condujo hacia unos miembros de su familia que creía seguros y luego se detuvo junto a Rothgar.

—No le quites ojo, Bey. No estoy seguro para nada de que no intente salir corriendo.

—Si tiene motivos,' probablemente la asistiré.

—Cáspita, no necesito que tú también me gruñas. —Le explicó rápidamente lo de Barclay y la deuda—. Tengo a Oliver Upcott retenido con todas las comodidades en la Abadía y Barclay se ha ido para allí para asegurarse de que iodo va bien. Portia está empeñada en que partamos para Dorset en su busca. No puedo permitir eso hasta que decida qué hacer con él, y necesito ir al norte para informar a Bridgewater de las nuevas circunstancias. El hecho de que el resto de la familia de Portia se encuentre allí lo convierte en una excusa conveniente.

—¿Qué pretendes hacer con el hermano?

—Si lo supiera, las cosas serían bastante más sencillas.

—El asesinato resulta sumamente sucio —dijo Rothgar— pero no hay muchos otros métodos par curar a un jugador empedernido.

—En cierto modo, no creo que el fraticidio refuerce mi dicha marital.

—Ni tampoco lo hará negarse a pagar sus deudas la próxima vez que se meta en problemas.

—¿Crees que no lo sé? Necesito camelar a Portia antes de que nos enfrentemos a ese problema. De ahí el viaje de placer al norte.

Rothgar miró hacia donde se encontraba Portia conversando con un grupo de damas. Pese a su sonrisa, estaba tan tiesa como una vara de hierro, e igual de fría.

—Creo que tu reputación de amante mítico está a punto de someterse a prueba. Entretanto, tal vez Brand debiera regresar a la Abadía. Después del modo lamentable en que el difunto conde de Walgrave acabó sus días allí no hace mucho, otra muerte podría levantar sospechas.

—¿Estás instalado en la ciudad? —preguntó Bryght.

—Durante unos días. —Rothgar tomó un pellizco de rapé—. No es que quiera aumentar tus preocupaciones, pero Fort se ha enterado de tu implicación con Bridgewater, me huelo una connivencia pecaminosa con Nerissa Trelyn en todo esto, y está apoyando a Brooke en su oposición al decreto del canal. Con tal influencia detrás, la cosa se pone interesante.

—¡Cristo! Pero si no tiene ningún interés en el asunto…

—Tiene interés en cualquier cosa que tenga que ver con los Malloren. Me ocuparé de ello, no te preocupes.

—Pensaba que no te interesaba demasiado el canal.

—No permito que nadie actúe con despecho contra mi familia. Lo cual me recuerda que ha llegado el momento de tener unas palabritas con lady Trelyn.

—No puedes hacerle daño —dijo Bryght con cierta alarma.

—Supongo que no puedo en este momento. Pero puedo advertirle.

Bryght confió en que Nerissa hiciera caso de la advertencia.

—Esto significa —dijo Rothgar— que no hay ninguna necesidad apremiante de que vaya en busca de Bridgewater. Yo me aseguraré de que no vaya a la quiebra en las próximas semanas.

—De todos modos, mi intención sigue siendo ir al norte. Si Portia continúa escéptica, continuaremos de viaje hasta las Highiands, tal vez incluso hasta el Ártico. Me parece lo adecuado para el estado actual en que se encuentra nuestro matrimonio. —Entonces vio que el rey y la reina se preparaban finalmente para marcharse y murmuró—:

Gracias a Dios.

Bryght se dirigió hacia donde estaba su glacial esposa. Cuanto antes la sacara de aquí, antes podría empezar a derretirla.

Pese a todo, tenía la sensación de que recuperaba un poco el ánimo. La situación no era la ideal, pero sabía que Portia y él estaban unidos en lo más profundo. La tenía.

Y poseer a la mujer, decían, ya lo es casi todo.

No obstante, cuando pronunció su nombre y ella se volvió, su optimismo se desvaneció. No es que pareciera hostil, más bien parecía desesperada. En el nombre de Dios, ¿qué había sucedido que la angustiara tanto?

¿Debería insistir en saber qué era aquella carta?

Casi se ríe en voz alta. Si Portia no quería que él supiera algo, sospechaba que necesitaría una cámara de tortura totalmente equipada para sacarle alguna información. - .

La llevó a despedirse de los monarcas y se quedó a su lado mientras la reina de rostro poco agraciado la besaba en la mejilla y le deseaba toda la dicha y felicidad posibles en su matrimonio.

Bryght se preguntó irónicamente si aquellos deseos reales tendrían algún efecto místico. Al fin y el cabo, se suponía que el toque del rey sanaba la escrófula.

Al cabo de un rato se hallaban ya viajando en el carruaje. Él sintió

un deseo terrible de cogerla en sus brazos. De todos modos, parecía tan frágil, que temió que se pudiera romper.

Juraría que ella estaba asustada, ¿pero de qué? Le costaba creer que le asustaba el lecho nupcial, pero si fuera así, ¿no sabía que él nun-
ca la forzaría?

Buscó un tema neutral.

—¿Tu familia está en casa de algún pariente en Manchester? Ella se estaba mirando los anillos.

—Sí. Un tío.

—¿Qué clase de hombre es él?

—Un comerciante. Un fabricante de medias. Muy por debajo de vuestra esfera.

Bryght deseó que le mirara.

—Te sorprenderías. ¿Está involucrado en las nuevas manufacturas?

—No lo sé.

—¿Nunca has estado allí?

—De visita.

—Entonces seguro que sabes algo —dijo Bryght, combatiendo un deseo alarmante de zarandearla.

—No. No tengo interés en ese tipo de cosas.

—Esas fábricas nuevas son el sistema del futuro. Entonces Portia le miró a la cara, pero con hostilidad.

—La fuerza de Inglaterra siempre estará en la tierra. Por fin él conseguía una reacción enérgica.

—O bajo la tierra. —Al ver la mirada de ella, dijo—: Carbón.

—¡Material repugnante!

—Pero valioso —replicó él—. Entonces, puesto que crees en la tierra, ¿qué sabes de ella?

Bryght pensaba que Portia tendría que admitir su desconocimiento, pero, tratándose de Portia, le sorprendió una vez más.

—Creo firmemente en el uso intensivo del estiércol en la tierra, y en la rotación de cosechas. En Overstead hemos aplicado muchas de las mejoras recomendadas por el señor Tull y por el vizconde Town-

^ send, con resultados excelentes.

I —¿ Cuan excelentes ?

—Nuestra cosecha por acre se ha incrementado de doce a dieciocho fanegas, y tendría que continuar aumentando. Nuestro programa de cría ha aumentado la producción de carne de calidad en un veinte por ciento por res.

Él casi se ríe. Admiraba ciertamente que una mujer supiera de qué hablaba.

—Qué suerte entonces que haya comprado una finca para nosotros —dijo.

Portia se quedó mirándole.

—¿Has comprado una finca?

—¿Pensabas que no tenía dinero? Se llama Candieford Park. Tienes carta blanca para gestionarla. Yo sé poco de esas cosas. —Hablar de dinero le había recordado algo. Metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa de guineas y se la arrojó sobre el regazo—. Trelyn me entregó esto a mí, como tu poderoso amo y señor.

Portia lo agarró.

—Gracias, pero no eres mi amo.

Bryght decidió que no acabaría la noche sin tocarla. A menos que luchara y chillara, iba a seducirla, atravesaría esa corteza gélida, y encontraría a Hipólita.

Cuando llegaron a la mansión Malloren, todo el personal estaba en la puerta para felicitarles y dar la bienvenida a lady Bryght. Bryght deseó que se fueran al infierno pero cumplió con las formalidades. Portia, advirtió él, incluso consiguió esbozar una sonrisa, y la adoró por aquello.

Luego pudo llevársela a su estudio, una habitación que esperaba recordara bien y con afecto.

Le quitó la capa y luego la atrajo a sus brazos.

—Lady Bryght te sienta bien. Brillas como una ventana iluminada por una vela en medio de una tormenta invernal.

Notó que ella se estremecía, y rogó que fuera de deseo. Pero cuando Portia alzó la vista para mirarle, sólo vio un dolor lleno de desconcierto.

—Prométeme que me llevarás a Overstead —susurró ella. Bryght la soltó de forma abrupta.

—Por el amor de Dios, Portia, ¿es esto alguna clase de prueba? ¿Qué quieres, el cuerno de un unicornio? Mañana nos vamos al norte —dijo con firmeza—. Luego visitaremos Overstead.

Capitulo 23

Portia quiso discutir, pero, ¿qué sentido tenía? Se acercó a la chimenea para calentarse las manos, y para poner cierta distancia entre ambos. Deseó que el calor pudiera penetrar más adentro, hasta aquel núcleo helado de miedo y dolor.

Ella no dejaba de rechazar aquellas terribles sospechas, pero él no dejaba de respaldarlas.

Sabía que su madre y su hermana se habían ido a Manchester. ¿Cómo podía saber él aquello a menos que tuviera agentes en Dorset? Poco después de pedirle que mandara a buscar a su hermano, Portia se había dado cuenta de que ningún mensajero podía ir hasta Dorset y volver a tiempo para la boda.

Ahora él mostraba una terquedad irracional en su negativa a ir a Overstead.

Estaba segura de que Bryght no era jamás irracional, pero se temía que sabía cuáles eran los motivos que había detrás.

Por un momento pensó en contarle todo con la esperanza de que hubiera una explicación inocente, pero si lo peor era cierto, él era capaz de cualquier cosa. Ciertamente dudaba que tuviera ocasión de huir, de marcharse sola y descubrir la verdad.

Y eso era lo que tendría que hacer. No sabía cómo iba a escapar, pero tenía que hacerlo.

No le oyó acercarse, por lo tanto dio un respingo cuando él deslizó sus manos sobre los hombros descubiertos de ella.

—Podemos hacerlo mejor que todo esto, Portia. ¿No podríamos al menos intentarlo?

Era lo único que deseaba, pero había perdido toda fe. No obstante, no se resistió cuando él le quitó las horquillas del pelo y lo extendió en torno a sus hombros, antes de volverla de cara a él.

—Tu pelo es como una llamarada, podría calentar mi alma. ¿No puedes decirme qué es lo que se interpone entre nosotros?

Los dedos de Bryght siguieron el contorno prominente de sus pechos. Portia observó aquellos dedos largos y diestros, recordó otros placeres intentando contener su respuesta.

—Te conozco lo suficiente —continuó él— como para creer que seas tan exigente e insensible…

Portia se obligaba a oír sus palabras amables como un truco, una trampa, concebida para arrancarle sus secretos.

Bryght suspiró y le levantó la barbilla.

—¿Podrías decir algo tal vez?

Ante la mezcla de deseo y furia que había en él, el corazón de Portia empezó a acelerarse, se le secó la boca. Dijo la primera cosa neutral que le vino a la cabeza.

—¿Dónde está *Zenof*

El se rió, con amargura.

—¡Pues viene sorprendentemente al caso! Disfrutando de su compañera, o pensando en ella constantemente. *Boudicca* se ha puesto en celo.

Portia sabía que se había sonrojado.

—Nosotros los humanos no necesitamos el celo.

—No obstante, ponernos un poco calientes resulta agradable. Ella se sobresaltó al oír el tono en que hablaba.

—Lo siento mucho si me encuentras fría. Pero estamos casados. No necesitas mi consentimiento.

—¿Ah no? —Tras un momento de peligrosa tensión, él preguntó—: ¿Por casualidad estás pensando en contener tu ardor hasta que yo haga lo que tú quieres y te lleve hasta tu casa en Dorset?

No se le había ocurrido, pero Portia aprovechó la idea.

—*¡Sí!*

Tras un momento, Bryght la soltó. Cogió la capa de terciopelo y el monedero de dinero.

—Ven. —Estaba enseñándole el camino al dormitorio. Portia casi se niega, pero, ¿de qué serviría? No iba a reaccionar,

juró, fueran cuales fueran las presiones o habilidades que él pusiera en

práctica. No lo haría.

Pero él la guió a través del dormitorio y a través de un pequeño

vestuario hasta otra alcoba donde fulguraba un fuego en el hogar, con

una placa para calentar la cama sobresaliendo sobre el gran lecho. Portia le miró con total perplejidad.

—Tu dormitorio —dijo él—. Como ves, los criados han imaginado que va a usarse. ¿Necesitas ayuda con el vestido?

—N-no.

—Entonces te digo buenas noches.

—Pero…

El se volvió con un gesto amable, distante, de interrogación.

—Pero sólo son las siete de la tarde.

—Hay libros. Tengo trabajo que hacer. —Tras un momento, añadió—: Portia, no voy a rogarte ni violarte, de modo que no veo alternativa. —Con eso, volvió a cruzar la puerta y la cerró con un leve chasquido.

Portia se sintió como una niña severamente reprendida. Pero no era una niña, ni le preocupaban las cuestiones infantiles. No tenía que olvidarlo.

Como bien había dicho, disponía de libros: algo de poesía, algunos sermones, un libro de viajes, y *Pamela* del señor Richardson. ¿Habrían dejado aquí intencionadamente la historia de la doncella a la que engañaba su señor para que se casase con él?

Sentía de un modo ardiente la presencia de Bryght, a pocas puertas de distancia, disponible para el placer sólo con que ella se rindiera. Con una mueca, escogió un libro de sermones y se sentó a leer.

Sus ojos seguían las palabras, pero su mente se perdía, buscaba una

explicación inocente al hecho de que él se negara a llevarla a Dorset. No encontró ninguna, aparte de una insistencia arrogante en salirse con la suya, algo casi tan horrible como sus sospechas.

Dejó caer el libro sobre sus rodillas y se quedó mirando las llamas de la chimenea mientras revisaba su pasado reciente y el desastre de todo aquello. Ni siquiera podía ver con claridad que hubiera habido un punto en el que detener la rueda de la fortuna y escapar.

Pasaron horas hasta que reaccionó y consideró irse a la cama. Entonces, abruptamente pensó que era una completa estúpida.

Aquí mismo le habían dejado la oportunidad ideal de escaparse y marchar a Overstead ella sola, y no la había aprovechado.

Miró la oscura noche a través de la ventana. No había ningún reloj en la habitación, pero debía de ser tarde. Era demasiado tarde para arriesgarse a ir a ningún sitio. Pero tal vez ésta fuera su única posibilidad.

Respiró a fondo. Si tenía que hacerlo, lo haría. ¿Pero cómo?

Se preguntó si debería acudir primero a Dresden Street para comprobar si Oliver estaba ahí, pero le costaba imaginar que, si él había llegado a la ciudad, no hubiera venido a verla.

De modo que necesitaba transporte a Dorset.

Era demasiado tarde par coger la diligencia, o sea que tendría que esperar a la mañana. ¿Cómo iba a evitar que la capturaran durante toda la noche, y luego viajar por la mañana en la diligencia con los Malloren a la caza? Bryght sabría exactamente adonde habría ido.

Casi renuncia, pero luego cayó en la cuenta de que le quedaba una vía posible. Fort. Al fin y al cabo, había sido él quien la había alertado del problema, y él le había dicho que por la mañana partiría para Dorset para comprobar cómo estaban las cosas.

Además había dejado claro que había forzado aquella boda por puro odio a los Malloren.

Se retorció las manos, sin dejar de dar vueltas a aquel dilema tan atroz. No podía quedarse para que Bryght la llevara al norte y la obligara a hacer el amor con él. No podía vacilar y no intentar descubrir qué le había pasado a Oliver, y rescatarle si aún seguía con vida. ¡Pero desde luego que tampoco podía huir su noche de bodas con el peor enemigo de su marido!

Ahora vacilaba por puro terror, pero se obligó a continuar adelante. No tenía otra elección.

Contaba con la bolsa de guineas. ¿Tenía alguna ropa más? Cuando abrió los cofres y armarios descubrió que todas sus pertenencias estaban pulcramente ordenadas ahí. Por supuesto que sí. Ahora éste era uno de sus hogares junto con la Abadía de Rothgar y un lugar llamado Candieford Park.

Se negó a pensar en tales cosas y empezó a quitarse el vestido nupcial y los aros. Sustituyó el atuendo por el sencillo vestido de viaje marrón oscuro y un calzado más resistente. Se echó sobre los hombros la capa que más la abrigaba y deslizó la bolsa de guineas en su bolsillo.

Al menos no tendría que lanzarse a esta aventura sin blanca.

Dobló con tristeza las hermosas medias de encaje y las guardó en un cajón. Tal vez un día habría ocasión de ponérselas para Bryght, sin sombras.

Hizo una pausa mientras cerraba el cajón. Si eso llegaba a hacerse realidad, significaría que le había juzgado mal. No podía imaginarse cómo reaccionaría ante esta huida.

No podía olvidar que había prometido traerla de vuelta arrastrándola del pelo si se escapaba. Era consciente de la furia que bullía en él, tal vez más peligrosa de lo que parecía, por la frialdad con que la disimulaba. Recordó el primer encuentro cuando su ira había escapado a su control, y se estremeció.

No podía permitir que el miedo la dominara.

No obstante, deseó tener un pistola.

Al menos, Portia conocía una salida de la mansión Malloren, siempre
que la puerta estuviera únicamente atrancada en vez de cerrada con llave. Salió sigilosamente al pasillo con los oídos alertas a cualquier sonido. De todas formas, la casa estaba tranquila.

Tenía que pasar ante las habitaciones de Bryght para llegar a la puerta que conducía a la escalera de servicio. Vaciló durante un momento, preguntándose si de veras estaría aplicado calmadamente a aquel trabajo que él tenía que hacer. Era algo que no habían comentado, pero no daba la impresión de estar del todo ocioso.

Se despabiló y continuó apresuradamente. Mientras él no fuera a mirar a la habitación antes de la mañana...

La discreta puerta de los criados se abrió con un silencio eficiente. Tanteó el camino de descenso por la oscura escalera hasta llegar abajo. Una vez allí se detuvo para detectar indicios de personas en el corredor, pero la mayoría de sirvientes se encontrarían acostados a estas horas.

Entró en el pasillo, descubrió la puerta que daba al pasaje y una vez más se halló a oscuras.

Tras unos pocos pasos llegó a la puerta exterior y sus dedos encontraron la barra que la atrancaba. Soltó una larga exhalación de alivio. El marqués se había asegurado de que fuera segura, pero sólo contra los intrusos.

¿Quién, al fin y al cabo, desearía escapar de esta espléndida casa?

Levantó la tranca y la dejó a un lado, abrió la puerta y se halló en el exterior, en la fría oscuridad. Vaciló durante un momento, consciente de que esto podía poner fin a cualquier posibilidad de felicidad.

Pero cualquier posibilidad que existiera ya se había perdido horas antes, y tal vez días antes, cuando Bryght organizó el secuestro de su hermano.

La humedad era heladora y amenazaba con lluvia, de modo que Portia se echó la capucha. Esta vez se alejó en dirección a las caballe-

rizas, dio una vuelta bastante larga hasta una calle adyacente, y partió
hacia la casa de Fort.

Casi se estaba acostumbrando a recorrer Londres en la penumbra, pensó con ironía. De hecho, habría cierto alivio en que la asaltaran unos ladrones y pusieran fin a esta tortura.

De todos modos, llegó a Abingdon Street sin correr ningún peligro, y tuvo que considerar el siguiente problema: intentar de nuevo la puerta de entrada o la puerta de atrás. Se encogió de hombros y dio un golpe en la puerta.

Era el mismo lacayo, que no pudo evitar quedarse con la mandíbula abierta.

—Decid a lord Walgrave que estoy aquí. —¿Sabría el criado que la señorita Portia St. Claire se había casado con Bryght Malloren hoy mismo? ¿Y por qué tenía ese aspecto de asombro?

No, simplemente estaba estupefacto por su atrevimiento, pero cuando ella dio un paso adelante, la dejó entrar. Puso una expresión de desdén que decía que sabía que en cuestión de momentos la pondrían de patitas en la calle, pero le permitió entrar en la casa y la condujo a un recibidor pequeño y austero. Sin duda era el lugar destinado a las visitas indeseadas de clases inferiores. Pero ya había entrado, lo cual significaba que Fort estaba en casa.

El lacayo se marchó, pero volvió al cabo de un momento con aspecto bastante resentido para llevarla a otra habitación.

En esta ocasión se trataba de un bonito estudio, y allí estaba Fort.

En cuanto la puerta quedó cerrada, le dijo:

—¿Qué diantres estás haciendo aquí? —Simplemente estaba asombrado.

—Quiero ir contigo a Overstead.

El se quedó boquiabierto. Era la única palabra con que podía describirlo.

—¡Pero es tu noche de bodas!

El rostro de Portia estaba ardiendo.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? Bryght se niega a llevarme allí, Dice que vamos a ir al norte. No cambiará de idea, o sea que estoy decidida a ir sola.

—Pero... pero, ¿qué le has hecho? Portia le miró frunciendo el ceño.

—¿Que qué le he hecho?

—¿Le has narcotizado? No le habrás disparado, ¿no?

Al oír su tono de alarma, Portia se mordió el labio para sofocar una risita, en parte provocada por las lágrimas.

—Por supuesto que no. Dejé claro que no quería... Es demasiado caballero... —Las lágrimas amenazaron, hasta convertirse en realidad—. Me he retirado a descansar.

—Cielos. —Fort la miraba como si fuera un arma cargada—. ¿Y quieres que te lleve a Dorset? ¿Un viaje de tres días? Portia le miró con repugnancia.

—¿Por qué me está dando la sensación de que tengo bastante suerte de no ser devuelta a la mansión Malloren en este mismo instante?

—Porque la tienes —replicó con brusquedad—. Una suerte endiablada. ¡Ya no somos niños! ¿Qué crees que va a hacer Bryght si descubre que has estado aquí?

En realidad, Portia no había pensado en eso.

—El nunca pensaría que pudiera pasar algo de lo que lamentarnos... —No estaba segura de lo que Bryght pudiera pensar, pero se mantuvo firme—. Fort, necesito ir a Overstead. Debo hacerlo. Pero si voy a coger la diligencia, me temo que Bryght me alcanzará antes de llegar allí.

—Te alcanzará más tarde o más temprano —dijo con gravedad—, y se armará una gorda. Por lo que cuentas, podrías regresar ahora y tal vez nunca se enteraría.

—No le tengo miedo —mintió Portia, alzando la barbilla—. Tengo que enterarme de qué le ha sucedido a Oliven
Fort la estudió un momento.

—Bien, si tenemos que enterarnos de la verdad, mejor que vayamos a la abadía de Rothgar en vez de Overstead.

—¿A la abadía de Rothgar?

—Es ahí donde le habrán llevado si es que le han llevado a algún lugar.

Portia reflexionó y comprendió que tenía razón.

—¿Y tú me acompañarías allí?

—No permitiría que fueras sola. —De pronto sonrió, y pareció el Fort de antaño—. Siempre he sospechado que mi destino es morir a manos de un Malloren, o sea que ¿por qué resistirme? Y a mí también me gustaría enterarme de qué le han hecho a Oliver. No es que sienta demasiadas simpatías por ese necio, pero no puedo aceptar un asesinato flagrante.

—Ni yo tampoco —dijo ella con calma, pensando tétricamente en

los largos años que le quedaban por delante sin Bryght—. Bien, si vamos a hacerlo, partamos ya.

—No podemos irnos ahora. —Fort estaba mirando por la ventana—. Ha empezado a llover, y las nubes cubren la luna.

—¿Qué? —Portia fue a comprobarlo ella misma y de inmediato vio que él tenía razón—. ¡No puedo quedarme aquí toda la noche!

—Deberías haber pensado antes en eso. Siempre supe que tus locas ocurrencias acabarían ocasionando problemas. Por supuesto —añadió— podríamos enviarte de regreso a la mansión Malloren...

Portia incluso llegó a considerarlo antes de decir:

—No. Pero, ¿cuándo podremos marcharnos? ¡Tenemos que partir antes de la mañana!
Fort soltó la cortina.

—Ni siquiera la alta nobleza puede controlar los elementos, Portia. Si se despejan las nubes, podremos viajar. Si no es así tendremos que esperar al amanecer, pero tendríamos que ser capaces de ponernos en marcha entonces. Mejor te quedas aquí. Diré al lacayo que tenga la boca cerrada.

Portia se sentó en la meridiana sintiendo frío y cansancio. Mientras había estado activa, había mantenido sus ideas a raya, pero ahora volvían a atormentarla. Sólo con que hubiera sido capaz de rendirse a Bryght, rendirse a su marido y a su lecho nupcial... Sólo con que los desastrosos asuntos de Oliver no se hubieran interpuesto en su camino...

Pero sin los asuntos desastrosos de Oliver, dudaba que alguna vez hubiera podido conocer a un Malloren.

Era la deuda de Oliver la que les había llevado a Maidenhead. Sin duda aquella locura de encuentro había hecho que Bryght se acercara a ella en el parque. Eso y su partida con Oliver.

¿Qué, se preguntó, le había llevado a él a jugar con Oliver? Ahora le conocía y no podía creer en serio que él fuera un tahúr. Tal vez las cosas habían sucedido simplemente como Bryght las había explicado, un caballero no podía negarse a jugar con otro.

No obstante, el asunto habría acabado ahí de no ser por Oliver y Cuthbertson. Después del suceso del burdel, era como si Bryght la hubiera perseguido.

Fort regresó a la habitación y Portia alzó la vista para mirarle, s

—Pujaste por mí en Mirabelle.

—Sí. —Apartó la vista, con la excusa de inspeccionar el fuego.

—¿Qué hubieras hecho si me hubieras conseguido?

Fort se volvió a ella.

—Probablemente más de lo que hizo Bryght Malloren. —Se encogió de hombros—. No habría permitido que Steenholt o D'Ebercall se quedaran contigo. Pero no había manera de salir de allí sin que se montara un tumulto. Lo admito, lo más posible es que intentara que resultara lo más rápido para ti. No se me habría ocurrido idear una apuesta como esa. Creo que tal vez tendrías que tener en cuenta —añadió con cierta severidad— que debes a ese hombre esta noche de bodas.

Portia hizo caso omiso.

—¿Idear una apuesta? ¿A qué te refieres?

—Deduzco que Bryght fue quien forzó esa apuesta con el azucarero. Al hombre se la han escuchado protestas de que el asunto fue un tanto turbio, pero al menos no sospecha que tú no eras quien parecías.

¿La apuesta que la había salvado había sido inspiración de Bryght?

—Supongo que fue una actuación propia de un virtuoso —dijo Fort—. ¿Estás segura de que no quieres regresar y disfrutar de más de lo mismo? —Portia comprendió que él quería de verdad que regresara. Tal vez sólo para salvar su propio cuello, pero tal vez para salvar el de ella.

—No puedo —contestó, pero se preguntó qué haría Bryght cuando la cogiera.

—Muy bien —concluyó él con un suspiro—. ¿Por qué no te echas y descansas? Te llamaré en cuanto sea posible viajar.

La dejó a solas y, pese a los pensamientos turbados, Portia consiguió dormitar un poco. Fort la despertó para decirle que podían partir.

—La visibilidad no es perfecta, pero ha salido la luna. Podemos marcharnos, si viajamos despacio. Y creo que lo mejor es que nos pongamos en marcha ahora.

Portia estuvo de acuerdo. Temblaba por haber sido despertada a esas gélidas horas de la madrugada. Temblaba tal vez de miedo. Empezaba a temer de verdad el encuentro con su marido y, como había dicho Fort, éste no podría posponerse eternamente.

Como la muerte, algún día habría que hacerle frente.

Su corazón le decía que Bryght nunca le haría daño. Pero si pensaba que era capaz de matar a Oliver, tenía que pensar que era capaz de hacerle daño a ella.

—¿Qué hora es? —preguntó, envolviéndose con la capa.

—Casi las cuatro. Vamos a tener que introducirnos a hurtadillas en las caballerizas, como si fuéramos ladrones. —Le dedicó una sonrisa de ánimo—. Dios, esto me recuerda algunas de nuestras aventuras de juventud.

Portia le devolvió la sonrisa, pero temió que su esfuerzo fuera poco convincente.

—¿Qué distancia hay? —susurró mientras cruzaban el vestíbulo—. ¿Cuánto tardaremos?

—Hay unas treinta millas hasta la Abadía, de modo que yo diría que son cinco o seis horas si las carreteras no están en mal estado.

—¿ O sea que tal vez lleguemos allí hacia las nueve ? ¿ Qué haremos
cuando lleguemos?

—Pedir que nos permitan entrar. Soy un familiar, y un conde. Pero…

—Shhh.

Cruzaron de puntillas la cocina, junto a los humildes criados de las cocinas que dormían en camastros cerca del fuego. Luego él abrió con suavidad una puerta que daba al jardín. Portia recordó conmovida algunas de sus escapadas infantiles. Qué inocentes eran entonces.

Aunque la luna estaba despejada, el jardín apareció sombrío y oscuro. Portia se estremeció al sentir el aire helador.

—Creo que los humanos no tendrían que andar por ahí a estas horas de la noche —susurró.

—Si condujéramos en dirección a St. James, encontraríamos el lugar muy despierto. Algunas personas apenas ven la luz del sol en esta época del año.

—Lo cual demuestra la depravación de Londres.
El carruaje estaba esperando. Subieron y el cochero puso en marcha los cuatro caballos.

Fort miró a Portia con un ceño de perplejidad.

—No acabo de entender por qué Bryght Malloren deseaba casarse contigo. Es la clase de hombre que puede pasar toda la noche ju-

gando, mientras que a ti te parece algo despreciable. No tenéis nada en común.

—Lo sé —dijo Portia, agarrándose las manos con fuerza—. Supongo que se sentía obligado a hacerlo.

—Nada de eso. Ese asunto en Mirabelle hacía el matrimonio un asunto aún mucho menos probable.

—Seguramente. Estaba pensando en lo sucedido en casa de lady Willoughby.

—Ah, sí. Pero en realidad no pasó nada serio allí, hasta que yo decidí obligarle a actuar.
Portia le miró.

—¿No lamentas eso ahora?

—No. Cada vez va a mejor.

Portia se volvió para mirar por la ventana. Sabía que este viaje la llevaba directamente al desastre, pero en ningún momento había tenido otra opción.

CAPITULO 24

Como la mayoría de viajes en diligencia, se le hizo aburrido y tuvo demasiado tiempo para pensar. Portia iba mirando por la ventana el paisaje plateado por la luna, preguntándose cuándo se percataría Bryght de que ella no estaba, y qué haría entonces.

Todas y cada una de las hipótesis la aterrorizaban.

La mejor opción era que la persiguiera hasta Overstead, lo cual les dejaría bastante tiempo para investigar las cosas en la Abadía. Si él esta-
ba exento de culpa, entonces Portia esperaría con resignación su destino.

Si no, y si Oliver seguía con vida, tendría que rescatarle y llevarle a un lugar seguro. ¿Pero, adonde? ¿Podría ocultarse de Bryght si éste decidía ir en su busca?

Y él tendría que buscarla. ¿Qué diría el mundo si aquella novia supuestamente maltratada desaparecía repentinamente a escasas horas de la ceremonia?

Tal vez lo mejor que podía esperar fuera que él no quisiera volver a verla jamás. Entonces incluso podría regresar a Overstead y cuidar de la finca en lugar de Oliver. Si Bryght no explicaba a todo el mundo que su matrimonio era una estructura hueca, ella tampoco lo haría. El hecho de que vivieran separados tampoco sorprendería al cínico mundo de la aristocracia.

A menos que él quisiera tener hijos.

A menos que ella estuviera embarazada de él.

Se imaginó dar a luz un hijo que luego le sería arrebatado para ser educado por su padre. La ley lo permitiría, y tal vez Bryght pensara que se trataba de una venganza justa.

Si estaba embarazada, quizás huyera al campo...

—¿Qué sucede? —preguntó Fort—. Ya es demasiado tarde para repensarse las cosas.

—Lo sé. Son otros pensamientos los que me atormentan.

—¿Referentes a Bryght Malloren? No eres tan indiferente a él como pretendes, ¿no es cierto?
Portia se volvió a mirarle.

—¿Te gustaría besarme?

En el sombrío carruaje, ella no podía ver su expresión, pero percibió la reacción de cautela.

—¿Porqué?

—Tal vez simplemente es que necesito consuelo.

—Entonces deberías haberte quedado con tu marido.

—¿También si mi marido es el asesino de mi hermano?
Tras un momento, él dijo:

—No buscas consuelo.

—No —suspiró ella—, no exactamente. Necesito saber... Bryght es el único hombre que me ha besado de verdad. Necesito saber.
Tras un momento Fort se rió.

—Bien, lo más probable es que me atraviesen con una espada por lo que piensan que he hecho, o sea que, ¿por qué no? —Le cogió la mano, atrajo a Portia hacia él, le sostuvo la cabeza contra su pecho y la besó.

Era el mismo asunto de labios y aliento caliente, y no era desagradable. Era Fort, y a Portia le gustaba Fort. Pero faltaba algo, aquel algo que excitaba sus sentidos y la volvía loca. Esto no le haría perder la cabeza.

Cuando él la inclinó un poco más atrás y desplazó la mano para cogerle el pecho, Portia se soltó.

—No, Fort.

Él movió la mano sobre su seno con delicada insinuación.

—Tal vez pueda convencerte.

—No —volvió a decir con firmeza pero con calma, aunque su corazón se estaba acelerando.

De todos modos, él no la soltaba.

—Me complacería bastante ponerle los cuernos a un Malloren. Especialmente si soy el primero.

Portia se estremeció y le empujó.

—Para, Fort. No tomaré parte en tu contienda.

—Ya lo has hecho. ¿Ya te ha desvirgado?

Portia comprendió que se había lanzado a un pozo más profundo de lo que había imaginado.

—Eso no es de tu incumbencia. Piensa en lo que estás haciendo. Él sufrió una sacudida, como si Portia le hubiera pegado, aunque aún mantenía la mano sobre el corpino de Portia. Ella se sintió agradecida de que el vestido fuera recatado, poco escotado, aunque de todos modos se sintió mancillada.

—Estoy creando problemas a los Malloren. Es la razón de mi vida.

—¿Porqué?—quiso saber ella.

—Porque mataron a mi padre.

Portia le retiró con cuidado la mano de encima de su corpino.

—¿Qué sucedió?

Pensaba que él no iba a contárselo, pero entonces Fort dijo:

—No estaba del todo cuerdo, ya sabes. Tenía talento, pero estaba desequilibrado. Me enteré por los Malloren de lo que estaba pasando... Cuando Cynric Malloren decidió que quería casarse con Chastity, el problema se convirtió en una causa personal para Rothgar, y no permitió que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

—Bryght dijo que fue tu padre quien provocó el escándalo relacionado con Chastity.

—Eso es verdad. Pero no había necesidad de destruir a mi padre. Y —añadió en voz baja— no había necesidad de convertirme a mí en su instrumento.

Portia le cogió la mano y le miró a los ojos.

—¿Qué sucedió, Fort? Me habían dicho que tu padre murió de un ataque.

—Corrieron un velo sobre el tema con gran habilidad. Murió de un tiro mientras intentaba matar a la madre del rey. Yo accioné el ga-

tillo de la pistola... —Cerró los ojos e inclinó la cabeza contra el respaldo—. Para entonces él deliraba, se había vuelto loco a causa de Rothgar y a causa de la destrucción de sus planes. Yo no podía permitirle que matara a la princesa Augusta. Ella era inocente, y habría significado la ruina completa de la familia...

Portia le apretó la mano.

—No puedes culpar únicamente a los Malloren.

Él abrió entonces los ojos.

—Les puedo culpar lo suficiente. Pero mejor te entrego a Bryght, aunque de mala gana. Deduzco que mis besos carecen del poder de los de él.

—Bryght nunca ha intentado forzarme.

—Qué sorprendente. Si no te entregas a él, te forzará algún día. Si no, ¿cómo conseguirá tener hijos? Y necesita hijos. Puesto que Rothgar no piensa casarse, es la manera de controlar el marquesado en el futuro.

Portia pensó en niños, en niños arrebatados a ella, su madre, y quiso llorar por todos ellos.

—No apliques tus propias ideas retorcidas a Bryght. No odies tanto. Te perjudica a ti mucho más de lo que puedas perjudicarles a ellos.

Fort se volvió al otro lado.

—No tengo opción. De todos modos, no te preocupes —añadió con tono más alegre—. Aunque resulte tentador, no te violaré por este motivo.

Portia se acurrucó hacia el otro lado y de nuevo miró por la ventana. Bryght le había advertido que la enemistad entre los Ware y los Malloren era profunda, pero no se había percatado de cuan cierto era.

El hecho de que Fort llegara a considerar la posibilidad de violarla por venganza la horrorizaba.

Observó los campos y árboles bañados por la luna que se sucedían y rogó para no sufrir ninguna desgracia, rogó para que Oliver también estuviera a salvo. Aquello no sólo tranquilizaría sus temores respecto a Bryght, sino que serviría para no avivar más este infierno.

No se detuvieron, pero se toparon con un trozo de carretera en mal estado donde las lluvias recientes habían dejado un barro que llegaba hasta la altura del eje. Tuvieron que esperar a que llegaran caballos adicionales de una granja próxima para que el coche pudiera salir. Aquello retrasó varias horas el viaje. Las cosas empeoraron cuando la luna se cubrió una vez más justo en la hora mortecina anterior al amanecer, por lo que se vieron obligados a reducir la marcha una vez más y seguir lentamente. Cuando por fin llegaron a la calzada que conducía hasta la Abadía, el sol invernal se hallaba en lo alto y brillaba resplandeciente sobre la hermosa casa blanca situada en lo alto de una colina.

El parque no tenía ninguna verja que lo rodeara, de modo que no encontraron ningún obstáculo para llegar hasta las puertas. Fort ayudó a Portia a bajar y ella se estremeció. En parte era cansancio, en par-

te el frío aire, pero principalmente se trataba de temor a lo que iba a encontrar allá.

A Bryght le resultó difícil concentrarse en los balances y cálculos de ganancias, pero obligó a su mente a disciplinarse. Portia había puesto su vida patas arriba y había dañado su capacidad de pensar. No permitiría que le dominara por completo.

Cuando llegó la medianoche, se desperezó cansinamente y decidió que ya podía dejar de trabajar con cierto pundonor. El problema ahora era poder dormir. Se ocupó del fuego, apagó las velas y se fue a su dormitorio, donde había esperado disfrutar de Portia como esposa. Se rió con amargura. Tenía que haber sabido que con Portia era preferible no esperar nada.

No obstante, había tramado planes muy agradables, planes de horas de amor relajado y pausado, sin presiones ni culpabilidad entre ellos. Había previsto introducir a una alumna ansiosa a algunos de los puntos más refinados del amor sensual,

El recuerdo de su cálida boca sobre él le provocó una erección. Tomó una bocanada de aire. La muy bruja no iba a dominar su verga también.

Se preparó para ir a la cama, consciente con gran ardor del objeto de su deseo, tendido en una cama a tan sólo dos puertas de distancia. Y además suya. Según las leyes de Dios y del hombre, era suya y podía tomarla cuando y donde deseara.

Pero no tenía deseos de tomar a Portia. Nada de eso. Ya había tenido suficiente de peleas, estaba listo para la paz. Quería que ella volviera a él con deseo y dicha, sin coacciones ni apuestas.

Se sintió tentado por algunas ideas maliciosas. Tal vez ella estuviera tan ansiosa como él, sólo que no veía la manera de salir de este punto muerto. Si él acudía a ella, ¿le sonreiría con alivio y abandonaría sus exigencias irracionales?

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta de la habitación de Portia cuando encontró el control necesario para detenerse. No, ella tendría que comprender que no podía dominarle de aquel modo, o ya no habría esperanza para él.

Se retiró a su cama, donde no paró de dar vueltas, hasta que se levantó a beber varias copas de brandy. No tantas como para perder todo el dominio —porque sólo Dios sabía qué haría entonces—, pero lo bastante para embotar sus sentidos hasta que finalmente cayó dormido.

Se despertó con la luz del día y llamó a su asistente. Se estiró. Se dio cuenta que no se hallaba en su mejor estado, desde luego que no, pero estaba orgulloso del hecho de haber sobrevivido a aquella noche sin postrarse y sin violencia. Tenían toda una vida. Podía esperar.

—Desayunaremos en mi estudio —dijo a su asistente cuando llegó—. Comunicádselo a milady.

El hombre hizo una inclinación y Bryght se levantó para mirar por la ventana. Brumoso, pero prometía clarear. Buen tiempo para viajar. Una vez estuvieran en camino hacia el norte, Portia tendría que

darse cuenta de que él era inflexible. Eso aún dejaba el problema de Upcott pendiente, pero una vez ella fuera toda suya aquello resultaría más fácil.

—Milord…

Bryght se volvió, detectando un tono extraño en la voz de su ayudante.

—¿Sí?

El hombre tenía el rostro rojo y turbado.

—Milord, la señora no está en su dormitorio. —Miró por toda la habitación con ojos pestañeantes, como si la buscara ahí.

Un escalofrío desalentador recorrió a Bryght. ¡Por todos los diablos!

—¿Ha dormido siquiera en su cama?

—Eh… no, milord…

¡Iba a retorcerle aquel precioso cuello! Tomó decisiones instantáneas.

—¿Quién lo sabe? ¿Sólo tú y la doncella? El hombre asintió con la cabeza.

—Entonces que nadie más se entere. La doncella, ¿es alta o baja?

—Bastante baja, milord.

—Bien. Quiero mi carruaje preparado dentro de veinte minutos y di a la doncella que se ponga una capa como la de mi esposa. Subirá al carruaje conmigo. La dejaré bajar cerca. Para el resto del mundo, mi esposa y yo hemos partido en nuestro viaje al norte.

Pese a su experiencia, el asistente personal cada vez abría más los ojos.

—Sí, milord.

Mientras el hombre organizaba las cosas, Bryght se vistió y repasó las alternativas. Temía haber juzgado muy mal las cosas.

Tenía que haber algo más que terquedad en todo esto. Portia nunca actuaría de este modo por una simple pelea sobre si iban al norte o al oeste. Recordó entonces cierta desesperación en el momento en que Portia le pidió que fueran a Overstead.

¿Por qué?

Repasó su conducta tras ía boda.

No se había mostrado radiante, pero estaba resignada. Luego había descubierto lo de Barclay y se había enfurecido, pero no había dicho nada de ir a Overstead.

Eso había empezado… después de que hubiera hablado con Fort. Overstead estaba en la zona en que el conde tenía su casa, y era posible que le llegaran noticias de allí.

Bryght pudo salir de la casa sin hallar complicaciones —como por ejemplo toparse con Rothgar— y, una vez se alejaron un poco, dejó marcharse a la doncella, recordándole que no debía contar a nadie todo este asunto. Luego indicó al cochero que se dirigiera a la mansión Ware.

Abrió la puerta un lacayo, claramente dispuesto a despachar a quien hubiera osado llamar a horas tan tempranas. Fue acallado de inmediato por el rango de la visita.

—Deseo ver a mi cuñado —dijo Bryght resueltamente mientras entraba en la casa.

—No está en casa, milord. Bryght se puso tenso.

—¿A esta hora? —Analizó una vez más la situación a toda prisa—. Cielos —dijo sin darle importancia—, ¿ya ha partido?

Los ojos del hombre pestañearon de manera reveladora.

—¿Había tres mujeres con él... o cuatro? Al lacayo los ojos casi le saltan de las órbitas.

—¡Cielos, no, sólo una, milord! Bryght ocultó su triunfo.

—Qué moderado, claro que, en un largo viaje a Dorset, un coche lleno sería incómodo. —Guiñó el ojo al hombre con gesto sabedor y le dio una moneda.

El lacayo casi se ríe por lo bajo mientras se metía la moneda en el bolsillo.

—A Dorset, no —dijo rápidamente—. Surrey.

Bryght le lanzó otra moneda y se marchó.

¡La Abadía! Y Poria a solas en un carruaje durante horas con Fort Ware, el hombre al que ella parecía preferir. Estaba claro que Fort no era un ferviente admirador de Portia, pero tal vez le satisfaciera seducir a la esposa de un Malloren.

—Le mataré —murmuró Bryght mientras el carruaje salía a toda velocidad de la ciudad—. Estemos emparentados o no.

Este coche no era lo bastante rápido. Cuando ya salían de Londres, Bryght abandonó el carruaje y a los sirvientes, a quienes les dijo

que se quedaran en una posada tranquila durante unos pocos días. Al-
quiló una montura rápida y partió hacia la Abadía al galope.

Portia se quedó mirando llena de consternación la imponente entrada
a la abadía de Rothgar.

—Tal vez debiéramos haber intentado introducirnos discretamente en la propiedad en vez de anunciar nuestra llegada.

La mirada atónita de él recordó a Portia al intransigente padre de Fort.

—Olvida todo eso.

Su mozo ya estaba llamando a la puerta y Fort guió a Portia hasta la misma.

Se abrió casi exactamente en el momento en que llegaban allí, obligando a Portia a preguntarse si había algún tipo de adiestramiento en todo eso: aquella precisión militar tanto en criados como señores.

Estaba claro que una noche de angustia, sin descansar, no beneficiaba en nada a su cordura.

No tardaron en hallarse dentro de la hermosa casa, y a Portia empezó a inquietarle qué excusa deberían dar.

—Estamos aquí para ver a sir Oliver Upcott —se limitó a decir Fort.

El lacayo estaba bien aleccionado y casi ni pestañea. Les llevó a un recibidor y dijo:

—Preguntaré, milord.

Una respuesta admirablemente poco comprometida. Portia pensó de todos modos que esa misma inexpresividad había sido reveladora.

—Sabe algo —manifestó en cuanto se quedaron a solas.

—O simplemente estaba completamente estupefacto de que le preguntaran por un perfecto desconocido. Acércate al fuego, Portia.

Ella se aproximó e intentó calentarse, pero el frío se hizo más profundo.

—¿Qué hacemos si niegan saber algo? Al fin y al cabo, si los Malloren han liquidado a Oliver, difícilmente permitirán que sus sirvientes se enteren.

—Con los Malloren todo es posible. —Con cierta sequedad, Fort explicó—: Es uno de sus dichos favoritos. Tengo que admitir que tiene los sirvientes mejor preparados con los que me he topado en la vida. Tratan bien a los antiguos criados de la familia, por supuesto, y consiguen conservar su lealtad. Es difícil incluso sacarles algún chismorreo, por lo que he podido descubrir.

—Me parece repugnante que intentes husmear en los asuntos de otra gente.

Fort estaba a punto de replicar con cierto enfado, pero entonces se abrió la puerta. Era Brand Malloren. Les miró fijamente con extrañeza inexpresiva y luego cerró la puerta.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

Portia decidió pasar al ataque.

—He venido a ver a mi hermano.

—¿Dónde está mi hermano?

—Viene tras nosotros —contestó ella, pues sabía que de un modo u otro aquella respuesta era sincera.

Brand carecía de la belleza morena, dramática, de su hermano, pero su expresión era por completo Malloren.

—Perdonadme que lo mencione, lady Bryght, pero no puedo evitar que me venga a la mente que anoche era vuestra noche de bodas, y que da la impresión de que la habéis pasado con lord Walgrave.

Portia se mantuvo firme.

—Quiero ver a mi hermano.

—Lo único que podéis conseguir, si lo deseáis, es desayunar.

Portia miró a Fort en busca de ayuda, pero él daba la impresión de haber optado por un papel pasivo. Tomó un pellizco calculado de rapé. Portia le dio entonces un pisotón.

—Exijo ver a mi hermano. ¡Ahora!

Brand abrió la puerta.

—El comedor para el desayuno está al otro lado del vestíbulo. Encontraréis una selección suficiente, creo, aunque tal vez no haya huevos si es lo que os gusta...

Portia salió sin tan sólo mirarle y se fue directamente hacia las escaleras.

Brand la cogió por el brazo.

—No.

Portia tiró pero comprobó que él la agarraba sin vacilar.

—¡Fort! —protestó.

—Fuiste tú quien dijiste que te parecía repugnante husmear en los asuntos de los demás —contestó su poco fiable cómplice—. No querrás ponerte ahora a registrar la casa de alguien, ¿verdad? Al final tendrán que llevarnos hasta Oliven

Pero para entonces Bryght podría haberse presentado aquí, pensó Portia, que cada vez estaba más frenética. Cada vez le aterrorizaba más el encuentro con su marido.

—Podría estar sucediendo cualquier cosa —protestó ella—. ¡No - puedo sentarme y desayunar!

Brand tiró de ella hacia el comedor.

—Sí que podéis. Es de una mala educación terrible interrumpir una sesión de tortura, por si no lo sabéis. —Le retiró la capa y la empujó para que se sentara en una silla ante una mesa bien servida.

Portia aterrizó con un golpe sordo y se le quedó mirando. Juraría que aquel comentario sobre la tortura era un chiste, pero ¿podía alguien estar seguro con un Malloren? ¿Especialmente con un Malloren enfadado?

Su mirada aturdida reparó entonces en un extraño sentado a la mesa, un hombre agradable de cabello marrón bastante vulgar a quien, advirtió, le faltaba una mano.

El hombre sonrió.

—Mayor Cranton Barclay, a vuestro servicio, señora.

—No es «señora» —dijo Brand escuetamente—. Es lady Bryght Malloren. Sentaos Walgrave. Por lo que yo sé no nos han llegado órdenes de envenenar a cuñados.

—Me produce gran alivio oír eso. —Fort se aposentó a la mesa y se sirvió un poco de jamón.

El mayor Barclay tenía un aspecto azorado y confundido, pero la cautelosa atención de Portia se centraba sólo en Brand. Era casi imposible creer que él hubiera participado en algún asesinato, pero estaba claro que se sentía enojado por la aventura nocturna de ella.

Y eso que él no era su esposo.

Brand le pasó un plato con unos bollos.

—No tenemos sirvientes en la mesa del desayuno a menos que haya
bastantes invitados. Si necesitáis alguna cosa, llamaré para que lo traigan.

Portia cogió un bollo con dedos inestables y lo estropeó intentando untar la mantequilla.

—Sólo tenemos café y un poco de cerveza —continuó él—. ¿Os apetecería alguna otra cosa, Portia?
Sólo para fastidiar, Portia contestó:

—Chocolate, por favor.

Brand hizo sonar la campana y lo pidió.

Se hizo el silencio. La animosidad entre Portia y Brand era palpable. Barclay parecía perplejo, y Fort casi daba la impresión de estar di-

virtiéndose. Portia sabía ahora que buscar la implicación de Fort en esto había sido como arrojar combustible al fuego, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Entonces algo se aclaró en su cerebro.

—¡Braclay! —exclamó mirando fijamente al hombre sentado al otro lado de la mesa, quien daba inocentemente un mordisco a la tostada—. ¡Sois el miserable que nos robó la finca!

El hombre se sonrojó.

—Desde luego que no. La gane con todas las de la ley, señorita St. Claire.

—Lady Arcenbryght Malloren —corrigió Brand con énfasis. Portia no le hizo caso.

—¿Cómo puede ser legal dejar a una familia en la calle?

—¿Cómo puede ser legal que un hombre se juegue el bienestar de su familia? —replicó el mayor. Tenía razón.

—Pero aun así —protestó Portia—, si nadie jugara, nadie apostaría nada.

El mayor alzó las cejas.

—También podría decirse que si nadie librara una guerra, nadie tendría que luchar. Pero eso es muy poco probable, y sería de lo más aburrido.

El criado regresó con el recipiente del chocolate, sirvió una taza a Portia y luego se marchó.

—Hay mucha gente —siguió ella— que disfruta con una existencia tan aburrida, disfruta de los sencillos placeres de la paz y la seguridad, de la vida familiar y el trabajo honrado.

—¿Cómo es que has llegado a casarte con Bryght? —murmuró Fort con malicia—. Tal vez no sea demasiado tarde para pedir la anulación.

Un feroz antagonismo estalló entre Brand y Fort, y Portia se puso de pie de un salto.

—Debo...

—Sentaos —dijo Brand con frialdad—. Os ataré y amordazaré si es preciso. No vais a hacer nada hasta que Bryght llegue aquí.

—¡No!

—No os preocupéis. No dejaré que os mate. A Rothgar no le gustan los crímenes en su casa.

Al oír esto, Fort gruñó algo. Portia temió entonces que él saltara al otro lado de la mesa y estrangulara al Malloren. No obstante, volvió a recuperar el control y se conformó con mostrar una animosidad silenciosa.

Portia miró frenéticamente al mayor Barclay, quien podría ser la única persona cuerda aquí. Parecía sentirse i.ncómod.o, pero ¿le todos

modos a ella le costaba creer que el villano que había estropeado su

vida pudiera ayudarla.

O sea que tendría que arreglárselas ella sola. Se volvió a Brand.

—Necesito ir a orinar.

Una chispa de diversión apareció en sus ojos, pero dijo:

—Por supuesto. —Y se levantó para abrirle la puerta. La guió por las amplias escaleras que llevaban al piso superior. Alli se detuvo y abrio una puerta.

- Una habitación sin usar, pero creo que no encontrareis un evacuatorio. No hay mas puertas, de moso que no penseis en dar vueltas por ahí.

Su sonrisa le comunicó que le habían informado de todas sus artimañas.

Portia entró y le cerró la puerta de golpe en la cara. Necesitaba usarlo, de modo que buscó el orinal. Luego inspecciono la ventana por si acaso. Con asombro, descubrio que el muro de este lado estaba cubierto de abundante hiedra. Se hallaba a mas de treinta pies del suelo pero, aun asi, era esto o el cautiverio, y se le daba muy bien aquello.Se subió a la ventana e hizo una comprobación-, la hiedra estaba firmemente agarrada al muro y era resistente como una escalera!

—Ja, Brand Malloren —murmuró mientras se desprendía de los aros—, ahora veras.

Puesto que no tenía alfileres, tuvo que anudarse las faldas, y luego se encaramó a la ventana para salir por ella, sin permitirse pensar en lo alta que estaba. Si la hiedra era segura, la altura no importaba.

Prosiguió el descenso, con la aprensión de oír en cualquier momento un grito desde arriba. Pero llegó al suelo sin incidentes y alzó la vista con una mueca de triunfo.

Era una victoria temporal, lo sabía, pero al menos, cuando Bryght apareciera para estrangularla, ella no estaría sentada dócilmente tomando el desayuno. Y era posible que entretanto pudiera encontrar a Oliver y resolver el misterio de una vez por todas.

Se desanudó las faldas y dobló la esquina corriendo, buscando otro sistema para entrar en la casa. ¿Cuánto tardaría Brand en volver a aparecer para comprobar qué era lo que la retenía tanto rato a ella? El muy tonto pensaba sin duda que una puerta vigilada significaba que la tenía controlada. Con un poco de suerte, él le concedería un poco más de tiempo, pensando que ella estaría enfurruñada.

Se topó con una puerta lateral e hizo la prueba. ¡No estaba cerra-

modos a ella le costaba creer que el villano que había estropeado su
vida pudiera ayudarla.

O sea que tendría que arreglárselas ella sola. Se volvió a Brand.

—Necesito ir a orinar.

Una chispa de diversión apareció en sus ojos, pero dijo:

—Por supuesto. —Y se levantó para abrirle la puerta. La guió por las amplias escaleras que llevaban al piso superior. Allí se detuvo y abrió una puerta.

—Una habitación sin usar, pero creo que encontraréis un evacuatorio. No hay más puertas, de modo que no penséis en dar vueltas por ahí.

Su sonrisa le comunicó que le habían informado de todas sus artimañas.

Portia entró y le cerró la puerta de golpe en la cara.

Necesitaba usarlo, de modo que buscó el orinal. Luego inspeccionó la ventana por si acaso. Con asombro, descubrió que el muro de este lado estaba cubierto de abundante hiedra. Se hallaba a más de treinta pies del suelo pero, aun así, era esto o el cautiverio, y se le daba muy bien aquello. Se subió a la ventana e hizo una comprobación: ¡la hiedra estaba firmemente agarrada al muro y era resistente como una escalera!

—Ja, Brand Malloren —murmuró mientras se desprendía de los aros—. Ahora verás.

Puesto que no tenía alfileres, tuvo que anudarse las faldas, y luego se encaramó a la ventana para salir por ella, sin permitirse pensar en lo alta que estaba. Si la hiedra era segura, la altura no importaba.

Prosiguió el descenso, con la aprensión de oír en cualquier momento un grito desde arriba. Pero llegó al suelo sin incidentes y alzó la vista con una mueca de triunfo.

Era una victoria temporal, lo sabía, pero al menos, cuando Bryght apareciera para estrangularla, ella no estaría sentada dócilmente tomando el desayuno. Y era posible que entretanto pudiera encontrar a Oliver y resolver el misterio de una vez por todas.

Se desanudó las faldas y dobló la esquina corriendo, buscando otro sistema para entrar en la casa. ¿Cuánto tardaría Brand en volver a aparecer para comprobar qué era lo que la retenía tanto rato a ella? El muy tonto pensaba sin duda que una puerta vigilada significaba que la tenía controlada. Con un poco de suerte, él le concedería un poco más de tiempo, pensando que ella estaría enfurruñada.

Se topó con una puerta lateral e hizo la prueba. ¡No estaba cerrada! Aquello no era tan sorprendente en el campo, pero le hizo sentir que tenía la suerte de su lado. Se halló en un pasadizo y caminó deprisa por él pasando junto a la cocina y los fregaderos. Allí había criados, pero ninguno de ellos la vio.

Y bien, ¿dónde retendrían los Malloren a Oliver?

Se preguntó si esta casa tenía una bodega, pero una exploración rápida no mostró indicios de ninguna. Tuvo que introducirse sigilosamente en un rincón al pie de unas escaleras para evitar a una criada que
llevaba un cubo, pero, aparte de esto, no se encontró con nadie.

¿Buhardillas?

Se fue escaleras arriba y las subió hasta llegar a lo más alto. Oyó una puerta más abajo, que se abría y cerraba, pero no oyó sonidos de nadie por allí cerca, ni sonidos de que la siguieran.

Cuando alcanzó el límite de las escaleras, cruzó una puerta para entrar en un sencillo pasillo. Olvidando toda cautela, abrió una puerta y encontró, como había esperado, un dormitorio de criados. Inspeccionó cada habitación y las encontró todas iguales. No había señales de Oliver.

—¿Y ahora qué?

Tendría que investigar la parte de la casa destinada a la familia. No quería, pero debía hacerlo.

Portia llegó a un segundo tramo de escaleras y bajó por ellas intentando no hacer ruido. De momento, Brand debería de haberse percatado de que le había dado el esquinazo. Se encogió de hombros. Amilanarse no serviría de nada, y ser cautelosa no evitaría esa confrontación final con Bryght. Abrió una puerta y entró en un pasillo cubierto por una alfombra, donde se detuvo a escuchar.

Pensó que le había parecido oír voces distantes, pero le sorprendía en cierto modo no detectar ningún barullo. Puesto que no parecía haber nadie cerca, empezó de nuevo a inspeccionar metódicamente las habitaciones, abriendo cada puerta. Los pasillos de esta vieja casa eran tortuosos, o sea que no era fácil estar segura de haber inspeccionado todo.

Había suites de habitaciones, pensó que tal vez cada miembro de la familia tendría conjuntos de habitaciones como éstos, siempre listos para cuando llegaran. En uno de los dormitorios —posiblemente el del mayor Barclay ya que parecía haberse usado más recientemente y por otro lado estaba menos lleno que los otros— encontró un estuche de pistolas. Cargó con calma una de las armas y se la llevó consigo.

A continuación miró dentro de un dormitorio con una amplia ventana abierta. Esto parecía realmente extraño en diciembre, de modo que se acercó para asomarse, pensando que tal vez Oliver hubiera estado aquí y se hubiera escapado.

Oyó un chasquido tras ella.

Se dio media vuelta y vio a Bryght, que se guardaba la llave en el bolsillo.

Capitulo 25

Portia le dio un vuelco el corazón y se llevó la mano a la boca, recordando en ese momento la pistola. Le apuntó, pero con mano temblorosa.

—Volvemos a empezar, creo —dijo avanzando hacia ella—. Baja eso.

—¡No! ¿Dónde está Oliver?

—Tu miserable hermano se encuentra perfectamente bien. Baja la pistola. —Iba sucio de barro, despeinado y estaba enfadado.

—Llévame a verle. No me fío…

Bryght le arrebató la pistola de una patada. El arma detonó con un sonido ensordecedor, al tiempo que él la cogía por el vestido y la arrastraba hacia sí.

—¿No te fías de mí? Eso es evidente. ¡Prefieres fiarte de Fort Ware!

A Portia le ardían las manos pero el miedo casi la mareaba.

—¡Ya no me fío de nadie!

—¿Por qué? ¿Qué hizo? —Su rabia era sobrecogedora, le recordó a Portia la brutalidad de su primer encuentro.

—Nada —susurró ella—. Me trajo aquí.

—¿No te ha tocado? Ella sacudió la cabeza.

—¿Te ha besado?

Debió de dejar entrever la culpabilidad ya que la furia de él ardió con más fuerza.

—¡Yo se lo pedí! —gritó ella—. ¡No te enfrentes a él!

Bryght la empujó a un lado y ella se tambaleó.

—Debería de haber permitido que él te consiguiera en la apuesta —dijo con frialdad, conteniendo su furia, pero aún al rojo vivo—. Tal vez hubiera cambiado de idea por los sentimientos de culpa y se hubiera casado contigo. O tal vez tus encantos le deslumhraran. Y de cualquier modo, tú hubieras preferido cualquiera de las dos cosas, ¿no es cierto ?

—Fort nunca…

—Fort te hubiera violado en Mirabelle sólo por la remota posibilidad de que a mí pudiera importarme. Me pregunto por qué no lo hizo.

Portia se volvió para no tener que ver la amargura de él. Se tapó la boca con mano temblorosa.

—Porque piensa que, tal y como están ahora las cosas, yo seré una cruz más difícil de llevar.

—Sorprendentemente astuto por su parte. No me has dado otra cosa que dolor desde que nos conocimos. —Portia oyó que él giraba la llave y se volvió.

Bryght abrió la puerta.

—Ven.

—¿Adonde?

—¿Tienes derecho a preguntarlo?

—Sí, pero probablemente no tenga ningún sentido. —Portia alzó la barbilla y salió al pasillo.

Bryght no la tocó en ningún momento, pero la guió hasta la otra parte de esta planta, que ella no había inspeccionado. Abrió con llave una puerta. Dentro estaba Oliver en mangas de camisa, sentado con aspecto abatido delante de la chimenea.

Levantó la vista con gesto desconfiado, luego una mezcla de confusión y rabia cruzaron su rostro.

—¿Portia? ¡Malloren! Por todos los santos, ¿por qué me habéis tenido prisionero aquí? —En ese momento estaba en pie con gesto agresivo.

Portia vio con horror que tenía un ojo muy morado y que cojeaba.

—¡Oliver! —Corrió hasta él—. ¿Qué te han hecho? Pero, oh, gracias a Dios. Estaba tan asustada...
El la cogió en sus brazos.

—¿Asustada? ¿De qué? —La apartó un poco y le miró a los ojos—. ¿Y a ti qué te han hecho?

—¡Nada! —dijo deprisa, retirándole el pelo caído de su hermano

sobre una sien hinchada. Luego se percató de lo absurda que sonaba
aquella frase, y perdió el control—. ¡Oh, Dios! —Y empezó a llorar. Sintió otras manos sobre sus hombros y oyó a Bryght decir:

—Si no me la pasas es fácil que te mate.

—¿Por qué demonios iba a hacerlo? —preguntó Oliver, abrazándola con fuerza.

Portia intentó dar un explicación pero las lágrimas ahogaron su voz.

—Porque es mi esposa —dijo Bryght.
Oliver aflojó su abrazo, probablemente a causa de la impresión. Bryght volvió a Portia para cogerla en sus brazos.

—Portia, para —dijo cogiéndola con fuerza—. Me romperás el corazón, si sigues llorando así.

Ella intentó controlarse, inspiró profunda y entrecortadamente, pero volvieron a saltarle las lágrimas. Intentó hablar, pero no salió nada coherente de sus labios. Él la acunó en sus brazos mientras murmuraba palabras de consuelo, y al cabo de un rato empezó a surtir efecto.

—Lo siento —dijo ella con voz ahogada. Buscó su pañuelo. Él aflojó un poco el abrazo.

—Tienes suficientes motivos para llorar, *petite,* pero tenemos que hablar.

Portia se apartó de sus brazos y se sonó la nariz.

—No lloro —dijo con aire malhumorado y agresivo.

—Ya veo. —Su tono era seco pero su expresión era mucho menos grave que antes.

—¡No lloro! —protestó Portia—. Oliver, ¿cuándo lloré la última vez? —Pero luego recordó lo de Mirabelle, de lo que Oliver no estaba informado.

—No llora —dijo Oliver—. Cuando yo estaba en la guardería mi padre me reprendía por llorar más que una niña.

—Yo te llevaba cuatro años —comentó Portia—. ¡No era justo!

—Pero las niñas lloran a cualquier edad. Todo el mundo lo sabe. Mira a Pru. ¡Se deshace en lágrimas sólo ver un atardecer bonito!

—Eso es porque sabe que le queda muy bien llorar... Bryght se aclaró la garganta y Portia recordó de pronto el desastroso estado de su vida. Le miró con cautela, pero aunque su expresión era grave, ya no parecía estar dominado por una ira incontenible.

—Sir Oliver —dijo Bryght—, no es que yo ordenara en concreto que os trajeran aquí y os encerraran, pero sí envié a mis hombres a

buscaros y vigilaros. Acepto la responsabilidad del excesivo entusias-
mo que ellos mostraron y me disculpo.

—¿Pero por qué hicisteis tal cosa?

—Pretendía casarme con vuestra hermana, pero no tenía intención de hacerme cargo de ninguna más de vuestras deudas. Oliver se sonrojó.

—He dejado el juego para siempre.

—Me encanta oír eso —repuso Bryght con sequedad—. ¿Podemos creeros?

—No veo que tengáis otras opciones. ,

—¿Ahno?

Portia se interpuso entre ambos.

—No le harás ningún daño —manifestó con ferocidad—. No lo permitiré.

—No pensaba que lo hicieras. —Portia no pudo interpretar sus palabras.

—¿ Qué motivos tienes para no creer en su palabra, cuando tú me has hecho esa misma promesa a mí y esperas que yo la crea?

—Yo nunca he sido un jugador empedernido.

—¡Te conocen como tal en todo el país!

—Pero no precisamente por perder.

Portia pudo ver que su mal genio se atenuaba, pero aun así él no estaba dispuesto a echarse atrás.

—¿Acaso eso hace que esté bien?

—Ayuda.

—No a la gente a la que robaste. Bryght tomó aliento con un siseo.

—Portia...

—Milord —intervino Oliver dando un paso adelante y dejando a Portia a su espalda—, tendréis que creer en mí.

Bryght volvió a él sus fríos ojos, y Portia no pudo evitar alegrarse. Pero recordó de forma brutal que aún no había llegado la hora de la verdad.

—En caso de que yo fracase —dijo Oliver con dignidad—, se han tomado otras medidas. Voy a unirme al ejército. De hecho, tenía una cita con el coronel del Quinto Regimiento, a la que vuestros hombres me impidieron asistir.

—Mis disculpas. Pero en el ejército también es posible jugar, ya lo sabéis.

—Pero no lo hará —se apresuró a decir Portia—. Oliver siempre

ha querido ir al ejército. Ha sido el aburrimiento lo que le ha llevado

a jugar. No quiero verle en una guerra, pero...

—... pero es preferible —finalizó Bryght—. Puesto que parece ser que no estoy autorizado a retorcerle el cuello a Portia, supongo que tendré que conformarme.

—Hay otra cosa —dijo Oliver con cierta tensión—. No os lo habría contado, milord, pero teniendo en cuenta que por lo visto ahora sois mi cuñado... Lo cual aún me parece peculiar. Pero, aunque lord Walgrave ha pagado mi deuda, de momento no me devolverá la propiedad. Es una hipoteca en cierto sentido, pero más rigurosa que la mayoría de hipotecas. Mi madre y hermanas... —dedicó una mirada confusa a Portia— hermana, vivirán en Overstead, pero por otro lado, yo no puedo perder lo que no poseo. Me ha dado su palabra de que no podré disponer de la propiedad para pagar deudas de ningún tipo.

—Bien pensado. Walgrave tiene más seso de lo que yo le atribuía. —Bryght se volvió a Portia—. Si me hubieras dicho esto, podrías haberme ahorrado a mí y a tu hermano un montón de problemas.

Ella levantó la barbilla.

—No conocía los detalles, pero aunque lo hubiera sabido, ¡habría pensado que no era de tu incumbencia!

—Ya veo. Y supongo que tampoco es de mi incumbencia saber por qué intercambiabas *billets doux* con Walgrave y por qué te fugaste con él.

—¡Porque tú no estabas dispuesto a traerme aquí!

—Ni tampoco es de mi incumbencia lo que sucedió durante el viaje, aparte de besaros.

—¡No sucedió nada! Tendrás que confiar en mí.

—Vaya, ¿por qué si tú nunca has confiado en mí? ¿Por qué no me explicaste los verdaderos motivos de que quisieras viajar a Overstead? Porque ella no confiaba en él.

—¡No me has dado motivos para confiar en ti! —protestó Portia, y sus enojadas palabras crearon un muro helado entre los dos.

—¿Ah no? —Se volvió hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó ella—. ¿Adonde vas? Bryght se volvió con cortesía distante.

—Voy a daros a ti y a tu hermano la oportunidad de hablar con calma, y supongo que después de eso él querrá marcharse para hablar con el coronel. Tú puedes irte con él si quieres. Si deseas hablar conmigo, sin duda algún criado podrá llevarte hasta mí.

La puerta se cerró tras él con un chasquido férreo..

Portia se quedó con la vista fija en ella. «Puedes irte con él si quieres.

—¿Portia? —preguntó Oliver—. ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

—Oh, Oliver, las cosas se han enredado demasiado.

—Entonces, mejor me lo cuentas todo. Sé que sólo soy tu hermano pequeño, pero tal vez pueda ayudar.

De modo que Portia se sentó con un suspiro y le contó toda su aventura. Incluso incluyó los sucesos de Mirabelle ya que parecían una parte importante dentro de toda la historia.

—Por Dios santo —musitó él, pasándose la mano por el rostro—. ¡Vaya peligros por los que has tenido que pasar!

—Hice lo que tenía que hacer. No había demasiadas opciones en mi camino.

—Y ahora estás casada con él.

—Sí.

Oliver se mordisqueó el labio.

—Tal vez podamos sacarte de eso. Coacción o algo así. Al fin y al cabo, huíste tu noche de bodas...
Portia se sonrojó.

—No soy virgen, Oliver. Y no quiero salir de esto. Sólo me pregunto si él no estará asqueado de mí.

—¡Maldita sea! —musitó Oliver, mirando el fuego—. Y todo es culpa mía. Si no hubiera sido tan necio...

—Si no hubieras sido tan necio, me habría quedado tan contenta en Overstead contando nabos, y nunca habría visto ni por asomo a Bryght Malloren. —Le parecía imposible que hubiera podido vivir sin conocer al hombre que ahora era el centro de su mundo. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación llena de inquietud—. Supongo que debería marcharme contigo. Tal vez sea posible una anulación. De todas formas me necesitas para ocuparme de Overstead. Puedo volver a casa y...y contar nabos durante el resto de mi... mi vida... — Tragó saliva con fiereza. No iba a llorar.

—Creo que deberías ir a hablar con él —dijo Oliver mostrándose, para sorpresa de Portia, muy comprensivo—. A tenor de la manera en que te miraba cuando llorabas, no creo que quiera que te vayas.

—Probablemente quiere retorcerme el cuello.

—Si de verdad te has fugado con Fort en vuestra noche de bodas, probablemente sea lo que quiera hacer. De todos modos, nunca has sido una cobarde. Enfréntate a tus demonios.

Era un buen consejo. Se volvió a él. .

—¿De verdad quieres formar parte del ejército?

—Con todo mi corazón.
Portia le besó en la mejilla.

—Entonces, que seas feliz. Y deséame suerte. Probablemente, la guerra sea una opción más segura que la que yo he escogido.

Portia salió de la habitación y se halló en el pasillo vacío. ¿Dónde estaría Bryght? Podía empezar a inspeccionar otra vez habitaciones una

a una, pero la perspectiva por sí sola le hizo percatarse de su cansancio. En vez de ello, descendió las escaleras hasta el vestíbulo, en busca de un criado.

El vestíbulo parecía estar vacío, pero de pronto oyó un toque de corneta. En cuestión de momentos, el lugar estuvo repleto de personal. Se quedó inmóvil por la sorpresa, pero entonces dos lacayos abrieron las puertas de par en par, revelando al marqués de Rothgar que subía por las escaleras con su hermana del brazo. Otro caballero venía detrás de ellos y les seguía un pequeño séquito de criados personales. En la calzada se hallaban dos carruajes, cada uno de ellos arrastrado por seis caballos.

Portia se había quedado parada en los escalones con gran conmoción. Mientras los criados se movían con gran ajetreo, ocupándose de la llegada de capas, sombreros y manguitos, lord Rothgar alzó la vista y la vio.

Alzó una fría ceja.

Éste no era el demonio al que tenía pensado enfrentarse, pero no le quedaba otro remedio que habérselas con él. Portia bajó las escaleras y deseó que Bryght apareciera para apoyarla.

—Bridgewater —dijo el marqués con frialdad al joven pálido y larguirucho que tenía a su lado—. Permitidme que le presente a lady Arcenbryght Malloren.

El duque le cogió la mano y la besó con afecto.

—Lady Bryght, me he trasladado hasta aquí para asegurarme de. que él no estaba haciendo ninguna locura por mi causa. —Sonaba complacido, pero Portia no estaba segura de cómo tomarse sus palabras.

Elf intervino en la situación.

—Oh, vayamos a la Sala de los Tapices donde habrá un buen fuego encendido. —Se cogió del brazo de Portia—. Vamos. Fue una boda preciosa, ¿verdad que sí...? —Les arrastró a todos con una oleada de

alegre charla hasta que se hallaron en la habitación y la puerta quedó
cerrada.

—¿Dónde está Bryght? —preguntó Rothgar resueltamente. Portia se estremeció.

—No lo sé. Está en algún lugar por aquí.

—Dejasteis la casa por separado. ¿Cómo llegasteis hasta aquí? Portia tragó saliva. Tal vez fuera Rothgar quien retorciera finalmente su cuello.

—Me trajo Fort —susurró.

—Sois una mujer temeraria y peligrosa. Portia empezó a preguntarse si iban a ponerla de patitas en la calle en cualquier instante, cuando Brand y Fort hicieron aparición.

—Desde luego que lo es —dijo Brand, mirándola y sacudiendo la cabeza—. Dios, Bey, recuerdo cómo castigaste a los gemelos cuando treparon por el muro norte.

Rothgar alzó las cejas mientras miraba a Portia.

—Una mujer muy temeraria.

—¡Él me encerró! —Pero había visto el vestigio de diversión en los ojos del marqués—. Es muy fácil de trepar.

—También eso es cierto. Pero no hay que consentir que lo hagan niños de ocho años. Uno da por supuesto que las personas de más edad tendrán más juicio. ¿Está bien vuestro hermano?

—Sí.

—¿Oliver está a salvo? —preguntó Fort con brusquedad.

—Sí —le contestó Portia, rogando que él no creara más problemas—. No fue más que un error.
Fort sonrió levemente.

—Qué lástima. ¿Quiere matarme Bryght? —Sonaba levemente esperanzado.

Portia podría haberle matado con sus propias manos.

—¡Fort, deja esto! ¡Márchate y deja de meterte en mi vida!

—Pero eres una Malloren —dijo. Caminó hacia ella, le cogió la mano y la levantó para darle un beso—. ¿Estás segura de que no preferirías fugarte conmigo?

Portia era muy consciente de que la habitación estaba llena de Malloren y él era el único extraño.

—Ni lo más mínimo —contestó en tono glacial, a la vez que retiraba la mano de la de él.

—Cuan ingrata eres —lamentó Fort. Echó una mirada a su alrededor y luego hizo una inclinación—. *Au revoir. A laprochaine.*

Portia miró con tristeza cómo se marchaba. Hasta la próxima, había dicho. Pero, ¿cuál sería la próxima? ¿Conseguiría tener su revancha o hallar la muerte a manos de un Malloren?

—¡Portia!

El tono brusco del marqués llevó su atención de nuevo a él.

—Si deseáis marcharos con lord Walgrave, yo no os detendré.

—Sonaba como si fuera capaz de despedirla.
Portia se humedeció los labios.

—No quiero.

—¿Cuáles son vuestros sentimientos hacia Bryght?
Portia miró a su alrededor a los rostros atentos, y Elf le lanzó una rápida sonrisa.

—Le amo —admitió.

La expresión de Rothgar no se suavizó.

—Entonces mejor vais en su busca, ¿no creéis?

Portia deseó que le ofrecieran un poco de apoyo y guía.

—No sé dónde buscar.

—Depende bastante de si él quiere ser encontrado, ¿verdad que sí?

—Entonces sonrió levemente—. Sus habitaciones serán un lugar optimista donde empezar. Elf, ¿podrías hacer el papel de guía a través de esta mole arquitectónica?

—Por supuesto. —Elf cogió a Portia de la mano para sacarla de la habitación.

—Y, Portia —dijo el marqués, obligándolas a detenerse—, si fuera necesario, gritad muy fuerte. Ya hemos tenido nuestra cuota de muertes violentas en esta casa por un año.

Portia estaba temblando cuando Elf inició la marcha escaleras arriba.

Elf se detuvo para sonreír.

—No te preocupes. Bryght no te hará daño.

—¿Puedes estar segura? —preguntó Portia—. Intenté dispararle, ¡otra vez! —Su corazón latía cada vez más acelerado y le fallaban las rodillas, pero no era tanto por el miedo a la violencia, aunque era posible, como por el miedo al rechazo.

Elf se rió.

—Probablemente eso forme parte de tu encanto.
Portia no estaba segura de que le quedara algo de encanto. Bryght había dicho que la amaba, pero eso era antes de que ella le hubiera traicionado en su noche de bodas. Y la traición no había sido física, sino emocional, pues se había temido lo peor de él en relación a su hermano Oliver.

Se hallaban en un pasillo auxiliar y Elf se detuvo junto a una puerta.

—Ya hemos llegado. —De pronto cogió a Porfía en sus brazos y le dio un abrazo—. Saldrá bien. ¡Sólo tienes que ser sincera!

Tras decir aquello, se dio media vuelta y se fue por donde habían venido, sin mirar atrás para ver qué decidía hacer ella.

Portia se secó una mano húmeda en la falda. Si tuviera alguna otra elección más sensata, tal vez hubiera optado por alejarse de esta puerta, pero tenía que hacer frente a Bryght. Si al menos estuviera aquí.

¿Y si no quería que le encontrara?

Giró la manilla y entró, pero encontró una habitación vacía. Su corazón formó un nudo doloroso en su pecho.

Era una especie de estudio con una librería bien provista y un escritorio, pero con sillas junto al fuego y un aparador con licoreras y un cuenco de fruta. Era una habitación confortable, utilizada, que los sentidos de Portia relacionaron con Bryght.

Pero no estaba aquí.

No quería que le encontraran.

Luego vio una puerta contigua medio abierta, que daba al dormitorio. Aquel dormitorio también parecía estar vacío, pero entró de todos modos.

Bryght estaba apoyado contra la repisa de la ventana, completamente desnudo.

Portia se quedó boquiabierta.

—Desnudo para tu maldad o para tu amor —dijo él, y aunque su cuerpo no ocultaba nada, sus sentimientos sí permanecían ocultos.

A Portia no se le ocurría por dónde empezar, parecía que él no iba a guiarla.

—No puedo decir que lo sienta —susurró—. En la misma situación, haría las mismas cosas.

—Lo sé. Pero tengo que saber si vas a confiar en mí en el futuro, si cuando tengas dudas me las contarás o si saldrás corriendo con algún arrebato alocado.

—¿Confiarás tú en mí? —preguntó ella—. ¡Pensaste que yo era capaz de cometer adulterio en mi noche de bodas!
La mandíbula de él se tensó un poco.

—Has expresado una preferencia por Fort.

—Le conozco desde que éramos niños.

—Eso difícilmente mejora las cosas.

—Es como un hermano. —Portia se agarró las manos y se las vol-

vio a soltar—. Yo le pedí que me besara en el carruaje porque nunca
antes me había besado de verdad ningún hombre que no fueras tú. Quería saber si el efecto se debía a los besos o al hombre.

—¿Y? —preguntó en voz baja.

Ella se encogió de hombros con nerviosismo y apartó la vista a otro lado.

—Tuvo poco efecto sobre mí... Por supuesto, no es que sea un estudio a fondo...

—Portia —advirtió él.

í Ella se percató de la fuerza con que se estaba retorciendo las manos.

—Bryght, estoy asustada. Dime que me quieres.

—Ah, no. Ya lo he hecho y no tuvo ningún efecto. Ahora te toca ati.

Portia le miró con incertidumbre, preguntándose si él estaba buscando que le diera una oportunidad de rechazar su amor. Tal vez su desnudez era una forma de insultarla.

—¿Qué es el amor? —susurró ella.

—¿Qué sientes?

Portia se dio media vuelta para que la imagen de él no la distrajera.

—No puedo imaginarme la vida sin ti. Me preocupo por ti. Quiero que seas feliz. Quiero... quiero tener hijos contigo... —El seguía sin decir nada—. Te deseo.

Los pies desnudos de Bryght no habían hecho ningún sonido, de modo que Portia dio un bote cuando le tocó los hombros. La volvió y le soltó el broche que mantenía el vestido unido por delante.

-¿Qué?

—Si quieres tener hijos conmigo, mejor nos ponemos a trabajar en ello.

Portia le cogió las manos.

—¡Bryght!
El se detuvo.

—Lo siento. Eso ha sido desacertado. Aún estoy un poco enfadado contigo. —Levantó las manos para tomar su rostro—. Pero te quiero, Portia. Yo tampoco puedo imaginarme la vida sin ti. Quiero tu felicidad, tus hijos y tu deseo. Siempre. Y —añadió con una sonri-

sa— el río Támesis está aumentando su caudal de un modo ciertamente insistente.

Portia bajó la mirada y vio que era cierto. Lo cubrió con su mano. Notó tanto calor ahí como en su rostro.

—Me cuesta creer lo atrevida que llego a ser contigo. Es como si no fuera yo en absoluto.

—Eres tú, tan fascinante. —Con suavidad, le bajó el vestido por los hombros, luego pasó sus manos nerviosamente sobre el bonito corsé y las enaguas de novia—. ¿Sin aros?

—Me escapé por otra ventana. Sus manos se detuvieron.

—La pared norte. Lo sé. ¡Cáspita, Portia! Intenta llevar una vida más prudente, por mi bien.

—¿Cómo puedo, si estoy casada contigo?

Bryght se rió y entonces se besaron, primero con ternura, luego profundamente, luego interminablemente, explorándose uno al otro con amor, al completo, por primera vez.

Portia estaba aturdida cuando finalmente acabaron, debilitada por el deseo.

—¡Lo siento! —exclamó—. Siento no haber confiado en ti.

—Bueno, bueno. No me hagas pensar que me he casado con una mujer débil y vacilante. —Él era eficiente incluso con manos inestables. Había desaparecido el corsé, y el corpino cayó al sueño. Le quitó las horquillas y le soltó el pelo.

Luego la volvió a besar hasta que ella se quedó del todo inmóvil, esperando a que la llevara a la cama.

Pero entonces la dejó allí y se metió él solo debajo de las mantas.

—Ven a unirte a mí en nuestro lecho nupcial, esposa, si es tu voluntad.

—Es mi voluntad —susurró ella, y se quitó la camisola para quedarse también desnuda. Pero entonces, bajo su mirada concentrada, sufrió un ataque de inseguridad y se tapó con las manos—. Siento no tener muchas curvas.

—Yo no lo siento. —Levantó una esquina de las mantas—. Ven. Ven a la cama por propia voluntad. Ya he tenido bastante de trampas y seducción.

—Me parece una lástima —contestó ella con una risa. Él no se rió con ella, se limitó a esperar. Entonces Portia supo cuánto daño le había hecho, y sintió un dolor en el corazón.

—Creo que estoy asustada —susurró.

El humor chispeó en los ojos sombríos de Bryght.

—Imagínate que soy un muro por el que trepar, amor. Portia se rió y se metió a toda prisa bajo las mantas. El la estrechó inmediatamente entre sus brazos, hasta aplastarse uno a otro.

—Te quiero. Profunda e irrevocablemente. Recuerda eso. —La *miró* a los ojos—. Hablaba en serio cuando pronuncié mis votos nupciales. Esto es para siempre.

Portia le besó.

—Para siempre, esta vida y la próxima…

Mientras se besaban, Bryght la movió hasta colocarla encima de él, dejando su erección recogida entre sus muslos.

Portia soltó su boca para poder continuar con los besos por su rostro, luego el cuello y sus hombros.

—Yo también te quiero. Intentaré no ser tan atrevida. Bryght la tocaba con destreza delicada y acariciadora.

—Oh, algunas formas de atrevimiento sí que *me* gustan —bromeó él.

Portia hizo una mueca y se torció para hurgar debajo de las mantas, con intención de abalanzarse sobre el río Támesis, pero él la cogió.

—No, hoy no. Éste es nuestro lecho de bodas, Portia, lo de hoy sólo será puro amor. Nada de trucos, ni habilidades, sólo tú y yo en plena armonía.

Pese a su inexperiencia, Portia podía distinguir que sus caricias eran sólo eso: una expresión de amor, no un intento de dominar sus sentidos. Portia se permitió también a sí misma proceder como él. Exploró el cuerpo de Bryght sin otra intención que satisfacer su propio deseo de conocer, su necesidad de tocarle —aprender su cuerpo— con la boca, las manos, con cada fragmento de piel.

Portia retiró las mantas para que también sus ojos pudieran deleitarse.

—Eres tan bello.

—Igual que tú. —Jugueteó con los labios sobre sus pechos. Ella se quedó quieta para asimilar el placer que él pudiera darle.

—Qué maravillosamente bien sienta eso —murmuró.

—Hmmm.

Portia se reía mientras él succionaba, y aquel dulce placer se volvió frenético. Portia chilló, luego dejó de hacer ruido. El le hizo una mueca.

—¿Sólo un chillido? Seguro que podemos hacerlo mucho mejor. Y demostró que podía.

—¿Y si alguien nos oye? —preguntó Portia entre jadeos.

—Simplemente estarás consolidando mi reputación de amante mítico.

—¿Qué?

—Nuestra demostración en Mirabelle fue muy admirada. He tenido que casarme contigo para escapar a un montón de damas a las que se les hacía la boca agua.

Portia tenía ganas de hacer más preguntas, pero él estaba demostrando que podía provocarle gritos incontrolados tanto con el tacto como con la boca.

—Esto no es justo —exclamó entre jadeos, mientras su cuerpo brincaba debajo siguiendo el ritmo marcado por él—. ¡Yo también quiero hacerte lo mismo!

Bryght le sonrió a los ojos, sus mejillas morenas estaban también tocadas por el deseo.

—Lo conseguirás. Si no lo descubres por talento natural, yo te enseñaré. Pero ahora déjame que te dé yo placer, amor. Nunca antes he hecho esto: estar echado con mi amada, con inocente dicha y confian-

za mutua. —Su mano se deslizó con firmeza entre los muslos de ella—. Levántate, amada mía ¡y ábrete a mí! Y eso —añadió con una sonrisa— casi es de la Biblia, también.

De modo que Portia se levantó y se abrió a él, cerrando los ojos para deleitarse con su habilidosa mano, y luego, con el divino alivio que, cuando él la penetró, colmó su deseo. Esta vez fue lento, tan lento que ella no dejó de moverse para seguirle el ritmo, para acelerar su unión.

—Abre los ojos, cariño —le dijo él.

Así lo hizo, y le miró sin respirar mientras él la llenaba de calor y poder.

—Y pensar que podría haber vivido sin esto toda mi vida —murmuró Bryght, y se movió sutilmente provocando un jadeo en ella.

—Exactamente lo que yo estaba pensando —dijo Portia—. ¡Pero incluso con más fervor!

Estallaron en risas mientras él continuaba moviéndose dentro de ella, y luego la risa se mezcló con el placer, de modo que volvieron a darse la vuelta sobre la cama una vez más, sin poder dejar de reír mientras se besaban llenos de gozo.

Epílogo

—*¿De modo* que el canal llegará hasta el Mersey, Francis? —Bryght sirvió café al duque, quien acababa de llegar a Candieford Park, a unas cuatro millas al oeste de Winchester.

—Sí—dijo Bridgewater con satisfacción—. Pero vaya esfuerzo ha supuesto conseguir la aprobación del proyecto y reunir el dinero, sobre todo desde la implicación de Walgrave.

—Eso ha sido culpa mía. Él no habría interferido si yo no hubiera tomado parte.

—Pero quedó compensado cuando Rothgar entró también en el proyecto. Aún no estoy seguro de la razón de que se interesara tanto, pero le estoy agradecido.

—Se convirtió en un asunto de familia. Pero, ¿cuándo veremos alguna recompensa a todos nuestros esfuerzos ? Bridgewater se rió.

—Bien, eso es otra cuestión por completo. ¡Estoy tan hundido en deudas que ha dejado de preocuparme! De todos modos, me alegra que finalmente no os tentara la idea de meter vuestras ganancias inesperadas
en mi negocio. Candieford es una finca excelente, y os va muy bien.

—¿Cómo un abrigo nuevo? —inquirió Bryght.

—Tal vez. Ciertamente se os ve bastante cómodo en ella. Me muero de ganas de ver a mi ahijado. Seguro que ya no está quieto, que ha dejado de soltar babas en la cuna y no para de corretear.

—Por supuesto que sí. Ya casi tiene dos años, Francis.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? Puñetas, ¡durante ese tiempo deberíamos haber avanzado más con el canal!

Bryght se rió y entonces oyó más risas. Salió al mirador que daba a los prados margosos de Candieford, prados salpicados de pequeñas margaritas, con árboles diseminados. Francis le siguió.

Zeno se levantó para colocarse al lado de Bryght y soltó un ladrido quejumbroso.

—Sí —dijo Bryght despeinando el pelaje del perro.

—Sin duda es nuestro deber salir y asegurarnos de que se encuentran bien. Vamos, Francis, ven a ver a tu ahijado y tocayo.

Y fuera en los prados, Portia corría riéndose bajo el sol, perdiendo las horquillas que sujetaban su pelo ahora suelto, mientras perseguía a un muchacho alegre y ligero de pies, con los mismos rizos luminosos que ella.